

*Epistemología de la
Conciencia histórica*

Aspectos básicos

Epistemología de la Conciencia histórica

Aspectos básicos

Hugo Zemelman Merino

IPECAL-MÉXICO



Zemelman, Hugo.

Algunas lecciones sobre problemas epistemológicos

SEGUNDA EDICIÓN, 2019

**INSTITUTO DE PENSAMIENTO Y CULTURA EN
AMÉRICA LATINA**

Una versión anterior de este libro se difundió por el IPE-
CAL en el año 2010.

Diseño de Tapa:

Maquetación, corrección y cuidado de la edición:

ÍNDICE

1. Pensar teórico y pensar epistémico: los desafíos de la historicidad en el conocimiento social.	7
2. Sujeto y conciencia histórica como ángulo de construcción del conocimiento	29
3. Afirmarse en horizontes o colocarse en el límite	87
4. La razón como construcción: un repaso histórico de planteamientos	109
5. La forma del discurso: el problema de la relocalización del sujeto	159
6. Racionalidad y ciencias sociales	183
7. La totalidad como exigencia del razonamiento crítico	239
8. El método como actitud ante la realidad	275
9. El pensamiento crítico y su expresión dialéctica	325
10. Panorama de la epistemología del presente potencial	341
11. Desafíos para el pensamiento que plantea la actual coyuntura política de américa latina	363

1. Pensar teórico y pensar epistémico: los desafíos de la historicidad en el conocimiento social

La realidad que enfrentamos, la realidad socio-histórica, tiene múltiples significados. No es una realidad clara, inequívoca, con una significación cristalina y a la que se le pueda abordar sencillamente construyendo teorías. No es así por diversas razones, las cuales forman parte del debate que hoy día se da en el ámbito académico sobre el problema que afecta a las ciencias sociales, y que resumiría en una idea: el *desfase* entre los *córpura* teóricos y la realidad.

La idea del desfase es clave, ya que alude a los conceptos que a veces utilizamos creyendo que tienen un significado claro pero que no lo tienen. Esto plantea la necesidad de una constante resignificación que, aun siendo un trabajo complejo, es una tarea central de las ciencias sociales que tiene que ver con la construcción del conocimiento. Dicho de otra manera, tema central del proceso de investigación y, por lo tanto, de la metodología.

La necesidad de resignificar surge precisamente por el desajuste entre teoría y realidad. Pero, ¿por qué el desajuste? El

ritmo de la realidad no es el de la construcción conceptual, los conceptos se construyen a un ritmo más lento que los cambios que se dan en la realidad externa al sujeto, por eso constantemente se está generando un desajuste. Dicho así parece como un problema menor pero, en verdad, tiene consecuencias profundas, porque en la medida en que no resolvemos este problema podemos construir el discursos y enunciados o manejar ideas que, pudiendo tener una significación en términos de la bibliografía o, para decirlo de una manera más amplia, en el marco del conocimiento acumulado, no tenga necesariamente un significado real para el momento en que construimos.

En el ámbito de las universidades de América Latina, lo dicho es un tema que debería ser discutido pero que desafortunadamente no es abordado. Se constata de manera clara en las políticas de formación de los científicos sociales en América Latina: no hay preocupación por el tópico, o bien, se cree que es exclusivo de los filósofos de la ciencia, de los lógicos, y no de quien quiere construir un conocimiento sin necesidad de incursionar en las problemáticas de la filosofía de la ciencia o de la lógica. Al no tomar en cuenta esta dificultad en la formación de los científicos sociales, corremos el riesgo de que ellos estén pensando ficticiamente, es decir, que -aun cuando existan excepciones- estén pensando sobre realidades inventadas.

Esto tiene evidentemente consecuencias de orden práctico, porque si no sabemos construir un pensamiento sobre la realidad que tenemos por delante, y esa realidad la definimos en función de exigencias conceptuales que pueden no tener pertinencia para el momento histórico, significa que estamos organizando, no sólo el pensamiento, sino el conocimiento dentro de marcos que no son los propios de esa realidad que se quiere conocer. Esta situación

que, tal como la estamos planteando, parece como elemental y obvia, es parte de uno de los *vía crucis* de las ciencias sociales. Afortunadamente, desde hace algunos años a la fecha, hay grupos de intelectuales latinoamericanos que han comenzado a reaccionar frente a este hecho y que han puesto de manifiesto que muchos de los conceptos que utilizamos para entender el Estado, la sociedad, las desigualdades, la democracia, la cultura, incluso para entender las dinámicas sociales, la propia educación, no responden a conceptos que estén reflejando la realidad que llamamos histórica, sino que son conceptos acuñados en otros contextos y que muchas veces la academia los repite sin revisar debidamente si están dando cuenta de realidades concretas.

Al no tener conciencia de que se está dando un desajuste entre la teoría y la realidad que se pretende denotar, resulta que estamos inventando realidades. Situación que podemos reconocer no solamente en el ámbito de la investigación o de la docencia, de la academia en general, sino que también en otro orden de discursos, por ejemplo el discurso político. En ocasiones nos encontramos con que éste frecuentemente está amarrado a conceptos que no son pertinentes, que no están dando cuenta de la realidad. Todo lo cual supone, entre otras implicaciones, plantearse la cuestión y tratar de resolverla; resolución que en ningún caso podríamos considerar que es exclusivamente teórica, en el sentido de que basta construir un cuerpo de proposiciones con una función explicativa que resuelva de una vez y para siempre el problema. Precisamente es una cuestión que no se resuelve teóricamente, porque si así fuera, sería tanto como desconocer la naturaleza misma del problema. Si pienso que un desajuste de esta naturaleza se puede resolver a través de una teoría, no estoy tomando conciencia que el problema está en la teoría misma porque, por más brillante y genial que ésta sea, por definición corre el riesgo de desfasarse de la realidad.

La resolución, pues, no es teórica, en la medida que el problema es la teoría misma; por eso ésta requiere ser *resignificada*, *revisada* a la luz de las exigencias de las realidades históricas, muchas veces emergentes, nuevas, inusitadas, imprevistas. Ahora bien, si no es un problema que se va a resolver teóricamente, ¿cómo se resuelve? Se plantea la cuestión importante de entender, y que se ubica en el plano de lo que de manera abstracta podemos definir como pensamiento. Debo aclarar que no estamos identificando pensamiento con teoría, ya que significaría volver al mismo vicio de creer que el desfase del que estamos hablando se corrige con el pensamiento teórico. En tanto es en éste donde cristalizan las teorías, correríamos el mismo riesgo de desfase o de desajuste del pensamiento teórico respecto de la realidad histórica. Siendo así, cuando hablamos de pensamiento, ¿a qué nos referimos? A un pensamiento que se entiende como una postura, como una actitud que cada persona es capaz de construirse a sí misma frente a las circunstancias que quiere conocer. No se trata de decir que tenemos los conceptos y construimos un discurso cerrado, lleno de significaciones; se trata más bien de partir de la duda previa, anterior a ese discurso cerrado, formulándose la pregunta: ¿cómo podemos colocarnos ante aquello que queremos conocer?

No es una cuestión teórica sino propia de lo que llamaría una *forma epistémica de resolver el problema*. Surge entonces una discusión interesante que simplemente me limito a apuntar: la necesidad de distinguir entre un pensamiento teórico y un pensamiento epistémico, diferencia que reside precisamente en el cómo se resuelve la relación del pensamiento con esa realidad que se quiere nombrar. En el pensamiento teórico, la relación que se establece con la realidad externa -con la externalidad, para decirlo en términos más correctos- es siempre un pensamiento que tiene contenidos, por lo tanto, el discurso de ese pensamiento es siempre un discurso

predicativo; vale decir, un discurso atributivo de propiedad, ya que no es un pensamiento que puede dejar de hacer afirmaciones sobre la realidad, pues un pensamiento teórico es aquel que hace afirmaciones sobre lo real.

Quisiera poner un ejemplo para clarificar la idea. Si leemos un libro de un autor “X” y enfrentamos un problema que ese autor ha analizado, lo más inercial y frecuente es repetir las afirmaciones que el autor ha dicho sobre la realidad “A”, aunque estemos analizando la realidad “B”. Es decir, repetimos el mismo discurso aunque le agreguemos un enunciado con una serie de predicados, o para decirlo en términos más precisos, le agreguemos una hipótesis. Cuando hablamos de hipótesis estamos hablando de construcción de enunciados con predicados que dicen cosas, que no son vacíos; una hipótesis vacía es una contradicción, sería absurdo tener hipótesis sin contenido. Por lo tanto, el pensamiento teórico es un pensamiento que ya tiene un contenido organizado y que puede ser el mismo contenido que se viene arrastrando (o puede ser un contenido diferente, pero lo fundamental es que tenga un contenido) y, por lo tanto, su estructura en términos de construir proposiciones es muy precisa.

En cambio, cuando hablamos de pensamiento epistémico nos referimos a un pensamiento que no tiene contenido y eso es lo que a veces cuesta entender. ¿Cómo podemos tener un pensamiento sin contenido? Si lo pusiéramos en términos de la discusión clásica, por ejemplo, con Karl Popper en su texto *Conjeturas y Refutaciones*, la centralidad del pensamiento epistémico es la pregunta, no es el predicado, no es la atribución de propiedades. Esto, dicho así, aparece como de sentido común, pero el problema está en darle a la pregunta un estatus no simplemente de mera conjetura sino, más bien, de algo más amplio que eso, como es permitir que el pensamiento se pueda

colocar ante las circunstancias. Se plantea la dificultad de colocarse frente a las circunstancias sin anticipar ninguna propiedad sobre ellas. Es un tema fundamental porque cuando se dice “colocarse ante las circunstancias”, frente a las realidades políticas, económicas, culturales, significa que estamos construyendo una relación de conocimiento sin que ésta quede encerrada en un conjunto de atributos; porque eso sería ya una afirmación teórica. Esta forma de pensamiento epistémico es difícil porque la tendencia es ponerle siempre nombre a las cosas. Hay que vencer esta tentación; más bien la tarea sería preguntarse ¿cuántos nombres puede tener?

Lo que decimos se viene discutiendo hace mucho tiempo, pues es un tema casi permanente en la historia de las ciencias que no se termina por resolver de manera definitiva. Quisiera ejemplificar con dos autores que, desde disciplinas muy diferentes a las que nos ocupan, han planteado el tema y lo han resuelto de maneras diversas. Uno es Bachelard (en textos como *La Racionalidad Científica* y *La Filosofía del NO*) que afirma que la tarea de la ciencia es ponerle nombre a las cosas. Según Bachelard, el problema sería cuidarse de dos grandes riesgos: uno, de no ponerle nombre viejo a cosas nuevas y, dos, de creer que porque no tienen nombre, en el momento en que se plantea, son inenunciables. En ese tránsito entre no colocar nombres viejos a cosas nuevas y creer que porque no tienen nombre son inenunciables, se ubica lo que estamos llamando pensamiento epistémico.

Otro ejemplo es el de Lakatos. Cuando él se pregunta por qué el ser humano ha podido progresar en la construcción de su conocimiento, contesta más o menos en los siguientes términos: “porque la razón humana ha podido pensar en contra de la razón”, porque el hombre ha sido capaz de pensar en contra de sus propias verdades, porque ha podido pensar en contra de sus

certezas. Analicemos estas dos expresiones: significan no atarse, no quedarse atrapado en conceptos con contenidos definidos, sino plantearse el distanciamiento respecto de esos contenidos o de esas significaciones, para buscar qué significaciones o contenidos pueden tener las cosas que estamos tratando de pensar. Es la problemática de lo que aquí llamo pensamiento epistémico.

Puede parecer un ejercicio puramente formal, pero relacionémoslo con lo que decía al comienzo, esto es, con el hecho de que la realidad socio-histórica es una realidad mutable, en constante cambio cualidad ésta en la que radica la explicación de por qué se producen los desajustes entre la realidad denotada y el pensamiento teórico. Es algo que estamos viendo permanentemente y de una manera clara. En el ámbito de las ciencias sociales latinoamericanas se ha tomado conciencia de cómo el pensamiento social ha estado durante muchísimos años atrapado en un conjunto de conceptos que no estaban dando cuenta de la realidad y que hay que redefinir. Conceptos como Occidente, indio, blanco, raza, estratificación social, diferenciación social, explotación, empresario, obrero, capas medias, Estado, legitimación, etcétera, son algunos de los que hemos heredado de los textos, sin discusión ninguna, y que hemos aplicado como si la realidad fuera homogénea en los distintos países.

En la medida que estos conceptos nos parezcan rigurosos, coherentes, porque conforman discursos lógicos y persuasivos, estamos realmente cobijándonos al interior del discurso sin poder salirnos de él, por lo que no estamos pensando la realidad histórica concreta, sino una realidad inventada. El problema entonces está en distanciarse de los constructos, y ese distanciamiento es la función del pensar epistémico. Cómo se ha señalado a lo largo de la historia de las ciencias sociales, el canon metodológico puede ser causa de trampas también para el pensamiento. Conceptos como *rigor, claridad,*

coherencia científica terminan por transformarse en afirmaciones a-históricas, en circunstancias de que estos conceptos, relativo a lo que se entiende por claro u oscuro, o bien por coherencia, se van resignificando a lo largo del tiempo. En la medida en que esto no se entienda, quedamos prisioneros de un armazón metodológico que impedirá reconocer las formas emergentes de la realidad socio-histórica.¹

Pero existe una celda adicional a esta prisión del pensamiento en el plano metodológico: las técnicas. Éstas pueden ser también grandes trampas. Cuando se les maneja sin la claridad necesaria respecto de lo que significan, o sin el conocimiento de su lógica interna, terminamos por creer que la realidad posible de estudiarse es sólo aquella que la técnica permite analizar. Estas cuestiones también son parte de los desafíos del pensamiento epistémico.

Pero, ¿en que consiste todo esto?, ¿cómo se puede expresar, si es que no sólo se reduce al plano metodológico? Es aquí donde surge una de las cuestiones más interesantes pero muy mal entendida: la de las categorías. Quisiéramos detenernos en esto porque el problema de las categorías es el eje del pensamiento epistémico.

Como muchos de los problemas que hemos mencionado, la vieja discusión sobre las categorías debe ser objeto de un desarrollo mayor. En primer término, no hay que confundir lo que decimos con la vieja discusión que se ha dado en el discurso de la filosofía; es decir, no estamos aludiendo con el concepto de categoría, por ejemplo, a lo que las viejas corrientes del pensamiento filosófico al estilo de Kant, plantearon, donde éstas, en el fondo y en la forma, daban cuenta de dos grandes cuestiones: o del fundamento último de la ciencia o de las posibilidades mismas de pensar. Ésa es una

1 Cfr. A este respecto el principio de demarcación planteado por K. Popper en su *Lógica de la Investigación Científica*.

discusión que sin duda alguna hay que tener, pero aquí sólo hacemos la acotación correspondiente para que no se piense que estamos confundiendo distintos planos.

Una segunda cuestión, sobre la cual habría que detenerse es que las categorías, a diferencia de los conceptos que componen un corpus teórico, no tienen un contenido único sino muchos contenidos. En ese sentido, las categorías son posibilidades de contenido, no contenidos demarcados, identificables con una significación clara, unívoca, semánticamente hablando. También ésta es una discusión antigua que no se da solamente en las ciencias sociales, sino también en las ciencias de la naturaleza. Si revisamos, por ejemplo, la historia de la ciencia, nos encontraremos con esta tensión entre las categorías y lo que aquí llamamos conceptos teóricos. Hay categorías que se han mantenido a través de los siglos, aunque con distintos contenidos; incluso en un mismo momento, una categoría puede ser objeto de referencia de construcciones teóricas diferentes. Pongamos algunos ejemplos.

El concepto de fuerza, de masa y de energía, para poner tres casos de la ciencia de la naturaleza. En las ciencias sociales tenemos otros tantos como el concepto de poder, de sujeto, de masa social, de dinámica y de conflicto. Ésos no son conceptos que tengan una significación unívoca, ya que pueden tener muchas significaciones, y es cuestión de revisar la literatura actual para ver que muchos de estos conceptos tienen presencia prácticamente en todos los textos, aún cuando sean textos discrepantes teóricamente entre sí. El concepto de conflicto, por ejemplo, esta presente en Marx y en Parsons, por citar simplemente dos autores de referencia distantes entre sí teóricamente. En ambos se habla de conflicto, en ambos se habla de equilibrio, pero con significaciones muy diferentes

porque los discursos teóricos -entendidos como la capacidad del ser humano de formular atributos a los fenómenos- son distintos.

Volvamos, pues, a la distinción entre pensamiento teórico y pensamiento epistémico.² En el sentido estricto de la palabra, el pensamiento epistémico es preteórico, funciona sin un corpus teórico y, por lo mismo, sin conceptos con contenidos definidos, con funciones claras de carácter gnoseológico o cognitivo, o para decirlo de otra manera, con funciones de determinación o de explicación. Por el contrario, los instrumentos del pensamiento epistémico son categorías que me permiten plantear lo que, de manera abstracta, he llamado “colocarse ante la realidad”. Pero, en términos más concretos, ¿qué es colocarse ante la realidad? Significa construir una relación de conocimiento, que es un ángulo desde el que comenzamos a plantear los problemas susceptibles de teorizarse.

Imaginemos que queremos analizar el conflicto social. Bien, ¿cómo puede ser nombrado éste? Si nos remitimos al pensamiento epistémico, nos tendríamos que abrir a muchas posibilidades que, de hecho, son las posibilidades que se contienen en la historia de las ciencias sociales. Podríamos pensar el conflicto social -en el sentido de ponerle un nombre- con un contenido, por ejemplo, desde la teoría del rol-set. Pero también podríamos pensar el conflicto social a partir de la teoría de los grupos. Si elegimos una u otra óptica, las posibilidades de encontrar contenido al problema llamado conflicto social son distintas. Incluso podría haber un tercer investigador social que diga ni rol-set ni teoría de los grupos, sino optar por la categoría de clase social.

Lo que decimos es sólo un ejemplo para dar cuenta de las múltiples posibilidades de teorización. No hay ninguna teorización
2 Idea que, por cierto, me la sugirió un alumno en un seminario en la división de estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM.

sino sólo las posibilidades, porque si trabajo estos tres ángulos como posibles teorías, como posibles categorizaciones del fenómeno del conflicto social, los contenidos a los cuales vamos a llegar son absolutamente diferentes. Y no podríamos decir que uno solo de estos hipotéticos investigadores está estudiando el conflicto social y los otros no, pero sí que las posibilidades de teorización y los contenidos de éstas plantean diferentes realidades al problema que se pretende conocer.

El pensar epistémico consiste en el uso de instrumentos conceptuales que no tienen un contenido preciso, sino que son herramientas que permiten reconocer diversidades posibles con contenido. Esto hace parte de lo que podríamos definir como un momento pre-teórico, el cual tiene un gran peso en las posibles teorizaciones posteriores. Decir pre-teórico significa decir construcción de relación con la realidad. Pero ¿qué significa, a su vez, esto? Significa que si nos estamos colocando frente a las circunstancias que queremos estudiar sin precipitar un juicio en términos de construir un predicado ya predeterminado con contenido sobre aquello que no conozco, entonces estamos distanciándonos de la posibilidad de anticipar nombres teóricos a un fenómeno que no conocemos, y ese distanciamiento frente a la realidad para no precipitar juicios teóricos que se van a expresar en enunciados predicativos es lo que, en términos más amplios, podríamos llamar “problema”. Es decir, si construimos un enunciado teórico -no obstante lo valioso y coherente que sea, o los amplios antecedentes bibliográficos que tenga-, pero lo construimos a través del método hipotético deductivo sin plantear este distanciamiento, que aquí estamos llamando “problema”, retroalimentamos aquello que señalamos al inicio: el desfase, el desajuste o el divorcio entre pensamiento y realidad.

Esto es así, porque el encadenamiento entre el pensamiento y la realidad no conocida es la capacidad que tiene el sujeto de construir problemas, y la construcción de los problemas no puede ser encajonada en términos de determinados contenidos ya conocidos. Volvemos a la advertencia de Bachelard: es más fácil llamar a las cosas con los nombres de siempre, en circunstancias en que se conoce el nombre pero no se conoce aquello que se quiere nombrar con ese nombre. Así, muchas veces las investigaciones quedan reducidas a investigar el nombre, pero no aquello que se nombra. Esto pasa en la economía, en la antropología, en todos los discursos porque es muy cómodo decir “yo he leído tantos autores y tengo tantos conceptos en la cabeza que preciso usarlos”, y obviamente “usarlos” es transformarlos rápidamente en nombres. Pero ocurre que, entonces, esa persona no está realmente construyendo conocimiento, porque si hay un requisito elemental en este ámbito, es precisamente, el de *construir el conocimiento de aquello que no se conoce*, no de aquello que se conoce. Éste es el fundamento de la principal función del pensamiento epistémico: éste funciona con categorías sin contenidos precisos y, en el quehacer concreto de la persona, se traduce en la capacidad de plantearse problemas. No necesitamos abundar en la dificultad que implica el plantearse un problema.

Construcción de problemas desde el pensamiento epistémico

Aquí hay varias cuestiones: las inercias mentales, la capacidad para plantearse problemas y la exigencia de no confundir problema con objeto. Sobre lo primero: los temores, el no atreverse, el estar pidiendo siempre reconocimiento de la autoridad, el estar constantemente refugiándose en la bibliografía, cobijándose en lo cierto o en lo verdadero, es olvidarse de la advertencia de Lakatos acerca de que si

el ser humano ha podido avanzar en el conocimiento, ha sido porque se ha atrevido a pensar en contra de todo lo que estimaba verdadero y cierto. En términos psicológicos esto es algo muy profundo: atreverse a estar en el desasosiego, a perder la calma, a perder la paz interior. Quien no se atreva, no va a poder construir conocimiento; quien busque mantenerse en su identidad, en su sosiego y en su quietud, construirá discursos ideológicos, pero no conocimiento; armará discursos que lo reafirmen en sus prejuicios y estereotipos, en lo rutinario, y en lo que cree verdadero, sin cuestionarlo.

Lo que está en juego -segunda cuestión- es la capacidad de plantearse un problema, practicar un razonamiento que no quede atrapado en los conocimientos ya

codificados; ser crítico de aquello que nos sostiene teóricamente, o sea, ser capaces de distanciarnos de los conceptos que manejamos, así como también de la realidad observada. Es decir, no solamente tenemos la obligación de distanciarnos de aquellas teorías que de alguna manera conocemos para no incurrir en una reducción de la realidad, sino también implica cuestionar lo empírico, lo que observamos, porque esto puede no ser lo relevante, puede ser sólo la punta del *iceberg*. Y esa punta del *iceberg* que miramos morfológicamente *no es el problema*; en el mejor de los casos, puede ser un tema -por ejemplo, el de la pobreza, la injusticia, la desigualdad, la opresión- que vamos a estudiar. Los temas pueden ser sólo enunciados que creemos claros porque son un recorte empírico de lo observable, pero en realidad solamente son un aspecto que asoma a la observación y, por lo tanto, ocultan la mayor parte de lo que son como problema. Esto se da con mucha frecuencia, por eso que no es de extrañar que las tesis, incluso las de maestría y doctorado, no van más allá del tema que es lo mismo que decir no profundizar más allá de lo morfológico, de lo observable, no son más que observaciones sin crítica a las estructuras de la información, no se constata un esfuerzo de problematización del tema. Problematización que significa estar

dispuestos a zambullirse en el agua y comenzar a ver qué hay más allá de la superficie, qué hay debajo de la punta del iceberg.

La cuestión fundamental no es comenzar a decir lo que hay debajo del agua o de la punta del iceberg, porque eso significaría reducir aquello que no está ni siquiera observado, y mucho menos conocido, a un conjunto de conceptos que manejamos y que creemos mecánicamente aplicables. Aquí es donde se ve casi analógicamente lo que significa “crear un problema”; en el fondo es zambullirse más allá de lo observable, y para eso hay que contener la respiración, que en el caso de la investigación, equivaldría a recurrir al pensamiento crítico, el cual hace las veces de oxígeno. Si queremos zambullirnos para ver lo que hay debajo del iceberg, debemos tener capacidad de crítica, y la capacidad de crítica significa no contentarse con lo que se ve, con lo observable.

En este sentido, los estadistas tienen muy clara esta cuestión (aunque el que la tengan clara no significa necesariamente que la resuelvan) que, para decirlo en sus términos, consiste en la relación que hay entre un indicador de algo y el *indicatum* de ese indicador, es decir, aquello que subyace a ese indicador. Si creemos que ese *indicatum* está todo reflejado en el indicador, cometeremos grandes errores conceptuales sin llegar a aproximarnos a conocer lo que queremos conocer. Hay que zambullirse para ver aquello que no se ve, que es el *indicatum*, que es el resto del iceberg. En la construcción de problemas, no hay que dejarse llevar por la observación morfológica, ni dejarse llevar acríticamente por la información o, para decirlo en términos más sintéticos, no creer que el tema que hemos podido enunciar, es el problema.

Para poder resolver esto -y aquí entramos a la tercera cuestión con relación a la formulación de problemas por el pensamiento epistémico- se requiere quizá resolver otra cuestión que en el

plano de la investigación es muy usual: *no confundir el problema con el objeto*. Podemos tener un objeto -el cual derivaremos de premisas teóricas- sin darnos cuenta de que éste supone implícitamente una construcción, de manera que de no estar alertas, correríamos el riesgo de construir conocimiento a partir de un objeto ya estructurado. En la medida en que no se haga el esfuerzo por construir el objeto desde el problema, también se puede caer no digo en confusiones, sino en falsedades. Por ejemplo, si el teórico “A” transformó el problema de la explotación económica en un corpus teórico -el cual tiene contenido y, por lo tanto, un objeto concreto identificable-, y no hacemos ningún esfuerzo por volver a plantear el problema de la explotación económica, sino que se repite la conclusión como objeto teórico construido en otro contexto histórico, es evidente que no estamos estudiando necesariamente el fenómeno, sino a lo sumo estudiando al autor “A” que dijo algo sobre el tema; mi esfuerzo se reduce a ver si lo planteado por ese autor mantiene la vigencia en un recorte de tiempo diferente, lo cual es muy distinto a decir que estamos estudiando el problema. Desafortunadamente es lo que se ha dado en América Latina de manera casi permanente, llevando a muchos autores a plantearse la necesidad de revisar el uso de conceptos, aún de aquellos que pensamos que son claros y con significaciones muy precisas.

La lectura de teorías en el pensamiento epistémico

Este punto se vincula de manera muy directa con la función más importante de lo que estamos llamando aquí pensamiento epistémico. Este se basa -como hemos visto- en la construcción de una relación de conocimiento, la cual, a su vez, consiste en demarcar problemas antes que construir enunciados con atributos teóricos. No obstante,

esta cuestión que es muy simple de decir, presenta varias dificultades. Mencionaremos sólo una para ir circunscribiéndonos a algunos tópicos: el problema de cómo leemos la teoría. Este es un tema que queremos privilegiar por una razón fundamental: porque es un tema que no sólo tiene implicaciones de carácter metodológico, sino también en el terreno pedagógico en un sentido amplio, esto es, en el marco de las políticas de formación, problemática que, por cierto no se restringe al ámbito preescolar o de la educación primaria, sino que está presente también en el nivel de los posgrados.

La cuestión a la que hacemos referencia es a cómo leemos. Todos sabemos descifrar las palabras, pero no necesariamente sabemos leer. Detrás de lo que llamamos pensamiento epistémico está la urgencia por saber leer los contenidos que todo mundo está recibiendo a través de las bibliografías de los distintos autores. Saber leer un texto es no restringir la lectura a lo que podríamos definir como el “procesamiento del contenido” o, para decirlo de otra manera, el procesamiento de sus conclusiones o la esquematización de un conjunto de proposiciones que el autor nos hereda para poder trabajar con ellas frente a las realidades que queramos. Esta sería una lectura en el sentido clásico, es decir, a la larga, una lectura exegética, pero reducida a los contenidos teóricos, lo cual me parece altamente insuficiente.

En el caso de las ciencias sociales en particular, hay que hacer un esfuerzo adicional y éste no es otro que tratar de leer los textos como lo que son: construcciones, el constructo mismo; leerlos desde lo que podríamos definir como sus lógicas constructoras. A lo que aludimos con “lógica constructora” es a tratar de reconocer detrás de las afirmaciones atributivas de propiedades que tiene un texto teórico, los problemas que pretende responderse el autor a través de tales proposiciones; es decir, reconocer cómo el señor “X”

construyó su problema y cómo lo termina teorizando. Esto es algo elemental, no en el sentido de simple, sino en el de fundamente. Si leemos un texto reduciéndolo simplemente al conjunto de proposiciones que el texto ofrece -lo cual siempre resulta fácil- lo que estamos haciendo es olvidar que detrás existe una lógica de construcción. Cuando decimos: “leamos las propuestas de Weber sobre la burocracia, sobre los movimientos sociales, sobre las religiones, sobre lo que fuere”, obviamente nos referimos a ir más allá de la mera proposición que haya podido formular en torno del fenómeno A o Z; supone, por el contrario, rastrear como construyó esas proposiciones, y ese “¿cómo construyó?” alude a lo que aquí de manera un tanto esquemática llamaba el discurso preteórico de Weber, o de Marx, o de Durkheim. Es el discurso implícito en su propia *construcción teórica*, la cual, de alguna manera, está basada en el uso de determinadas categorías, muchas de ellas no explicitadas sino, en la mayoría de los casos, implícitas en los textos. Es lo que los comentaristas de esos autores han llamado hasta hoy la génesis del pensamiento de Durkheim, de Marx, de Weber; es precisamente en la génesis donde es preciso descubrir el empleo de categorías desde las cuales ellos problematizaron y respondieron a sus problema a través de una serie de teorizaciones.

Las lógicas de construcción son muy claras en algunos autores, pero no en todos. Y a este respecto debemos traer a colación una cuestión importante. Uno de los problemas que tenemos hoy, a comienzos del siglo XXI, no solamente es el abuso de los textos de difusión o de resúmenes, sino también la abundancia de un cierto tipo de libros en los que no se ve claramente lo que estamos llamando lógicas constructoras. Esto demuestra que podemos estar -y lo planteamos como una hipótesis nada más y no como una aseveración- en presencia de una producción teórica débil (debemos distanciarnos del concepto de pensamiento débil de Vattimo).

Nos referimos más bien a que no siempre está claro cómo se construyeron las aseveraciones en torno a un fenómeno. Es importante tener en cuenta este aspecto para iniciar una discusión acerca de la función teórica actual.

Este problema de las lógicas de construcción, entonces, es fundamental, porque en tanto éstas se basan en el uso de categorías subyacentes, son lo que nos permite determinar si un pensamiento puede o no estar vigente más allá del contexto histórico en que se construyó. Cito a Gramsci cuando señaló que el gran problema del conocimiento social es poder construir un conocimiento que sea capaz de crecer con la historia. Este es el desafío, y no es una cuestión teórica sino epistémica. Hay categorías que resisten las mutaciones históricas más que otras; pueden ser categorías que se mantienen vigentes más allá del periodo histórico en el cual se forjaron inicialmente y, por tanto, son susceptibles de ser recuperadas como elementos constructores de otros conocimientos en diferentes contextos históricos.

El tiempo y la complejidad de lo real

El pensamiento tiene que seguir a la historia en el sentido de adecuarse creativamente a los cambios de los procesos históricos. Esto supone asumir muchas cuestiones, por lo menos dos que son básicas: una, que los fenómenos históricos no son fenómenos lineales, homogéneos, simétricos, ni están sometidos a la mecánica celeste; son fenómenos complejos en su dinamismo, en el sentido en que se desenvuelven en varios planos de la realidad, no solamente en uno, porque son a la vez macro y micro-sociales. Esto supone, que

tenemos que estudiar esos fenómenos históricos en varios recortes de la realidad y no solamente en uno. Ésa es una primera exigencia.

La segunda involucra al problema del tiempo. Las temporalidades de los fenómenos son muy variables, los tiempos son múltiples, no hay un solo tiempo que fije el fenómeno, sino muchos tiempos y eso, evidentemente, es uno de los grandes desafíos para el conocimiento. Existe una tendencia a lo factorial, a reducir el fenómeno complejo a un factor o conjunto de factores y analizar éstos en términos de la lógica de determinación causa y efecto. El problema es que eso no siempre ocurre en los fenómenos sociales, pues puede haber múltiples factores aplicables o existentes en distintos niveles de la realidad. Los fenómenos históricos no ocurren de manera plana, longitudinal, sino tienen lugar a través de coyunturas, las cuales forman parte de los procesos, de las tendencias a largo plazo, lo que tenemos que tomarlo en cuenta. Y por último, los procesos socio-históricos no son solamente económicos, políticos, sociales, institucionales, etcétera, sino que conforman una constelación, están relacionados entre sí, son parte de una matriz de relaciones complejas, que los lleva a que se determinen recíprocamente lo económico con lo político, lo político con lo cultural, y así sucesivamente.

Por otro lado, los fenómenos histórico-sociales hacen parte no solamente de contextos y de relaciones múltiples dentro de distintos niveles de la realidad, sino también de contextos de significaciones -por usar un término-, o de universos de significaciones. Por ejemplo, desde una perspectiva numérica, ser pobre en Bolivia, quizá no sea comparable con ser pobre en otro país; porque el ser pobre en un país con un contexto cultural determinado, con una carga simbólica específica, en otro país que tiene una simbología diferente (por lo tanto una carga de significaciones diferentes), sin duda transforma

cualitativamente el fenómeno. Aludo con esto a que no solamente están las complejidades anteriores, sino que, además, los fenómenos son universos de significación, lo que aquí de alguna manera estamos tratando de llamar cultura.

En el concepto de cultura está presente el hecho elemental de que cualquier fenómeno social que queramos estudiar, ya sea en corto o en largo plazo, es construcción de los seres humanos, de los sujetos, pero no de uno solo, sino de muchos sujetos. Quizá uno de los grandes desafíos que nos hereda el siglo XX sea precisamente la complejidad de los sujetos que construyen la historia, que están detrás de los fenómenos que queremos estudiar y que son demasiado complejos; sujetos múltiples que tienen distintas características, variados espacios, tiempos diversos, y visiones diferentes del futuro desde las cuales construyen sus realidades.

En síntesis, todo esto es lo que de alguna manera está detrás del enunciado “pensamiento y cultura en América Latina”; porque América Latina es una construcción de sujetos que se están transformando y que, a su vez, construyen realidades distintas a las que pueden eventualmente surgir en otros contextos culturales, como pueden ser lo asiáticos, los europeos, los africanos, o los norteamericanos. En la medida en que eso no lo tengamos en cuenta, evidentemente el conocimiento, en esa a veces absurda pretensión de universalidad, no va a ser nunca un conocimiento real, porque la realidad del conocimiento no está sólo en la universalidad, sino en lo que aquí llamamos *pertinencia histórica del conocimiento*. Ésta se refiere a la capacidad del conocimiento para dar cuenta de la especificidad de los fenómenos, que es lo que resulta de entender a estos como ubicados en contextos muy complejos de relaciones múltiples y en distintos tiempos. Es un desafío, si es que realmente queremos llegar a construir un conocimiento que permita reconocer posibilidades de

construcción y que no se limite simplemente a describir lo que ya se ha producido o se circunscriba nada más a dar cuenta de lo que ya da cuenta el discurso dominante. Es el problema. ¿O es que la realidad social, económica, política e incluso tecnológica, se agota los parámetros del discurso dominante?

Hay mucha ciencia social que lo cree así y hace ciencia, a veces rigurosa, al interior de los parámetros del discurso dominante, como si la realidad de la sociedad humana se redujera a los contenidos de ese discurso que hoy día es uno y mañana puede ser otro. La realidad es mucho más que eso, porque está siempre dentro y fuera de los límites del conocimiento, sea dominante o no. Por lo tanto, para poder reconocer esa realidad que está fuera de los límites de lo que se dice que es lo real en el plano de la economía, o de los sistemas políticos, etcétera, necesitamos aplicar un razonamiento mucho más profundo, que rompa con los estereotipos, con los pre-conceptos y con lo evidente. Ésa es la función de lo que aquí he llamado pensar epistémico; esto es, plantearse problemas a partir de lo que observamos pero sin quedar reducidos a lo que observo, sino que ir a lo profundo de la realidad y reconocer esas potencialidades que se ocultan, que son las que nos van a permitir construir un conocimiento que nos muestre posibilidades distintas de construcción de la sociedad.

Quisiera concluir con esa vieja advertencia de Braudel, el gran historiador francés, y que siempre habría que recordarla: “así como un país no tiene sólo un pasado, tampoco tiene sólo un futuro”.

2. Sujeto y conciencia histórica como ángulo de construcción del conocimiento

A todos los hombres les
es concedido conocerse

A sí mismos [...] Por
muy lejos que vayan no
hallarán los límites del
alma: temor profundo en
sus logros.

La multiplicidad de
los conocimientos no
proporciona sabiduría.

HERÁCLITO

Buscamos definir un ángulo para la construcción del conocimiento que refleje la exigencia de colocación ante las circunstancias del sujeto en su condición histórica. Sujeto histórico como aquél capaz de ubicar al conocimiento que construye en tanto parte de sus opciones de vida y de sociedad. Esto implica tener que romper la tendencia a cosificar la realidad como simple externalidad, que envuelve a los sujetos de manera inexorable, para concebirla como una constelación de ámbitos de sentidos posibles.

El esfuerzo exige concebir a la historia desde el ser sujeto con capacidad de construcción de sentidos. El ser humano tiene que partir resolviendo la naturaleza de su relación con lo que lo rodea, lo que se traduce en una conjugación de elementos propios de su estar-siendo, pero también de otros que le son ajenos. Es lo que implica concebir a la historia desde el papel del sujeto, pues obliga a transformar a la objetividad en una constelación de ámbitos de sentido. Lo que se traduce en tener que organizar la comprensión de los procesos históricos desde la recuperación de las fuerzas gestantes, que están ocultas detrás de todas las formas, pero que se desplazan en diversos tiempos y espacios, fuerzas entre las que cabe destacar la necesidad de ser sujeto que, aunque callada, nos constituye.

El planteamiento obliga a enfocar al sujeto desde sus límites y potencialidades sin reducirlo a los límites fijados por sus determinaciones históricas. En esta dirección, los límites de los conceptos con los que pensamos tienen que ser transgredidos para convertirlos en posibilidades de renovados contenidos, según la capacidad de construcción de los sujetos.

En el plano de la vida cotidiana significa transformar lo indeterminado en horizontes que se contienen, aunque disfrazados, en la misma cotidianidad. De ahí que el desafío del ser humano es mantener, a lo largo de su vida, su capacidad de asombrarse para transformar al asombro en imperativo de conciencia, y a éste en necesidad de mundo.

Interesa comenzar la discusión con preguntas acerca de si la exigencia de razonamiento, como las señaladas, se encuentra, y en caso de encontrarse, con qué modalidades, en propuesta de análisis ya elaboradas. Es lo que deseamos abordar confrontando las contribuciones de autores que nos parecen relevantes desde distintas

ópticas. Empero, como lo que decimos tiene implicaciones sobre el discurso teórico en general, creemos importante partir con algunas reflexiones acerca de la naturaleza de este discurso en el contexto de la sociedad contemporánea.

Es preciso comenzar con el ángulo desde el cual se organiza el pensamiento, abandonando la estructura sujeto-objeto; esto es, anclando el conocimiento desde el sujeto como tal. En este sentido, habrá que desarrollar propuestas para desarmar las argumentaciones de contenidos teóricos con pretensiones de universalidad, en forma de mostrar qué es lo que reflejan y, en consecuencia, develar qué es lo que ocultan como descripciones de la realidad entendida como “objetiva”.

Criterios de desarme que deben permitir reconocer la naturaleza del estatus que ocupa la teoría, sus parámetros (por ejemplo, los que provienen de la tecnología) y la posibilidad de cambiarlos, así como cuáles serían las consecuencias sobre el pensamiento en general y el teórico en particular. No solamente en lo que se refiere a las nuevas estructuras categoriales, o a las modalidades nuevas en lo que respecta a la construcción de la relación de conocimiento, sino en cuanto a cómo responder a los desafíos actuales vinculados con la crisis de la legaliformidad, en particular con la idea de progreso; en consecuencia, la influencia que este modo de pensar y de construir el conocimiento sociohistórico tiene sobre el sujeto y, por consiguiente, sobre el lenguaje del pensamiento.

Los criterios de desarme responden a una reflexión orientada a ubicar al sujeto desde la tensión que surge de ser el hombre, por un parte, la negación de su estado en tanto expresa la necesidad de trascenderlo, a partir de no aceptarse como agotado; y de otra, el hombre como la sumisión a parámetros que lo cosifican en una identidad quieta y subordinada, que le hace olvidar y negar,

en aras de una paz misteriosa e imposible, su condición agónica en la acepción de Unamuno. O sea, de lucha, “luchando contra la vida misma”; luchando “con la vida que pasa por la vida que se pueda”; luchando “contra el eterno olvido”, “el esfuerzo del hombre [por] dar finalidad humana a la historia”³ Tensión que alimenta el desafío por reconocer la dialéctica interna del sujeto para desenvolver su capacidad para transformarse en sujeto constructor, lo que se corresponde con una forma particular de conciencia: la conciencia histórica.

Esta conciencia, al expresar el movimiento interno del sujeto y orientarse hacia la construcción de espacios para ser sujeto erguido convierte al conocimiento en una postura ética. Por ello hay que poner al descubierto los parámetros que mantienen al pensamiento prisionero de las determinaciones que sirven de marco para un razonamiento ceñido a las exigencias de regularidades, el cual se manifiesta en un discurso donde el ser humano es un espectador. De ahí que el desafío deba ser poder romper con esta orientación legaliforme, predictiva, y en su lugar poner el acento *en lo constitutivo desde lo potencial abierto a construcciones posibles*.

Lo anterior es congruente con la reivindicación del ser humano desde su estar-siendo en los espacios existenciales, espacios de opción ética que contienen, tanto a los presentes potenciales como inerciales, con lo que esto implica en determinaciones que transformen el curso de la historia. Se alza aquí la voluntad como reconocimiento de opciones de sentido, en lugar de la voluntad como expresión micro-social de las tendencias macro-históricas.

¿Se trata del hombre *de* la historia?, ¿del hombre *en* la historia?, ¿o del hombre *por* la historia? Pero, ¿qué pasa *con* el hombre?, ¿dónde está?, ¿en el uso parametral del pensamiento, de

3 Miguel Unamuno, *La agonía del cristianismo*, Alianza, pp. 25-27.

un pensamiento sin opciones, hay un hombre?, ¿cómo reconocerlo?, ¿en qué consiste querer ser sujeto? Quizá en la posibilidad de crear sentido a partir de reconocer espacios para ser sujeto, pues si no fuera por ello, ¿de qué sirve la infinita libertad de que habla Vattimo?

Ser hombre es serlo todos los días, para todos los días, estar recién llegado.

Pero no como metáfora sino como manifestación del esfuerzo de que podemos y queremos dar a nuestra existencia un significado histórico: estar-siendo desde lo inagotable de la relación con los otros, para los otros y desde los otros; de manera que el pensamiento permanezca abierto a las posibilidades de nuevas re-articulaciones entre voluntad y tendencia, así como a las posibilidades de diferentes voluntades según la naturaleza de los espacios para emerger como sujeto. El estar ha de permanecer abierto a diferentes posibilidades del siendo, en la medida que el sentido del siendo no se agota en ninguna estructura de parámetros, lo que es la garantía de potencialidad. Porque la historia del porvenir es la que surge de la necesidad de vida, historia del hombre común, callado, cotidiano, pero que como siempre será la que resista la tecnologización del sí mismo en tanto lenguaje actual del poder.

El esfuerzo por recuperar la potencialidad como articulación entre voluntad-acción y sus posibilidades de reconocer márgenes en los marcos de las determinaciones (que se traduce en una inflexión en el tránsito desde lo constitutivo en productos, ya que lo producido no es la única realidad posible), nos plantea tener que ser cuidadosos para no reducir lo real a lo que se pueda teorizar partiendo de las cristalizaciones históricas. Debemos estar atentos a no confundir lo que es posible de teorizarse con la resolución de particulares determinaciones de tendencias; por último, tampoco convertir a lo tendencial en el único parámetro para organizar la lectura de lo real.

En efecto, el ser humano, al subordinarse a un *logos* racional, ha condicionado todas las formas de relación con el mundo a las exigencias de explicarlo, con lo que ha contribuido a potenciar algunas de sus facultades, como las intelectuales, en desmedro de otras como las emocionales. Por ello, cuando se plantea una ampliación de la relación con el mundo se rompe con un *logos* de esa naturaleza, siendo congruente con la incorporación a la actividad del pensar de la dimensión existencial. Lo que obliga a comprender al conocimiento como parte de una relación inclusiva y significativa con la exterioridad al sujeto, que es congruente con concebir al conocimiento como una postura ética.

De lo que se derivan algunas consecuencias como el rompimiento con la tradición teórica-explicativa que ha determinado un sentido del pensar y de teorizar dando la espalda a la condición efímera del sujeto humano. En verdad, ¿cuál es el sentido de teorizar con pretensiones de universalidad desde el ángulo de una humanidad precaria? Pensamos en el esfuerzo del hombre por dar cuenta de sí mismo y de sus circunstancias desde el énfasis de su absolutización, pero dejando en el olvido o descartando como irrelevante su condición pasajera.

Tanta pretensión y ampuliosidad, tanto vericuetos que omite lo central, tanto esfuerzo por dar cuenta del todo en forma permanente, cuando la cuestión estriba en reconocer el sentido que todos estos constructos teóricos asumen desde la transitoriedad y finitud. Cuánto devaneo de respuestas sin acompañarse de las preguntas centrales, como ¿en qué consiste nuestra riqueza como herederos de una larga tradición?, ¿“podemos conocer” aquello que conforma el contorno donde vivimos?, ¿debemos conocerlo?; pero, ¿en qué consiste conocerlo?, ¿es acaso un objeto teorizable?, o bien, ¿para estar en la realidad es necesario transformarla en contenido

de un corpus?, ¿son estos corpus expresión de nuestra conciencia, o más bien, la conciencia, haciendo un analogismo con una sentencia bíblica, camina siempre delante de ellos?, ¿el esfuerzo por ordenar “a lo real” en estructuras conceptuales no debilita nuestra capacidad para colocarnos ante lo circundante?

La segunda de las consecuencias aludidas es entender el significado del despliegue del sujeto como espacio-sujeto. En éste se contiene la posibilidad de multiplicar infinitud desde la mortalidad misma, porque conduce a un pensar que define la potencialidad desde la necesidad básica que consiste en la finitud del sujeto. De manera que el despliegue se abre desde la incompletud en su tensión por realizarse en forma que de ella se desprende la categoría *por-darse* para comprender la relación sujeto-exterioridad, así como al mismo sujeto. Por eso éste deviene en el esfuerzo por completarse en la construcción de mundo, lo que incluye su relación con la tecnología.

El despliegue es una forma de concebir la condición de vida desde la dialéctica determinación-construcción de realidades: esto es, como manifestación del sistema de necesidades, aunque, simultáneamente, generadora de necesidades. Principalmente conforma el ámbito de la *necesidad de...* donde se forja el sentido que se traduce en conciencia y voluntad; *necesidad de...* que es el núcleo de subjetividad donde se puede reconocer la autoconciencia como capacidad para enfrentar los límites y sus aperturas, la capacidad para asumirse como sujeto desde el estar-siendo. Por eso ser humano consiste en la voluntad de transformación de lo real-objetivo en mundo.

Los desafíos que nacen del ángulo de razonamiento que desarrollamos hay que confrontarlos con otras propuestas, para precisar si en ellas, más allá de sus contenidos explícitos, están

incorporados elementos posibles de recuperarse para enriquecer la posibilidad para desenvolver al sujeto como sujeto-mundo.

Si la creación intelectual contiene embriones para el rescate del sujeto-mundo, estamos en condiciones de afirmar que se está produciendo una convergencia en la dirección a una forma de pensar que haga del sujeto su eje vertebrador, en vez de serlo exclusivamente el objeto; y así avanzar hacia nuevas premisas del pensar y del estar en la realidad-mundo, aproximándonos a la plenitud de la conciencia de ser-estando en la historia: esto es, saber colocarse ante lo exterior y ante sí mismo.⁴

En consecuencia, se abre el espacio para una recuperación del pensamiento en su función tanto constructora de conocimiento como reflexión acerca de la condición humana. Se muestra el auto-desafío del sujeto, en su necesidad de ser, tanto en su soledad como en su misterio. Pues, pudiendo la soledad ser nuestro misterio, la conciencia que desarrollamos de ella es nuestra verdad, la cual deviene en humanidad cuando convertimos en posibilidad de encuentro con otros. Todo lo cual exige de la mirada propia del instalarse en la historicidad para, a su vez, hacer de la historicidad un imperativo de voluntad. Voluntad que exprese el existir simultáneamente como disposición y capacidad para plasmar al ser-estando en cualquiera de los espacios de despliegues posibles.

En este planteamiento se tienen que esclarecer muchos implícitos para entender los alcances del concepto de necesidad de ser sujeto. No parece haber una respuesta ontológica a la cuestión, ya que, desde nuestra perspectiva, se enlaza con la comprensión de la historicidad como ángulo de razonamiento. El cual permite entender

4 Es difícil reconocerse en el estar, pues siempre nos mediatizan objetos. Transferimos el acto de voluntad a la posesión de objetos que representan la emergencia en la externalidad, en vez de reconocer la fuente de todo acto de voluntad en el ser-transcurrir.

que el significado del concepto de necesidad es muy diferente al que puede asumir desde una perspectiva puramente existencialista. Más bien su contenido refleja la aceptación de lo indeterminado como consecuencia del movimiento de lo real, por lo tanto del mismo hombre; presencia de lo indeterminado que obliga a un esfuerzo de articulabilidad que rompa con los parámetros que encuadran los espacios del pensamiento y que obligan a razonar a todos los límites de manera abierta.

Si se tratara de resumir el desafío que plantea la función epistémica de la historicidad sería el de asomarse a lo desconocido, esto es, de impulsar a pensar y explorar a lo no dado. Lo importante de destacar es que este asomarse se corresponde con tener que asumirse como sujeto; pero no solamente como sujeto pensante sino también con todas sus otras facultades que, desde la actitud en que se apoya este atreverse a pensar, se traduce en requerimientos no estrictamente lógico-epistémicos sino también existenciales, a partir de comprender que cualquier situación dada contiene el despliegue de lo dado como es su transcurrir.

Es así como, para establecer los modos de relación con lo “externo” al sujeto, se tiene que partir por aceptar que toda realidad es un espacio de posibilidades que, en tanto tal, conforma ámbitos diversos para ser activados por el propio sujeto. Razón por la cual éste se encuentra orientado a invocar a lo nuevo que es lo que configura el sentido de sus propias prácticas, sean individuales o colectivas. Y que en otros ordenes de problema plantea exigencia acerca de cómo ser nombrado.

En relación con las potencialidades del sujeto

El proceso de subordinación y empobrecimiento de la riqueza humana ha sido anticipado por muchos autores. Eric Fromm, en 1968, lo decía de manera clara cuando analizaba la deformación producto de la técnica y del consumo material que “hizo que [el hombre] perdiera contacto con él mismo y con la vida”; diagnóstico que sintetizaba en preguntas como las siguientes: “¿estamos frente a un dilema trágico e insoluble?, ¿hemos de producir gente enferma para tener una economía sana, o existe la posibilidad de emplear nuestros recursos materiales, nuestros inventos y nuestras computadoras al servicio de los fines del hombre?, ¿debe la mayor parte de las personas ser pasivas y dependientes a fin de tener fuertes organizaciones que funcionen bien?”.⁵

Diagnóstico y preguntas que resumen el contexto en que hemos ubicado nuestras reflexiones. Pero cualesquiera sean los mecanismos que exploten al hombre y le impidan su desenvolvimiento, es posible rastrear la huella de una búsqueda ya comenzada, aunque no siempre como un propósito central, sino como insinuaciones sugeridas de manera lateral, incluso, a veces, fortuitas y contingentes. Aunque también se da el caso de ser esta búsqueda parte de argumentaciones de fondo, aun cuando ocultas, con pretensiones de teorización de carácter general.

Desde la perspectiva del sujeto se plantean grandes bloques problemáticos en el esfuerzo por construir un pensamiento que contribuya a crear la postura necesaria para asumirse como constructores de realidades (en el espíritu de las tesis de Fauerbach, así como en el espíritu agónico, o de lucha). Tematizaciones que

5 Eric Fromm, *La revolución de la esperanza*, FCE, México, 1970, p. 14.

definen un camino en donde muchos de cuyos tramos han sido abandonados, o aplastados por la lógica de la eficiencia y de la rapidez, propios de esa gigantesca y fatal reducción del mundo a un conjunto de objetos sometidos a la lógica de la apropiación, y, en consecuencia, del mismo sujeto a la condición de depredador.

Movimiento interno del sujeto que incluye los inicios inciertos, las angustias por saberse incompleto, los momentos azarosos así como los temores a lo desconocido y los desafíos de la lucha, propios de ese discurso de lo agonal. Lo agonal como manifestación del existir todavía sin mediación de orden ni de direcciones precisas, pero donde enraíza la fuerza de dar los grandes saltos en el conocimiento, en el arte o en la política que se incorporan al forjamiento del pensamiento y de la voluntad; fuerzas que no están ceñidas a las formulas pulidas y equilibradas de lo “apolíneo”.⁶

6 En relación con este término y su opuesto, lo dionisiaco, lo utilizamos en la acepción en que lo emplea Nietzsche en su libro *El nacimiento de la tragedia* (Biblioteca EDEF, Madrid, 1998). Los recuperamos en cuanto uno de ellos, lo dionisiaco, permite dar cuenta de las fuerzas de la naturaleza y del hombre que pugnan por expresarse, pero como éste mediatiza en su esfuerzo apolíneo por encontrar un equilibrio que no trascienda las apariencias, ocultando de este modo el fondo que lo atomiza; de lo que resulta que el hombre nunca llega a ser “estimulado hasta la exaltación máxima de todas sus capacidades simbólicas” (Nietzsche, *op. cit.*, p. 79). Por consiguiente, lo apolíneo implica el empeño por mantenerse en la apariencia de una armonía construida para defenderse ante “esa enorme desconfianza frente a las potencias titánicas de la naturaleza, aquella Moira que reinaba sin piedad más allá de todos los conocimientos” (*Ibid.*, p. 73).

Lo apolíneo y lo dionisiaco son formas diferentes en que se puede hacer presente, y ser reconocida, la necesidad de vida, que, en palabras de Nietzsche, lleva a plantear la búsqueda de una “expresión no maquillada de la verdad”, al contraste “entre esta auténtica verdad de la naturaleza y la mentira de la cultura que adopta la actitud de ser la única realidad” (*Ibid.*, p. 103). Pero la naturaleza entendida no solamente como aquello que rodea al hombre sino también a la de la intimidad de éste, no restringida a una visión evangélica, sino incluyendo la terrible visión de Cioran.

En nuestra discusión se trata de encontrar el equilibrio, no paralizante, entre lo brillante y sus formas pero sin reducirse a una identidad de equilibrio, por cuanto la misma búsqueda del hombre las trasciende en la medida que está abierta a su propia transformación. Por consiguiente, se pretende recuperar a lo humano como fuerza de la naturaleza, no solamente de la cultura, fuerza que se traduce en la capacidad por convertir a lo ajeno y distante, a lo agresivo e

Se hace necesario, entonces, volver a recuperar el ciclo completo del caminar por el mundo como sujeto que se va haciendo a sí mismo, y descubriendo que a la vez se van ocupando espacios para gestar mundo. Poder abordar al sujeto en tanto conformador de campos de realidad desde su emergencia como portador de futuro, en la medida que su condición reside en el permanente tránsito hacia lo esperado. Detención que es anterior al salto donde lo agonal es la condición para volver a mirarse y recuperarse desde la hondura sin formas de lo que se está gestando.

Nacimiento, crecimiento y caída de los sujetos que encuentra su correlato en la conciencia de su movimiento. Conciencia que se abra hacia una necesidad de sentido propio de la capacidad de construcción histórica.

En lo incierto y en lo incompleto, así como en lo desconocido, se encuentran presentes los esfuerzos por dar al desarrollo de la historia, personal y social, una perspectiva de ampliaciones crecientes. Son condiciones de conceptualización que se refieren a situaciones límites que pueden tener diferentes respuestas, por lo que hay que cuidarse de la generalización, a veces falaz, así como de los analogismos. Las exigencias en que se traduce la raíz agonal de la existencia da lugar a conceptos ajenos al discurso científico, ya que más bien son propios de la condición existencial del sujeto que puede perturbar la claridad y coherencia del discurso del intelecto, en cuanto reflejan la integridad de un sujeto-sujetado a las potencialidades de sus despliegues.

Este movimiento del sujeto que se atreve a vivir en la tensión e incertidumbre determina que el conocimiento surja como indiferente, en ámbitos de sentido desde los cuales tiene lugar el desenvolvimiento del hombre. En este marco, lo apolíneo simboliza el miedo que lleva al control de sí mismo por el hombre, y por lo tanto a no atreverse a enfrentar los desafíos que lo circundan, a pesar de ser parte de su propia naturaleza.

un juego, tal como lo rescata Huizinga, entre lógica y antilógica, cuya significación “no reside únicamente en el valor lúdico de esta forma, [pues] se propone también expresar en forma contundente la eterna incertidumbre del juicio humano: se puede decir así y se puede decir lo contrario”.⁷ Así es como el ejercicio de la pregunta es parte de la necesidad del espíritu humano por invocar lo desconocido. “Las palabras de [estos] viejos sacerdotes cantores se ciernen perpetuamente sobre las puertas de lo incognoscible [...] podemos decir que en esta competencia cultural nace el pensar filosófico, no en vano juego sino en juego sacro”.⁸ Disposición hacia el juego de preguntas que hunde sus raíces en el alma infantil cuyas preguntas son fundamentalmente de carácter cosmogónico. Búsqueda que no puede superarse por la lógica científica por amplia y sistemática que sea, en razón de que es un residuo problemático que nos acompaña y constituye más allá de todo juicio.

Como se ha señalado, “todo pronunciamiento de un juicio decisivo se reconoce en la propia conciencia como no perfectamente concluyente”;⁹ por eso se puede sostener que cualquier formulación orientada a definir relaciones de determinación supone enlaces referidos a contornos posibles de transformarse en contenidos comunicables. Pero estos enlaces, al definir ángulos desde donde pensar, obligan a romper con los parámetros que rigen las estructuras establecidas de enunciación. Es el papel que cumplen las categorías de razonamiento para traspasar, según las urgencias renovadas por cada momento histórico cultural, los universos semánticos que atrapan al pensamiento convirtiéndose en sus parámetros.¹⁰ Es la

7 Johan Huizinga, *Homo Ludens*, Alianza EMECÉ, Buenos Aires, 1968, p. 181.

8 *Ibid.*, p. 131.

9 *Ibid.*, p. 251.

10 Es la presencia de la historicidad en el desarrollo del pensamiento científico, así como en la misma estructura del sentido común cotidiano.

constante lucha por definir desde donde se construye el significado de los contenidos cognoscentes.

De ahí que la idea de juego se corresponde con la exigencia de romper parámetros en base a que el juego expresa la necesidad de ser sujeto, de reafirmarse y reconocerse como tal, al enfrentarse a lo incierto y desconocido. No obstante, es una necesidad que con el desarrollo de la cultura va “deslizándose poco a poco hacia el fondo”, pasando “en una gran parte, a la esfera de lo sagrado”, quedando “en el trasfondo de los fenómenos culturales”.¹¹ Y conformando ese sedimento que, al ser magma sin forma, no es fácil que encuentre una expresión directa.

En esas profundidades se encuentran filosofía y poesía.¹² Lo que decimos se traduce en el desafío de los contornos que mudos hacen sentir su presencia sobre el pensamiento, como las montañas en una noche cerrada se ciernen, sin verse, sobre el viajero que anda tras la vigilia del camino. Ello exige del ejercicio de la problematización como una modalidad de juego para construir proposiciones que puedan permanecer abiertas a los contornos, sin limitar el libre pensar ni su posible traducción en pluralidad de significaciones. Ahora bien, el principal contorno que rodea al pensamiento es el propio sujeto pensante en su existir.

Como se ha dicho, la existencia requiere de sus propias categorías para no perder la pasión en el pensamiento cuando éste se ha parametrizado. Es la distinción entre lo apolíneo y lo dionisiaco como dos modalidades de necesidad de vida, por lo tanto de ser sujeto, pero que no pueden excluirse en tanto “la conciencia apolínea no era más que un velo que ocultaba [...] este mundo dionisiaco”.¹³

11 J. Huizinga, *op. cit.*, p. 64.

12 Francis Bacon decía que “la poesía es como el sueño de una doctrina”.

13 Nietzsche, *op. cit.*, p. 71.

Donde lo dionisiaco es el mundo con todas sus demandas, más allá del bien y del mal, frente a las cuales el hombre se protege desconfiando de “las potencias titánicas de la naturaleza”. Pero que plantea los desafíos de ser hombre elevando lo real a un plano en que las respuestas a la vida pueden tomar la forma de desenvolver y potenciar la necesidad de ser sujeto.

Lo apolíneo, en este sentido, representa el intento por enfrentar aquello que rodea al hombre como fuerza desbordante para que pueda apropiarse de lo posible, mediante el esfuerzo por metamorfosear lo ajeno, lo agresivo e indiferente, en espacios de su desenvolvimiento desde donde construir su mundo de sentidos. Es el esfuerzo por darle a la historia, como pedía Unamuno, una finalidad humana. Armonía, equilibrio, control, autoconciencia, que no pueden llevarnos hasta olvidar esos desbordes de humanidad. El papel de la poesía consiste en rescatar esa humanidad aplastada, pues “no se sitúa fuera del mundo como una imposibilidad fantástica del cerebro del poeta; ya que debe ser precisamente lo contrario, la expresión no maquillada de la verdad, y por ello precisamente debe arrojar fuera de sí el atavío mentiroso de esa pretendida realidad del hombre de cultura”.¹⁴ De manera de hacer surgir lo que ocultan las apariencias transformándolas en puentes hacia otras realidades que no vemos, en forma de “apuntar a la existencia en el perpetuo sucumbir de las apariencias [...], querer la verdad y la naturaleza en su potencia suprema”,¹⁵ como lo exige el hombre dionisiaco.

Son formas de trascendencia del sí mismo plasmadas por los desafíos para seguir haciéndose, que expresan el trasunto de lo que bulle pero que nunca se agota en su forma histórica: el devenir inacabable. Es lo desconocido e incierto transformado en modos de existencia que encuentren el equilibrio entre lo bullente y sus

14 *Ibid.*, p. 103.

15 *Ibid.*, id.

formas, sin recurrir a identidades a priori que nos protejan de la búsqueda en la quietud de establecer comunicación con otros.

Lo que decimos es manifestación de la necesidad del sujeto por romper con el cerco de significados y certezas del discurso parametrizado que nos envuelve. Y que no es sino la formulación epistémica del problema filosófico del ser; la realidad desconocida, por no estar devenida, pero como historización posible.

El ser como expresión de la necesidad de pensar-ser como sujeto potencial ante aquello que nos hace ser un yo pensante y actuante. El ser como la necesidad del discurso sobre lo necesario, y lo necesario como lo opuesto al discurso de predicados sobre objetos; discurso que no se agota en la apropiación de ningún objeto particular. El ser como la posibilidad de la multiplicidad de objetos en base a su misma necesidad. El ser como el límite que hace a la condición de existencia en su calidad de cierre, pero que también es condición de existencia en su apertura (ser – no ser del ente); el ser como la necesidad de límite que se contiene en su misma necesidad de trascendencia.¹⁶

El ser como la formulación de la incompletud; la necesidad de ser desde el temor y la incertidumbre a aquélla, ser como la potencialidad de significados, como lógica de lo constituyente de cualquier modalidad de apropiación de objetos. Por último, el ser como la experiencia de la colocación ante lo indeterminado que llega a ser: la libertad. Es la historia como el imperativo para ser sujeto.

Es evidente que lo que decimos adolece de la limitación de representar una apuesta al hombre sin considerar que muchos

16 Mirar el horizonte, superando las contingencias donde la necesidad de vida se dificulta, porque tendemos a vernos en nuestros cierres más que en nuestras posibilidades, en razón de que nuestra relación con el mundo tiende a quedar atrapada en objetos que expresan fundamentalmente a lo constituido.

hombres empobrecen o anulan su necesidad de ser sujeto. Pero el planteamiento se ubica en el marco de la autoexigencia contenida en un enfoque epistémico que no es cómodo sino, por el contrario, a veces hasta puede llegar a ser doloroso. Y que se enmarca en la relación dialéctica entre dos disposiciones: asomarse y asumirse. La capacidad de escudriñar lo no explorado y todavía desconocido exige al hombre un atreverse a asumirse como tal. Es una consecuencia del planteamiento epistémico acerca del problema del ser que expresa las exigencias que tiene el desafío de pensar sobre el sujeto desde el ángulo de la historicidad.

En efecto, la historicidad plantea que pensar es la actividad para descubrir lo necesario. Esto implica establecer relaciones de conocimiento desde el presupuesto de la trascendencia de lo dado, de manera que el pensamiento no quede atrapado en las determinaciones de objetos, lo que obliga, a su vez, a pensar que cualquier denotación conceptual contiene una potencialidad vasta de significados posibles.

La cuestión de pensar a lo necesario de darse, más allá de las lógicas de construir identidades o contenidos claros, coherentes y posibles de ser comunicados, se corresponde con un modo de organizar al pensamiento rompiendo con el límite de las funciones cognitivas, pues reivindica la capacidad de pensar desde todas las facultades del hombre. Ello nos coloca ante la necesidad de distinguir entre los conceptos que están referidos a circunstancias en la perspectiva de su apropiación, en contraposición con los que apuntan al sujeto mismo. Los primeros muestran el trecho que hay que recorrer por el sujeto para que pueda lograr su propósito de apropiación, como es la situación de cualquier argumentación teórica sobre un problema y/o fenómeno que se busca explicar o comprender; función cognitiva que nos muestra la facilidad o

dificultad, mayor o menor, para desde el conocimiento construido influir en su desarrollo o afrontar sus consecuencias.

En contraposición a estas construcciones conceptuales concernientes a realidades externas al sujeto, están las que implican de modo insoslayable al sujeto mismo, por lo tanto que no refieren a externalidades sino a los espacios de autonomía del sujeto desde donde éste puede asumirse, como lo son las estructuras conceptuales relativas al querer ver, autocontrolarse, búsqueda de lo inédito, rompimiento del límite, en cuanto formulaciones orientadas a la autoexigencia del sujeto para colocarse ante sus circunstancias, sin quedar sometido a la simples argumentaciones sobre lo que es aquello que nos rodea.

En esta última perspectiva no se busca protegerse envolviéndonos en organizaciones conceptuales, sino de hacerse con los instrumentos que permitan asomarse a lo que se oculta; invocando a que emerjan a partir de asumirse como sujetos desde la variedad de lenguajes que constituyen al hombre. Lo que trae a la memoria las preocupaciones de Bachelard, cuando se preguntaba si “los diversos pensamientos de un mismo espíritu ¿no poseen diversos coeficientes de realidad?”, sugiriendo que “el realismo no debe proscribir el empleo de metáforas”;¹⁷ por cuanto en todo pensamiento “no se pueden desconocer grados de indeterminaciones” que llevan a crear un espacio de “conceptualizaciones arborescentes, con pluralidad de sentidos”, en forma de alcanzar una capacidad de nombrar con “plena conciencia de sí mismo”.¹⁸

Lo cual plantea la necesidad de incorporar al pensamiento aquello que siempre está gestándose para hacernos sentir como

17 Gastón Bachelard, *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, p. 36.

18 Gastón Bachelard, *Filosofía del no*, Amorrotu, Buenos Aires, 1978, p. 108.

recién llegados, “en el placer eterno de la existencia”, que no se puede encontrar en las apariencias “sino detrás de ellas”.¹⁹ Y que se manifiesta en una necesidad de sentido de realidad cuyo lenguaje no es el mismo de la comunicación, así como el mito “no encuentra en absoluto en la palabra hablada su objetivación adecuada”,²⁰ pues plantea la tensión entre el saber y el optimismo de la ciencia como “lucha eterna entre la concepción del mundo teórico y lo trágico”,²¹ que lleva al espíritu de la ciencia a su límite.

En nuestra época ¿qué es lo que se puede corresponder con la conciencia trágica de los griegos?, ¿podrá encontrarse una respuesta en concebir al mundo en el sujeto para encontrar una relación entre la concepción trágica del mito con la concepción utópica?, ¿en este sentido, hay alguna relación entre Nietzsche y Bloch, o quizá con el arte siempre que concordemos que éste es la realidad como expresión del hombre que construye?

Preguntas cuyas respuestas son un reclamo de profundidad en el contexto de un marco civilizatorio que, precisamente por su eficacia, es profundamente superficial hasta el extremo de colocar al hombre a nivel del vaivén de las olas. Hemos perdido el encuentro con esa “violencia estremecedora” para cobijarnos en un mundo domeñado tecnológicamente, pero que no hace más e postergar la evolución de lo negado antes que controlarla. En verdad, la mayor capacidad tecnológica del hombre opera en cortes delimitados que están rodeados del mar tempestuoso, ya que no ha hecho más que desplazar los límites de la “violencia estremecedora”.

Al desarrollo del saber técnico se acompaña la angustia de tener que afrontar desafíos más altos, pero sin ninguna “compensación metafísica” como la que proporcionó la conciencia

19 *Ibid.*, p. 167.

20 *Ibid.*, p. 169.

21 *Ibid.*, p. 170.

trágica. Solamente nos resta la capacidad de imaginar, creer y forjar utopías haciéndolas historizables, por eso reviste sentido decir que “Occidente está destinado a la angustia más radical”,²² ya que ninguna “lógica hipotética puede fundar la verdad, asegurar la duración de la potencia y del control sobre las cosas, pues la extrema potencia que Occidente ha generado (logrando construir y destruir la cosa) está destinada a ser esencialmente insegura por estar amenazada por la posibilidad del gran naufragio, porque en el ámbito de la técnica no existe ninguna verdad incontrolable”.²³

Situación que expresa una subordinación del hombre a la tecnología, y la consiguiente tecnologización de su subjetividad, haciendo a este nuevo “prometeo” cada vez menos capaz de afrontar las propias inseguridades que resultan de sus acciones. Su expresión más relevante se encuentra en la dificultad para manejarse con las categorías que las nuevas complejidades sociales exigen para dar cuenta de sus desafíos.

Al estar el sujeto cada vez más ubicado entre determinaciones (con pretensiones totalizantes) y lo indeterminado, se crea una situación caracterizada por elementos que le confieren inestabilidad, pero que a la vez define los desafíos para que éste, antes que inventar ficciones acerca del futuro, tenga las opciones para descubrir las posibilidades de apertura que se contienen en lo real, concebido éste como un presente potencial constituido por la necesidad de mundo y de ser sujeto.

Son estas posibilidades el meollo de la cuestión del sujeto contemporáneo cuando constatamos que el desarrollo de la civilización tecnológica no se traduce en crear más espacios-mundo; más bien, que se imponen mundos externos, ficticios, plasmados

22 E. Severino (cit. Pietro Barcellona, *El individualismo propietario*, Trotta, Madrid, 1996, p. 28.

23 *Ibid.*, p. 29.

para recrear y profundizar la conocida alienación y con ello la negación de sí mismo en cada uno. El sujeto se transforma en el cumplimiento de un conjunto de papeles sociales donde cada vez más sus espacios quedan subordinados al patrón de la organización social en la que éste se ubica para protegerse de su propia orfandad y vacío. Entonces, ¿de qué necesidad de mundo podemos hablar?

El presente potencial es el correlato contextual de la necesidad de querer ser sujeto, pues de lo contrario aquél se convertirá en una prisión que modela al sujeto como simple reflejo de las circunstancias. Por eso es urgente plantearse la problemática de la necesidad como expresión de la dialéctica sujeto-contexto; dialéctica en la que hacer frente tanto al empobrecimiento del hombre como a su propia elevación hacia un mayor protagonismo.

En el momento del desplome de las utopías y del auge de la tecnología con su pretensión de ser portadora de todos los futuros, nos proponemos recuperar al humanismo crítico. Concebimos a éste como la voluntad para construir los espacios de autonomía en los que tenga lugar el desafío para reconocerse como sujeto; la cual nace o naufraga según se tenga o carezca de conciencia de las necesidades. No nos referimos a las necesidades como simples carencias (económicas, sociales o culturales) posibles o no de satisfacerse según la viabilidad de los satisfactores, sino a la necesidad primordial por ser sujeto que se expresa en urgencia de mundo. Hablamos de la necesidad de existencia, más allá de la simple sobrevivencia, que compromete a todo el sujeto, tanto a su estómago como a su espíritu, a su mirada y oídos como a su voluntad de ser.

En la retroalimentación de nuestros valores con el momento histórico se gesta la capacidad del sujeto para leer sus posibilidades y el modo como aborda la problemática de su construcción. Resulta

de cómo se asuman los déficits del sujeto, según sea la capacidad para reconocer sus espacios de autonomía y lo propio de lo que es estar determinado; lo que plantea el tema de la relación de lo humano y de su conformación por las circunstancias sociohistóricas.

Si la necesidad de mundo representa una combinación de posibilidades objetivas, históricamente hablando, y de sentidos apetecidos por la individualidad, la autonomía es la propia de autoafirmar el esfuerzo por hacer resplandecer lo humano desde su aventura por la historia. De ahí que la forma de resolver la cuestión del déficit en tanto necesidad primordial pueda tomar distintas formas, según como emerja lo más radical de este déficit; ya que si esta carencia es la del sujeto en su necesidad de existir toma una forma, pero si la carencia lo es de algunos de sus atributos (sociales, económicos, culturales o políticos) tomará otra.

En el primer caso estamos ante el sujeto que no tiene necesidad de mundo (o, en términos de Sartre, de *project*), mientras que en la segunda se manifiesta como reivindicación de un nuevo orden que muchas veces no encarna en necesidad de mundo para el sujeto concreto. Lo que se traduce en que el proceso de cambio no se corresponderá con una conciencia renovada de lo que significa ser sujeto; es decir, que el nuevo orden social no es representado como un espacio para un despliegue enriquecedor de lo humano. En esta situación la ideología no busca potenciar al sujeto sino reemplazarlo por un arquetipo, ya que en vez de exaltar la creatividad humana se le somete a los dictados *del deus ex machina* de la historia (como fue el caso de los proyectos revolucionarios durante el siglo XX).

Por eso pensamos que el déficit no se puede resolver con una lectura puramente ideológica del presente y del futuro, a menos que enraíce fuertemente a la conciencia de la necesidad de conciencia que no es universal, o al discurso que convertimos en vestimenta o

simple adorno, sino que siempre es concreto como lo es la historia en tanto necesidad de historización. Es lo que podemos llamar visión utópica.

Lo anterior marca la diferencia de lo que A. Heller observa entre “declarar que las necesidades existentes no son existentes”, que se corresponde con lo que Lukács define como manipulación brutal, y que implica la negación del sujeto, respecto de las situaciones donde “lo que es negado [...] es la necesidad como *manque*” (o déficit), que responde a la manipulación refinada de acuerdo con Lukács, que no niega al sujeto aunque su aceptación lo es como sujeto mínimo.²⁴

Es el sentido de esta argumentación, la necesidad de mundo responde a una potenciación del sujeto concreto en sus posibilidades de ocupar nuevos espacios, en el marco de la reivindicación de sus necesidades. De ahí que cuando los procesos de cambio social no se acompañan de la necesidad de mundo, como fue el caso de la mayoría de los procesos revolucionarios del siglo XX, significa que no se está incorporando al sujeto real al ser reemplazado por arquetipos. Situaciones en las que no se da una lectura de las circunstancias como espacios de autonomía creadora del sujeto individual, ya que la voluntad de construcción de éste es debilitada, o completamente reemplazada por la voluntad del colectivo. Ello ha determinado que los cambios estructurales se hayan disociado de la reivindicación de lo humano, con su consiguiente fracaso.

Por ello no se ha dado como fenómeno social la invocación de esa realidad excedente, como nueva, para trascender los límites de la sociedad establecida, de manera de leerla desde sus potencialidades, a partir de la misma necesidad de ser sujeto. Realidad excedente que, por no estar aprisionada en discurso alguno, no puede ser objeto de

24 Agnes Heller, *Una revisión de la teoría de las necesidades*, Paidós, Barcelona, 1996, p. 74.

simples formulaciones ideológicas, sino más bien del afán utópico del hombre en su inabarcable transcurrir como existencia.

La utopía, en contraste con la ideología, es problemática y testimonio de su propia incompletad. A este campo problemático y sus desafíos pertenecen las llamadas necesidades radicales, tal como fueron planteadas por Marx en su teoría de la historia, ya que desde éstas se plantea el imperativo constante por salirse de lo dado como orden modelador del hombre, dando lugar al rompimiento de los parámetros que le dan a éste su identidad en un momento de la historia. Es por eso que en estas necesidades se contiene la posibilidad de influir sobre la sociedad desde la pluralidad representada por el conglomerado de sujetos individuales; pues “no quieren ejercer influencia sobre la sociedad desde la misma perspectiva”,²⁵ en razón “de que las necesidades radicales son de por sí plurales”. Y es así porque desde ellas lo que tiene lugar es la recuperación del sujeto como ángulo, de modo de liberarnos de los parámetros ordenadores y sujetadores si concordamos que el hombre, al buscarse, pretende “darle vida a su propia opción al límite de su potencial”.²⁶

Lo que decimos significa tomar conciencia de las deficiencias en forma de un emplazamiento consigo mismo que se traduce en el reconocimiento de las propias posibilidades de autonomía, aquellas que se contienen, aunque muchas veces soterradas, en las mismas determinaciones que conforman al sujeto. El desafío que mide la estatura de ser o no sujeto es la capacidad de leer su propio presente potencial, abierto a nuevas determinaciones y posibilidades de despliegue, en tanto sujeto individualmente historizado.

Pero saber leer el presente se vincula con una vieja tradición que se remonta a las visiones mesiánicas, que “no predicán el futuro, cual una Casandra o el coro de la tragedia griega, sino que ven la

25 *Ibid.*, p. 78.

26 *Ibid.*, p. 79.

realidad presente exenta de las miopías de la opinión pública y de la autoridad”; pensamiento que se vuelca en un “lenguaje de alternativas, de elección y de libertad, y nunca en el de determinismo, sea para bien o para mal”.²⁷ Ello porque “la visión mesiánica reposaba sobre la tensión entre lo que existía o aún había y lo que se estaba gestando o llegando a ser”.²⁸

En estas líneas procuraremos una reivindicación del sujeto en su capacidad para romper con los parámetros que lo atrapan en constelaciones de identidades, pero que a la vez lo guarecen dándole tranquilidad de conciencia aunque no necesariamente espíritu. Lo que cuestionamos es el ser-estando del sujeto atrapado por condiciones de inmovilismo, ataduras que lo hacen sujeto-sujetado a leyes económicas y de hegemonización, casi sin resquicios para poder decidir sobre opciones, aunque sí con la capacidad de eficiencia que lo autorrefieren a los espacios primarios donde puede eventualmente desarrollarse en los límites estrechos de la sobrevivencia. La cual puede presentarse, más allá de las condiciones de vida, pues la simple sobrevivencia como sujeto también se puede reconocer entre los más ricos, amortajados en sus propias circunstancias; el sujeto pragmático modelado por las determinaciones, reducido a garantizar su existencia sin atisbo de mundo, aunque violentando la condición humana a la que es consustancial la negación del mundo dado como límite. En contraposición, se encuentra el sujeto utópico capaz de desplegar.

Estamos hablando del hombre que no espera, que simplemente es. De ahí que sea un imperativo ético plantearse, no en la forma de una exigencia ética heterónoma, el esfuerzo de retomar la dimensión de lo humano que se manifiesta en el trascenderse del tiempo, como condición constitutiva del propio discurso. El hombre

27 Eric Fromm, *op. cit.*, p. 28.

28 *Ibid.*, p. 29.

pero no como simple objeto del discurso, ya que por emancipado que éste sea, el hombre sigue siendo un objeto externo, en vez de ser la voz que lo exprese en su propia gestación como sujeto.²⁹

Es algo que han pretendido responder las grandes enseñanzas sobre el sujeto. Pues, ¿qué es aquello que está detrás del marxismo, del psicoanálisis, de la fenomenología? Es el hombre en su posibilidad de hombre y en su riesgo de perderse. El esfuerzo de exaltación, la pasión de poder ser, el esfuerzo de estar erguido. El hombre como conciencia de un proyecto, pero que a veces se precipita arrasándolo, como en otras se retrasa y lo atrapa. Aunque en ambas situaciones se da el desconocimiento del hombre-proyecto por el hombre-inteligencia, este último como el estar atrapado por el “deber ser” del discurso del poder que impregna la academia, las empresas, las familias, la misma cotidianidad, por sobre el siendo del estar agónicamente para mirar, como luchador, las potencialidades de seguir siendo en todas las posibilidades de un pensamiento autónomo.

Detrás de estas concepciones del sujeto humano se encuentra la realidad social como orden y desorden, de instancias, de emergencia y de despliegues, de subjetividades en conjunción o en oposición que constituyen su espacio y tiempo, pero que a la vez expresan un espacio y un tiempo, o a un tiempo y a su espacio. En esta diversidad, es posible nuestra polifonía de instantes y direcciones diversas, mediante lenguajes, pensamientos e inteligencias,

29 Es sintomática la coexistencia de muchos discursos que predicán a favor del hombre, pero donde con mayor frecuencia se dan situaciones donde se desconocen sus derechos, o, peor aún, en las que se busca coartarlo, limitarlo o disminuirlo en sus potencialidades. En verdad, hablar sobre “el hombre” no significa salvarlo. Salvarlo no obliga a describir sus derechos, o recordar sus valores, sino a suscitar la conciencia de su mismidad, asumir sus angustias como exigencias de voluntad, a sus afanes como necesidad de mirarse en su debilidad, y a su debilidad como forma de conciencia de sus limitaciones. Significa mostrarse a sí mismo con una incompletud que transcurre en su necesidad de transcurrir.

conjugándose en el proceso de asumirse como sujetos erguidos. Es posible desplegarlos y envolvernos, dibujando horizontes y espacios entre muros, soñando y midiendo. Siempre siendo desde nuestra necesidad de despliegue; y el despliegue como necesidad de ser, así como refugiándonos en la identidad quieta. Es esta una opción histórica en la voluntad de ser sujetos protagónicos o no; recuperando el espacio de acción no como mínimos zoológicos sino como microespacios hacedores del macroespacio total.

Se corresponde lo anterior con la experiencia de la historia como lucidez hecha de instintos y voluntad de hacernos sujetos desde el magma de la vitalidad, que nos cerca y engloba de muchos mundos posibles. Que exige pensar, no desde fuera, sino desde el transcurrir mismo del sujeto. En consecuencia, lo real es el despliegue que conforma al sujeto desde su propia existencialidad; por consiguiente, donde la conciencia es verbo en busca de su predicado como suficiente descripción de universos para ser ocupados por las distintas formas particulares que pueden revestir la conciencia (teórica, ideológica, estética, religiosa, etc.). Lo maravilloso de esto es que es una opción, en el ejercicio mismo de la libertad, que hace que se rompan las cadenas internas de la inercia y la comodidad.

Desde este ángulo se desprende que el sujeto es conformador de sentidos desde su tiempo y desde su espacio. Historia y conciencia, objetividad y opciones según sean las posibilidades que las circunstancias y la disposición a transgredirlos. Cabe detenerse en algunas implicaciones de lo que decimos.

Estamos hablando de una realidad en movimiento como siendo la base de la necesidad de conciencia no restringida a objetos, o a intenciones unilaterales, sino de una conciencia orquestadora de ámbitos de sentidos posibles; que tenga relación problemática con muchos planos de la realidad, como es la relación entre despliegue

y dinámicas internas que conforman los fenómenos sociales y los parámetros que conforman a los sujetos; así como la observación de si el despliegue se asocia con la capacidad del sujeto para gobernarse a sí mismo. Esto supone estar en contra de quienes piensan que, como se recuerda, “el proceso de iluminación del hombre, que se vendría realizando en la época actual, lleva consigo la desaparición del sujeto en cuanto a responsable del mismo devenir [...]”.³⁰

Consideramos que lo que está en discusión es un nuevo concepto de la voluntad de construcción de realidades, con base en el despliegue cotidiano y no en la esfera solamente de los grandes proyectos históricos. Ello involucra aspectos epistémicos y metodológicos en la construcción de conocimiento. El devenir de sí mismo es la secuencia de coyunturas y esto abarca: voluntad, realidad, movimiento en donde se desenvuelve el sujeto en el tiempo y espacio de su vida diaria. Equivale a concebir al futuro desde las existencias compartidas, lo que es el redescubrimiento del sujeto desde el sentido gestador de los planos microsociales. Y que lleva a replantear la investigación social desde la explicitación de problemas sociales coyunturales en su devenir estructural develando las dimensiones de realidad que configuran esa coyuntura, más que plantear hipótesis acerca de la misma. Así se responde a la pregunta sobre qué quiero saber de la realidad que se muestra y cómo enriquecer la vida personal, entendida como el movimiento que proporciona trascendencia a la conciencia de incompletud.

Es este un problema que se explota claramente en sus dos dimensiones, de conocimiento constructor de realidades y en su sentido existencial, cuando el hombre se ha encontrado en situaciones límite. En efecto, según testimonios, como los de Bruno Bettelheim, escapado de Buchenwald, “el tema de la dignidad es evocado [...] en el marco de la autonomía”; pero donde lo

30 Barcellona, *op. cit.*, p. 36.

verdaderamente importante es el rescate del sujeto con autonomía, “como la actitud interna del hombre para gobernarse a sí mismo”; ya que es la voluntad la que desempeña “el papel de lazo entre la conciencia y el acto”.³¹ Es la lucha por tener voluntad propia.

Los prisioneros [...] se daban cuenta [...] que conservaban lo último, sino lo más grande de la libertad: elegir su actitud en no importa qué circunstancias. Los prisioneros que lo comprendían plenamente se daban cuenta de que era eso, y únicamente eso, lo que constituía la diferencia crucial entre preservar su humanidad (y a menudo la vida misma) y aceptar morir moralmente (lo que entrañaba con frecuencia la muerte física).³²

Esto es, comprender que la autonomía es la tensión de reconocerse en la posibilidad de decidir cómo, qué y para qué pensar en cada momento: no limitarse a poseerse ni percibirse según el efecto modelado por las circunstancias, sino desde el esfuerzo de forjarse desde sí mismo. Y así también se es (o no) intelectual, pensador, investigador de el hombre en sociedad, posibilidad que debemos siempre analizar desde la perspectiva de los espacios que la sociedad ofrece, a veces reducidos a verdaderos resquicios para la realización del sujeto, lo que implica replantear qué se piensa, qué se construye como conocimiento de la realidad y, por lo tanto, qué se investiga.

En este marco son importantes las consecuencias que puedan tener en el actual momento histórico (finales del siglo XX e inicios del siglo XXI) los cambios en las estructuras ocupacionales,

31 Tzvetan Todorov, *Frente al límite*, Siglo XXI, España, 1993, p. 68.

32 *Ibid.*, p. 68.

en la medida que éstas, además de representar el sustento, son el medio para encontrar las posibilidades buscadas de reconocimiento. El trabajo como el símbolo de independencia y el medio para progresar “sin lo cual desaparece el estímulo a aprender y la vida queda dominada por el vacío”.³³ ¿Cómo se vive hoy esto en nuestros países arrasados por la pobreza y el desempleo? ¿O bien, en los tan mentados “acuerdos de paz” impuestos en espacios atravesados por la violencia cotidiana?

Reiteramos el planteamiento central de este trabajo: el despliegue con su creación de espacios y de tiempo es el sujeto concreto en su existencialidad, esto es, como posibilidad determinada por “las estructuras y figuraciones formadas por las interrelaciones de individuos”.³⁴ Interrelaciones entre individuo y grupo que definen las condiciones del despliegue y su función: el despliegue como el dar contenido “existencial” a lo socialmente dado, a la vez que como transformación de lo dado que parametriza al imaginario del sujeto; pues lo dado en tanto espacio regulado también constituye espacios posibles de lo nuevo, aspecto este último que tiene relación con la ampliación en las posibilidades del sujeto.

De acuerdo a la perspectiva sumida, la historia se asocia con la necesidad de construcción, construcción de involucramiento y cierre, de “ya no es posible hacer nada”, de epitafio, o bien, de apertura de riesgo, de vida, de “es posible”, opción que opera en la construcción del sí mismo y, por ende, en la construcción con el otro; o bien contra el otro. Lo que define un conjunto de parámetros potenciales básicos, definidores de ángulos epistémicos para comprender al ser humano y el estar en la historia que, desde

33 Adam Schaff, *¿Qué futuro nos aguarda?*, Crítica / Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, 1985, p. 136.

34 Norbert Elias, *Compromiso y distanciamiento*, Penínsulas, Barcelona, 1990, p. 47.

nuestra postura, se ubica en el trasfondo mismo de la historia producida en la historia sedimentada. Esto es, en la historia como constante plasmación de vida, por consiguiente del sujeto concreto y de lo real como necesidad de ámbitos de sentido.

Potenciarnos frente al otro es no solamente lo sostenido por Lévinas, sino que implica un mecanismo más básico, inclusive primario de supervivencia del ser, como el que se ha puesto de manifiesto por Todorov. En efecto, para Lévinas “el sentido de la existencia [...] consiste [...] en estar abocado a la exterioridad más absoluta, que es la presencia, y más aún la demanda, de otro hombre”.³⁵ El estar como el sentido de ser sujeto que supone erguirse como tal ante el otro; situación vital que se ha podido reconocer en circunstancias límite como las analizadas por Todorov, en las que se muestra la fuerza de lo humano.

Con Todorov nos referimos a la capacidad de sobrevivencia que se puso de manifiesto en los campos de concentración. “Cuidar más del sufrimiento del otro que del propio es sin duda la única manera de mantenerse como ser humano en un campo. Para ninguno de nosotros se trataba de heroísmo, se trataba más bien de actos de autoconservación”; ¿por qué era esto así?: “a través del cuidado por el otro se tiene la impresión de reencontrar la dignidad y el respeto hacia uno mismo, puesto que se captan actos que la moral ha considerado siempre como loables; es así como el sentimiento de dignidad refuerza nuestra capacidad de mantenernos vivos”.³⁶

El planteamiento de que el despliegue del sujeto transforma a lo dado, porque es manifestación de su capacidad y voluntad de construcción, implica entender la relación del sujeto con el poder

35 Alfredo Siedl, “Lévinas: ¿Cómo vivir en esta tierra?”, en *Vidas filosóficas* (presentación de Tomas Abraham), Eudeba, Buenos Aires, 1999, pp. 182 y ss.

36 Todorov, *op. cit.*, p. 95.

de manera no sumisa, liberado de toda resignación y del fatalismo con el que aquél se protege frente a sus posibles embates. Si estamos de acuerdo con Deleuze en que las cuestiones de poder se definen “por lo que se le escapa y por su impotencia más que por su zona de poder”, entonces es consustancial a todo poder la resistencia a él, lo que constituye el despliegue del sujeto como constructor de nuevos espacios. La cuestión es salir de los parámetros absolutos impuestos por el poder y buscar concientemente estos modos de resistencia en los “espacios de poder que se escapan”.

Lo que en la vida diaria, o rutinaria y convencional, de un hombre no se percibe, como son los resquicios que deja el poder, surge claramente en las situaciones límites de la existencia cuando el hombre queda reducido a lo mínimo. “El intento de totalización no es más que una de las pretensiones del poder. Siempre hay una hoja que se escapa y vuela bajo el sol. Los ángulos de fuga, los hoyos negros del poder, son innumerables en toda sociedad y circunstancia”.³⁷ Porque, en efecto, en los campos se pudo observar como en la realidad concentracionaria “como dispositivo inexorable y perfecto” se podía “construir una sociabilidad distinta a la que impone la institución”,³⁸ apareciendo “el punto ciego del poder: su-auto-sobre dimensionamiento”; ya que el poder “totalizador tiene una gran debilidad: se cree auténticamente total”,³⁹ en circunstancia que está corroído por innumerables resquicios que muestran algo fundamental: “el poder [...] nunca puede ser total; que es precisamente cuando se considera omnipotente es cuando comienza a ser ingenuo o sencillamente ridículo”.⁴⁰

37 Pilar Claveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Colihue, Buenos Aires, 1998, p. 24.

38 *Ibid.*, p. 108.

39 *Ibid.*, p. 127.

40 *Ibid.*, p. 128.

La significación de lo que decimos está en que el poder representa el gran desafío para el sujeto, en cuanto a sus posibilidades de crear nuevas opciones y parámetros, o bien, de someterse a éstos. Quizás una de las formas de sometimiento que se tiene que afrontar son las lógicas de atomización que empujen al sujeto al repliegue de su soledad, bajo el eufemismo de la libertad ciudadana; particularmente grave en el contexto de la sociedad contemporánea con su tendencia a la autorregulación y a su pretensión de prescindir del actor humano. Como ha observado N. Elías, en sociedades que exigen y condicionan un alto grado de individualización, impulsa “a las personas a sentirse a sí mismas [...] como seres separados unos de otros por murallas poderosas”; condición de homo clausus que hace difícil, o imposible, que el sujeto “adquiera el distanciamiento necesario para verse a sí mismo como parte de un tejido de interrelación que también integra a otras muchas personas [...]”.⁴¹

De este modo se refuerza la idea del hombre “bien alimentado y divertido, aunque pasivo, apagado y poco sentimental, [que] está siendo transformado en una parte de la máquina total”.⁴² Es el sujeto apto tecnológicamente pero mínimo como humanidad hasta el extremo de que, como afirma Barcellona, “nada parece consentir darle un fundamento a la misma intención de libertad [...] no logramos identificar al “portador” de esta pretensión: la misma noción del hombre y humanidad nos parecen generalidades insostenibles [...] la disolución del sujeto se ha consumado dejando tras sí una estela de sensaciones puntiformes”.⁴³

Este contexto plantea tener que reaccionar frente a ese sujeto mínimo, rescatándolo desde sus espacios, por limitados que éstos sean, a partir de desarrollar y asumir la conciencia del

41 Elías, *op. cit.*, p. 53, nota 4.

42 Fromm, *op. cit.*, p. 13.

43 Barcellona, *op. cit.*, p. 17.

movimiento propio de lo constituyente, que plantea como central la capacidad de elegir entre construcciones posibles.

El desafío es poder reconocerse como sujeto en lo que uno es y hace y, en tanto tal, ser capaces de reconocer la necesidad de sentido y de volcarse hacia su construcción, lo que es quizá el sentido actual y existencial de la “vigilancia epistemológica” a la que hacía referencia Bachelard. Afirmamos que el sujeto es la negación de pertenecer a un mundo de lo dado, pues de serlo es mínimo; porque asumirnos como sujeto es convertirnos en ángulo de lectura, como ser “agónico”, traspasando las condiciones estructurales propias de lo objetivo-dado para hacer de ellas un mundo de horizontes; exigencia que se corresponde con la recuperación de la pasión por conocer y pensar ese conocer.

Es la fuerza de lo incierto con la que buscamos modelar al pensamiento; un pensamiento que permita caminar por los contornos del conocimiento instituido, sin certezas, sin refugiarse en los anaqueles de las bibliotecas, ni en los ficheros de los especialistas, pero con la esperanza de no perdernos en la vastedad inaprensible. Y que supone un repliegue como el de San Agustín que, cansado, “no se dirige hacia las cosas, sino hacia sí mismo, [y] le pregunta a su cuerpo, le pregunta a su alma; y también ambos responden que son, pero que no son Dios”. Pero para quien “a pesar de todo el esplendor del universo creado, no puede compararse al alma humana”.⁴⁴

Será necesario liberar al sujeto del discurso de manera que éste sea la presencia de lo abarcable desde lo inabarcable, en forma de que eleve al sujeto y no lo atrape, congruente con los requerimientos de la existencia y de la historia; pues la objetividad de

44 Miguel Rosi, “Agustín: una tensión existencial”, en *Vidas filosóficas*, *op. cit.*, pp. 151-152.

sus contenidos estarán siempre mediados por un sentido de mundo que envuelve a las verdades.

Es por esto que la utopía es constitutiva de lo humano. Porque es “un estado, una forma de ser. Es una disposición interna, un intenso estar listo para actuar”.⁴⁵ Tiene que ver con el sentido de trascendencia del sujeto que transgrede lo dado en la búsqueda de finalidad a las cosas, como es el hacerse del mundo en cuanto éste consiste en establecer un lazo de continuidad entre distintos momentos.

El problema es cuando esta fuerza interior se va aquietando, acallando, y con ese acallarse el hombre se pierde a sí mismo, se tecnologiza por tender a subordinar sus capacidades para actuar a lo que la tecnología define como el campo de lo humano. De ahí que cuando la conciencia del ser se amplía para ubicarse en lo real, en tanto mundo, no tiene que ver con la verdad sino con la necesidad que proporciona sentido a la vida. “Lo verdaderamente fáustico es que el hombre sigue viviendo a pesar de la ruptura con su entorno y consigo como sujeto. La vida humana es algo más que un hecho biológico. La vida del hombre cobra sentido en su relación con otros hombres”.⁴⁶ El hombre, en última instancia, aparece irreductible a las determinaciones: lo que refuerza y hace comprensible la idea de la historia como quehacer humano.

Pero no se trata de describir las relaciones interactivas entre individuos sino de encontrar los espacios micro/macrosociales y dar cuenta de sus consecuencias sobre el individuo. Se busca romper con los espacios parametrizados construidos por la sociedad para penetrar en sus dinamismos constitutivos; y, de esta manera, contribuir a colocar al sujeto ante sus circunstancias en vez de limitarse a encuadrarlo al interior de sus condiciones. Es aquí donde

45 Fromm, *op. cit.*, p. 23.

46 Calveiro, *op. cit.*, p. 104.

se plantea la necesidad del tiempo, o el tiempo como la necesidad de un presente que en la conciencia de su complejidad hemos llamado presente potencial.

Es alucinante recordar la lucidez que se ha tenido por algunas mentes esclarecidas acerca de la idea de presente. Es el caso de San Agustín: “lo que resulta claro y manifiesto es que no hay cosas pasadas o futuras. Ni dice bien quien dice: hay dos tiempos, el pasado y el futuro”; estaría mejor decir: “hay tres tiempos: un presente de las cosas pasadas, un presente de las cosas presentes, y un presente de las cosas futuras”.⁴⁷ En este sentido, el esfuerzo por asumirse como sujeto potente, utópico, que es lo propio de la necesidad que surge de la incompletad, transforma al tiempo en lo indeterminado-determinable, y es lo que caracteriza la capacidad del sujeto para desplegar sus potencialidades. Para lo cual se requiere de una memoria que alimente a las visiones utópicas, pues “sólo los momentos en que los hombres tuvieron conciencia de un largo pasado común a todos ellos, un pasado expresado en los ritos y luego en la literatura y la historia, puede surgir la conciencia de la historia como un movimiento de progreso que se inició en el pasado, pasa por el presente y seguirá avanzando en el futuro”.⁴⁸

Estamos colocados ante un límite abierto, por estar en movimiento, que exige de un sentido desde el cual potenciar en diferentes direcciones; por lo tanto, hay que resolver acerca de la necesidad que rige los procesos históricos no como mero registro historiográfico, sino como procesos constructores de presente. Para ello el sujeto ha de ser capaz de develar a lo potencial, no como discurso abstracto, sino como forma epistémica de construir realidad; en consecuencia, de manejar al tiempo como expresión

47 Robert Nisbet, *Historia de la idea de progreso*, Gedisa, Barcelona, 1998, p. 98.

48 *Ibid.*, p. 447.

de la necesidad de estando-ser, así como la noción de futuro como horizonte y no como una finalidad contingente. De este modo el hombre consciente de su poder se enfrenta a la tarea de reconocer opciones para leer a lo potencial desde situaciones histórico-sociales altamente indeterminadas.

Lo anterior se relaciona con la urgencia de desarrollar un pensamiento capaz de proporcionar una visión del proceso histórico, desde la riqueza de sus dinamismos constitutivos, de su acaecer, de sus modos de desenvolvimiento. Ello supone revisar el cómo se ha estado construyendo la memoria, recuperar el pasado experimentado por sobre el pasado producto del especialista. Supone un pensar epistémico que nos pueda colocar ante la historia, superando los diferentes compartimentos estancos de las historiografías especializadas. Como observa Nisbet, “bajo el nombre de historia ya no se estudia el pasado ni la historia, sino que aparece una serie de estudios sociales y de noticias, o bien, un batiburrillo de “pasados”, pasados cada uno de ellos en temas ideológicos de moda como la sexualidad, la etnia o cualquier estructura ideológico-política, con lo cual el resultado final es una absoluta falta de armonía”.⁴⁹

Lo dicho apunta a denunciar un predominio de ángulos limitados a lo disciplinario en la construcción del conocimiento que lleva a su fraccionamiento y tecnologización, o bien, a temáticas que son indicativas de situaciones simplemente coyunturales (intereses de grupo, conflictos entre proyectos), solapándose lo coyuntural con lo estructural, perdiéndose la posibilidad de que el conocimiento sea el producto de una mirada que traspase el plano de lo morfológico. Con lo que se pierde todo sentido articulador y potenciador sobre la realidad histórico-social como el que contiene la conciencia histórica.

49 *Ibid.*, p. 452.

Si la conciencia histórica del sujeto es la conciencia del movimiento constitutivo, que trasciende los límites que permiten reconocer identidades sociales dadas, se corresponde con la conciencia de existir en la historia, o del devenir que traspasa toda forma; por eso representa la necesidad misma de la forma. La conciencia histórica es esta necesidad, pues coloca como premisa del sujeto al sujeto: es el sujeto frente al sujeto que deviene en condición de mundo desde la fuerza de sus prácticas creadoras.

Desde esta óptica, representa la forma, por antonomasia, del pensar *ante* el momento y sus circunstancias, por lo que está volcada hacia la gestación de momentos en que el sujeto se reconoce; de ahí que tenga que impulsar un tipo de trabajo teórico diferente que se acompaña de modos de pensar que no se agotan en sus “funciones cognitivas”.

Contribuciones de la historia al pensar histórico desde la conciencia histórica

Podemos preguntarnos, ¿hay en el discurso sobre la historia elementos que trasciendan la función cognitiva, de modo de transformarse en premisa para volver a re-pensar al pensar teórico? Para responder este interrogante, debemos previamente precisar la problemática.

En el trasfondo de la argumentación está el intento por canalizar el pensamiento sobre el sujeto rompiendo con la estructura discursiva sujeto-objeto, en forma de incorporar otras exigencias de razonamiento. Es así como a objeto se contraponen horizonte; a explicación la necesidad; y a apropiación la colocación,

constituyendo las funciones de la conciencia histórica como premisa del pensar teórico.

El quid de la cuestión es aproximarse a cómo se presenta la necesidad de ser sujeto más allá de lo denontológico: esto es, asumir la necesidad en lugar del simple deber-ser que, con una u otra modalidad, siempre ha caracterizado al discurso ético.

Asumir la necesidad es un acto de conocimiento y de voluntad relativo a lo que significa saber y querer esta en el momento presente abierto a sus demandas. Por abierto se considera al sujeto en la totalidad de sus facultades y disposiciones, tanto en su pensamiento como en su sensibilidad; por su parte, lo que llamamos demanda se corresponde con posibilidades de realidades según sentidos posibles de construcciones optativas, en la relación sujeto-mundo y, como venimos diciendo, no reducidas a lo objetual ni tampoco a lo puramente cognitivo.

La preocupación básica es potenciar al ser-sujeto, como condición del pensar, que consiste en que el sujeto permanezca alerta ante el movimiento de este movimiento, de sus límites de acción y posibilidades de proyección, y, en consecuencia, a la necesidad de enriquecer su subjetividad en el transcurrir de su vida cotidiana. Cabe cuestionarse ¿qué modalidades de los discursos actuales del pensamiento social contribuyen a este cometido? Merece una investigación detallada, aunque por ahora nos limitaremos a una incursión exploratoria sobre la relación entre pensamiento y sujeto.⁵⁰

¿El pensamiento que surge de la historiografía refleja al sujeto en su despliegue y potencialidad, o, por el contrario, se limita a reducirlo a la condición de objeto? Interrogante que nos coloca

50 Es lo que con la inclusión de las formas de lenguaje del pensamiento pretendemos investigar en el próximo trabajo *América Latina en sus lenguajes*, del cual la presente reflexión, como decimos en la presentación, cumple la función de introducción metodológica.

ante el desafío de promover pensamiento más que conocimiento erudito, codificado, a la vez que rescatar al sujeto a partir del movimiento de su subjetividad, concebido éste como la secuencia del pensar histórico. ¿Se encuentran en los textos históricos algunas claves para descifrar la presencia de esta secuencia? En este sentido, ¿cómo el pensamiento desde la historia permite estar alerta del propio movimiento? Alerta que se compromete con un proceso epistémico (subjetivo e inter-subjetivo) que conlleva la conciencia del estando-ser como la historicidad del sujeto, en tanto ángulo para la construcción del conocimiento. La historicidad es una forma de conocer que conjuga conocimiento con conciencia, en la medida que desde su perspectiva el conocimiento “es” conciencia porque implica entender a la conciencia histórica como el movimiento de lo pensado, percibido y actuado desde la alerta respecto del movimiento propio de asumir al estando-ser como exigencia de conciencia, aunque retomada como premisa del pensar teórico-explicativo.

Como premisa, la función que cumple la conciencia histórica es servir de condición de posibilidad para reconocer las potencialidades de lo dado, por lo tanto, es una categoría para la construcción de conocimiento científico. Lo posible como ángulo epistémico nos coloca en situación de develamiento y creatividad que impulsa a trascender a la identidad del objeto desde su mismo movimiento. Lo que en el plano de la subjetividad del sujeto concreto se corresponde con la transformación de la exterioridad en necesidad de prácticas sociales. En otras palabras, de la realidad en mundo donde lo que cuenta es el despliegue del sujeto.

De lo que decimos se desprende que la conciencia histórica como premisa del pensar teórico supone que no puede pensar históricamente el sujeto que no se asuma como constructor. Ello porque la condición de ser sujeto descansa en su despliegue en

espacios en los que construir sentido, ya que tiene lugar en ellos el distanciarse de sí mismo negando a lo dado en forma de reconocer la propia potencialidad. De esta manera la conciencia histórica deviene en una mediación que evita reducir lo humano a pura individualidad, o bien, a la individualidad en simple postura ética solitaria. Pues implica reconocer que los espacios de despliegue tienen lugar en la tensión entre el pasado, respecto del cual se produce un distanciamiento, y las visiones de futuro como necesidad de mundo que no son estrictamente personales.

¿En qué contribuye a desenvolver estas posibilidades los discursos sobre el rescate del sujeto? En las distintas preguntas sobre la conciencia histórica ¿se contienen en desarrollo, o, por lo menos, en embrión los elementos de una nueva lógica de pensamiento de la realidad sociohistórica?; o, en el esfuerzo por dar cuenta del sujeto en la historia, ¿se produce o no un rompimiento con un discurso clásico sobre objetos exteriores plasmados con la impronta de la relación sujeto-objeto? En otras palabras, ¿cómo se puede rastrear la presencia de la conciencia histórica, su naturaleza y funciones, en diferentes posturas intelectuales relacionados con la historia?

En los desarrollos de algunos historiadores encontramos antecedentes de la presencia de relaciones que pueden servir para desarrollar esta lógica, de modo que no resulte siendo una simple elucubración o abstracción sin fundamentos, sino reflejo de niveles superiores de conciencia que asoman en los discursos disciplinarios centrados en la relación sujeto-objeto. De ahí que podamos afirmar que el pensar histórico se ubica en la línea grande del proceso de desarrollo y maduración en el hombre de un razonamiento cada vez más inclusivo de planos de la realidad. Desde esta perspectiva la conciencia histórica plantea un manejo del tiempo que no queda reducido a la determinación de objetos sino que, por el contrario,

está abierto hacia la determinación de lo potencial cuya traducción más tangible es el reconocimiento del momento como expresión del fluir temporal desde el cual reconocer la potencialidad de distintas opciones (políticas, económicas y culturales).

A este respecto, la revisión del pensamiento historiográfico permite encontrar distintos elementos con los que dar cuenta del tiempo. Es así como se pueden identificar conceptos tales como los de salto, finalidad, esperanza, futuro, como términos que refieren al encuadre del tiempo como valor en el que se condensa la aventura por seguir siendo inercial, o bien, potencialmente, sujeto social.

En el caso de concepto de salto, el futuro resulta en una creación que quebranta la continuidad histórica, asociada a la idea de la clase revolucionaria que “con su tendencia al porvenir reivindica para sí mismo la personificación exclusiva de la humanidad; mientras que la otra clase y todo el pasado quedan rechazados fuera de la humanidad”,⁵¹ como proceso inercial. Pasado y futuro se reducen así al contenido de la experiencia y al proyecto de determinada clase, no revistiendo significación el tiempo y el espacio que se pueda estar configurando entre o en la relación misma entre sujetos.

Es ésta una concepción para la cual “el provenir se presenta como una creación en absoluto, que nace de la nada”,⁵² que encontramos en Lassle, pero que tampoco es totalmente ajena en Marx y Engels. Concepción catastrófica que “transfiere en un momento del porvenir el punto crítico de tránsito del pasado al porvenir”, que acentúa su función separadora “al hablar de un salto del reino de la necesidad al de la libertad”.⁵³

51 Rodolfo Mondolfo, *Espíritu revolucionario y conciencia histórica*, Ed. Populares, Buenos Aires, 1955, p. 29.

52 *Ibid.*, p. 30.

53 *Ibid.*, id.

Pero también se aprecian otras formas de incorporar al tiempo como es la idea de finalidad que convierte al futuro en esperanza o logro terminal de la historia hecha dogma. Es en este marco que cabe la pregunta de Raymond Aron; “por qué una historia que no está gobernada por nadie, que estaría librada a las determinaciones de los individuos y las clases en lucha, se dirigía infaliblemente hacia ese término?, ¿por qué la aventura ha de terminar bien?”.⁵⁴ Se inaugura una reflexión sobre el seguir siendo, pero ya no como expresión de una necesidad que se potencia en una dirección sino como una incertidumbre que se razona con un sentido renovado para ser hombre. Pregunta a la que una posible respuesta puede encontrarse en la idea de recuperarse desde el esfuerzo constructor del hombre.

Es así como cabe concebir a la realidad histórica en tanto producto de la capacidad constructora del hombre, construcción que puede ser ajena a la idea de finalidad. Se encuentra desde aquella contribución de Aron, respecto de lo aleatorio del acontecimiento histórico⁵⁵ hasta la afirmación que incorpora la idea de construcción pero ceñida a una “racionalidad social”, o de proyecto,⁵⁶ lo que se reafirma con la idea de que “[...] todo en la ciencia, desde sus procedimientos a sus conclusiones concretas y la teoría en que se agrupan éstas, sea alguna función o propósito político específico, asociado con algún grupo u organización social o política también específica”.⁵⁷ Lo que decimos ilustra acerca de algunas formas de utilizar el tiempo por los historiadores.

54 Raymond Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica*, FCE, Col. Popular, México, 1992, p. 42.

55 “La guerra del Peloponeso es inteligible a la manera de un drama en que una mezcla de decisiones reflexionadas, de falsos cálculos, de impulsos irracionales, de azares, ha determinado su curso” (Aron, *op.cit.*, p. 41).

56 “[...] La historia no puede prescindir de la conciencia, la cultura y la acción intencional dentro de instituciones que sean obra del hombre” (Eric Hobsbawn, *Sobre la historia*, Crítica/Grijalbo, Barcelona, 1998, p. 78.

57 *Ibid.*, p. 134.

Pero tanto el tiempo como el espacio suponen resolver la cuestión de la intencionalidad de los sujetos, que, por ser el trasfondo de sus acciones, muestra a la historia como experiencia y proyecto personal a la vez que social, en consecuencia a la realidad como articulación compleja entre ámbitos de sentidos; ya que, en efecto, “el sujeto socio-cultural opera sobre su contexto con cierta intencionalidad -consciente o inconsciente- en virtud de la cual su acción adquiere sentido y justificación”.⁵⁸

Discusión que apunta a constatar cómo la idea de construcción se asocia con el planteamiento de que el futuro pueda determinarse por la voluntad según una cierta necesidad. En verdad, “la exigencia ideal por medio de la realidad histórica se refiere al problema de la posibilidad”, pero esta posibilidad debe ser “también requerida por un determinismo histórico”.⁵⁹ Por eso tenemos que considerar que de la forma de pensar lo histórico surge la necesidad de reconceptualizar a los parámetros del pensamiento, en la medida que “el historiador no puede dejar de interpretar el devenir [...]”,⁶⁰ como tampoco ningún trabajador de la cultura o de las Ciencias Sociales. Devenir que plantea la exigencia de tomar conciencia de múltiples posibilidades que nacen de la “relación con la totalidad de la que ha sido abstraída esta posibilidad”.⁶¹

Por lo mismo debemos reafirmar la línea que arranca con la dialéctica hegeliana-marxista que plantea que ningún conocimiento puede dejar de considerar a la totalidad como exigencia de razonamiento, porque el conocimiento histórico en particular “no tiene por objeto una colección de hechos reales arbitrariamente

58 José Luis Romero, *La vida histórica*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988, p. 198.

59 Mondolfo, *op. cit.*, p. 37.

60 Aron, *op. cit.*, p. 128.

61 Willhem Dilthey, *Crítica de la razón histórica*, Península, Barcelona, 1984, p. 79.

reunidos, sino de conjuntos articulados, inteligibles”.⁶² Lo que plantea exigencias de razonamiento incluyentes, que obligan a una auto-exigencia del sujeto para “haberse vuelto extraño y enemigo de ese pasado y presente de los que él mismo sale”.⁶³ Expresión de la problemática por ubicarse en el momento del transcurrir de la historia sin recurrir a reducirla a una constelación de objetos.

Planteamiento acerca de la inclusividad del pensamiento que se puede también encontrar reflejado en el discurso filosófico cuando procura rescatar una visión que incorpora la existencialidad del sujeto singular. En su crítica al marxismo estalinista, por ejemplo, Sartre parte de la constatación de que el sujeto está sometido a un proceso sin término, dentro del cual se ubica, por lo que su pensamiento debe poder reflejar a este movimiento que rompe con los parámetros que nos aquietan en una cierta identidad; pero también con los cortes reduccionistas a lo estructural. En su perspectiva, la verdad “es la totalización que se totaliza sin parar”, que siempre “es y será devenida”;⁶⁴ proceso que al no limitarse a un plano de la realidad, como ser el económico, abarca desde “los actos, las pasiones, el trabajo y la necesidad tanto como las categorías económicas”,⁶⁵ que no están superpuestas ni aisladas. Planteamiento que está orientado hacia la recuperación del sujeto.

En la argumentación sartreana se busca encontrar el movimiento en el “enriquecimiento totalizador que engendra a cada momento a partir del momento anterior, el impulso que parte de las oscuridades vividas para llegar a la objetivación final, en una palabra, el proyecto [...]”.⁶⁶ En cambio, en nuestra perspectiva con base en el

62 Aron, *op. cit.*, p. 121.

63 Mondolfo, *op. cit.*, p. 31.

64 Jean Paul Sartre, *Cuestiones de método. Estudios*, Instituto del Libro, La Habana, 1968, p. 15.

65 *Ibid.*, 67.

66 *Ibid.*, p. 74.

despliegue la totalización dialéctica se organiza desde la conciencia y la voluntad constructora del sujeto, no simplemente desde el acaecer de lo real.

Lo que decimos es congruente con la idea de que la totalización se corresponde con los esfuerzos por pensar desde la historicidad como el espacio de potencialidad del sujeto. Sartre sostiene que “no habrá que definir al hombre por su historicidad -puesto que hay sociedades sin historia- sino por la permanente posibilidad de vivir históricamente las rupturas que conservan a veces las sociedades de repetición”.⁶⁷ No obstante, lo que es central es reconocer el espacio de autonomía del sujeto al interior de la totalización dialéctica; en este sentido, la exigencia de especificidad planteada por el marxismo se traduce en el reconocimiento de los espacios posibles donde poder-ser-sujeto. Es una forma de recuperar al sujeto saliendo al paso de la crítica sartreana al marxismo estalinista, en cuanto representó “la expulsión del hombre, su exclusión del saber marxista” determinando que “la conciencia humana quede cuajada en lo inhumano, y la realidad humana [...] comprenderse fuera de la ciencia”.⁶⁸

De conformidad con esta argumentación, el despliegue representa tanto a las potencialidades desenvueltas como las no desenvueltas y no siempre conscientes del sujeto, el cual, simultáneamente con estar conformado por el contexto, tiene la potestad de transgredirlo y trascenderlo por un acto de voluntad que resulta de la necesidad de recuperarse constantemente. En lo que decimos subyace el problema de los diferentes modos para conceptualizar la inserción del sujeto que reconozca sus espacios de autonomía, o bien permanezca inerte bajo el peso de sus determinaciones.

67 *Ibid.*, p. 85.

68 *Ibid.*, p. 90.

A este respecto, debemos ser cautelosos cuando se emplea el concepto de proyecto, porque puede reflejar tanto la capacidad para adecuarse a los condicionamientos del contexto -proyecto conservador- como ser una manifestación de trascendencia proyecto potenciador. Nudo problemático que refiere a la cuestión del papel del sujeto en el marco de una realidad objetiva, sometida a regularidades, lo que ha sido la tesis clásica del marxismo; tesis cuyo desarrollo abre las puertas a nuevas exploraciones acerca de la relación entre individuo e historia.

Como afirma Schaff, “una fundamentación más profunda del problema del individuo humano a partir del papel del factor subjetivo en el conocimiento abre a la teoría epistemológica marxista nuevas perspectivas y posibilidades, le permite ver de un modo nuevo viejos problemas (por ejemplo, el problema de la teoría del reflejo) y abarcar nuevos problemas (por ejemplo, el papel del lenguaje en el conocimiento)”.⁶⁹ Lo que concuerda con Marx cuando afirma que el hombre “no es un ente abstracto, agazapado fuera del mundo. El hombre es el mundo del hombre [...]”;⁷⁰ sometido a la dinámica de su “auto-producción mediante el trabajo”; y que lleva al señalamiento de Gramsci de que “somos forjadores de nosotros mismos, de nuestra visión, de nuestro destino”; esto es, que se puede concebir al hombre como “un proceso, dicho más claramente, el proceso de sus actos”.⁷¹

Pero, ser forjadores de sí mismos no significa que se asuma la conciencia de ese papel o, más explícitamente, que se asuma esta actitud a escala de la vida diaria; por el contrario, se reduce la coyuntura a la estructura y se encarcela al hombre al sistema como si éste fuera hecho por dioses neoliberales o de cualquier naturaleza;

69 Adam Schaff, *Marxismo e individuo humano*, Grijalbo, México, 1967, p. 52.

70 *Ibid.*, p. 84.

71 *Ibid.*, p. 94.

de ahí que, más allá de la concepción del individuo como hacedor de su historia, lo verdaderamente importante sea enriquecernos como individualidades desde los espacios concretos en que se vive y se sueña con prescindencia de la naturaleza convergente o divergente de las concepciones sobre la realidad. En este marco es que se plantea la capacidad de reconocer y de elegir entre opciones en cuya perspectiva se potencia al sujeto.

Pensamos que el concepto de despliegue de potencialidades se vincula con el de libertad defendido desde hace muchos decenios, aunque sin éxito, por el humanismo marxista. Pensamos en el planteamiento de los clásicos de que “el problema de la libertad del hombre [...] no es una cuestión de juicios abstractos [...], sino [...] el problema de dar respuestas concretas acerca del tema de cómo los hombres realizan la elección de diversas posibilidades de actuación. [Pues] el hombre es tanto más libre cuanto más consciente es su elección de actos que tienden a un determinado fin”.⁷² De manera que desde la exigencia de reconocer opciones, la conciencia histórica deviene en condición de libertad, tanto en cuanto se corresponde con la capacidad para crear espacios de realidad, reconociendo en las mismas circunstancias opciones de construcción desde lo necesario. Por ello es que podemos reconocer a esta postura como un antecedente del planteamiento de la conciencia histórica.

Recuperando lo anterior en el marco del pensamiento social, los desafíos consisten en enfrentarse con aquello que fluye necesariamente,⁷³ transgrediendo los parámetros que tratan de fijarlo, como son los que separan al proceso del acontecer del acontecimiento mismo, como su producto, subordinando la primera

72 *Ibid.*, p. 186.

73 Al respecto del concepto de lo necesario: cfr. Hugo Zemelman, “En torno de las formas del razonamiento”, en *Revista Lenguas Modernas* (Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Santiago de Chile), 16 (1989).

exigencia a la segunda como ángulo de lectura de la realidad. Y que es lo propio de la lógica de causas que, al pretender aprisiona al pensamiento en el sistema clasificatorio del antes y del después, impide reconocer al flujo de lo necesario más allá del esquema que separa pasado, presente y futuro, según cómo hemos socializado el manejo del tiempo por esta forma de razonar.

Lo cual para revertirse obliga a poner en el centro del debate la idea de lo potencial-gestante, pues “interrogamos a nuestro siglo con la esperanza de captar las fuerzas profundas que lo agitan [...]”;⁷⁴ sus dinamismos constitutivos que no se dejan atrapar por las estructuras predeterminadas de parámetros. Ello determina que se tenga que estar alerta de que los procesos “no se transformen en cosas”, porque el desafío “consiste exactamente en no inmovilizar el proceso de cambio o perder de vista sus peculiares ritmos”.⁷⁵

Desde esta problemática, se vuelve a plantear el desafío, ya anticipado por Dilthey, de impulsar la empresa de las ciencias sin reducir la realidad histórica a una colección de objetos clasificados pero inanimados, lo que constituye el obstáculo para hacer de lo real el mundo de un sujeto capaz de enriquecerse a sí mismo como constructor; pero que, además, lo pueda ampliar a partir “de conocer esta realidad misma como un todo vivo”, aunque asumiendo desde el trasfondo la duda no superada “¿hay un conocimiento de ese todo de la realidad histórico social?”.⁷⁶

Llegamos a un punto donde el tiempo hace sentir su presencia en la construcción del conocimiento. De los distintos modos de trabajar el tiempo, ya sea como discontinuidades del salto histórico, o como finalidad de sentido de una construcción que garantice la continuidad del hombre, o bien, penetrando en la

74 Aron, *op. cit.*, p. 39.

75 Romero, *op. cit.*, p. 188.

76 Dilthey, *op. cit.*, p. 80.

hondura de lo potencial, todos parecen cuestionar su aprisionamiento en determinados parámetros para en su lugar abrirnos hacia lo inédito, que es la perspectiva desde la que se puede concebir la construcción de la historia como proceso; pero, además, como el punto de arranque para ejercer la vocación de construcción histórica. Nos colocamos ante el desafío de ubicarnos en el momento que nos determina, pero que a la vez nos impulsa hacia una ampliación de horizontes.

Se desprende de lo que decimos que podemos concebir el manejo del tiempo como equivalente al manejo de la subjetividad: esto es, como la dinámica de la autopercepción y determinación con base en el reconocimiento de las posibilidades para utilizar y ampliar los espacios; subjetividad desde la cual se construye al sujeto y que significa reconocer que éste tiene la capacidad para determinar lo historizable de lo real-externo. En consecuencia, el manejo del tiempo representa el esfuerzo por rescatar al sujeto desde la coordenada existencial, pero que se complementa con la comprensión de las posibilidades históricas contenidas en el momento en que éste se coloca.

Por ello, el momento cumple la función del ámbito donde se despliega el sujeto y su posible mundo de vida. Lo que tiene presencia en el discurso historiográfico de distintos modos según como se reconozca: como límite, como incertidumbre, como incompletad, o como transitoriedad, según si la delimitación refiere a la constatación de lo inevitable, o bien a una agitación continua, o la articulación entre regularidad y libertad, o simplemente a lo no teorizado pero existente. Modalidades de reconocimiento del momento que representan la diversidad de despliegues del sujeto: esto es, de afanzarse ante lo incierto mediante opciones que lo reafirman en la necesidad de ser sujeto.

El momento deviene en la conciencia de un límite que expresa la necesidad, el deseo y hasta el impulso de trascenderlo, a partir de constatar un déficit que se hace interior, esto es, conciencia y voluntad de..., “redención y renovación [que] no pueden salir sino del despertar y reaccionar de las exigencias negadas y ofendidas por la realidad”;⁷⁷ lo que puede asumir una enunciación más epistémica, por ejemplo, cuando se afirma que “la realidad es histórica [...] al repudiar cualquier conversión de las categorías históricas en eternas”.⁷⁸

La historia es límite y transgresión si atendemos a su especificidad: la historicidad. De ahí que el momento haya de conjugar un estar-existencial con la necesidad existencial para estar más allá del momento; idea que implica un proceso constitutivo que determina que tanto la apropiación como la vivencia de esa realidad que configure en la incerteza, pues “no existe nada que impida definir los sistemas sociales en términos de un cambio continuo”.⁷⁹

Lo anterior supone considerar a la incertidumbre en la existencia y potencia del sujeto, por lo mismo en la propia alegría creativa de hacer-explicar realidades-mundos. “Se ha creído en el progreso [...] porque se ha creído en la bondad del hombre, en la capacidad de los hombres para gobernarse y, por así decirlo, de hacerse a sí mismos”.⁸⁰ Así como la historia es existencia compartida, la existencia es historia personalizada; de ahí que, como objetivación, la historia sea un despliegue del existir en tanto horizonte hecho de pasados y presentes potenciales (que es lo que lo hace a lo subjetivo un problema de la historia).⁸¹

77 Mondolfo, *op. cit.*, p. 43.

78 *Ibid.*, p. 53.

79 Hobsbawn, *op. cit.*, p. 33.

80 Aron, *op. cit.*, p. 43.

81 Siendo la incertidumbre la raíz del asombro, éste deviene en conciencia frente al tiempo, el espacio y la propia existencia compartida. La conciencia propia de esta condición, que lucha por su completad, es el tiempo

Podemos estar de acuerdo en aquello de que “todos nos esforzamos por situar el momento presente en su devenir”;⁸² sí existencialmente, pero no siempre en la construcción de conocimiento de ese presente. Asumir el devenir obliga a comprender que, antes que el rompimiento brutal y constante de parámetros, junto con la incertidumbre, que es parte de nuestra condición de sujeto y, en consecuencia, de nuestro pensar y sentir, está aquello que permaneciendo inédito refleja la incompletad del sujeto.

Incompletud que es la matriz de todas las necesidades de trascendencia, por consiguiente, que configura el contorno dentro del cual se lleva a cabo la búsqueda y el acuñamiento de ideas y conceptos sobre la verdad y lo real, de sentimientos y semblanzas de lo que es bello, así como la percepción de aquello desconocido que nos acecha, pero que también nos impulsa, y misteriosamente nos seduce a ser develado. Es la significación profunda del siendo. Por ello debemos cuidarnos del peligro que se deriva de que por habernos “obsesionados por lo ya visto desconocer lo inédito”;⁸³ ya que “el hombre aliena su humanidad tanto si renuncia a buscar como si imaginara haber dicho la última palabra”.⁸⁴

Desde el ángulo de los límites conformados por la incertidumbre y la gravitación de lo incompleto, tiene sentido hablar de los esfuerzos por organizar desde una visión de totalidad de la realidad histórica, en tanto su índole es metodológica, la construcción de conocimiento en vez de circunscribirnos a un esfuerzo, por demás estéril, por construir una teoría general; más bien se trata de responder al propósito de organizar una forma de conocimiento que nos permita tener siempre en cuenta “el modo de interacción

como sentido del existir-existente en sí mismo y en los otros, así como la de los otros en uno mismo.

82 Aron, *op. cit.*, p. 38.

83 *Ibid.*, p. 131.

84 *Ibid.*, p. 54.

entre diferentes aspectos de la vida humana, entre, pongamos por caso, la ciencia económica, lo político, las relaciones familiares y sexuales, la cultura en sentido amplio o estrecho, o la sensibilidad”.⁸⁵ Pero especialmente una visión acerca de los procesos constitutivos de lo real en base a la articulación entre regularidad y espacios de construcción, entre “las regularidades generales de la organización social y el cambio social, [que] establecen una relación entre ellos y las instituciones y los acontecimientos de lo político, y también [...] la singularidad de los acontecimientos y las peculiaridades de las decisiones concretas de los seres humanos”.⁸⁶

Visión que lleva consigo la presencia de la transitoriedad para trabajar la conjugación entre pasado y futuro, en razón de su constante desplazamiento a lo largo del transcurrir histórico. “El conocimiento histórico [...] nos ayuda a comprender cómo ha llegado a existir el mundo tal como lo vemos”,⁸⁷ pero también “todo estudio histórico entraña hacer una selección, una minúscula selección de algunas cosas partiendo de la infinidad de actividades humanas del pasado y de lo que afecta a tales actividades”,⁸⁸ colocados en la perspectiva de “situar el momento presente en un devenir”.

En este sentido la conciencia histórica está marcada por la experiencia pero también por necesidades utópicas, porque “la historia se haya inevitablemente impregnada de modo hondo de ideología y política [...]”,⁸⁹ dimensiones que pertenecen a la exigencia de lo inédito pero posible de hacerse, o de la aventura que nos impele a seguir siendo existencial e históricamente. Representan el rescate del sujeto desde la existencia y desde la historia, de modo

85 Hobsbawn, *op. cit.*, p. 81.

86 *Ibid.*, pp. 74-75.

87 Aron, *op. cit.*, p. 132.

88 Hobsbawn, *op. cit.*, p. 73.

89 *Ibid.*, p. 82.

de asumirse ante las circunstancias para así enriquecer la visión de los espacios que éstas delimitan y en los cuales nos ubicamos. Es la conciencia del presente potencial que se corresponde con una postura racional y con un particular manejo del tiempo.

El modo como se maneja el tiempo en la conciencia histórica determina que el reconocimiento del momento permita incorporar la presencia del futuro en el presente; manejo que constituye la función epistémica de la conciencia histórica que puede revestir variantes según como se rescate en los diferentes campos disciplinarios del pensamiento.

Los planteamientos acerca de la conciencia histórica pueden confrontarse con lo sostenido por algunos autores. Para Mondolfo, el concepto de conciencia histórica plantea la incorporación “de la vida y de la historia, cuya existencia y desarrollo parecen exigir [...] la agitación continua, como la supuesta bebida de inmortalidad, que al no ser agitada, se descomponía”;⁹⁰ pero también, como opina Aron, “es la conciencia de una dialéctica entre tradición y libertad, el esfuerzo por captar la realidad o la verdad del pasado”⁹¹ que se vincula con la historicidad del hombre, “posición a la que otros han llamado el carácter prometeico de la realidad histórica”.⁹² Idea de libertad que, al vincularse con la construcción, instala la idea de futuro en el esfuerzo por comprender el presente en que ha cristalizado el pasado. Por su parte, Hobsbawn afirma que “el proceso de comprender el presente tiene mucho en común con el proceso de comprender el pasado, aparte de que comprender cómo el pasado se ha convertido en el presente nos ayuda a comprender éste, y éste supone algo del futuro”.⁹³

90 Mondolfo, *op. cit.*, p. 65.

91 Aron, *op. cit.*, p. 103.

92 *Ibid.*, p. 104.

93 Hobsbawn, *op. cit.*, p. 218.

Desafíos de conocimiento que, quizás como ningún otro esfuerzo cognitivo, conllevan un alto compromiso del sujeto, pues, como dice Romero, “quien aspire no sólo a la descripción sino a la comprensión de la vida histórica debe asumir la inevitable dosis de subjetividad y compromiso implícito en toda conciencia histórica”.⁹⁴ Una carga de subjetividad que trae consigo todo sujeto, ya que no solamente es una actividad intelectual sino también existencial en toda su vastedad. Como se recuerda.

[...]la dura tarea del hombre que se afana por indagar la verdad acerca del pasado [...] no está movida tan sólo por el deseo de descubrir ciertos aspectos de la realidad [...] El apetito de conocer el pasado se despierta en otras zonas más profundas del espíritu que no son las del puro intelecto; una inquietud inevitable [...] que nace de las mismas fuentes que las preocupaciones últimas de la existencia.⁹⁵

Desde esta raíz existencial se plantea el pensar sobre la materia histórica como una materia sin forma, libre de sujeción a límites. Dilthey reclamaba que “no hay una última palabra de la historia que exprese su verdadero sentido, como no la hay tampoco en la naturaleza”; por lo tanto, un pensar no objetual que pueda establecer “el vínculo entre lo singular y lo universal” como lo intrínseco “de la visión genial del historiador”, pero que, después, “es desgarrado por el análisis que se somete a consideraciones teóricas”.⁹⁶ Lo esencial reside en que el conocimiento basado en objetos propios de la explicación desconoce “la conexión global que constituye la realidad histórico-social”.⁹⁷ Necesidad de conexión que tiende a ocultarse facilitando que se impongan por el

94 Romero, *op. cit.*, p. 9.

95 *Ibid.*, p. 64.

96 Dilthey, *op. cit.*, p. 83.

97 *Ibid.*, p. 84.

sujeto obstáculos a la explicación científica en la forma de objetos cosificados.

La función que cumple la conciencia histórica es contribuir a evitar el “achatación del esfuerzo explicativo” por el predominio de juicios de evaluación que dejan fuera la vida misma como desafío de conocimiento, descomponiendo esta “colección global” en una serie de objetos que ocultan la constitución de la realidad, “la recuperación de las luchas, sacrificios, forcejeos o contradicciones que integran el movimiento de la sociedad [...]”.⁹⁸ Cuestiones que plantean el problema de que el conocimiento histórico surge con el sesgo de valores, los cuales se recuperan como definidores de ángulos desde los que éste se construye.

La conciencia histórica cumple la función de envoltura de sentidos dispersos, esto es, de relacionar lo singular con lo universal, asumiendo la tarea de integración de las parcialidades que aparecen como las verdades teóricas. También, la función de mostrar los déficits de las estructuras conceptuales con que organizamos el pensamiento en base a lo dado, estableciendo un vínculo entre conocimiento y existencia; o bien, simplemente incorporando al conocimiento la dimensión práctica (o de proyecto) en cuanto expresión de la capacidad de construcción del hombre. En suma, es la postura del sujeto erguido ante sus circunstancias para sumir su vigilancia frente al futuro y poder organiza el pasado en términos de las exigencias del presente.

La conciencia histórica cumple la función integradora que permite romper con los límites disciplinarios; pero simultáneamente muestra los déficits en el despliegue del sujeto y sus posibilidades para erguirse como sujeto. Por eso, al romper con límites se asocia con el concepto de tiempo como salto, transgresión de parámetros,
98 Luis Villoro, “Historia ¿para qué?”, en Carlos Pereira, Luis Villoro *et. al.*, *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI, México, 1998, p. 30.

devenir y reconocimiento del momento en tanto expresión de lo inacabado. Conciencia de déficit que se corresponde con el manejo del tiempo como posibilidad, fluir y sentido; por lo tanto, con el momento como lo transitivo. Empero, lo más relevante es su función para asumir la potencia del sujeto, ya que vincula tiempo con esperanza, lo posible con construcción, en la medida que el momento se asocia con la presencia de conciencia y voluntad de... construir ámbitos de sentido.

La problemática del rescate del sujeto refiere a distintas relaciones que se pueden establecer entre conocimiento y existencia. Puede resultar que nos encontremos ante discursos con sujetos incorporados; o bien con discursos que no representan ningún espacio para sus posibles despliegues. O, ante discursos con sujeto incorporado pero con una lógica heterónoma respecto al discurso, como es el caso de las actitudes críticas que no se acompañan de un discurso congruente. Aunque también puede darse el caso de discursos con sujetos que se incorporan, sometidos a las exigencias del mismo, representando por lo tanto un espacio de despliegue para aquél, en razón de conformar una expresión de necesidades reales-vividas.

En esta perspectiva, la conciencia histórica como premisa del pensar tiene presencia en los distintos campos del conocimiento, en cuanto cada disciplina es también un horizonte que contiene posibilidades para ser sujeto. La historia, la filosofía, incluso la física y la biología, desde luego la tecnología, nos hacen sentir la necesidad de asumirnos como sujetos si recuperamos la historia como posibilidades de experiencias que se acumulan.

En efecto, la conciencia histórica reconoce presencia en las distintas apropiaciones cognitivas, que, por lo mismo, no podemos separar si queremos mantener al sujeto como ángulo de pensamiento

constituido por sus diferentes facultades y disposiciones. Es la condición para no disociar sujeto y discurso, de manera de no abandonar el desafío de transformar lo real en mundo. La conciencia histórica en cada conocimiento disciplinar refleja a la totalidad en lo particular; en cuyos marcos el sujeto puede surgir desde sus potencialidades con la integridad de hombre dispuesto a asumirse.⁹⁹

99 ¿Cuántas veces miramos a nuestro alrededor desde el todo que somos?. Es necesario trascender la unilateralidad de los sentidos y de nuestras diversas capacidades: pensar con los ojos, elaborar conceptos desde el deseo de voluntad, asumir la voluntad en conjunción con la inquietud por explicar; esto es, adoptar ante las circunstancias una postura con la unidad de nuestras facultades. Lo político es un terreno donde se puede constatar de manera privilegiada la necesidad de ser sujeto en plenitud. Y lograrlo es mostrar poder frente al poder, el cual, por definición, descansa en la disgregación de las capacidades del hombre.

3. Afirmarse en horizontes o colocarse en el límite

La necesidad de abrirse hacia lo desconocido para pisar los umbrales desde los cuales llegar a poseer una visión de la realidad, plantea un saber que no se agota en su verdad; pero, ¿nos colma alcanzar la plenitud de una conciencia que nos diga lo que somos?; en verdad, ¿llegamos a ser gracias a lo que sabemos? En esta discusión sobre la razón, el propio razonamiento reconoce sus límites, aquellos que imponen la premisa de que estamos “rodeados por el enigma y que lo poco que entendemos racionalmente es la exigencia de un mundo enigmático”;¹⁰⁰ pero, aún más, podemos afirmarnos en la idea de que el saber mismo contribuye a una mayor profundización de lo que somos. Si pensamos que se alcanza una mayor riqueza del ser en virtud del conocimiento, querría decir que éste nos tendría que iluminar acerca de lo que podemos ser. Lo que significa que el conocimiento es una actitud de conciencia que convierte lo dado en una posibilidad, esto es, entre estar determinados y ser protagonistas,

100 Carlos Fuentes, *Constancia y otras novelas para vírgenes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

entre evolución y construcción, entre poder y libertad, entre verdad y lucha, entre hecho y esperanza. Desde esta tensión, lo desconocido no asume la forma de un enigma, sino que constituye un imperativo gnoseológico y volitivo para construir lo inédito. Ello supone no aceptar quedarse dentro de la estabilidad guarnecida por los límites; por el contrario, estamos obligados a embestirla en la búsqueda de una utopía como es la de la lucha por una conciencia protagónica, y así poder avanzar para enriquecer nuestra propia relación con la realidad, aprobada como ese horizonte que desafía como nuevo objeto a la voluntad conciente.

Horizonte que es el contorno todavía no construido, pero que está allí, rodeándonos con sus misterios y, por lo mismo, que nos enfrenta al desafío creativo de pensar las esperanzas que anticipen la posibilidad de lo nuevo. Es el riesgo de romper todas las certezas que proporciona la estabilidad propia de lo que está cimentado. El horizonte representa la aventura de asomarse a lo incierto encarnando la tensión máxima de la conciencia que desea adentrarse por los meandros de la realidad indeterminada.

Surge lo nuevo de una necesidad que no expresa una lógica lineal ni mecánica, ya que no reviste un significado único como podría serlo cuando se manifiesta una postura teleológica. Más bien, la necesidad de lo nuevo encierra una pluralidad de posibilidades que descansan tanto en la riqueza que contenga el futuro que se avizora y busca como en la fuerza para romper con lo dado.

Se produce entonces un compromiso entre conciencia y hacer, basado en la lógica del asombro, del maravillarse, del atreverse a ir más allá de lo consabido; por ello no se somete a la lógica de la verdad. Conjunción entre conciencia y hacer que plantea el reto de tener que encontrar la conciencia en lo que está y en lo que no está, porque a la vez es inercia o impulso de ruptura. Estamos

constreñidos a comprender lo necesario en lo decible como expresión no del lenguaje ya enunciado, sino del ángulo desde el cual se piensa lo posible de decirse, que es la conciencia histórica que, al ubicarse en el interior del límite, es capaz de reconocerlo. De ahí que una discusión epistemológica no tenga sentido si no es a la luz de sus implicaciones para el desarrollo de la conciencia.

En verdad, el problema central del conocimiento se ubica en la capacidad de mirar el límite, tanto aquello que contiene como aquello que se le escapa porque lo trasciende, y que, por lo mismo, lo toma como embrión de horizontes ante los cuales habría que asombrarse. Porque la capacidad de asombro está necesariamente presente en el enfrentamiento con la realidad al que ha estado obligado el conocimiento analítico a lo largo de toda su historia. Precisamente, es a partir de las contradicciones que yacen en la inercia del saber acumulado de dónde tendrá que resurgir el asombro, si es que queremos mantenernos alertas al conocimiento de lo inédito en la realidad. La divergencia entre las formas de volcarse hacia la realidad está en el carácter que asume la necesidad. Mientras que en el conocimiento no-analítico lo necesario es parte de las sugerencias que evocan las preguntas iniciales desde las que se pretende alcanzar la apropiación, en el ámbito del conocimiento analítico la necesidad es parte de la propia estructura de los enunciados teóricos establecidos.

De ahí que el conocimiento es el asombro vuelto sobre sí mismo, mientras que el asombro es el conocimiento *como capacidad de salirse de sí mismo* para rastrear las incertidumbres y encontrar lo maravilloso vislumbrado para traerlo a la quietud de su constatación. Articulación entre conocimiento y asombro que se apoya en la conciencia de lo que está y de lo que no está; por eso, más que entender hay que comenzar por mirar.

La primera relación con la realidad tendría que gestarse en el asombro para abrirse a los desafíos que nos circundan. Eso es congruente con la idea de que el método es una actitud de conciencia capaz de transformar la realidad en un significante que expresa la dialéctica entre contenido y contorno. Por lo mismo abre paso a diversos umbrales desde donde mirar la realidad, por cuanto pueden darse diferentes modos para establecer el vínculo entre lo que está nombrado y lo por nombrarse; cuestión que refiere a las distintas formas de vinculación entre teorías y categorías.

En este sentido, el movimiento entre umbrales se refiere a la ampliación de la racionalidad según se avance o no hacia el pensamiento categorial o, en su defecto, a que el razonamiento no quede supeditado al pensamiento teórico, ya cerrado en sus significados. El movimiento al que alude el razonamiento se refiere a un tránsito desde lo imaginario o reconocible como posibilidad hacia lo estructurado, pues refleja la inconformidad acerca del logro alcanzado en el umbral desde el que hemos mirado la realidad.

Este movimiento puede darse entre el umbral definido por la identidad teórica del objeto y el e se caracteriza por su apertura, movimiento cuya cualidad está en la disociación entre la relación de conocimiento y el constructor teórico. Ello debido a que el momento de la apertura del razonamiento obliga a no restringirlo a lo dicho ya que, como señalamos, consiste en la posibilidad de decir. La ampliación de la racionalidad contiene entonces la posibilidad de enriquecer con el segundo momento al primero. Por eso lo fundamental de la epistemología reside en contribuir a esa apertura hacia lo nuevo más que en la misma corroboración de la objetividad, pues, como se ha planteado, no se trata tanto de entender como de ver. De ahí que tenga importancia reconocer cómo el hombre ha podido ir rompiendo con los límites de lo establecido, incluyendo

además del conocimiento analítico a la experiencia proveniente de otras esferas gnoseológicas.

Cuando la conciencia pretende ir más allá de lo organizado, permite superar la diferencia entre existencia y significado, entre hecho y saber, transformando la subjetividad en un nuevo horizonte de realidad posible de convertirse en contenido de nuevas experiencias. Sin embargo, ante la imposibilidad de promover en un corto periodo una drástica transformación del mundo, se trata, al menos, de comenzar por enriquecer nuestra visión sobre él y la propia capacidad para hacerlo nuestro, aunque sin desconocer los peligros que van asociados al hecho de que el progreso del conocimiento denota también aspectos negativos. A pesar de todo, lo que planteamos es el rescate del sujeto como forjador de rumbos en el marco definido por lo necesario que contiene una diversidad de sentidos en tanto opciones posibles de realidades.

Desde esta perspectiva, debemos concebir al sujeto como una síntesis de experiencia entre darse cuenta del estar con la vivencia de estar; por ello su conciencia integra “lo externo”, y “lo interno”, en contraste con la ideología, que identifica a la realidad con una opción subjetiva, en la misma medida en que la subjetividad del sujeto se hace realidad tangible. Acaso, ¿no es real también aquello que no emerge, pero que se agita como magma en los sueños y la voluntad de los actores?

Capacidad de asombro

La discusión sobre el rompimiento de los límites se acompaña de una actitud de audacia que asociamos con el asombro. El pensamiento categorial, que ha sido la preocupación de este texto, expresa en la

disposición del sujeto una necesidad de realidad que se traduce en su urgencia de autonomía y en su propio espacio de vida.

Si el pensamiento categorial se ubica en este espacio, entonces no puede agotarse en lo puramente cognitivo, ya que responde más a la vastedad de la conciencia que a la del conocimiento en sentido estricto. De esta manera, la apropiación de la realidad se corresponde con una ampliación de la subjetividad, pues la relación que se establece con aquélla no consiste estrictamente en formular proposiciones en las que se contengan afirmaciones de propiedad que deban ser constatadas, sino en vislumbrar las que sean posibles. De esta forma se hace presente la necesidad de realidad a que aludimos, sin que ella se restrinja al cuerpo de la ciencia establecida, en cuanto abarca por igual otros campos de la creación humana, como el arte y la filosofía.

El verdadero problema radica en comprender que lo que tenemos por delante, como desafío permanente, es esa necesidad de realidad y no solamente de verdad. Por eso comienza a tener cada vez mayor resonancia intelectual y ética el surgimiento de un lenguaje gestador de realidades, cuyo rasgo fundamental es su capacidad para articular contenidos teóricos con horizontes históricos y sus opciones de construcción. De ahí que el problema del conocimiento, como parte de una apropiación más compleja de la realidad, no pueda reducirse a una cuestión de lógica sino que, más bien, tenga que relacionarse con una disposición cimentada en la propia motivación interna del sujeto para *necesitar realidad*, que se vincula con la mayor riqueza de sus horizontes de vida y de su autonomía como ser pensante. La más elocuente expresión de esta necesidad cristaliza en los lenguajes gestadores de realidad.

A medida que la apropiación de la realidad se acompaña de una ampliación del sujeto, éste se va enriqueciendo con una especie

de lenguajes capaces ya no solamente de afirmar sino además de vislumbrar realidades; lenguajes que se abren a esa necesidad porque convergen en ella las enseñanzas de otras producciones humanas.

Necesidad de realidad que nos impulsa a ir al encuentro de aquello que subyace detrás de lo establecido, a encontrar lo que se oculta en lo profundo del orden manifiesto de la realidad. Sin embargo, un obstáculo para ahondar en esta búsqueda se encuentra en la inercia de la mente, atrapada en el interior de referencias conceptuales y culturales internalizadas. En este sentido la historia del hombre enseña acerca de los esfuerzos por liberarse de estas trabas del pensamiento y de la imaginación, entre los que cabe destacar, por su libertad y profunda capacidad de anticipación en comparación con la misma ciencia, aquellos que provienen del *arte*. Cuando hablamos de las enseñanzas del arte nos referimos sobre todo a su lucha contra cualquier dogma (esto para abarcar más allá de su lucha contra la religión), la cual se traduce en los intentos por traspasar sus umbrales, como es el caso del arte de inspiración popular, que llega a romper con las formas de creación diseñadas por una cultura oficial que pretende dominar cualquier alternativa creativa.

Para ilustrar esta idea de cómo se recupera el movimiento contra la inercia, retomemos una de las expresiones artísticas más profundas de la capacidad de rompimiento que se expresa en el impulso de “hostilidad a toda perfección definitiva, a toda estabilidad, a toda formalidad limitada”. Este antecedente se encuentra en la tradición de la “imagen grotesca” y su afán por recuperar la vitalidad de la realidad, sus contradicciones, el frenesí de su mismo acontecer, sin sujeción a normas de equilibrio previamente establecidas, que reflejan el desafío por no quedarse aprisionado en lo que ya ha cristalizado. Esto responde a una actitud de rebeldía con la que

puede identificarse cualquier intento de crítica. El punto que en este ejemplo nos interesa poner de relieve, y que singulariza tal tendencia, es su impulso por recoger un fenómeno como proceso “de cambio y metamorfosis incompleto”, que puede tener su homólogo en el esfuerzo lógico-epistemológico por captar la realidad en movimiento. De ahí que sean relevantes algunos mecanismos de representación de la realidad utilizados por esta tendencia artística, ya que pueden servir para aprender a cuestionar conceptos que están muy arraigados en el razonamiento científico.

Comencemos por señalar que su idea de imagen se caracteriza por la ambivalencia que responde a su propósito de reflejar “la vida en su proceso ambivalente, interiormente contradictorio”,¹⁰¹ lo que es congruente con su rechazo al canon clásico, a todo “lo perfecto, completo y unívoco”.¹⁰² El arte grotesco pretendía expresar esa experiencia colectiva “que permitía mirar con nuevos ojos al universo, comprender hasta qué punto lo existente es relativo, y, en consecuencia, permitir comprender la posibilidad de un orden distinto del mundo”.¹⁰³

101 Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Barcelona, Barral, 1974, p. 29.

102 *Ibid.*, p. 15.

103 La tradición grotesca tiende inevitablemente a romper cualquier noción de “mundo cerrado, perfecto y estable en el que el acontecer y los valores estuvieran divididos con fronteras claras e inmutables” (*Ibid.*, p. 45). Por el contrario pone al descubierto el carácter infinito del individuo, aunque lo más relevante está en poner de manifiesto las potencialidades desde lo que yace oculto, o simplemente aplastado por las estructuras oficiales políticas y culturales, que obstaculizan vislumbrar lo más profundo del hombre.

Debido a lo anterior, la tradición grotesca se enraiza con el rescate de la cultura popular. El mejor ejemplo histórico se encuentra en el carnaval, en el interior de las formas que asume durante la Edad Media y el Renacimiento, y en cuyo marco el arte grotesco contribuye al cuestionamiento social y político del orden establecido, lo que está asociado con la misma celebración del propio carnaval. En efecto, éste representa, según Bajtin, la vivencia de la utopía, la segunda vida del pueblo “basada en el principio de la risa”, pues se busca ostensiblemente en esas oportunidades “el sueño utópico de la universidad, de la libertad, de la igualdad y de la abundancia” (*Ibid.*, p. 37).

En una palabra, demostró ser un ángulo diferente para ubicarse en la realidad dada que implicaba liberarse de la falsa verdad y poder verla apartada del “mundo convencional”.¹⁰⁴ Experiencia estética que, como visión del mundo, representa una capacidad de retraimiento de las circunstancias dominantes que plasman la visión del mundo, constituyendo, por lo tanto, un verdadero cuestionamiento de las referencias parametrales que organizan la forma de pensar y de las percepciones que se tienen de lo que es real. Sin embargo, para conformar una verdadera conciencia crítica, aun en el caso de experiencias tan radicales, se requiere estar posesionado de toda la historia del momento, es decir, transformar el arte en “autoconciencia del género humano”, ya que su verdad, para ser tal “tiene que quedar inseparablemente vinculada al *hic et nunc* histórico”.¹⁰⁵

La verdad es lo necesario del momento que ha sido reconocido como elemento de conciencia, verdad que supone la destrucción de parámetros culturales tal como ocurría, aunque fuera temporalmente, durante las fiestas del carnaval; posibilidad que se ha perdido por lo menos como práctica cultural. En efecto, cada vez es mayor el encierro, especialmente a partir de la entronización del orden estatal; aunque se mantiene la lucha del hombre por romper con los parámetros de referencia, pues a medida que el poder se ha ido institucionalizado como mecanismo secular, también ha tenido que recurrir cada vez más y con mayor rusticidad a la cultura como sustentadora de su legitimidad. Significa lo dicho que estos rompimientos han tenido que descansar de manera creciente en los afanes de individualidades poderosas o “malditas”, las cuales han asumido el papel de catalizadores. En este sentido el papel cumplido por el arte es indiscutible.

104 *Ibid.*, p. 49.

105 George Lukács, *Estética*, vol. IV, Barcelona, Grijalbo, 1967, pp. 370-371.

Los retos por potenciar a la razón pensante son parte de la lucha secular del hombre por alejarse de la trascendencia del más allá para tomar el rumbo hacia lo que Lukács ha llamado la cismundaneidad; esto es recuperar los “valores propios del hombre puestos sobre sí mismos”.¹⁰⁶ La historia de esta hazaña es de larga duración. Allí están los esfuerzos por trasponer a los contenidos religiosos el lenguaje apropiado del “acaecer humano dramático”, como en el caso del Giotto, que crea “la forma pictórica” para un mundo “abruptamente contingente a las formas religiosas alegóricas de lo decorativo y de representación”.¹⁰⁷ Así, podemos ver cómo mediante su obra se produce un rompimiento con la trascendencia de manera que la transforma en inmanente para permitir que “el espíritu que anima a la mayoría de las obras [sea el] estudio del hombre [...] como dueño de la tierra”.¹⁰⁸

En otros planos de la realidad, ajenos al arte, pero inspirados en el mismo espíritu de “cismundaneidad”, se pueden citar los movimientos místicos, reformistas o heréticos, así como el intento de algunos teólogos, como Ekhardt, por eliminar todas las jerarquías en la relación con Dios, o bien en el concepto de Reino del Espíritu Santo en el caso de Joaquín de Fiore.

En el marco de nuestra reflexión, lo anterior cobra sentido en la medida en que alude a la ruptura de las referencias parametrales que impone la cultura como parte del esfuerzo del hombre por

106 *Ibid.*, p. 394.

107 *Ibid.*, p. 397.

108 Rompimiento de los parámetros impuestos por el cristianismo y que se contiene en la creación posterior, como es el caso de Rembrandt, en quien, siguiendo a Lukács, se aprecia una apropiación de lo trascendente, no solamente en sus retratos, en el misterio de sus figuras, sino incluso en el propio tratamiento que da a los temas bíblicos, en la medida en que en ellos “el papel decisivo corresponde a la naturaleza folklórica de esa temática tal como arraiga en el pueblo” (*Ibid.*, pp. 414-415). Es lo que ha dicho R. Rollando en el ámbito de la música respecto a los oratorios de Händel y que Luckács extiende a la pintura de Rembrandt.

liberar su espíritu de la idea de realidad que se conforma mediante determinados conceptos y cánones. Por ello retomamos la tradición de quiebras que trae consigo el arte, tales como su inveterada rebeldía ante lo establecido, su asombro y afán por lo nuevo y su forma de crear sacudiéndose la inercia y las trabas culturales, valóricas e ideológicas que contienen. Por ejemplo, el espíritu del “grotesco” y en general la pugna del arte por desprenderse del dogmatismo religioso fortalecen la existencia de apertura como una actitud expresiva desligada de ataduras que impulsa la creatividad.

La historia de los rompimientos parametrales, sea en la ciencia, el arte u otras manifestaciones, esconde el secreto de la capacidad misma para poder imponerse sobre la inercia; algo que lleva al planteamiento de saber pensar desde los horizontes históricos y que representa los avances hacia la construcción de una conciencia protagónica, que es nuestra preocupación de fondo en la discusión epistemológica.

En este sentido hay que discernir cómo en tales quiebras se encuentra presente una necesidad de realidad, ya que el problema de base es si la cultura constituye un límite que nos envuelve; ¿cómo, entonces, elevarnos hacia un horizonte más amplio y problemático desde el cual poder apropiarnos de ella? Si la necesidad de realidad trasciende a cualquier regla, rutina o percepción sobre la realidad dada, entonces, ¿cómo hacer nuestra la cultura si no somos capaces de pensarnos desnudos? Y, en este sentido, ¿cuáles son, por consiguiente, las enseñanzas de la imaginación artística? Quizás éstas se puedan sintetizar en una palabra: *vigilia*. Aprender a estar despiertos acerca de cómo estamos atrapados y conformados en un universo de ideas, emociones, deseos y experiencias que, al constituir lo que somos, nos parecen incuestionables, pero que la

mirada alerta en su magia constantemente coloca en duda y que es en lo que consiste la esencia de la lucidez.

La vigilia

Estamos en la realidad, pero no lo estamos... tal vez queramos siempre estar en otro lugar. Hay sin embargo una fuerza interior que nos lleva hacia las cosas, que son una de las claves de nuestra propia tangibilidad. Siempre entre lo que somos y lo que nos rodea hay un abismo, o bien un puente cuando tenemos los lenguajes que son las mallas arrojadas con lucidez sobre lo desconocido: lenguajes que se expresan en la necesidad de colocarnos frente a lo conocido como desconociéndolo, por lo mismo donde la vigilia no es la realidad sino un distanciamiento creativo y apropiador. La lucidez es un desafío ante lo inédito y una exigencia frente a la comodidad del espíritu, pero, ¿es la vigilia una necesidad del hombre? ¿O es más bien un prurito de quienes privilegian la capacidad del hombre por construir conocimiento? ¿Por qué plantear el imperativo de la vigilia cuando parece que la inmensa mayoría de los hombre viven sin necesidad de acuñar por sí mismos ningún tipo de conocimiento? ¿En qué reside, entonces asumir una actitud vigilante?

No hay en el lenguaje de la ciencia, a este respecto, nada tan desafiante como el reclamo poético formulado por Rimbaud: hacerse vidente, ser vidente, por medio de un “inmenso, prolongado y razonable desarreglo de todos los sentidos”, hasta comenzar a ser “entre todos el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito, el gran Sabio, para llegar a lo desconocido”. Ir más allá de la verdad o del error para desplegar con preeminencia cualquier esfuerzo de pensar. Buscar lo inédito como el espacio para pensar y no

restringirse a saber que el pensar es el acto mismo de avanzar hacia lo desconocido. Desafiar todo el ramaje de formas existentes desde la fuerza misma que las ha plasmado, de modo de conocer el misterio de su transitoriedad. Y desde el empuje que las hace brotar, recuperar las lógicas de su nacimiento, que expresan la simple necesidad de realidad que ha permanecido oculta.

La duda creativa

Esta búsqueda de lo no dado nace de la capacidad de destrucción que limpia a la necesidad de las deformaciones y rigideces que impone el momento. Se trata de retomar la lógica fundante de lo que ya se ha aceptado; lo que es posible descubrir con alguna claridad en los lenguajes no lógicos en virtud de que éstos no reconocen un envoltorio autojustificador como en el caso de los analíticos. Porque no son función de estructuras lógico-cognitivas, sino porque las crean desde sus propias exigencias internas de realidad. Por consiguiente, los lenguajes en que pensamos no solamente expresan realidades, sino que, al requerir construir las, antepone a cualquier orden interno una libertad que encarna lo nuevo como sueño y voluntad, conformando en el mismo lenguaje el propio orden interno que lo organiza como vehículo de aquello que está fuera de las convenciones, es decir, a la realidad como posibilidad, cuya función radica en ser ángulo para la construcción de una nueva realidad, pero ahora ya como contenido devenido. Por eso enfatizamos la constante destrucción de convenciones relativas a las fronteras de tiempo y de espacio para transformar nuestra visión del tiempo pasado y futuro hasta el límite de liberarlo de su caducidad. Estamos ante “el asalto al futuro” del que habla H. Broch que hace del tiempo un tiempo del ahora “que algún día será

una lógica que traspasando los límites de lo aristotélico” tendrá que estar en condición de escrutar y analiza esa “sugerencia con la que se moldearía lo nuevo del futuro”; algo así como una teoría de la profecía, “cuyo objetivo sea aquel inconsciente del que emergen los impulsos y sugerencias para todo lo nuevo”.¹⁰⁹

En este sentido son claros los esfuerzos del arte por traspasar el concepto de límite de lo dado. El intento por sustraerse de las configuraciones tradicionales lleva a la descomposición de los objetos. En verdad, la idea de contorno sobre la de límite definido surge en el arte, porque éste abre las fronteras de lo que muestra. Estimula al contemplador, como afirmaba Luckács, para que se sumerja de cabeza en el océano informe de la trascendencia. Por lo anterior, la obra artística se mueve entre la libertad y el orden preestablecido, en razón de lo cual nunca puede dejar de “abarcarse la totalidad de la vida”; exigencia de libertad de la obra que obliga a incorporar la totalidad de un periodo histórico determinado, de acuerdo con lo que planteaba Della Volpe, en forma de envolver en el arte a todo el hombre sin exclusiones.¹¹⁰

Este esfuerzo para descubrir nuevas realidades ocultas lleva a tener que cuestionar constantemente toda modalidad de integridad del objeto, de manera de abrirse a la sugerencia contenida en lo fragmentario; esto es, encontrar “las fisuras en la corteza de lo convencional” desde las que algún día saldrá a la luz una nueva fuerza”.¹¹¹

109 Hermann Broch, *Poesía e investigación*, Barcelona, Barral, 1974, p. 47.

110 A. Guiducci, *Del realismo socialista al estructuralismo*, Madrid, Comunicación, 1976, pp. 26-181, Serie B.

111 S. Marchan, *Del arte objetual al arte de concepto. 1960-1972*, Madrid, Comunicación, 1976, p. 207, Serie B; Paul Vogt, *Der Balue Reiter. Un expresionismo alemán*, Barcelona, Blume, 1980, pp. 122-123.

Esta apertura de los contenidos a su contorno permite hablar de la función gnoseológica, que no cognitiva, de otros lenguajes como el arte, pues además de pretender constituir un reflejo representa un “germen transformador”. La importancia de lo dicho reside en la apertura, en su expansión, que contribuye a liberar al conocimiento y a forjar “modelos alternativos de verdad”,¹¹² lo que se manifiesta en el desafío a las organizaciones de significados existentes que se imponen de modo exclusivo. En este sentido el arte representa una reacción contra la lógica de la racionalidad instrumental, pues siempre estará abriendo nuevos espacios para la experiencia.¹¹³

La liberación de toda atadura a las formas es congruente con la exigencia por lo inacabado. Significa enfatizar el rescate de la energía interna de los objetos para llegar a dar cuenta de una realidad desplegada y de otra que se repliega; de una que es manifiesta y de otra que se hace presente en virtud de su misma ausencia. Ello porque hay una realidad que es más profunda que la de los objetos: aquella que plantea los desafíos de imaginación y de creatividad que es la que anticipa el arte. Como observa Nadeau, “hay que dar forma a esa imaginación que cada uno lleva dentro de sí, la única cosa capaz de levantar la prohibición de entrar en ese ámbito en el que no es posible penetrar sin ella”.¹¹⁴ Porque el arte “desemboca en regiones

112 Jürgen Clauss, *Expansión del arte*, México, Extemporáneos, 1970.

113 A este respecto, cabe mencionar las preocupaciones acerca de la función de conocimiento que puede cumplir el arte, “¿no ha de haber en el arte conocimiento alguno?, ¿no se da en la experiencia del arte una pretensión de verdad diferente de la de la ciencia, pero seguramente no subordinada o inferior a ella?, ¿y no estriba justamente la tarea de la estética en ofrecer una fundamentación para el hecho de que la experiencia del arte es una forma especial de conocimiento [...] Es difícil hacer que se reconozca esto si se sigue midiendo con Kant la verdad del conocimiento según el concepto de conocimiento de la ciencia [...] que sustentan las ciencias naturales. Es necesario tomar el concepto de experiencia de una manera más amplia que Kant” (cfr. H.G. Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 1988).

114 Maurice Nadeau, *Historia del surrealismo*, Barcelona, Ariel, 1975,

que no dominan ni el tiempo ni el espacio”,¹¹⁵ por cuanto no está circunscrito a lo preestablecido por una estructura de parámetros.

La enseñanza del arte, entonces, radica en que hay que avanzar con la imaginación, inquietud que plantea la cuestión de los límites de la razón y el imperativo de ampliar su horizonte para resolver “la incapacidad de superar los límites asignados a nuestra necesidad de silogismo desmoralizador, es decir, de tener en cuenta de una vez por todas los demás límites”;¹¹⁶empero, para lograrlo, toda realidad cristalizada debe ser desplazada en forma de desconcertarla, como cuando un objeto es “sacado de su marco habitual”. Si lo anterior alude a la incorporación de realidades no configuradas, entonces constituye un esfuerzo por incorporar lo circundante, lo que lleva a una resignificación de lo establecido como real. Lo relevante es ver con asombro porque, como se ha dicho, “ver es algo que carece de reglas y consiste en sorprendernos continuamente”.¹¹⁷ Lo cual, trasladado a la reflexión epistemológica que nos ocupa, se corresponde con la idea de liberar al pensamiento de las reglas del método, de rescatar esta capacidad de abrirse a realidades nuevas como es el caso del arte; que la relación sujeto-objeto no se piense en términos reducidos a la sintaxis de la predicación, sino más bien con base en la idea inicial de la realidad como una construcción de sueño y libertad, que, constantemente, se ensancha hacia el amplio espacio de lo oculto y no devenido.

Es necesario volver a destacar que el planteamiento desarrollado debe culminar en el ámbito del sujeto. Si se buscara un enunciado que reflejara la esencia más honda de lo expuesto, podría encontrarse en la idea de emancipar al sujeto de la lógica

p. 74.

115 Octavio Paz, *Apariencia desnuda*, México, Era, 1979, p. 101. Ensayos.

116 Maurice Nadeau, *op. cit.*, p. 144.

117 John Berger, *Mirar*, Madrir, Blume, 1987, p. 127.

que imponen las cosas con fundamento en una lectura utópica de la realidad. Por eso se habla de lucidez, ya que la utopía cumple el papel de colocar al sujeto frente a desafíos tales como la contradicción entre necesidad de razón y de soñar y la inercia. Por ello decimos que hay que enfrentarnos con los espacios desde donde surge y se despliega la necesidad de estar alertas; esto es, desde donde luchar contra la conformidad. Por lo expresado consideramos que en la lucha entre orden y libertad se contiene esta última como una forma de lucidez.

La libertad como lucidez es la disposición de inventar, que tiene, empero, su contrapeso en la tendencia a ser normada. Se trata de saber si tenemos, y cuándo, necesidad de realidad; o bien, cuándo y por qué nos quedamos encerrados en el interior de espacios que agotan todas nuestras posibilidades de ver. En lo anterior consiste el reto de romper con los bloqueos de horizontes que impone el poder como lógica de lectura de la realidad, y que implica colocarse ante la complejidad del sujeto, así como en todos los lugares que ocupa, si es que queremos rescatar su capacidad de reactivación sobre las circunstancias.

La discusión epistemológica concebida en esta perspectiva constituye una apuesta a la capacidad del hombre, pues pretende dar cuenta de la relación entre conocimiento y conciencia, y entre conciencia y acción. Sin embargo, no se trata de reducir la complejidad de la realidad a esta diversidad sincrónica de planos en los que se presentan las circunstancias que rodean al hombre, sino de entenderlas como el contorno propio del sujeto. Eso significa destacar aquellos puntos nodales que son los posibles de ser potenciados por el sujeto, porque la voluntad de construcción sobrepasa los límites de la lógica de ordenamiento de la realidad: trascender el ámbito de verdad que se busca para alcanzar el horizonte

del asombro y de la esperanza. La “pasión por la cosa” es antes que nada asombro y, por consiguiente, búsqueda de lo inextinguible, que nos obliga a colocarnos fuera de nosotros mismos como condición para el propio crecimiento.

Crecer se manifiesta en poder mirar tanto hacia adentro de lo que se nos impone como hacia fuera; poder irrumpir hacia lo no pensado. Supone un cierto poder desestructurante que ponga en movimiento *toda* la vida del sujeto, en forma de poder abandonar, por un mundo deseable que incita a aventurarse en el acecho por lo incierto, todo lo que es concebido como definitivo.

Esta libertad desestructurante es la que hemos querido poner de relieve cuando invocamos el papel anticipatorio del arte, porque éste “subleva las relaciones jerárquicas vigentes”. En la medida en que lo que buscamos es la capacidad para afrontar la realidad, antes que encerrar la mirada en contenidos sometidos a la opacidad de la verdad o falsedad.

El hombre histórico y el hombre en la historia

El hombre histórico es diferente al hombre en su historia: en tanto lo primero, el hombre es contenido determinado, mientras que colocado en su historia es posibilidad de nuevas realidades que se construyen. De esto podemos decir que la historia es a la vez experiencia y conciencia de horizontes, ya que el sujeto siempre se expande más allá en virtud de su capacidad de asombro y de esperanza. Por eso el saber, cuando además es conciencia, implica colocarse en el umbral de aquellos puntos de lucha y de conquista, del pasado y del futuro. La objetivación de sí mismo se desprende de esos límites, única forma de alcanzar la conciencia histórica:

conjugación de lo histórico en lo individual y de lo individual en lo histórico.

El sujeto con conciencia es ser, aunque el ser, para llegar a ser conciencia, requiere en el sujeto de una objetivación de sí mismo frente al otro mismo. De ahí que pensemos en la relación entre sujeto y objeto como una forma para comprender la realidad, cuya condición es concebirla simultáneamente como contenido y contorno que desafía al hombre, lo que supone recuperar a este último en la pluralidad de planos en que se constituye, pues él se reconoce en el contorno marcado por esta conjugación de situaciones que son y están siendo. El hombre histórico es el hombre mirado desde este límite, que ha sido reconocido como producto de una reconstrucción histórica.

Cuando hablamos de ser consciente tenemos que preguntarnos acerca de cómo hacer avanzar la conciencia sobre el gran horizonte histórico, superando las circunstancias de los lugares particulares que ocupa el sujeto y desde los que se despliega. Una condición para ello consiste en trascender la escisión entre realidad y experiencia, mediante la práctica de la esperanza, que es el eje de la concepción política (en oposición a la ontológica) de la realidad. La esperanza no es sólo la utopía deseable, es sobre todo el esfuerzo mismo de ampliar la conciencia por medio de la conformación de campos de interacción con otras realidades construidas o posibles de ser construidas. Por eso la concebimos como una actitud de conciencia en la que se recupera al hombre tanto en su lucha de autoposición como en su distanciamiento de sí mismo, obligándolo a disociarse de cualquier razonamiento de fundamentos cristalizados, por cuanto lo que “ocurre no es necesariamente requerido por una lógica preestablecida de la historia”. Por eso planteamos la idea de

apertura hacia los horizontes en los que el hombre puede decidir sobre alternativas.

El espacio de la causa es reemplazado por la voluntad de pensar con el fin de poder romper con la inercia del pensamiento. El desafío está en que antes de conocer hay que afrontar la realidad partiendo no de objetos, sino de horizontes, para no aprehender la realidad negando la posibilidad de su construcción. Pues, así como se ha reconocido “que el exceso de conciencia historiográfica destruye la capacidad de crear nueva historia”, también se puede afirmar que el exceso de razonamiento fundado en la búsqueda de determinaciones impide reconocer horizontes de realidades nuevas. En esta dirección se pueden encontrar precisamente las principales enseñanzas que el arte proporciona a la lógica científica: su alcance esencialmente desestructurante de lo jerárquicamente establecido para llegar a mostrar lo indeterminado. Planteamiento que descansa en la posibilidad necesaria de darse, en razón de una voluntad consciente, o en el simple despliegue de lo dado que incluye a la vez lo continuo y lo discontinuo.

La cuestión es producir sentido simultáneamente con la construcción de conocimiento. Es lo que entendemos por la creación de identidades activas; no ser importante *en* la historia, sino serlo *por* la historia posible. En esto consiste la urgencia de abandonar aquello que se piensa como definitivo para adoptar la acechanza de lo incierto; remover lo sabido por el descubrimiento de nuevos espacios de conciencia y de experiencia desde los cuales seguir creciendo. La ontología, por lo mismo, queda reemplazada por la exigencia de lo indeterminado y la filosofía por el pensar en horizontes históricos.

Lo expresado nos coloca ante el desafío de entender el conocimiento como producto y como negación del producto.

Negación tanto epistemológica como práctica, en la medida en que el conocimiento es parte de la voluntad para cambiar los umbrales desde donde mirar y vivir el mundo; por eso, el conocimiento supone querer tener esperanzas para no conformarse. La inconformidad, en efecto, consiste en dejarse inundar por lo desconocido como aquello que nos rodea y que, a pesar de ser difuso, exige corporeizarse. Lo desconocido es el océano irracional que, en palabras de Carlos Fuentes, rodea la isla de la lucidez; es la realidad no configurada en cosas tangibles, pero constituida como un significante cuya significación está por determinarse; es aquello que rodea cualquier relación antropocéntrica o cronocéntrica esperando transformarse en contenido de un para qué. Por ello, la voluntad consciente de construcción histórica ocupa un espacio tanto preciso como impreciso, así como es impreciso en su precisión lo más sagrado de la tierra.

La visión de mundo y la práctica son centrales para poder ubicar la discusión sobre la razón humana en el vínculo entre epistemología e historia, ya que aquella consiste en iluminar la tensión entre ser en el querer, y querer la libertad del ser auténtico que se manifiesta en la producción de sentido, siempre posible cuando no se ha perdido al sujeto; en otras palabras, cuando la realidad se recupera como el horizonte en el que tiene lugar la constitución de la voluntad constructora de nuevos territorios para la conciencia.

Si la realidad es una síntesis de los triunfos y fracasos de los hombres, su desafío estriba en pensar la racionalidad desde el hombre y no desde un modelo de hombre; hacerlo desde sus sombras, contradicciones, temores, creatividad, engaños y certezas, para no falsear la razón a partir de una pura e ingenua imagen de lo humano, sino más bien apostar a ella desde las flaquezas humanas, pero también desde sus sueños, en los que busca saciarse de sus

limitaciones. Porque en definitiva se trata de rescatar el valor humano en la racionalidad en vez de inocular aquél de las perfecciones y lucideces de ésta: reconocer en la racionalidad la expresión de una lucha por ensanchar lo humano, como el fondo inagotable desde el cual enriquecer las visiones de mundo que el hombre y su razón pueden llegar a poseer.

4. La razón como construcción: un repaso histórico de planteamientos

Pretendemos colocarnos frente al problema de la racionalidad humana como ese lugar de su vida donde se condensan, tanto los nudos que impiden, como los espacios que posibilitan desenvolverse hacia una esperanza, la cual, por sí misma, expresa todos los anhelos y sueños, los esfuerzos de superación, y también los fracasos, que hacen del hombre la única especie capaz de un comportamiento absolutamente normativo. Comportamiento que implica riesgos para la sobrevivencia de la humanidad, en la medida que conforma opciones cada vez menos ligadas con el instinto de conservación. Pues, así como la libertad es un aspecto en el desenvolvimiento de la conciencia individual, que supone una tendencia autónoma respecto de las determinaciones, la incertidumbre acerca de las consecuencias del comportamiento elegido es el aspecto relacionado directamente con los riesgos que comportan esas decisiones.

La decisión de comportarse de un modo u otro resume las posibilidades tanto de vida como de muerte del ser humano. Y en tanto esas decisiones son asumidas desde la capacidad de pensar, debemos detenernos en lo que es esa capacidad, que no se justifica por sí misma sino en cuanto constituye el esfuerzo por comportarse según opciones que se correspondan con valores que encarnan esa metafísica necesaria del progreso. Ningún animal progresa con excepción del hombre. Quien a su vez cree que progresa porque piensa, y que pensar es sólo una actitud racional.

El progreso es simplemente manifestación de una inconformidad con lo dado que implica una búsqueda de determinados recorridos. Es aquí donde se presenta la cuestión central: estos recorridos obedecen a una especie de expansión del universo de pertenencia, expansión que hace de la especie humana un constructor que se reencuentra potenciado en su espacio creado.

Lo creado y la necesidad de creación, aquello que viene arrastrando al pasado y lo que representa una discontinuidad, un salto, es lo que obliga a considerar a la razón como la síntesis de fatalidad y negación, inercia e interrupción de la misma. Por ello surgen preguntas como: ¿Qué es lo que hace que el hombre piense como piensa? ¿Qué es lo que está detrás de su empeño por negar lo que ha llegado a ser?, preguntas que nos colocan ante la necesidad de comprender la dinámica constitutiva del pensar como esa capacidad que no quede atrapada por el mundo de los instrumentos, o, por la memoria, o la rutina, sino que incorpora dominios desconocidos como experiencias posibles que resultan de esa inconformidad.¹¹⁸

118 Aparece históricamente muy claro que el razonamiento se encuentra encuadrado por estructuras parametrales que definen cómo organizarlo y por consiguiente determinan qué se puede pensar. Es lo que ocurre cuando se impone una visión de realidad que impide ver otras realidades que la concebible en su marco. Es el caso por ejemplo de Descartes para quien “el Universo estaba compuesto de partículas microscópicas y que todos los fenómenos naturales podrían explicarse en términos de forma, tamaño, movimiento e interacción

corpúsculares” (Th. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México, 1971, p. 77); lo que implica una idea de “cómo deberán ser las leyes finales y la explicación fundamental: las leyes deben especificar el movimiento y la interacción corpúsculares y la explicación debe reducir cualquier fenómeno natural dado a la acción corpúscular conforme a esas leyes”. También se puede citar el caso de Aristóteles quien, según Koyré, cometió no sólo el error de “no haber admitido la posibilidad de vacío en el mundo”, sino de haber “forjado una imagen falsa del mundo y haber adaptado la física a ésta” (A. Koyré, *Estudios galileanos*, Siglo XXI, México, 1981, p. 51, subrayado nuestro). Es así como la ciencia puede ser prisionera de ciertas lógicas inherentes, como es el caso, que recuerda Bachelard, de que la ciencia contemporánea “afirma que las cantidades a despreciar deben ser despreciadas”, no siendo suficientes decir que pueden ser despreciadas, con lo que se “corta de raíz con determinaciones puramente plausibles, jamás probadas” (G. Bachelard, *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI, México, 1981, p. 108).

El nexa del pensamiento científico a “intuiciones usuales” por la experiencia común, requiere que rompa con la inercia de “tratar de imponer en todas partes la legalidad del orden de magnitudes familiares” (*Ibid.*, p. 265). Lo que supone una apertura como es “la conciencia de un espíritu que se funda trabajando sobre lo desconocido, buscando en lo real aquello que contradice conocimientos anteriores” (G. Bachelard, *La filosofía del no*, Amorrortu, Buenos Aires, 1978, p. 12).

En esta dirección, un cambio parametral importante es el que protagonizó Galileo “cuando define en función del tiempo la esencia del movimiento acelerado, y no ya en función del espacio recorrido; el espacio no es más que una resultante, un accidente, un síntoma de una realidad esencialmente temporal” (A. Koyré, *op. cit.*, p. 148). O bien, cuando se constata que el camino “hacia el principio de inercia estaba obstruido por la experiencia astronómica del movimiento circular de los planetas, movimiento inexplicable y, por lo tanto, eminentemente natural”; así como “la creencia de la finitud del Universo levantaba una barrera infranqueable ante el pensamiento galileano” (*Ibid.*, p. 245).

Otro ejemplo notable de rompimiento de categorías que sirven para organizar el razonamiento se encuentra en G. Bruno cuando cuestiona que el Sol ocupe el centro del Universo (lugar que todavía ocupaba con Copérnico). Como acota Koyré, en relación con la argumentación de Bruno, “sin duda conserva (el sol) la posición central en nuestro mundo; pero nuestro mundo, el sistema solar, no es más que una máquina entre una infinitud de máquinas que llenan el infinito del Universo de Bruno” (*Ibid.*, p. 165).

Sin embargo, mucho antes, desde el medioevo, nos encontramos con rompimientos significativos en las formas de organizar el razonamiento, esto es, definir lo que es pensable cuando con Abelardo se establece la “duda metódica”, esto es, “la investigación comienza con la duda, no con la fe”. (E Bloch, *Entremundos en la Historia de la Filosofía*, Taurus, Madrid, 1984, p. 67). En efecto, Abelardo de un modo “sorprendente anticipador” suprimió “el género en el que había quedado implicado todo el pensamiento antiguo, con lo que se desarrolla la teoría de las trascendencias”, como “los conceptos que rebasan su

La razón en esta misma inconformidad pero consciente y organizada que se alimenta de lo inédito. Sus modos de darse son diferentes según cómo conjugue el pasado cierto y esa apetencia de negaciones, que tiene lugar en la relación que se establezca con el contexto cultural, cuyas modalidades cumplen funciones gnoseológicas, además de ampliar en el plano interno de la capacidad de pensar, conformado por las condiciones que nos atrapan.

Este movimiento plantea el problema epistemológico y ético de abrirse a nuevas posibilidades, y el sentido que tiene hacerlo, de modo de llegar a encontrar la adecuación más inclusiva, por lo mismo más libre, del esfuerzo por colocarse ante lo inédito. Y de este modo llegar a tener la máxima capacidad, no tanto de construir, sino de reconocer sus opciones y el momento preciso en que son un desafío para la reflexión. Consideramos que es la función de lo indeterminado.¹¹⁹

propia existencia en cada caso, o sea, las analogías”. Pero es ya con Ockham, que se produce una ruptura determinante cuando “separa la fe de la filosofía, liberando a la filosofía de la fe” (*Ibid.*, p. 114).

El rompimiento de las estructuras categoriales del razonamiento, a menudo muy implícitas, se vincula con aquella advertencia de Bachelard de que el espíritu científico debe luchar contra la imaginación, las analogías y las metáforas, ya que puede ocurrir que una sola imagen incluso una sola palabra pueda construir una explicación. En vista de lo cual el espíritu científico “debe formarse reformándose” (G. Bachelard, *La formación del espíritu científico*, *op. cit.*, pp. 45, 87, 27). Kuhn, por el contrario plantea que la “ciencia normal” progresa debido a que quienes la practican “se concentran en problemas que sólo su propia falta de ingenio podría impedirles resolver” (Th. Kuhn, *op. cit.*, p. 71).

Lo anterior reviste más significado cuando las estructuras de categorías con la que se construye el conocimiento deben ser sensibles a la exigencia de construcción de realidad, lo que supone que lo real como experiencia posible reconoce un movimiento interno constante. Lo que es pensable se abre hacia una lógica de determinaciones que escapa a la exigencia de correspondencia, pues se ubica mucho más en términos de realidades que sean posibles de construirse.

119 El concepto de indeterminado y de potencial se encuentra presente a lo largo de la historia del pensamiento. Como ha dicho Schrödinger “nuestros conceptos son capaces de adaptarse en grado bastante alto a la realidad, con tal que les demos ciertos márgenes de indeterminación; de lo contrario, no podríamos efectuar razonamiento alguno acerca de hechos reales. Es dudoso que pueda mantenerse hasta el fin semejante correspondencia, si nos empeñamos en

eliminar el margen de indeterminación [...] Aun en física, que es la más exacta de las ciencias naturales, a menudo se hace evidente la necesidad de un margen de indeterminación” (R. F. Moulton, J. Schiffers [comps.], *Autobiografía de la Ciencia*, FCE, México, 1846, p. 519).

La presencia de un indeterminado, de aquello que escapa a los límites de lo conocido, que es propio del “espíritu que no quiere gozar tranquilamente con un conocimiento bien encerrado en sí mismo”, ya que la aventura de la ciencia exige “pensar en el fenómeno libre, salvaje, impuro, apenas con nombre”, aunque sin que este “innominado” se transforme en un “inominable” (G. Bachelard, *La formación del espíritu científico*, *op. cit.*, p. 292); por ello lo indeterminado no es lo innombrable sino lo que exige nombrarse. La idea de Anaximandro de que los elementos materiales “son formas diferentes de una materia subyacente”, que llama *arché* o Primer Principio, es el indeterminado en que pensamos (B. Farrington, *La rebelión de Epicuro*, Editorial Laia, Barcelona, 1974, p. 61). Es, al decir de Bloch, lo que no tiene fronteras y carece de figura; materia infinita que se mueve a sí misma. Pero que al ser indeterminado contiene en sí todo lo peculiar dado, y los produce de sí misma en el concepto del modo. Idea que retoma más tarde Aristóteles en la Metafísica con el concepto de la materia como “un ser en posibilidad” (E. Bloch, *op. cit.*, p. 12).

La teoría de los grandes números de Arquímedes se puede también decir que está referida a realidades indeterminadas pero determinables cuando señala que “hay alguien que, sin considerarlo infinito creen, no obstante, que no he encontrado aún palabra con que nombrar a un número bastante grande para sobrepasara al de su muchedumbre. Es evidente que los que sustentan este parecer, se imaginan una masa de arena tan grande como la tierra, con todos los mares y cuencas, llenas hasta una altura igual al de las más altas montañas, todavía estarían a mucha mayor distancia de reconocer que fuere posible hallar un número capaz de expresar una cantidad mayor que la de la arena así planteada. Yo procuraré [...] mostrarte por pruebas geométricas que alguno de los números a que di nombre y presenté en la obra enviada a Zeuxipo, no sólo exceden al de una cantidad de arena tan grande como la de la tierra llena hasta rebosara en la forma descrita, sino también a una masa que fuera igual a la magnitud del universo” (Arquímedes, *Autobiografía de la Ciencia*, *op. cit.*, p. 12).

Más tarde, en la Edad Media, nos encontramos con afirmaciones como aquélla de Duns Escoto (1270-1308) de que “en la realidad siempre hay algo que no está del todo determinado, siempre hay un elemento de mera necesidad exterior”; lo que está en relación con la posibilidad de transformación ya que “la necesidad absolutamente determinada no sería transformable; por lo tanto, la transformabilidad implica un “azar”, es decir, una casualidad utilizable”, aunque ello no significa “una pura indeterminación” que lleve al escepticismo (E. Bloch, *op. cit.*, pp. 106-107).

Desde otra perspectiva, lo indeterminado está presente en la doctrina sobre el mínimo de G. Bruno. El punto en matemáticas, el átomo en física y la monada en metafísica, nos lleva a plantear ¿cómo es posible lo máximo, lo infinito, cómo tal infinitud de cosas finitas? Dice Bruno que “sólo el infinito puede y necesita establecer super abundancia del infinito que no se repite, no conoce esquemas y, por ello, se expresa en un mundo de disposiciones y formas individuales”.

(*Ibid.*, p. 166).

Un caso extremadamente interesante de la función de lo indeterminado lo ofrece el estudio de cómo se crea el concepto de “masa negativa”, que, como se ha sostenido, “es una cuestión teóricamente precisa concerniente a un fenómeno totalmente desconocido. Desconocido preciso [que] es justamente lo contrario de lo irracional vago”. El cálculo de Dirac nos da una noción de masa dialectizada. Nos proporciona dos masas para un solo objeto. “Una de ellas resume [...] todo lo que se sabe de la masa en el realismo ingenuo; pero la otra masa es negativa, “concepto inadmisibles en la filosofía anterior”. Noción que no se podría haber encontrado simplemente con profundizar en la noción de Newton. “La reflexión no vacila en buscar la realización de un concepto enteramente nuevo, sin raíz en la realidad común” (G. Bachelard, *Filosofía del no*, op. cit., pp. 32 y 33).

El concepto mismo de reposo de Galileo, como la infinita lentitud, rompe con los límites de lo determinado por la percepción y la experiencia, donde se encuentra presente la idea de potencialidad que es reconstruible siempre que se cambien los parámetros de reposo por movimiento, en forma de forjarse “la noción de una infinidad de grados de velocidad recorridos en un tiempo finito”, para lo que hay que “forjarse la noción inimaginable de la velocidad en el instante, es decir, la noción de un movimiento, por decirlo así inmóvil” (A. Koyré, op. cit., pp. 134 y 135). Idea de potencialidad que según Bloch está muy presente en la discusión teológica del medioevo, como la noción de Escoto Erígena que llama al mundo *Deus explicitus*, el Dios explícito, para diferenciarlo del estadio anterior, donde Dios era un *Deus implicitus*. Empero, lo potencial que se puede derivar de lo indeterminado pero posible, no se puede reducir a una simple afirmación conceptual, pues “con un concepto y con la imaginación del concepto [...] no queda afirmado a la vez su ser. Si fuera así [...] tendríamos el llamado estado del futuro y no necesitaríamos esforzarnos más” (E. Bloch, op. cit., pp. 57 y 63). De ahí, que la noción de potencia se proyecta a la idea de construcción, o de voluntad, que reconoce antecedentes en el medioevo con el rescate de la voluntad por Duns Escoto, para quien lo potencial está relacionado con la transformación del mundo, lo que es posible por la presencia de un indeterminado en la realidad.

En términos lógicos, la indeterminación nos plantea cómo la objetividad se puede afirmar, no sólo más acá de la medida, sino que también más allá de lo medido, como intuición del objeto. El problema se puede sintetizar en la siguiente formulación de Bachelard: “el científico cree más en el realismo de la medida que en la realidad del objeto”. En todo pensamiento sobre lo determinado no se pueden desconocer grados de indeterminación, o, como sostiene el autor citado, “los diversos pensamientos de un mismo espíritu, ¿no poseen diversos coeficientes de realidad? ¿el realismo debe proscribir el empleo de metáforas?” (G. Bachelard, *La formación del espíritu científico*, pp. 251 y 36). Lo indeterminado plantea problemas en la construcción de conceptos, una especie de “conceptualización arborescente, con pluralidad de sentido”, que Bachelard recupera de la contribución de Korzybski, para quien el concepto será esencialmente “una encrucijada donde la libertad metafórica tomará conciencia de sí misma” (G. Bachelard, *La filosofía del no*, op. cit., p. 108).

Valores y conceptos conformadores de las afirmaciones de verdad

El hombre piensa y construye discursos como dos alas para sobrevolar sus incertidumbres. Distingamos entre el pensar por fijación de valores y/o conceptos de lo que es pensar por necesidad de realidad. Y entre elevarse para reconocer nuevos espacios de lo que es organizar afirmaciones de verdad sobre él mismo.

Antes que nada debemos plantearnos la pregunta ¿qué me hace pensar como pienso? La respuesta a una interrogante de esta índole se remite a la problemática de tener conciencia de que sabemos pensar lo que nos hace pensar de cierto modo.

Es evidente que nos encontramos ante la necesidad de distanciarnos de mecanismos que nos moldean en el plano lógico-instrumental, pues, en la medida que tomamos conciencia de ellos, rompemos con los límites conceptuales en los que hemos desarrollado el hábito de pensar, colocándonos en la situación de buscar una forma distinta de organizar la relación de conocimiento.

La estructura con la que se rompe es lógica para así obligarnos a encontrar nuevos mecanismos racionales (o quizá no racionales, según los concebimos desde el siglo XVII) para enfrentarnos con la realidad. Ello implica saber abrirse a lo inédito mediante un determinado modo de negar lo establecido; negación constituida por el límite de estar entre lo necesario, en virtud de estar allí, y lo necesario que se desprende por no estar.

Un ejemplo de estos arquetipos que conforman nuestro modo de pensar, es lo que ocurre con los parámetros lógico-epistémicos como en el caso del silogismo, que R. Bacon critica al señalar que no captaba “las sutilezas de la naturaleza”, que lo impulsa

a buscar una nueva fundamentación al conocimiento. No obstante, estas estructuras del modo de pensar no son necesariamente lógicas, ni siquiera muchas veces son las más influyentes, ya que pueden asumir una forma más globalizante, por consiguiente más vaga, como puede ser el caso de un concepto dominante que nos marca la referencia para observar y valorar el sentido de los procesos anteriores. Es lo que ocurre cuando se enfoca a la historia anterior “como desviación de lo correcto”, que tiene lugar cuando la idea de conciencia científica que nos domina refleja una determinada concepción del progreso científico; de manera tal que todos los estadios anteriores, en tanto no coinciden con ese concepto, se consideran desviaciones.

En este caso nos encontramos ante un parámetro cultural que trasciende los límites estrictamente lógicos, vinculado con problemas mucho más profundos de la realidad histórica que penetran en la conciencia del sujeto. Pensemos en la “capacidad de filtrar realidades alternativas”, como lo plantea Morris Berman, que operan una suerte de sedimentación en la conciencia de procesos socio-culturales; o bien, cuando se confunde, como advierte Polanyi, verdad con estabilidad de los sistemas de pensamiento, con lo que el problema de los límites asume un carácter muy diferente a si éstos fueran percibidos y analizados en los límites de la simple exigencia de verdad. Es lo que sucede también cuando el régimen social, como puede ser el caso del capitalismo, a pesar de desatar posibilidades enormes, las destruye en la medida que —como señala Marshall Berman— “alberga fuerzas, ante el desarrollo para todos”, pero de manera que “las personas únicamente se pueden desarrollar de modo restringido”.

Esta tendencia a restringir el pensamiento a determinadas exigencias de orden planteadas por la cultura, llegan a revestir un

carácter mucho más vasto que si nos restringiéramos a la simple sedimentación cognitiva. Es la tendencia a transformar el momento que se vive en la situación que expresa “la confirmación de posiciones previas”, en forma de dar lugar a una “falta de espíritu por seguir pensando”.¹²⁰ Lo que decimos se produce, al menos en el plano fenomenológico, y en el corto tiempo, en situaciones de reorganización social, política y económica, que extirpan, como primer reflejo, cualesquiera ideas que sean diferentes a las que se identifican con la situación dominante. Momentos que requieren de un nuevo espíritu de crítica que profundice en las tensiones ocultas, pero que saltan a la vista cuando se las lee desde una utopía opuesta a la situación *dominante*. Todo lo cual expresa la inercia que puede caracterizar al momento.

Si queremos mantenernos vivos requerimos de una constante trascendencia en la reflexión teórica, respecto de cualquier fórmula que nos encuadre a-críticamente en una situación que se define como definitiva, por lo tanto carente de alternativas. En cuanto son manifestaciones de la inercia cultural y de los bloqueos ideológicos que se imponen (principalmente por los medio de comunicación y por las políticas educativas), la trascendencia a estas limitaciones exige de la capacidad para reaccionar frente a estos encuadres (sean lógicos o culturales); capacidad que descansa en la posibilidad de reconocer un nuevo ángulo desde donde leer la realidad. Lo dicho implica no solamente enfrentarse a una situación producida, sino asumir un nuevo discurso con parámetros diferentes a los establecidos.

Lo que decimos acerca de estos nuevos ángulos de lectura, históricamente se ha dado en numerosas situaciones. Durante el siglo XVI, por ejemplo, cuando el conocimiento encontró una nueva base de apoyo en la tecnología desarrollada por los artesanos

y en un cambio de perspectivas epistemológicas con Galileo; lo que tuvo implicaciones filosóficas cuando estas experiencias fueron utilizadas por los críticos en contra de Aristóteles, bajo el lema de que los artesanos buscan la verdad en la naturaleza (y no en los libros), transformándose la tecnología en un nuevo ángulo desde donde construir el conocimiento, muy bien aceptada a fines del siglo XVI.

Por sí mismo este nuevo ángulo constituye un nuevo discurso que continuará desarrollándose en los siglos siguientes. Pues, se plantea una relación práctica con la realidad de nuevo cuño: se reconoce el estatus epistemológico y teórico de las posibilidades de activar la realidad. El modo de hacer y de resolver los problemas se transforman en un espacio con sus propios desafíos cognitivos.

Debemos estar alertas, sin embargo, ante este hecho porque, a su vez, las posibilidades de acción pueden transformarse en un nuevo parámetro que bloqueen posibilidades de razonamiento que no se ajusten con la lógica del “hacer”. Es lo que ocurrió con la filosofía mecánica, de inspiración cartesiana, para salir al paso a lo que se ha denominado los “entusiasmos”, que, con el pretexto de impedir el surgimiento de movimientos místicos o irracionales, fueron cortados en aras de una lógica científica que ya había encontrado su máxima expresión en la filosofía mecánica. Y es lo que ocurre hoy, a finales del siglo XX con el predominio de la razón tecnológica.

Este desarrollo histórico desemboca en la problemática del hombre fáustico para quien la voluntad de hacer, no solamente recorta nuevos espacios que desafían al conocimiento, sino estos espacios a su vez se constituyen en el lugar de los objetos. Situación que ha llevado a algunos a considerar “que si la Humanidad quiere sobrevivir [...], el hombre fáustico debe desaparecer”. En verdad

las necesidades de poder, asociadas al hombre fáustico, contienen el grave riesgo de extirpar la necesidad misma de utopía reduciendo la realidad pensable a lo que es posible de hacerse con ella. La cuestión de fondo, que subyace, es la mutilación de la necesidad misma de utopía que permita reaccionar sobre las circunstancias.

En lo que decimos se contiene una de las paradojas más perversas de la sociedad moderna, ya que el incremento en la capacidad de control de las cosas no se corresponde con una mayor libertad para el sujeto individual. Las posibilidades objetivas que ofrece el desarrollo tecnológico de la sociedad, no se traducen en espacios de interpretación en los que el sujeto se realice como individuo. Con lo que se cuestiona —como ha observado Cerroni— que la “transformación del hombre de fabricante en creador” llegue a significar una “alternativa radical de liberación”. Ya que para que ello sea posible, se deben asumir los retos que al hombre y a su razonamiento plantea la sociedad moderna de creciente desenvolvimiento tecnológico. Entre éstos el más importante es no perder de vista, más allá de las especialidades requeridas por la eficiencia, la reconstrucción de la Unidad, la cual como dice Cerroni “no se pierda de vista una fruición del mundo más rica y unitaria”.

La tendencia de la sociedad moderna a la auto-regulación de los procesos crea las condiciones estructurales para una forma de razonamiento abierta a la mutabilidad, no siempre, ni mucho menos, previsible, en el entendido que la “progresiva auto-dirección de los mecanismos automatizados de la producción” no determina siempre que el sujeto, por su mayor capacidad de control de las cosas, asuma también un papel protagónico. Así, la esfera del trabajo con sus exigencias de calificación y de tiempo, reduce su condición a ese espacio dejando fuera todas las otras esferas de la realidad social

que puedan desafiar las otras potencialidades del sujeto, distintas a su capacidad productiva o como *homo faber*.

La contradicción entre posibilidades tecnológicas de intervención y la pobreza de la subjetividad del sujeto obliga a una visión de totalidad que sea congruente con la complejidad creciente del contexto de la sociedad moderna. Lo afirmamos porque esa visión representa una liberación de los límites de lo fragmentario, pues, sin perjuicio de que se parta del reconocimiento de éstos, permite traspasar su ámbito en una exigencia de construcción más inclusiva.

Si la esfera de la realidad se caracteriza por un complejo juego de relaciones de intercambio, incesante e imprevisible, se tiene que corresponder congruentemente con formas de razonamiento que supediten lo circunscrito a una aprehensión que obligue a ir más allá de cualquier ámbito particular. De esta manera se hace frente a la creciente complejidad de la realidad y se evita el simplismo asociado con las reducciones disciplinarias.

La estructura racional se complica y amplía, concomitante con los espacios en que el sujeto puede intervenir sobre la realidad social, según la ampliación y complejidad creciente de la estructura socio-económica. Así es como la racionalidad propia de la relación clásica entre hipótesis y explicación se limita cada vez más a dar cuenta sólo de cierto tipo de conexiones con la realidad, pues ésta permanece abierta a otros contenidos posibles, los cuales son propios comienzo de otros modos de captación racional que plantean sus propios lenguajes, diferentes a los denotativos. Es cuando surge la necesidad de orquestar lenguajes para dar cuenta del mundo en su complejidad.

El contexto obliga a abordar a la razón como objeto de reflexión por cuanto el problema consiste en resolver acerca del

movimiento de su propia constitución en el hombre histórico-cultural. La razón considerada como el ámbito donde tiene lugar el saber pensar lo que nos conforma, por lo tanto como la capacidad de distanciamiento (tanto en el plano lógico como cultural) que exige reconocer la tensión que se oculta en la situación de presente cuando se lee con conciencia de futuro. Aunque, a la vez, el pensar significa reconocer el movimiento de la situación en la que se está, incorporando la exigencia de reactuación sobre las circunstancias, en forma que si la razón es una construcción no puede ser exclusivamente cognitiva, sino además gnoseológica.

En razón de estas consideraciones se complica el problema del método, pues nos obliga a reconocer caminos azarosos, mucho más inciertos que los que clásicamente definiera Descartes. Éste definía dos modos de hablar del método. En un caso, el recorrido está bien entendido y es seguro que se arribará a la meta. En el segundo caso [...], la situación es confusa, “porque debemos encontrar el camino para llegar alguna parte”. El método entonces ya no es solamente un camino cierto, sino que incierto. Si no sabemos ni de dónde partimos ni adónde vamos, debemos decir algún recorrido. Descartes excluye —como observa Vaca— la segunda alternativa de la “gramática cognitiva”, pero si aceptamos que la razón es algo más que cognición, porque es también conciencia, no se puede dejar de pensar con Vaca en “la trama de las condiciones y de los vínculos de las actividades no cognitivas con el *cogito* de las técnicas cognitivas”; esto es ¿para qué se conoce? De ahí que en el debate sobre la razón y la racionalidad, lo que se critica no es cómo observa Viano la ciencia sino “la consideración de la ciencia como única forma posible de conocimiento”, que alude a la ciencia como forma cultural. Se requiere ver a distancia.

Distanciamiento que consiste en el movimiento de alejarse del problema para no quedar atrapados por una situación cristalizada como producto, en forma de poder abrirse ya sea como simple reconocimiento de posibilidades de otros discursos, o bien, lo que es más difícil, conformando un contenido nuevo para el mismo discurso. Es lo que constituye el esfuerzo por construir un razonamiento fundante en cuanto determina nuevos ángulos desde donde saltar los límites de lo dado hacia lo inédito.

El problema de la razón en general, y, en particular, de la razón histórica, no está en formular una teoría comprensiva de la racionalización, sino en poder pensarla desde la exigencia de un devenir abierto; no determinado pero determinable y construible. Debemos procurar acercarnos a la complejidad antes que encerrarla en una teoría global. Por eso consideramos que lo fundante de la racionalidad está en el proceso constitutivo de la subjetividad, basándose en lo que está por manifestarse en ella, pero también de lo que le es potencial. Antes de hablar de lógicas inevitables, debemos atender a lo constitutivo de la racionalidad.

Nos colocamos ante el desafío de cómo el desarrollo de la cultura cristaliza en necesidad para la inteligencia; pero donde esta última puede también desarrollar la necesidad de cultura. Es la dialéctica del saber con la aventura de saber, entre lo acabado y lo que es su desafío, entre verdad y voluntad de verdad, entre estar en el cauce de la acumulación y salirse de éste para avizorar nuevos horizontes.

Elevarse para reconocer nuevos espacios

Traspassar los límites para abrirse a lo inédito supone una necesidad de realidad que obliga a colocarse como sujetos pensantes por sobre los contenidos acumulados. Requiere de la conciencia de estar conformados por límites y de luchar contra ellos para no quedar sometidos a lo que es su espacio.

Pero luchar en contra de los límites significa desarrollar un abordaje de la realidad que sea capaz de incluir distintas modalidades de apropiación, a través de un mecanismo de objetivación que exige ampliar la subjetividad (lo que se corresponde con un nuevo concepto de límite). Ampliación que consiste en asomarse más allá de las verdades en forma de subordinarlas a lo indeterminado, que es el desafío de contenidos que plantean diferentes modos de apropiación.

Este asomarse más allá de la verdad representa un umbral de realidad donde el futuro se asume como una tensión que abre al presente, o situación dada, por el cauce del saber y de la voluntad. El futuro se convierte en necesidad de realidad en esos dos planos, con lo que se busca recuperar la dialéctica realidad-utopía en cuyo ámbito no se puede dejar de abordar el movimiento entre esperanza y desesperanza, rompimiento y bloqueo, nudos de potenciación y sistemas teóricos cerrados, construcción y producto, discontinuidades y regularidades.

Una revisión del desarrollo de las ideas desde esta perspectiva, permite constatar que permanentemente se pasa de una concepción cerrada a una concepción abierta de la realidad, cuyos parámetros sin llegar a convertirse en contenidos precisos,

conforman espacios de predicaciones posibles. Por lo tanto, se trata de formar juicios no circunscritos a parámetros pre-establecidos.

En este sentido, el esfuerzo por no comprometerse con contenidos de propiedad precisos reconoce antecedentes remotos, como es el cambio de categorías que planteó Galileo con su idea de movimiento y de materia, que lo obligó a pasar de contenidos determinados a contenidos determinables. Y que se puede interpretar como parte del esfuerzo por avanzar en la dirección de una mayor objetivación del pensamiento que reconoce su origen, por lo menos en Occidente, en la separación entre sujeto y objeto tal como se inició en el siglo VI a.C., orientada a superar la “mentalidad poética” del periodo comprendido entre 900-850 a.C. correspondiente con la llamada “participación original” en tanto modo básico de conocer. Lo cual predominó hasta finales del siglo XVI, y que nos lleva a formularnos la interrogante acerca de cómo puede y qué sentido tendría recuperar la “racionalidad” asociado con la participación original en el contexto actual de la sociedad contemporánea.

En efecto, la objetividad nace desde que se impone esta disociación entre sujeto y objeto. La cuestión reside en desarrollar la claridad necesaria para comprender que el objeto va asumiendo una complejidad creciente, que obliga a transformarlo en una cada vez mayor exigencia de objetividad que se traduce en la idea de “experiencia científica”. De otra parte, también se plantea que el sujeto se tiene que rescatar desde esta compleja relación con la realidad, en vez de reducirse a una dimensión puramente cognitiva para poder reconocer a la realidad como la posibilidad de una vasta experiencia gnoseológica en cuya depuración propiamente se alcanza el objeto teórico. En otras palabras, una relación que no fuerce mecánicamente desde el inicio de la construcción del conocimiento una reducción de la realidad para identificarla con objetos.

No obstante, lo que ha tenido lugar históricamente es el proceso inverso de convertir al objeto en una forma particular de objetividad, que, en tanto tal, reconoce una modalidad específica de determinación como es la medición, que se asocia con una lógica de manipulación, que a pesar de su importancia, no puede extenderse, para reducir a sus exigencias a otras lógicas de objetivación. Entre éstas cabe destacar principalmente la dialéctica a partir de Hegel,¹²¹ no extrapolar una lógica de manipulación a otros campos cumple el propósito de impedir simplificar la visión de realidad a una pura exigencia de eficiencia, que, además, contribuiría a empobrecer la idea misma de conocimiento.

Debemos recordar que ya se ha observado “desde fines del siglo pasado un número significativo de intelectuales occidentales que han abordado las limitaciones del conocimiento verbal-racional”, preocupados por “demostrar los distintos esquemas cognitivos presentes en el arte, en los sueños, en el cuerpo, en la fantasía y en la ilusión”. La idea que los impulsa es poder liberarnos del paradigma cartesiano que es el que al identificarse con lo instrumental ha permitido que se confunda razón con dominación, que ha servido de base a muchas discusiones escépticas respecto del papel de la razón en el proceso de emancipación del hombre. Para lo cual “tenemos que hacer más que simplemente delinear los contornos del pensamiento no discursivo; debemos mostrar cómo se relacionan entre sí las dos formas de conocimiento”.¹²² Esto es profundizar la relación entre cognición y gnoseología, entre lenguaje

121 Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Siglo XXI, México, 1991, p. 28. Esta lógica ya se puede reconocer desde mucho antes en la alquimia, un ejemplo para la cual “la totalidad [...] de las cosas siendo ellas mismas y sus opuestos, o, poseyendo una ambigüedad inherente, en el siglo XVII se consideraba estúpida, incomprensible, un obstáculo que debía ser eliminado”.

122 *Ibid.* En el caso de Reich, Polanyi, Batfield, entre otros; 1992.

de significados y de significantes, entre razón analítica y conciencia histórica, entre explicación y aprehensión.

El inicio de lo que decimos tiene que ser un nuevo concepto de límite del conocimiento que rompa con la lógica dominante que tiende a circunscribirlo a lo que es posible de ser manipulada. Por el contrario, se trata de rescatar formas de razonamiento que consideren otras modalidades de apropiación tanto cognitivas como gnoseológicas que trasciendan los parámetros que condicionan lo que es una relación científica con la realidad, en forma de abrirse a otras modalidades distintas a la que conocemos como determinación. El desafío consiste en saber resolver el bloqueo que actualmente impide que una conciencia no participativa (la racionalidad analítico-instrumental) pueda “ver” a la conciencia participativa, del mismo modo como en su momento el análisis “cartesiano” no pudo “ver” a la belleza. Heráclito ya lo dijo: “lo que es divino escapa a la atención de los hombres debido a su incredulidad”.¹²³

El problema, no obstante, no es sólo de lógicas, ya que ofrece un aspecto contextual de enorme significación como es la necesidad de que el enfrentamiento con los límites conceptuales obligue a desarrollar mecanismos de distanciamiento respecto de éstos. Desde comienzos de siglo Weber ya reconocía “el poderoso cosmos del orden económico moderno” como una “jaula de hierro, que moldeaba la vida de todos los individuos nacidos dentro del mecanismo [...]” con fuerza irresistible. Desde esta óptica, se puede señalar que la diferencia entre el siglo XIX y los finales del siglo XX está en que durante aquél se comprendió “la forma de la tecnología y la organización social modernas”, pero creyendo “que los individuos tenían capacidad para comprender este destino y, tras

123 *Ibid.*, p. 52.

haberlo comprendido, luchar contra él”.¹²⁴ En el opuesto a fines del siglo XX, no se comparte ese optimismo en la superación humana.

En el actual momento histórico, adquiere relevancia la constatación de las determinaciones históricas sin esperanza de poder salirnos de sus lógicas. Se considera que se permanece solitario en el espacio de esos mecanismos, que, como si fuera un acto de excusa ética, transformamos en una realidad ineluctable. Durante el siglo pasado, por el contrario, se asumía la actitud de colocarse en el umbral de lo perfectible para desde él procurar trascender la verdad de los hechos. En cambio, hoy, a la inversa, la verdad se convierte en una prisión que impide como lastre colocarnos ante lo inédito, de manera de vislumbrar realidades nuevas como futuros posibles.¹²⁵

Como observábamos más arriba, vivimos una situación paradójica ya que nunca antes como en nuestro siglo el hombre ha dispuesto de los medios para expandir su campo de acción y responder (o poder hacerlo) a sus límites. No obstante, el lastre que le impide hacerlo puede encontrarse en la debilidad de su propia subjetividad, o en su deformación, como lo requiere la lógica del poder. A pesar de ello no se pueden desconocer las enseñanzas de la historia de la ciencia, de la psicología cognitiva y de la misma lingüística, como instrumentos capaces de potenciar al sujeto si son utilizados apropiadamente. Ya recordábamos que “en el siglo XX el desarrollo fáustico ha encontrado su medio”¹²⁶ pero que, a pesar de tener la capacidad de mirar el futuro, no demuestra ser capaz de asomarse por encima de sus verdades.

124 *Ibid.*, p. 2.

125 Quizás en esto pensaba Weber cuando señalaba que “la sociedad moderna no sólo es una jaula, sino que todos los que la habitan están configurados por sus partes; somos seres sin espíritu [...] [pues] los críticos de la jaula de hierro adoptan la perspectiva de los guardianes de ésta” (Marshall Berman, *op. cit.*, p. 21).

126 *Ibid.*, p. 6.

Marx había anticipado en el desarrollo del capital la base para “un proceso de crecimiento continuo, incesante, abierto y sin fronteras”¹²⁷ pero que ha sido concomitante con el desgarramiento interno del sujeto, consuelo fragmentación en especialidades para su inserción eficiente en la estructura social, y, por consiguiente, ha ido perdiendo su facultad de síntesis y de transcendencia en el plano de las acciones históricas.

Como observa Berman, la búsqueda de infinita riqueza que soñaba Marx, “una riqueza de deseos, espacios, capacidades, sensibilidad” ha quedado subordinada a la apetencia de satisfacción inmediata, que se agota en “formas personales y especiales cerradas, limitadas y fijas”¹²⁸ Puede encontrarse la explicación de lo ocurrido en que el capitalismo supone no poder atarse a nada sólido, sino que, por el contrario, se impone un cierto nihilismo donde el orden es simplemente el bloqueo de cualquier alternativa; bloqueo que opera en el plano psicológico, y, por consiguiente, en el ideológico-político.

Una manifestación de lo que decimos se encuentra sintetizada en las teorías del fin de la historia, en las que se lee, como observa Reyes Mate, todo el pasado y se resume toda la universalidad de la política a partir de unos pocos países desarrollados. Si la inercia es el rasgo epistemológico de nuestra época, resulta claro que el desafío reside en pensar el presente histórico como potencialidad, desde una utopía historizada en la que apoyar la reflexión sobre nuestra actualidad compleja y contradictoria, sin supeditarla a esquemas apriorísticos, ni a una teorización apresurada por el temor a quedar desguarnecidos los sistemas y solos en el puro esfuerzo de pensarnos como Prometeos de la cotidianidad.

Recordemos que sólo puede darse reflexión (crítica y emancipatoria) donde se descubre la opresión; o, en términos más

127 *Ibid.*, p. 12.

128 *Ibid.*, p. 14.

amplios, donde se descubren las profundidades de la realidad en su proceso constante de gestación. De ahí que la pregunta, “¿cómo salvar la universalidad de la razón en lo mudable sin caer en el relativismo?” obligue a tener claro que razón e historia no se restringen a ninguna de las funciones clásicas relacionadas con asegurar la universalidad de los contenidos, sino que se manifiesta en una cualidad que, en esencia, es lo específicamente humano de la constitución racional: la construcción de la historia como determinación de sentidos viables. Cada vez aparece “prácticamente más verdadero” que el hombre no es sólo un ser sociable o racional, sino también un ser activo de manera que “su ciencia debe hacerse auténticamente social, incisiva en el mundo”.¹²⁹

En consecuencia, la racionalidad en la historia consiste y se agota en la potencialidad de lo posible (puede ser y no ser); de ahí su contingencia. La historia entendida como esa masa de sacrificios de la que hablaba Hegel cuando planteaba la pregunta implacable en su actualidad, ¿para qué finalidad ha sido inmolada esta asombrosa cantidad de víctimas?

La construcción de la historia alude necesariamente al instante, a la potencialidad potenciada, o bien, al instante que se ha dejado pasar sin haber llegado a contribuir a la viabilidad de sentidos. A este respecto es sugerente la distinción de W. Benjamin entre una concepción de la historia como *continuum*, que él llama historicismo, y la historia, que consiste en el acontecimiento, “como algo único que rompe el *continuum* del historicismo”; interrupción que es histórica porque “en su instante puede iluminar toda una historia”.

La idea del acontecimiento compromete al sujeto totalmente, porque obliga a éste a un acto de conciencia mediante el

129 Umberto Cerroni, *Técnica y libertad*. Ed. Fontanella, Barcelona, 1973, p. 20.

cual recuperar su pasado como experiencia renovada en que basarse para no quedar atrapado, de manera de adentrarse en el presente en el que se hace real el pasado rompiendo de este modo con la concepción lineal del tiempo. Articulación de pasado y futuro en un momento para recuperar la memoria como experiencia sometida a la tensión de las visiones de futuro; ya que futuro puede haber cuando las generaciones actuales, como afirma Cerroni “toman en cuanto todos esos sueños de felicidad, otro apastoreados por la religión y que ahora tienen que pasar a la filosofía”. Esto es, si hay conciencia histórica y la viabilización de sentidos opcionales para enfrentar la construcción social.

Se puede pensar que la sociedad moderna crea las condiciones para desarrollar perspectivas más amplias, en cuanto libera al hombre de su fatiga; sin embargo, se puede concordar con Cerroni que lo que predomina es el carácter del desempeño eficiente que, reduce al hombre “a una parte de sí misma, a una fracción de hombre. La forma de dominación que se gesta es el paso de una “auto-dirección” a una “hetero-dirección” como modo dominante de asegurar conformidad,¹³⁰ que ha sido la base para todos los desarrollos acerca de la despersonalización del existencialismo. El cual consiste en el predominio de los medios que hacen perder toda visión trascendente, que dándose la noción de futuro en el encuadre definido por la efectividad de la incisión sobre la realidad circundante.

El fraccionamiento del hombre y su despersonalización, resultad de la cantidad de funciones especializadas que desempeña, obliga a una nueva valoración de la subjetividad del sujeto en este contexto donde predominan los medios; “lo que obliga en forma constante a calificar de nuevo la subjetividad humana garantizando la presencia de los fines humanos en el mundo de los medios y de las

cosas”, como sostiene Cerroni. Y ello porque “la vida real es mucho más fluida y comunicativa que la vida reflexiva”.¹³¹

En el plano del razonamiento, lo dicho se traduce en la búsqueda de una lógica para recuperar la capacidad de asombro que anticipe lo que es la objetividad de lo real, encubierta por las distorsiones que imponen las diferentes especializaciones.

El presente es el rompimiento del límite, del ángulo de fuga que contiene la ampliación de la experiencia y de las visiones. Por eso siempre es un umbral, aunque con frecuencia enterrado por la inercia que arrastra consigo el poder de su afán por sepultar lo potencialmente diferente.

Montesquieu sostenía que la razón tenía por sí necesidad de límites, pero que en este marco discursivo retomamos como un contorno, un indeterminado, por lo tanto al límite, no como función sino como potenciación. El límite como exigencia de apertura que, en consecuencia, contiene su misma transformación. De ahí que se trata de trazar a éstos en forma “de un juego en el cual los jugadores deben saltar sobre el límite”,¹³² el límite como lo conformado *versus* el límite como lo conformándose. Si la operación de trazar límites¹³³ “se hace mucho más complicado y nuestros contornos irregulares, ¿el rechazo de la forma general explica acaso que se renuncia a la idea de forma y órdenes y reglas que hacen efectivamente que cada uno de los juegos diferentes y local, sea lo que es o, más simplemente, pueda ser juzgado”.¹³⁴

131 *Ibid.*, p. 11.

132 Cfr. Salvatore Veca, *Modos de la razón en crisis de la Razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y ...?*, México, Siglo XXI, 1983.

133 Cfr. Como Afirma Veca, respecto de: *Las investigaciones filosóficas, de L. Wittgenstein, op. cit.*

134 Cfr. Veca, *op. cit.*

El problema estriba en buscar un espíritu crítico que sea la forma fundante del razonamiento;¹³⁵ una capacidad para ubicarse en el momento histórico más allá de los estrechos límites del conocimiento científico acumulado. “La búsqueda de la racionalidad debería pasar a través de la búsqueda de un espíritu crítico más profundo que aquél que se ejerce en la ciencia positiva, capaz de involucrar a estas últimas. Es decir, debería evitar la rigidez de la propia imagen de la ciencia que la tradición ha construido”. Porque, como se ha afirmado, “la razón es el órgano que le da importancia, que pone de relieve las novedades”. Por consiguiente, lo que se critica no es la ciencia, sino, más bien, “la condición de la ciencia como única forma
Posible de conocimiento”.¹³⁶

Lo que está en juego es la constitución de una razón gnoseológica, no sólo cognitiva, que pueda incorporar la dimensión activa, de manera de integrar “la belleza de la contemplación apolínea” y el “activismo de la invención prometeica”,¹³⁷ descartando el esteticismo y el pragmatismo. Esta unificación de la conciencia se corresponde con una relación de conocimiento más inclusiva donde la disposición hacia el asombro constituye el nervio central de la capacidad para ubicarse ante la realidad inédita. Una capacidad de razonamiento que venza a la verdad como parámetro subordinado su exigencia a la de la libertad de lo indeterminado. Pero ¿cómo descifrar y resolver las limitaciones que imponen las condiciones que nos atrapan?

135 Cfr. Augusto Viano, “La razón de abundancia y la creencia”, en *Crisis de la Razón* (coord. Aldo...), *op. cit.*

136 *Ibid.*

137 Como pide Cerroni, *op. cit.*, p. 22.

El saber que está más allá de lo cognitivo

La respuesta a esta pregunta habría que buscarla desde el desafío mismo de ver la oscuridad en la claridad, de estar más allá de lo que es claro, en el esfuerzo por colocarse en horizontes antes que anticipar los discursos que los encierran en contenidos debidamente ordenados en una función cognitiva precisa. Rescatar el saber más allá de su condición de “atrapado en las condiciones de validez”,¹³⁸ pues solamente de este modo es posible trascender hacia lo inédito, como la aventura del pensamiento que es parte de la existencia, que no solamente permanece en un tiempo quieto que se sucede en su propia estática, sino que se reproduce y enriquece. Ir más allá de cualquier validez para sobrepasar esas “condiciones que impiden el conocimiento de cosas nuevas”.¹³⁹ Rescatar a lo constitutivo, tanto de lo real como del pensamiento, por encima de lo constituido, como aquel magma que dio forma al cristal, aquello que fluye asumiendo diferentes perfiles.

El señalamiento de un conocimiento que contiene su propia necesidad de traspasar sus límites, manifiesta un pensamiento que valora como lo medular del mismo “defender la libertad racional de toda sujeción a normas”.¹⁴⁰ El esfuerzo por desentrañar como clave de los mecanismos de atrape del pensamiento, la función que pueden cumplir las condiciones de validez para cerrar al pensamiento a lo inédito. Lo que plantea tener que relevar a la tensión entre normas y razonamiento fundante, que no se limita al espacio por ellas definido, sino por el contrario, que las violente traspasando sus límites para reformular la apropiación de la realidad.

138 Paul Feyerabend, *La ciencia en una sociedad dicha*, Siglo XXI, Madrid, 1982.

139 *Ibid.*, p. 16.

140 *Ibid.*, p. 24.

Con lo anterior se pretende colocar en un nuevo horizonte de pensamiento, antes que someterse a la necesidad de estructurar un nuevo discurso. El saber establecido, al no agotar las formas de pensar, se abre a nuevos mecanismos de apropiación y de construcción. La libertad respecto de normas significa retomar el ovillo del conocimiento desde otros hilos, pues se trata de colocarse en un espacio distinto al que han parametrizado las reglas de racionalidad aceptadas.

Estas reglas no se circunscriben a lo que define el debate sobre la racionalidad formal, pues hacen parte de lo que denominamos evidencias no conscientes, una de cuyas expresiones es la reducción de pensar a la conformidad dada por el saber; lo que determina que la construcción del conocimiento sea siempre adecuada a cierta racionalidad.

Desde esta perspectiva, debemos recuperar el planteamiento de Foucault acerca de los procedimientos de exclusión, “el más evidente [...] lo prohibido”.¹⁴¹ Que se presenta (sin ser evidente, ni consciente) como de cierre al identificar pensar y saber, conciencia y conocimiento, realidad y apropiación racional, que se fundamenta en la conformidad con el paradigma de cientificidad dominante.

Cuestionar los procedimientos de exclusión significa abordar a la razón como una construcción cultural, aunque también simultáneamente como la capacidad para cuestionar esa misma construcción. Hay que “censurar la suposición [...] de que la cultura [...] debe confiarse por entero al panorama de la racionalidad científica”,¹⁴² de manera de salirse de sus estrechos márgenes, relativizándola en términos de un contexto más amplio. En el caso

141 Michel Foucault, *El orden del discurso*, Tusquets, Editores, Barcelona, 1987.

142 Gerald Holton, *La imaginación científica*, FCE, México, 1985, p. 181.

de Roszak, por ejemplo, esta mayor vastedad de ámbito, desde el cual interpretar los alcances del conocimiento, es la gnosis “dentro de la cual la ciencia tradicional no sería más que una pequeña parte de una gama más vasta”.¹⁴³

En esta discusión, se tiene que destacar el esfuerzo por abrirse a la realidad rompiendo con los límites cognitivos establecidos que se identifican con ciencia, en forma de reubicarse frente a la realidad trascendiendo el ángulo analítico de la ciencia. Con ello se produce un distanciamiento urgente respecto de la cultura, en tanto informadora de una óptica de lectura. Este distanciamiento representa el esfuerzo de trascendencia que incorpora una función gnoseológica, no restringida a lo cognitivo, como base de apoyo para reapropiarnos de lo que ya está organizado, según las normas establecidas y aceptadas.

El reto consiste en advertir la necesidad de un viraje en la apropiación de la realidad, en razón de que la apropiación no se circunscribe a una simple posibilidad al interior de esquemas de determinaciones dadas, más bien, se trata de asumir a la cultura como construcción vislumbrando una “voluntad de verdad” disruptiva.

La simple constatación de un hecho sociocultural tan profundo como la voluntad de verdad, nos ubica en la perspectiva insoslayable de tener que reconocer, a partir de su presencia cultural y psicológica, la necesidad de realidades a supuestos de que está en constante transformación. La conciencia de aquello que nos limite transformar a lo limitante en un nuevo ángulo que nos lleva a espacios desconocidos para re-pensar la situación en que nos encontramos. De lo que se desprende tener que re-examinar las facultades y mecanismos cognitivos, aunque ahora en el marco de lo gnoseológico. Marco que, además de lo cognitivo, incorpora otras

143 Citado por Holton, *Ibid.*, p. 182.

facultades del sujeto igualmente orientadas a la apropiación de la realidad. El límite como ángulo de fuga da lugar a la necesidad de aquello que excede a lo circunscrito.

Uno de los mejores ejemplos de lo anterior se puede encontrar en el lenguaje cuando en vez de atenernos a sus estructuras sintácticas para expresar un conocimiento, procuramos reconocer las exigencias de lo que es enunciable como contenido de realidad, pero que pueden contradecir a aquellos aspectos propios de la científicidad del discurso. El efecto, el conocimiento es un reflejo de estas estructuras sintácticas, que deja de lado otras posibilidades que puede contener, pero que excluye por las limitaciones de la sintaxis lógica del lenguaje.

Desde esta problemática, se puede recuperar la idea de los juegos de lenguajes como un mecanismo útil para cuestionar a los límites del conocimiento. La idea central consiste en encontrar un lenguaje adecuado a las exigencias de la necesidad que surgen cuando reconocemos los límites dentro de los cuales nos situamos como sujetos concretos o cognitivos. Es decir, un lenguaje que no se restrinja a las posibilidades de los enunciados denotativos. Es lo que lleva a buscar formas de pensar distintas a los que se identifican con la especialidad de las disciplinas. Es así como Lyotard habla de la forma narrativa que “admite una pluralidad de juegos de lenguajes: enunciados denotativos, enunciados teóricos que prescriben lo que se debe hacer, enunciados interrogativos, enunciados valorativos”.¹⁴⁴

En este marco, debemos buscar la manera de conjugar distintas funciones de apropiación en un mismo lenguaje. Una lógica de apropiación que exceda a lo denotativo, como es propiamente lo constituyente de los fenómenos. Nos referimos a la dimensión que alude a la necesidad de realidad, necesidad multidimensional que

144 Jean-François Lyotard, *La condición pos-moderna*, REL, México, 1990, p. 46.

refleja el transcurrir de lo dado. De ahí que se tenga que abordar un lenguaje abierto a múltiples modalidades de representación y que permanezca abierto al tiempo, en cuanto persigue expresar la necesidad de realidad sin anticipar la naturaleza de sus contenidos.

El problema no se resuelve con una simple combinación de lenguajes que remitan a diferentes “realidades”, pues, más bien, lo que se busca es un lenguaje que exprese a lo constituyente como unidad de lo múltiple y de la carencia de término de la temporalidad. Un lenguaje que traduzca a la necesidad de realidad por sobre la organización de contenidos: esto es, la realidad como necesidad de realidad.

Un lenguaje de esta naturaleza sirve para colocar al hombre en el mundo antes que para discernir sobre él, porque es un lenguaje que pretende expresar a la realidad sin subordinarla a la lógica que la convierte en previsible. Por lo mismo, el juego de lenguaje no puede restringirse al plano de la apropiación cognitiva, ya que al incorporar una función gnoseológica, en su intento por dar cuenta de lo real, se refiere no sólo a lo posible de determinaciones sino también a ámbitos de posibles sentidos; lo que no significa que se pretenda razonar “aquella inocencia anterior a toda teoría”,¹⁴⁵ aunque el problema sea reconocer los horizontes abiertos en los que construimos los contenidos. Se trata de transformar a los contenidos en los significados que faciliten dar cuenta de las claves que permanecen ocultas.

En el marco de esta preeminencia de la necesidad de realidad, podemos recordar lo que Feyerabend dice al respecto de lo que ocurre cuando se pasa “a criterios que no se refieren al contenido”, en cuyo caso la elección de teorías deja de ser un sistema “racional” y “objetivo” y se convierte en un juego de decisiones

145 Susan Sontag, *Contra la interpretación*, Seix Barral, Barcelona, 1969, p. 13.

que contiene preferencias encontradas; ya que algunas pueden expresar la necesidad de lo inédito que rompa con los límites que aprietan la realidad; o bien, parafraseando a S. Sontag cuando habla del arte, que la interpretación al reducir la realidad a un contenido deviene en “demolición”.¹⁴⁶ Rebeldía que no es actual, ni reciente, pues se remonta a los griegos, que fueron capaces de romper con su cosmogonía como en el caso de Jenófanes al ridiculizar por antropomórfica la concepción tradicional: “Si las vacas tuvieran manos, pintarían a los dioses a su imagen”.

Esta crítica a las normas se corresponde con la búsqueda de una nueva racionalidad para liberarse de la ciencia como parámetro de la racionalidad. Como afirma el mismo Feyerabend “la sociedad moderna es copernicana [...] porque los científicos son copernicanos y porque se acepta su cosmología de una forma tan acrítica como en otros tiempos se aceptara la cosmología de obispos y cardenales.

La centralidad de este concepto de racionalidad, asociado con la ciencia, es tan amplio que rige toda la forma de pensamiento incluso crítico, de manera que sirve para mostrar cómo la ciencia como parte de la racionalidad no es cuestionado ni siquiera de parte de quienes pretenden cuestionar amplias esferas de la realidad. Así, por ejemplo, quienes “llegan muy lejos en su crítica de la sociedad burguesa, siguen haciendo de la ciencia la medida de la verdad”. El propio Lévi Strauss “que ha hecho que nos demos cuenta de que el pensamiento occidental no es [...] la cumbre solitaria de los logros de la Humanidad”, tanto él como sus seguidores dejan a la ciencia “al margen de la relativización de las ideologías”.¹⁴⁷

El centro de la preocupación por la apertura hacia lo inédito, antes que fijar las razones de un discurso predicativo, se encuentra en la naturaleza de la razón fundante más que en la operación lógico-

146 *Ibid.*, p. 17.

147 Feyerabend, *op. cit.*, p. 85.

metodológica de la racionalidad cognitiva. Es por esta consideración que en relación con lo que decimos, cabe preguntarse de qué realidad da cuenta y cuál es el sentido de hacerlo. ¿Hay acaso una función inherente al conocimiento, o ésta depende de su construcción? Pero, entonces, ¿se tiene que vincular esta construcción del conocimiento con modos particulares que faciliten un sentido?, ¿la ciencia enseña acerca de opciones posibles, o bien ella es una respuesta a opciones previamente decididas?

En el marco de la construcción del conocimiento debemos retomar la idea de una voluntad de verdad, porque se refiere a las modalidades que puede tomar la construcción del conocimiento, en la medida que “tiende a ejercer sobre los otros discursos [...] una especie de presión y como un poder de coacción”.¹⁴⁸ La voluntad de verdad exige un determinado discurso predicativo sobre la realidad, sin prejuicio de que expresa, además, una situación históricamente cristalizada que no le ofrece márgenes al sujeto cognoscente, a menos que podamos problematizar el sentido de nuestro quehacer como expresión de prácticas y proyectos científicos anteriores; esto es, lo que Foucault llama el “discurso verdadero”.

Lo dicho exige reconocer la naturaleza de la ciencia como un conducto particular, aunque privilegiado, de apropiación de la realidad. Sin embargo, es a partir de reconocer los límites dentro de los cuales se construye la racionalidad, que se abre la posibilidad de una transformación de ésta.

Cierre del pensamiento y relación de conocimiento

Las condiciones de validez del conocimiento son parte de los “sistemas de exclusión”, pues aquéllas se transforman en parámetros que, en

148 Foucault, op. cit., p. 18.

tanto “voluntad de verdad”, se apoyan en soportes institucionales, “reforzados por una serie de prácticas como la pedagogía”, ediciones, bibliotecas, como sostiene Foucault. De manera que la verdad como parámetro se manifiesta en que cualquier esfuerzo por captar la realidad ha de encontrar apoyo sobre la ciencia, “en resumen, sobre el discurso verdadero”.¹⁴⁹ Este discurso es el que impone un sentido a la construcción del conocimiento.

Pero si lo anterior es verdad, quiere decir que el mismo proceso cognitivo es ya parte de un sentido, que, como parámetro, expresa una determinada opción de realidad posible. Por consiguiente, el conocimiento producido implica un modo particular de conocer que adecua al conocimiento a determinadas exigencias parametrales. Es la significación que revisten las condiciones de validez.

En este marco, es pertinente rescatar lo que señala Foucault respecto de lo que significan las distintas ramas del saber, las que “son una pieza de control de la producción del discurso”, que fija “un límite por el juego de una identidad que tiene la forma de una reactualización permanente de las reglas”.¹⁵⁰ De esta manera, se plantea un cuestionamiento de los límites del conocimiento y del razonamiento,¹⁵¹ cuestionamiento que crea la posibilidad de nuevos espacios desde donde organizar el pensamiento según sea la naturaleza del límite que se busca enfrentar.

De acuerdo con Foucault podemos distinguir tipos de límites como los siguientes:

149 *Ibid.*, p. 18.

150 *Ibid.*, p. 6.

151 Lo que nos coloca de plano en el ámbito de la **gnoseología**.

a) Aquéllos que conforman “lo prohibido” como resultado de los “sistemas de exclusión”, que se refieren a la presencia de patrones culturales que marcan lo que se puede ver o no ver, y, en consecuencia, de lo que es pensable;

b) los que resultan como manifestación última del orden que expresa la voluntad de verdad, con su ensamblaje institucional y de prácticas, en función de algo que se impone como deseable;

c) los límites propios de la organización de la ciencia en disciplinas particulares que representan ciertas modalidades de apropiación, en base a lo que se acepta como la racionalidad adecuada a la voluntad de verdad;

d) la constitución de lo necesario (que puede confundirse con el sentido que plasma esta voluntad) que subyace al quehacer cognitivo, pero que también puede disociarse de ésta, en cuyo caso lo necesario expresa a un indeterminado que permanece oculto todavía al pensar y a las prácticas científicas. Lo importante de lo anterior es poder dilucidar aquello que nos conduzca a cada uno de estos tipos de límites, en cuanto posibilidades de ampliación de la racionalidad.

Las situaciones *a)*, *b)* y *d)* se refieren a una necesidad de realidad con base en lo que exige la función gnoseológica de la utopía: en verdad, *a)* y *b)* expresan esta necesidad de realidad simplemente en lo que implica reconocer a lo excluido; en cambio, en *d)* la necesidad de realidad se expresa en términos de sentidos opcionales; mientras que *c)* y *d)* la necesidad de la realidad se expresa en la búsqueda de un ángulo diferente desde el cual organizar el razonamiento.

La necesidad de realidad se refiere al mundo como riqueza potencial que desafía al contorno organizado, riqueza gnoseológica que está sometida a una racionalidad diferente que la del conocimiento

científico. Como se ha afirmado, confundir cultura con un tipo de racionalidad lleva a reducir la realidad a un tipo de conocimiento, y a que la ciencia se identifique con un tipo particular de conocimiento. Situación que obliga a desarrollar la capacidad para saltar desde el espacio del discurso producido, que organiza juicios sobre lo que es la realidad, al espacio propio del rompimiento de toda estructura cerrada del discurso para colocarse ante ésta, sin que previamente quede subordinada a la lógica interna de un discurso “verdadero” o “científico”.

Este planteamiento sugiere avanzar en la búsqueda de nuevos ángulos de razonamiento, que, en la medida que trascienden lo dado, y lo dado es la cultura, no se puede apoyar este nuevo ángulo más que en la necesidad de lo indeterminado; pero, a la vez, la no reducción del conocimiento a un tipo particular de conocimiento, como el que representan por ejemplo Popper o Lakatos, obliga a tener que incorporar en el conocimiento a la función gnoseológica.¹⁵² Desde la inclusión de esta función se extiende el análisis a campos que por mucho tiempo han sido considerados como impropios de las preocupaciones del hombre de ciencia.¹⁵³

Con lo expresado se puede dar una apertura en el pensamiento hacia campos nuevos (en general excluidos por considerarlos propios de la psicología), que influyen decisivamente sobre el pensamiento. Así es como retomamos la necesidad de encontrar una forma de razonamiento que transforme a los parámetros en su propio objeto de estudio, obligando a encontrar mecanismo de distanciamiento que no se restringen a una simple “sociología del conocimiento”, sino que constituyen mecanismos de objetivación del sujeto, en la medida que su propósito no es construir estrictamente un nuevo discurso sino romper con las estructuras que se imponen.

152 Holton, *op. cit.*, pp. 196, 198.

153 Cfr. Braithwaite, *La explicación científica*.

Desde esta perspectiva, se debe tratar de aprender de la dialéctica entre parámetros, que, a lo largo de la historia, han conformado ángulos diferentes de lectura,¹⁵⁴ para transformarla en objeto explícito de reflexión, ya que son manifestación del esfuerzo de objetivación del sujeto pensante a lo largo de la historia; en otras palabras, transformar las enseñanzas de la historia en experiencia gnoseológica. Esta objetivación del sujeto la entendemos como la construcción de ángulos más abiertos para pensar a la realidad con la mayor riqueza posible.

Transformar a los parámetros en objetos de reflexión en sí mismos significa transformar los ángulos que han caracterizado las formas de razonamiento en campos problemáticos, de manera de discernir sobre la arbitrariedad de la opción de razonamiento elegida cuando es confrontada con otras. O sea, para que se pueda plantear la relativización de los parámetros, esto es, de lo que se dice y cómo se piensa, en forma de destacar los límites inherentes al ángulo desde el que se piensa.

La problemática de las estructuras parametrales nos lleva a la reflexión en torno al enriquecimiento de las estructuras categoriales, por cuanto consiste en cómo se construye la Relación de Conocimiento en tanto ángulo que cuestione la dimensión y e x , en términos de sus propias exigencias.

La Relación de Conocimiento la entendemos como parte del eje z de Holton¹⁵⁵ que subordina la decisión analítica y empírica

154 Es la dialéctica entre los enfoques básicos que han regido al pensamiento humano desde siempre. Pensemos en la dialéctica entre reposo y movimiento de Parámetros y Heráclito, entre conservación y cambio; o entre la “eficacia de las matemáticas contra la eficacia de los modelos materiales”; o bien, entre “experiencia y formulaciones simbólicas, complejidad y simplicidad, reduccionismo y globalismo, discontinuidad y continuo, estructura jerárquica y unidad”, (Holton, p. 16).

155 El eje z como el propio de las decisiones convencionales asumidas por el investigador.

a una apertura. Es a partir de esta Relación de Conocimiento que se establece el esfuerzo por colocarse ante la realidad y desde el cual se inicia el proceso de construcción del conocimiento, constituyendo un ángulo de fuga para las dimensiones analíticas y empíricas.

La problematización de los parámetros privilegia la idea de la necesidad de mundo o de realidad, por sobre las necesidades analíticas o empíricas, las que recortan la exigencia de realidad a determinadas exigencias teórico-metodológicas, reduciendo lo inédito al cruce $y-x$. Con lo que se pierde la posibilidad de recuperar la necesidad de realidad como punto de arranque del razonamiento gnoseológico, superando los límites que resultan definidos por el marco de la lógica de determinaciones. O sea, privilegia colocarnos ante lo inédito antes de lanzar nuestras redes para atrapar la realidad con significaciones predefinidas.

Nos ubicamos en el centro de la preocupación por ampliar el espacio de las proposiciones posibles, reencontrándonos con el planteamiento de que el conocimiento (en el momento de elección del ángulo de lectura), no se restringe a la función cognitiva ya que son parte de su constitución las dimensiones gnoseológicas. Lo cual cuestiona los límites que imponen la dimensión y y x , en tanto expresiones de la función cognitiva. Pero, de otra parte, se hace patente también la consideración de la necesidad de ángulo, que, en la medida que no se restringe a lo cognitivo, cuestiona la presencia de un solo lenguaje: el denotativo.

Como dice Lyotard, “si el saber científico exige el aislamiento de un juego de lenguajes, el denotativo, y la exclusión de los demás”,¹⁵⁶ entonces la tarea que se enfrenta es cómo emplear dichos lenguajes en función de una lógica más inclusiva de apropiación. La propuesta de Lyotard de una “forma narrativa”

156 Lyotard, *op. cit.*, p. 53.

representa un intento por resolver acerca de la pluralidad de lenguajes, aunque consideramos que la Relación de Conocimiento no se resuelve combinando distintos juegos de lenguajes (los cuales pueden expresar la riqueza de dimensiones del sujeto), sino que solamente procurando que el juego de lenguaje, como mecanismo de apropiación de la realidad, den cuenta de la dimensión constitutiva de la Relación de Conocimiento; pero sin limitarse a la problemática de la posibilidad de enunciados (ya sean denotativos, deónticos, interrogativos o valorativos).¹⁵⁷

De esta manera, el juego de lenguajes, en el marco de una lógica más inclusiva de la apropiación, tiene que expresar a la indeterminación de lo real, ya que se está incorporando una visión de futuro que sirve de apoyo a la representación de la realidad. Juegos de lenguajes que tienen que incorporar los diferentes campos problemáticos del sujeto, de manera de impedir que éste se enajene en un solo lenguaje como el denotativo (“que es un componente indirecto, por lo que se convierte en profesión y da lugar a instituciones”).¹⁵⁸

En verdad, si el lenguaje hace parte de una lógica más inclusiva, que la que rige al lenguaje denotativo, surgen nuevas necesidades de realidad que cuestionan inevitablemente a los parámetros asociados con el lenguaje denotativo, con lo que se contribuye a objetivizar al sujeto.

El problema de la realidad

¿Qué pasa en este contexto con el problema de la verdad?
Comencemos por decir que, cuando nos encontramos en la

157 *Ibid.*, p. 40.

158 *Ibid.*, p. 54.

construcción de la relación de conocimiento, especialmente cuando ésta es abordada mediante la articulación de lenguajes, la discusión no puede reducir la racionalidad a los criterios de verdad. Si la Relación de Conocimiento no se reduce a un contenido cognitivo estricto, la actividad racional no puede limitarse a la organización de contenidos comunicables, en razón de que en el marco de la relación de conocimiento la actividad racional es fundante de ángulos de lectura para interpretar cualquier constructor, según las exigencias de apertura.¹⁵⁹

La subordinación de la ciencia a la explicitación de la Relación de Conocimiento obliga a determinar los ángulos de razonamiento; tarea que se dificulta en virtud de que, al decir de Feyerabend los procesos habituales atrapan al razonamiento en una conformidad acorde con la rutina, la cual es también un ángulo de razonamiento según lo aceptado a-críticamente.

La determinación del ángulo de razonamiento supone la objetivación del sujeto cognoscente frente a lo aceptado como evidente. Feyerabend advierte que “si los científicos se acostumbran a tratar de una cierta forma las teorías”, se olvidan las razones de este tratamiento y sencillamente lo consideran la “esencia de la ciencia”; lo que se agrava cuando los filósofos “contribuyen a su falta de memoria sistematizando los procedimientos habituales y mostrando cómo provienen de una teoría abstracta de la racionalidad”.¹⁶⁰

159 Como ejemplo de lo que afirmamos, podemos mencionar el esfuerzo que se hizo durante el siglo XVI de romper con la palabra “Dios”, la cual, como observa Feyerabend, “es una condición límite de la investigación física tan importante como universalmente aceptada”, comparable “al criterio moderno de la experiencia”. El rompimiento de la palabra “Dios” suponía resolver la necesidad de organizar un nuevo ángulo de razonamiento, en función de una lógica diferente para sobre esa base estructurar contenidos distintos a los que hasta ese momento eran aceptados (Feyerabend, *op. cit.*, p. 47).

160 *Ibid.*, p. 35.

En este contexto, surge la necesidad de discutir la función permanente y fundante de los criterios en que se puede apoyar la forma de razonamiento. Criterios de racionalidad que cumplen la función de garantizar que el pensamiento no quede aprisionado en su propia inercia, ni en la lógica de determinaciones que caracterizar a los constrictos teóricos actuales.

La aceptación por Lakatos de que los criterios de racionalidad dominantes, “incluidos los criterios de la lógica son excesivamente restrictivos y habrían entorpecido a la ciencia en caso de haberse aplicado resueltamente”,¹⁶¹ prueba que los criterios de racionalidad antes que referirse a la construcción de contenidos, susceptibles de ser falseado de acuerdo con Popper, o simplemente sometidos a la exigencia de que deben ser progresivos, según Lakatos, tienen que recurrir a la tarea de enfrentarse con los contenidos acumulados para impedir que se transformen en parámetros que inhiban al pensamiento. Es así como los contenidos asumen el carácter de ser formas desde las que se plantean nuevas exigencias de realidad que sirvan de referencia para “ver” con distanciamiento a lo conocido o acumulado.¹⁶²

En consecuencia, el problema de la verdad y del error habría que replantearlo en el marco más amplio de la necesidad de realidad y desde la posibilidad de distanciarse de lo establecido. El planteamiento de que la realidad es apropiada de acuerdo a determinadas disciplinas científicas, que cumplen la función de sus

161 *Ibid.*, p. 11.

162 La crítica a los parámetros (como el de la identidad entre saber y pensar) obliga a reconocer como a una de sus bases a la exigencia de relacionar el conocimiento particular con la totalidad de la existencia debido a que el conocimiento, en última instancia, contribuye a enriquecer la experiencia y la conciencia de mundo del sujeto concreto. O, por lo menos, representa el desafío de concebir la ciencia como instrumento para una mejor vida. Uno de los apoyos para avanzar en la crítica a esta identidad entre pensar y conocer, se encuentra en la exigencia de leer al conocimiento desde el ámbito de su sentido para la vida.

mecanismos de control del discurso teórico, implica el concepto de que la idea de realidad es funcional a una determinada idea de verdad, que, por definición, es excluyente del error en cuanto se privilegia la posibilidad de corroboración antes que valorar la forma cómo se organiza la apertura. En este sentido la verdad y el error son dimensiones del esfuerzo de apropiación que no se restringe a la lógica de corroboración, ya que predomina el distanciamiento respecto de los parámetros que condicionan al razonamiento, de modo que el error se puede concebir también como un ángulo de apertura y, la verdad, por su parte, no sólo como un contenido evidenciado sino además como un significante que no se agota en sí mismo.

El error apunta a un campo de realidad que rompe con el parámetro de las condiciones de validez. Expresa la presencia de un horizonte de realidad posible, sin cuestionar los parámetros en cuyo espacio se construyeron los contenidos definidos como verdaderos; planteamiento que se puede relacionar con la formulación de Foucault de que “cualquier disciplina está construida tanto de errores como sobre verdades, errores que ejercen un papel inseparable del de las verdades”.¹⁶³

El error alude al límite en el que una construcción de conocimiento se niega para dar paso a un campo de objetos, desde el que se puede efectuar una re-lectura del objeto construido partiendo de un ángulo diferente al que sirvió de base para su construcción; por consiguiente, la verdad se transforma en un significante si es reformulado desde otra Relación de Conocimiento.

Se ha recordado que en el paso del siglo VI al V a.C. “la verdad se desplazó del acto ritualizado, eficaz y justo, de enunciación, hacia el enunciado mismo, hacia su sentido, su forma, su objeto, su

163 Foucault, *op. cit.*, p. 28.

relación con su referencia”.¹⁶⁴ ¿Nos encontramos, acaso, en nuestro actual contexto histórico, en un momento donde el enunciado de verdad ritualizado por la creencia en ciertos criterios definidos de racionalidad, obliga a romper con ellos en tanto parámetros, en forma de abrir el razonamiento más allá de las ideas que impiden conocer lo nuevo? ¿La idea de horizonte puede contribuir a desprender a la razón del sesgo de los parámetros, ya que constituye una inadecuación con lo establecido?

En el plano del lenguaje lo que decimos supone liberar al pensamiento del lenguaje denotativo recuperando el sentido de la especulación, así como propender a un razonamiento que cumpla la tarea de abrirse ante lo real indeterminado para colocarse en ella como horizonte, en vez de quedarse prisionero de objetos que rápidamente transforma en contenidos. En este desafío descansa la significación más actual que puede recordar en nuestros días la gran ruptura representada por el paso del discurso cosmogónico (propio del pensamiento poético) al discurso metódico (propio del pensamiento conscientemente racional) que tuvo lugar en el tránsito del siglo VI al siglo V a.C).¹⁶⁵

164 *Ibid.*, p. 16.

165 En esta dirección, Farrington sostiene que “el milagro griego consistió en eliminar lo milagroso de la naturaleza y de la historia y sustituirlo por leyes” (B. Farrington, *Ciencia y Filosofía en la Antigüedad*, Ariel, Barcelona, 1977, p. 27), que en el caso de Parménides se expresa en el hecho de que, por primera vez, el hombre “aspira a conocer y saber que podrá conocer” (Fragmentos..., Intro. De José Antonio Míguez, Águila, Buenos Aires, 1975, p. 16). Pues, en tanto la razón se enfrenta al “Ser que es” (Horst Matthai: *La teoría...?*), a partir de ese momento el hombre “está más con la razón, extasiado con lo que el mundo puro ser le descubre, alejado [...] del espacio de ese otro mundo”, el de los sentidos (Fragmentos, p. 17); produciéndose una inmensa e inédita apertura de la razón basándose en la idea de que lo pensable es lo necesario de pensar. El hombre, como observa E. Bloch, en relación con Tales, “se aparta en ese momento del hombre y vuelve su vista al exterior, que es lo que hay que desmistologizar” (E. Bloch, p. 19). Lo necesario no se deja encuadrar en ningún conjunto de propiedades inciertas pudiendo encontrar su expresión en un concepto como el ápeiron, “mezcla sin límites, todavía indecisa, de todas las materias, pariente del caos”; esto es, “materia infinita que se mueve a sí misma [...] que contiene

En efecto, nos enfrentamos a la necesidad de desarrollar la capacidad para construir una relación de conocimiento inclusive desde la comprensión de que la ciencia es sólo un componente particular de esta relación. Es muy importante lo anterior si consideramos que el contexto de la sociedad moderna cada vez con más fuerza pretende bloquear el surgimiento de visiones alternativas; situación que se agudiza con su tecnologización creciente, que tiende a convertir todo conocimiento en simple cantidad de información.

En verdad “todo lo que en el saber constituido no es traducible al lenguaje de la información será dejado”. La orientación de la investigación se subordina a la condición de “traducibilidad a una lógica de máquinas”; pues cada vez más “el saber es y será producido para ser vendido, y es y será consumido para ser valorado [...] Deja de ser en sí mismo su propio fin y pierde su “valor de usos”¹⁶⁶.

De lo que decimos se desprende la pregunta, ¿acaso, el conocimiento del hombre debe ser expresión solamente de estas condiciones contextuales, o bien, también, la manifestación de su capacidad por trascenderlas? Trascendencia que (si no se quiere que se identifique con posturas a-históricas, o simplemente voluntaristas) tiene que consistir en una actitud que facilite liberar al razonamiento de la inercia cultural y teórica acumulada. En aquí donde se muestra de manera palmaria en que consiste el desafío que esconde el rompimiento de los parámetros: es la posibilidad de distanciarse del contexto a partir de reconocer sus límites; pero, además, para dentro de sus límites, identificar lo que es potenciabile. Y así pasar de la historia como producto a la historicidad como producente, en forma de traspasar a lo estrictamente instrumental privilegiado

en sí todas las [...] ulteriores peculiaridades y las produce de sí misma en el surgimiento del mundo” (Ibid., p. 21).

166 Lyotard, *op. cit.*, pp. 15-16.

por el contexto tecnológico. Es la idea de concebir la exigencia de historicidad como lógica de descubrimiento.

El lenguaje y la potenciación del sujeto

Todos los intentos por revitalizar las tradiciones “marginadas y reprimidas en el curso de la expansión de la cultura occidental se estrellan contra un impenetrable muro de frases y prejuicios racionalistas”;¹⁶⁷ aunque su recuperación sea vital para superar la jaula de la tecnología. Para avanzar en la dirección de una formación más amplia del sujeto, que permita el distanciamiento de su contexto, requiere colocar en la base del proceso de construcción del conocimiento (y de la formación del sujeto) una subjetividad que se considere en su naturaleza constituyente. Ella es la que permitiría, en última instancia, cuestionar los límites de lo cognitivo desde una pluralidad de lenguajes que son los exigidos para distanciarse de los constructos.

El distanciamiento plantea problemas al sujeto cognoscente por cuanto exige una gran complejidad en el uso de lenguajes diferentes. A la vez, se observa que, en la medida que una “diseminación de los juegos de lenguaje” contribuye a enriquecer la relación con la realidad, se enfrenta el riesgo “de que parece disolverse el sujeto social”.¹⁶⁸ El rescate de un juego de lenguajes para dar cuenta de una necesidad gnoseológica más amplia, exigida por lo indeterminado, se corresponde con la exigencia de un protagonismo del sujeto que no es sino el reflejo de que la realidad socio-histórica se construye. De manera que a las exigencias epistemológicas se conjugan otras de carácter ético.

167 Feyerabend, *op. cit.*, p. 168.

168 Lyotard, *op. cit.*, p. 77.

Cuando se propone la disociación entre pensar y saber una consecuencia importante es la recuperación del sujeto con toda su complejidad concreta, pero también su potenciación, requisito axiológico y epistémico que subyace a todas las grandes discusiones emancipatorias. Lo que es ineludible si se atiende a la circunstancia de que a mayor vastedad y complejidad de los horizontes, en que se ubica el hombre, se corresponde una mayor complejización de los lenguajes componentes de su relación de conocimiento.¹⁶⁹

Hemos hablado de la recuperación de la subjetividad en el ámbito de lo constituyente, y, desde este ángulo, del sujeto como protagonista. La forma de pensar constitutiva (capaz de romper con los parámetros y abrirse a lo inédito) está, por consiguiente, estrechamente vinculada con la recuperación del sujeto, porque el desafío de potenciar a éste se vincula con el rescate de las funciones gnoseológicas latentes en la tradición cultural e intelectual; por ahora reducidas ambas a la función puramente cognitiva.

El sujeto fundador y activo que buscamos rescatar puede romper con lo evidente porque anima las formas del lenguaje. Es el que resiste la inercia y el que atraviesa hacia lo inédito en la búsqueda de nuevas significaciones, y que, por lo mismo, necesita de un lenguaje abierto a lo nuevo. Es el lenguaje de la mente utópica cuyo contenido es la incorporación de lo constituyente, en vez de quedarse atrapado en lo ya producido. El del sujeto cuyo movimiento interno está inspirado por la conciencia del darse incesante del mundo.

169 En este sentido, cabe mencionar la exigencia de complejidad en N. Luhmann y el modo de abordarla recurriendo a una multiplicidad de teorías. Concordamos con Luhmann de que la complejidad no debe descartarse, pero no estamos de acuerdo que se pueda abordar simplemente con base en una matriz compleja de insumos teóricos. En este marco problemático tiene relevancia recuperar el planteamiento de una lógica de apertura del razonamiento hacia lo inédito.

Los obstáculos

Pero para esta aventura se presentan tropiezos inmensos. El primero de ellos es el que Marcuse ha definido como “el cerrado universo operacional de la civilización industrial”,¹⁷⁰ que abre la interrogante sobre la naturaleza de la capacidad crítica de la razón. Sería diferente la situación si la razón, a pesar de estar determinada, fuera capaz de reconocer un margen de autonomía para trascender su contexto, en vez de limitarse a ser en sí misma un horizonte cerrado que impone una modalidad particular a la racionalidad. Es lo que ocurre cuando se afirma que “el universo instrumental del pensamiento es en realidad un nuevo horizonte”.¹⁷¹

El problema es poder resolver cómo la razón podrá trascender los límites histórico-culturales que se imponen, en un momento en el que las categorías críticas han perdido su significado relegándose al plano de lo puramente especulativo y fantasioso. Si por crítica entendemos la capacidad para enfrentar, desarrollar y sostener una actitud racional de manera de “comprender la realidad sin mutilarla”,¹⁷² debemos aceptar, entonces, que ella no se traduce en un listado de “categorías críticas”, sino en la lógica constitutiva de ellas. Es decir, en la lógica de construcción de la relación de conocimiento que es el único modo de resolver la cuestión del desfase histórico de los constructos conceptuales.

Históricamente el pensamiento tiene que renovarse incansablemente, como reclama Adorno, para lo cual requiere salirse de las grandes construcciones sistemáticas, pues, es de su esencia estar siempre constreñido a abordar realidades ambiguas y oscuras, para las que puede no necesariamente disponer de los conceptos

170 Herbert Marcuse, *El hombre uni-dimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1968, p. 144.

171 *Ibid.*, p. 184.

172 *Ibid.*, p. 218.

adecuados. Lo que obliga a reivindicar el lado excluido de la realidad, o lo que Marcuse, llama “el poder de lo negativo”.¹⁷³

El sujeto fundante exige de una racionalidad siempre en proceso de ampliación, enriquecimiento, complejización, que, paradójicamente, nos remite al pasado, en la medida que ella es orquestadora de esa conjunción entre logos y eros que caracterizó la filosofía clásica griega hasta Platón, pero que de pronto dio lugar a su disociación para que emergiera una racionalidad científica “esencialmente neutral”.¹⁷⁴

El empobrecimiento de la razón se corresponde con su progreso hacia una mayor eficacia operativa hasta transformarse en una forma racional, “purgada de ese elemento negativo”, divergente de lo establecido, imprevisible, que escapa a la racionalidad según es concebida formalmente. Nos colocamos, de acuerdo con Adorno, ante la necesidad de reconocer “qué hay de falso en la identidad”,¹⁷⁵ en la medida que lo verdaderamente “urgente para el concepto es aquello a lo que no llega, lo que el mecanismo de su abstracción elimina”.¹⁷⁶ De ahí que el enriquecimiento de las formas de la razón se refiere a aquello que excede al concepto, a lo indeterminado para, de este modo, recuperar el elemento negativo que estuvo presente en los “orígenes de la lógica y del pensamiento filosófico: la experiencia del poder negador, falsificador de la realidad establecida”.¹⁷⁷

La superación de los obstáculos propios del instrumentalismo que impiden el desarrollo de la razón, se vincula con la amplitud del espíritu fundante que se resiste a quedar atado a parámetros explicativos. En la filosofía clásica “el verdadero razonamiento, la lógica, revela y expresa aquello que realmente es”,

173 *Ibid.*, p. 14.

174 *Ibid.*, p. 166.

175 Th. W. Adorno, *Dialéctica negativa*, Taurus, Madrid, 1984, p. 13,

176 *Ibid.*, p. 16.

177 Marcuse, p. 160.

en cuya perspectiva “la verdad es un valor, porque ser es mejor que no ser”;¹⁷⁸ que, en el contexto de la sociedad tecnológica, se puede traducir en el planteamiento de que el conocimiento es antes que nada una forma de la conciencia sobre la condición del ser histórico.

El pensamiento recupera su riqueza porque se libera de esa sujeción que “ajusta las reglas del pensamiento a las reglas del control y la dominación”;¹⁷⁹ que se vincula con la interrogante respecto de si el desarrollo del conocimiento científico encuentra su plena justificación en base exclusivamente al *homo faber*. Pues, de ser así, se restaría todo valor gnoseológico a cualquier discusión que permanezca separada de la exigencia de la eficacia y/o de la explicación. Devendría la razón en pura “polimatías” para utilizar el término de Malebranche, recordado por Marc Bloch. Cabe preguntarse, con este autor, “que si la historia fuera eternamente indiferente al *homo faber* o al *homo politicus*, bastaría para su defensa que se reconociera su necesidad para el pleno desarrollo del *homo sapiens*”, que es lo que en verdad “legitima un esfuerzo intelectual”.¹⁸⁰

Esta necesidad de realidad, que se exalta en su necesidad de pensarla de modo más incluyente que la mera preocupación por controlarla, es una condición indispensable para dar cuenta de cómo la sociedad reprime a las visiones alternativas. “La integración de las fuerzas sociales anteriormente negativas y trascendentes con el sistema establecido”, crea las condiciones para que la sociedad desde “sus bases internas rechace las alternativas”;¹⁸¹ rechazo que cumple la función de mecanismo de legitimación de la sociedad. Aunque también permite abordar el problema de la objetividad, de manera de superar el desfase histórico de las teorías incorporando la idea de que la relación con la realidad no se agota con la constitución

178 *Ibid.*, pp. 144 y 145.

179 *Ibid.*, p. 158.

180 Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, FCE, México, 1957, p. 13.

181 Marcuse, *op. cit.*, p. 164.

de un objeto en “una relación bastante práctica con el sujeto”. Que la materia no se restringe a ser “un objeto de manipulación del hombre”, ya que ello supondría que la racionalidad, inevitablemente, se restringe a la “organización y tratamiento de la materia como el simple material de control”.¹⁸² La racionalidad está aprisionada en una lógica de control que corresponde a la “instrumentalización del hombre”, propio de ese “continuo histórico de la dominación”, que impone sobre la forma del pensamiento positivo su carácter conformista e ideológico; y sobre “las del pensamiento negativo, su carácter especulativo y utópico”.¹⁸³

El desafío consiste en recuperar la historia a través de una objetivación del sujeto con base en la ampliación de la conciencia de su historicidad y de su colocación desde lo utópico, para escapar de los bloqueos que siempre impone el poder. Esto es procurar transformar la historia en conciencia trascendental (el trascender sin transcendencia de E. Bloch), y a la conciencia en necesidad de prácticas. ¿No es, acaso, la conciencia de una situación la que permite desarrollar la necesidad de otras realidades?

El planteamiento lleva consigo la necesidad de una estructura particular del razonamiento que asegure la libertad del pensamiento; un pensamiento cuya naturaleza, más que en sus logros o en su mayor amplitud de funciones, se exprese en su “renovación incansable”, como pide Adorno a la filosofía.¹⁸⁴ Renovación que concibe al pensamiento como un permanente ejercicio de apertura que no se refiere a la organización de contenidos sino que a las posibilidades de horizontes. Hacer de la utopía una modalidad de conocimiento; afianzar una capacidad de vastedad que no acomode lo nuevo a lo viejo; desarrollar la potencia misma para abrirse a la

182 *Ibid.*, p. 175.

183 *Ibid.*, p. 185.

184 Adorno, *op. cit.*, p. 41.

realidad y colocarse en ella antes que entrar por la puerta estrecha de los conceptos claros, muchas veces obstáculos insuperables para ver “aquello a lo que nos llegan”, y así alcanzar lo todavía oscuro y huidizo, pero que hace a nuestras circunstancias tanto como la propia verdad que se esgrime como símbolo de fuerza y avance.

Son estas ideas las que pretendemos explorar. Y de este modo comprobar en qué medida una reflexión epistemológica, que tiene lugar a fines del siglo, puede apoyarse en la historia como experiencia gnoseológica que no se agota en un momento, porque en su propio desenvolvimiento va conformando modos de pensar que trascienden sus propios marcos problemáticos.

En síntesis la exposición anterior nos conduce a centrar la discusión en el rescate del razonamiento como dialéctica instalación-apropiación de la realidad-mundo por un sujeto histórico y activo; así como a las cuestiones que se plantean en términos de su lenguaje que definimos como categorial para oponerlo al estrictamente teórico. De manera de enfrentar las exigencias de una forma de razonamiento categorial y hacer el balance de la medida en que el hombre se ha enriquecido como sujeto pensante, no solamente como sujeto de conocimiento, menos todavía como simple sujeto de tecnología o del saber-hacer. La idea clave es transformar a la dialéctica instalación-apropiación en óptica para recuperar la historicidad del hombre y de sus constructos, en razón de expresar éstos a lo constituyente, más allá de los límites de cualquier visión filosófica o teórica cristalizada. Conformando además una crítica a la filosofía y a la ciencia desde la perspectiva de un logos gnoseológico que incluye a la ciencia como un mecanismo particular de la problemática asociada a la construcción de la relación de conocimiento. Y una reflexión epistemológica que pueda apoyarse en la historia como experiencia gnoseológica, que no se agota en

un momento, porque en su propio desenvolvimiento contribuye a enriquecer a la razón como un tejido que se va hilando a lo largo de diferentes épocas.

5. La forma del discurso: el problema de la recolocación del sujeto

No tendríamos que asombrarnos -no obstante, parece ser una necesidad- al afrontar el cambio en las formas de pensar que impone nuevas categorías. Desde hace más de un siglo atravesamos por transformaciones fundamentales que sintetizamos en el paso del “yo pienso” kantiano al “nosotros argumentamos de Apel. De este desenvolvimiento forma parte la gran revolución del marxismo, con la incorporación de la historia, así como la revolución fenomenológica, con el forjamiento de conceptos como el de conciencia y sentido. Contribuciones donde subyace el papel del sujeto pensante y en acción, y que hoy pueden conjugarse aunque no en términos de un solo y exclusivo cuerpo teórico. Afrontamos la conformación de nuevas formas de pensar para abordar los problemas del pensamiento y del método científico, lo que expresa en categorías que modifican las bases del discurso racional.

Detengámonos en algunas de las implicaciones. En primer lugar, consideremos cómo es afectado el concepto de realidad. De un concepto referido a objetos posibles de significación, en el lenguaje puramente analítico, se pasa a una concepción que da cuenta del espacio desde el cual el sujeto puede desplegar sus disposiciones y capacidades para enriquecer su subjetividad, más allá de lo objetivo como externalidad. Es parecido a lo que puede darse con la inmediatez del arte, cuando provoca en el espectador una sensación de belleza que lo vitaliza. Pues no se trata sólo de organizar conocimiento sino de que desempeñe un papel en la representación de espacios de vida para los sujetos, tanto concretamente como en el ámbito de lo simbólico. Ello significa que el conocimiento como acto de pensar no se reduzca a la función cognitiva, sino que pueda organizar una apropiación en la que los contenidos se ubiquen en el marco de un sentido de vida.

Es necesario aclarar que la realidad objetiva reviste una doble cualidad: la primera, ser un conjunto de estructuras o circunstancias externas al sujeto; y la segunda, conformar diferentes posibilidades de sentido¹⁸⁵ para distintos sujetos. En esta última acepción, la realidad (aun en el plano de lo puramente cognitivo) se concibe como un conjunto de ámbitos en los cuales los sujetos pueden desplegarse, cuya concreción más clara es la disposición para construir; la cual obliga a traspasar los límites¹⁸⁶ de las determinaciones para apuntar al contorno en donde se sitúan los objetos. El contorno contribuye

185 Sentido: *sensus, sensuales*. Nos referimos a una exigencia de inclusión de las afirmaciones particulares que se puedan hacer en un momento, considerando sus posibles devenires. (Para mayor referencia de los términos consultar el glosario, ubicado al final de este texto).

186 Limite: *limitem*: al señalar el fin de algo o la separación entre cosas, el límite es negación; de ahí que denote un cierre. Desde esta perspectiva los desafíos de pensar la complejidad de los fenómenos plantea al pensamiento percatarse de los límites que puedan trascenderlo. (Para mayor referencia consultar el glosario, ubicado al final de este texto)

a conferirles una significación existencial pero en el marco de lo histórico.

Entre contenidos y contorno se establece una relación que refleja lo que está en y fuera de los límites del contenido, de esta manera el pensamiento se abre a aquello que lo excede para dar cuenta de la necesidad de asombrarse a lo por-venir. Este proceso es expresión del irse completando del sujeto. El conocimiento cumple, por lo tanto, la función de activar la necesidad de ser sujeto; ya que, cuando pensamos en la relación de conocimiento, ésta no se remite al conjunto de contenidos clasificados sino que abarca los desafíos por construirse como sujeto desde el acto mismo de construir contenidos. Se rompe con la centralidad del principio de identidad para dar lugar -no en su reemplazo, pero sí como su complemento- al movimiento de los límites de las determinaciones; esto se manifiesta en el desafío de lo emergente y de la incompletud.

Se requiere reconstruir lo emergente desde sus síntomas para captar lo soterrado que surge como posibilidad, tanto en el momento¹⁸⁷ como en el horizonte¹⁸⁸ del desenvolvimiento histórico. Lo anterior plantea la noción de incompletad de lo dado y del propio sujeto. Emergencia e incompletad conforman espacios para el sujeto que son la vida vivida en la tensión que la despliega; el permanente estarse haciendo.

El aspecto más importante es la dinámica entre subjetividad e historia, porque es la base de la capacidad para re-actuar ante las circunstancias y ser o no autónomo. Tanto es así que para no quedar atrapados en la lógica de los productos, se exige pensar al

187 Momento: *momentum*. Se busca develar un instante particular de una secuencia, lo que puede llevarnos a un esfuerzo cognitivo de lo singular; así mismo, de lo plural que ahí se pueda contener. No puede comprenderse disociado de la idea de devenir.

188 Horizonte: *horizontem*. Se busca denotar un ensanchamiento de los umbrales en los cuales tiene lugar la enunciación de conceptos.

sujeto desde sus dinámicas constituyentes que no se agotan en la pura intelección, pues comprometen las otras facultades que lo distinguen. Nos enfrentamos con lo gestante de la subjetividad del sujeto y de lo real externo como ángulos desde los cuales abordar los parámetros que imponen inercias al sujeto, como los de orden y poder.

Desde esta mirada tiene sentido, rescatar el papel que puede cumplir el lenguaje; un papel activador, si sirve como instrumento para romper con los límites de lo dado-significado, o bien un papel parametral, si se reduce a cumplir la función que imponen los universos de significaciones establecidos por el orden social; lo que dependerá del uso que seamos capaces de hacer de sus posibilidades.

En el marco de la utilización retórica o signica podemos recuperar, según sea el caso, la presencia de categorías renovadoras del pensamiento o, a contrario sensu, que muestren la gravitación inercial de aquellas otras categorías que no incorporan al sujeto en el discurso por estar más formalizadas. Lo dicho concierne a la recolocación del sujeto en el discurso a partir de categorías que puedan distanciarse de lo “objeto-predicado”, a modo de centrarse en lo constitutivo de lo real en base a la articulación entre dinámicas internas de los sujetos y de sus prácticas con las circunstancias contextuales.

Continuidad y discontinuidad en los planteamientos sobre el sujeto

El desafío consiste en construir una nueva red de categorías para organizar la relación del sujeto con la historia, a manera de facilitar pensar el movimiento de la realidad, el cual, correlativamente, supone

el movimiento del pensamiento. En este sentido cabe referirse, en primer término, a la categoría de lo indeterminado. La cual rescatamos como forma para resolver el problema de la capacidad de re-actuación del sujeto a partir de vislumbrar la realidad como posibilidad de movimiento: el devenir de lo devenido

Recordemos la sugerencia de Apel cuando afirma: “si la autoalienación según Marx, no puede ser superada por ninguna iluminación psicológico-individual, ya que tiene que estar mediada “por la emancipación de la sociedad”, entonces se trataría de “provocar procesos de reflexión que transformen la conducta inconsciente, no reconocida -y en esa medida explicable y manipulable-, en acción conscientemente responsable”.¹⁸⁹ De ahí que nuestro propósito sea articular mecanismos psicológicos con los del lenguaje para dar cuenta del dinamismo de la realidad, más allá de su cristalización en estructuras, para lo cual hay que asumir la tensión que refiere a una realidad dinámica-objetiva y, de otro lado, a la problemática de la potenciación¹⁹⁰ y construcción¹⁹¹ por parte de los sujetos.

Nuestra postura se ubica entre una concepción objetivista y otra centrada en la subjetividad-existencial del sujeto, que se traduce en no quedarse prisionero de los objetos como modalidades de los límites conceptuales y empíricos. Por el contrario, buscamos abordar lo que excede a esos límites para entender lo que se puede estar “sugiriendo”, “aludiendo” o “evocando” como el contorno que rodea a los contenidos. Ello supone considerar realidades que, no teniendo un contenido ni una significación claramente identificables, nos lleva a definir las como “la autodonación no interpretada del

189 Kart-Otto Apel: *La transformación de la filosofía II*, p. 135.

190 Potencia: *potentia, potenziare*. Desplegar las virtualidades que se contienen en el mundo de lo subjetivo a partir de una necesidad de sentido.

191 Construcción: *construere*. La construcción en prácticas del ejercicio de la potenciación.

fenómeno” en la terminología de Apel. (“Esto de ahí... es tal y cual”, que forma parte de un razonamiento abductivo).¹⁹²

La variedad de objetos posibles (modos de organizar los límites) debe plantearse en el marco de la exigencia de inclusividad. Algo así como la idea de un contorno que escapa a lo puramente formal del razonamiento científico, pues la constitución de la experiencia objetiva “se incluye en el de los contextos mundanos-vitales de la acción”, como observa Apel apoyándose en Habermas.¹⁹³ Es el esfuerzo por darle preeminencia al sujeto sobre el discurso, que reconoce como un antecedente la idea de composición destacada en la obra de B. Spinoza.

Como ha señalado G. Deleuze, en Spinoza hay “un descubrimiento del inconsciente, de un inconsciente del pensamiento, no menos profundo que lo desconocido del cuerpo”.¹⁹⁴ Esto lleva a un cuestionamiento del razonamiento causal al oponer el método analítico, que inquiere la causa como simple condición de la cosa, al método sintético “que inquiere una génesis en lugar de un simple acondicionamiento”.¹⁹⁵ Esta línea argumental plantea la relación entre conocimiento y conciencia, en la que ésta asume como desafío ámbitos de sentido que, como exigencias, predominan por encima de las argumentaciones sobre objetos. En esta lógica de relación de conocimiento cumple la función de mostrar lo predicable desde la colocación¹⁹⁶ del sujeto en el momento -que no considera a éste como externo al sujeto- a manera de evitar encerrarlo en los límites de un predicado; es en lo que consiste la apertura del sujeto respecto a sus determinaciones.¹⁹⁷

192 Apel, *Teoría de la verdad y ética del discurso*, p. 46.

193 *Op. Cit.*, p. 84.

194 *Ibid.*, p. 29.

195 *Ibid.*, p. 138.

196 Colocación: *collocare*. Referimos con este término a la necesidad de ubicación en parámetros que pueden exceder referencias teóricas o axiológicas.

197 Apel, *La transformación de la filosofía II*, p. 10.

En la medida en que lo indeterminado rompe con los límites de objeto (disciplinario), lleva a abordar la problemática del contorno en que se ubica el problema que se quiere conocer. Por eso, el acto de conocer se acompaña de un acto de conciencia sobre el movimiento.¹⁹⁸ Cuando entendemos la realidad de esta manera es imperativo hacer la distinción entre devenir y potenciación. El devenir señala la necesidad del movimiento en los objetos que se construyen, obliga a tomar en cuenta tanto lo que ha devenido como el mismo devenir-deviniendo. Por otra parte, la potenciación reconoce su fundamento en la realidad, pero orientada no al producto del movimiento sino a su dinámica constitutiva. En este ámbito se puede reconocer la intervención del sujeto desde su capacidad de actuación, que es parte de esta dinámica.

Lo anterior obliga a profundizar a aquello que precede a la organización del discurso del conocimiento, en la medida en que “el conocimiento no flota en el vacío, no es auto-suficiente, sino que se fundamenta en la experiencia vital” que, para algunos, es una “dimensión irreductible al enfoque epistemológico”, pero que, no obstante, “es parte de dimensiones de la realidad que aluden a lo gestante y/o a lo magmático de la misma [...] Alude a esa exigencia de conocimiento que se oculta detrás de la racionalidad formal y que, en medida importante, es manifestación de la propia praxis humana”.¹⁹⁹

Lo sin forma, como tal, ese “como algo” que está requiriendo de un “bautismo originario” —entre la aceptación de Kripke— no se puede conocer. Conduce a problematizar lo que se oculta detrás de las organizaciones conceptuales, de las abstracciones

198 Ello plantea la necesidad de una reflexión acerca “de los presupuestos trascendentes de la conciencia que estén en la base de [la] ciencia” (363). Apel, *La transformación de la filosofía II*, p. 10.

199 Jesus Conil, *Hermenéutica antropológica de la relación experiencial, el discurso de realidad...*, p. 135.

más formales. Esto lleva a hablar no solamente de razón sino de voluntad de razón, que es el acto de conocer y que refleja necesidad de ser sujeto.

Cabe preguntarse, ¿"qué hay de experiencial por debajo del principio formal"? ¿Es lo formal sólo "pura formalidad o se apoya la formalidad de la razón en la experiencia"? En este sentido, no sería descabellado pensar que tanto la formalidad como su "autoridad epistemológica [...] es pionera de un trasfondo experiencial",²⁰⁰ dando lugar a la formulación de Gadamer de "una teoría de la experiencia histórica"; teoría de la experiencia real "que es el pensar".²⁰¹ Aunque nos acerca a la idea de dinámica constitutiva, en tanto "el comprender constituye el modo de ser del estar-ahí, algo originario de la vida humana",²⁰² no alcanza a resolverse en una forma epistémica capaz de dar cuenta de la subjetividad constituyente del sujeto en el mundo. Esta subjetividad constituyente es la capacidad para traspasar los límites de una relación basada en la simple constelación de objetos.

El desafío consiste en trabajar la idea de la experiencia vital en tanto incorporación del sujeto a su discurso, en la perspectiva desentrañada por el mismo Gadamer: "la conceptualización en la que se desarrolla el filosofar no posee siempre en la misma medida en que nos determina el lenguaje en el que vivimos. Y forma parte de un pensar honesto el hacerse consciente de estos condicionamientos previos".²⁰³ El problema reside en que no basta rescatar las dinámicas constituyentes, como ese algo que antecede al discurso formal, pues es necesario caracterizar a esa realidad como espacio de creaciones posibles del propio sujeto individual y/o social.

200 *Ibid.*, p. 139. A este respecto, hay que recuperar las aportaciones de Wilhelm Dilthey. Cfr. *Crítica de la razón histórica*.

201 Hans-George Gadamer, *Verdad y método*, p. 19.

202 Conill, *op. cit.*, p. 136.

203 Gadamer, *op. cit.*, p. 27.

Los espacios de posibilidades median entre las dinámicas objetivas (o externalidades) y la capacidad constitutiva del sujeto, aunque sin reducirse a lo puramente existencial. Se trata de transformar la dialéctica del devenir en potencialidad a partir de concebir la dinámica de lo real como potenciación de lo potenciable.

Nos encontramos en los terrenos de la tercera Tesis sobre Feuerbach de Marx, cuando sostiene que se “olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado”; lo que es posible solamente de “concebir y entender racionalmente como práctica...” para dar cuenta de esa zona de indeterminación de lo social que es, precisamente, la que conforma el ámbito de intervención del hombre sobre sus circunstancias; pero siempre que sea capaz de colocarse ante éstas sin doblegarse a su gravitación. La potenciación de lo potenciable se refiere, en consecuencia, a este espacio de intervención que supone un margen de autonomía²⁰⁴ desde el cual construir realidades en distintas direcciones.

La realidad es inacabada porque siempre es posible una construcción nunca antes dada. Es lo que obliga a pensar a la razón desde el rompimiento, no ya como simple forma, sino como expresión de un deseo de estar, no estrictamente como un simple estar ahí, sino como voluntad de estar, un querer estar. Idea fundamental ya presente en el pensamiento griego presocrático, como lo señaló Mondolfo: “en las exigencias gnoseológicas que puedan llamarse “*eleatas*” [...] el sujeto se afirma en su universalidad racional como legislador y árbitro de la realidad, pretendiendo someter la realidad objetiva a sus propias normas interiores, en lugar de adaptar y

204 Autonomía: *auto*: por sí mismo, a sí mismo / *nomos, nomoi, nomia*: ley. Alude a la capacidad de despliegue del sujeto para colocarse ante sus circunstancias.

subordinar su propia inteligencia a la realidad universal”; pues, “la forma que subordina la posibilidad del conocimiento al elemento volitivo [...] puede reconocerse en mundo filosóficos antiguos, a partir de Heráclito”. En Jenófanes, se aprecia como “presentimiento germinal” la vinculación entre conocimiento y el esfuerzo espiritual voluntario del hombre cuando sostiene que “los dioses no le han mostrado todo a los hombres desde el comienzo, sino que los hombres buscan y con el tiempo encuentran lo mejor”.²⁰⁵ O bien, como dijo Epicarmo, “a precio de trabajos nos venden todos los bienes los dioses”.²⁰⁶ Lo que es congruente con la afirmación que se formula hoy: “la razón sea la expresión de una voluntad de resistencia, de una rebeldía, de la necesidad sentida de libertad, de no querer someterse a contenidos dados”.²⁰⁷

Nos situamos en el ámbito de lo inacabado más que en el de la libertad, porque aquélla supone la necesidad de ser sujeto antes que una necesidad axiológica muchas veces normativa. La necesidad de ser sujeto se fundamenta en la actividad de pensar para rebasar el puro formalismo. Porque “la razón es a la vez voluntad de razón”,²⁰⁸ lo que en Apel da lugar al concepto “gnoseo-antropológico” para dar cuenta de la ampliación de la capacidad de pensar que conlleva la dimensión somática. Esto nos ofrece “un nuevo acceso de la relación corporal con el mundo a través de los sentidos más allá de la función de la consciencia y del lenguaje”.²⁰⁹ Nuevamente tendríamos que recordar a Spinoza y, por supuesto, a Dilthey.

En el centro del debate se encuentra la cuestión del sentido que se hace presente con el lenguaje, más allá de la necesidad del

205 Rodolfo Mondolfo, *La comprensión del sujeto humano en la cultura griega*, p. 136.

206 *Ibid.*, p. 137.

207 Conill, *op. cit.*, p. 139.

208 Apel, *Transformación de la filosofía II*.

209 Conill, *op. cit.*, p. 142.

sujeto de reconocer su campo de experiencias vitales (diversidad de proyectos de vida), a partir de ubicarse en un momento histórico. En este contexto, el lenguaje puede cumplir la función de parámetro o de activador de realidades. Como activador, plantea la cuestión del espacio inclusivo en tanto concreción que resulta de la presencia de múltiples sujetos con sus cargas axiológicas, asociadas a distintas memorias y visiones de futuro. Pero el lenguaje puede verse afectado por prácticas como las propias de la comunicación que, al exigir la universalidad de lo significado, plantean una dimensión objetivante de la subjetividad. Esto se profundiza por la necesidad de una “mediación comunicativa de la validez” que surge en el contexto de la formación de consenso, que presupone una “comunidad de comunicación ilimitada e ideal”.²¹⁰

Como señaló Gadamer: “ser histórico quiere decir no agotarse nunca en el saberse”.²¹¹ Se plantea que la historia como historicidad rompe con los parámetros pero, simultáneamente, cómo el pensamiento requiere organizarse en términos de parámetros que lo fijen. Se plantea el desafío de no disociar sujeto y realidad para recuperar las dinámicas constitutivas en un pensamiento capaz de organizar “la reflexión sobre (las) consecuencias sociales de las ciencias sociales” empírico-nomológica. De esta forma, desembocar “en una potenciación del curso del hombre sobre el hombre”,²¹² en la que la realidad deja de ser una externalidad al sujeto.

Una alienación en la forma actual de pensar se encuentra determinada por la tendencia (derivada de la influencia del método cartesiano) de investigar algo separado de nosotros y dotado de leyes propias en su independencia y autonomía”. Con ello se pierde

210 Apel, *Las aspiraciones del comunitarismo anglo-americano desde el punto de vista de la ética discursiva, el discurso de realidad, op. cit.*, p. 22.

211 Conill, *op. cit.*, p. 137.

212 Apel, *La transformación de la filosofía II*, p. 132.

el enfoque de entendernos “dentro de una continuidad única y con sentido, con el mundo histórico en cuanto lo otro que nosotros”.²¹³

Pero asumir lo anterior significa concebir al sujeto en su capacidad de potenciación (que se despliega desde su subjetividad), pero siempre históricamente situado, a manera de darle *status* epistémico a la función que cumple la experiencia. La cual “no piensa en modo alguno desde ‘un marco de referencia conceptual’, sino que, por el contrario, ve la auténtica verdad en lo que ella experimenta”.²¹⁴ Es lo que llamamos, al inicio, el efecto inmediato del arte que rompe con las referencias conceptuales. Las cuales, muchas veces, son simple manifestación de parámetros, ideológicos o axiológicos, asociados en términos generales a la lógica del orden, que procuran subordinar el pensamiento a lógicas heterónomas mediante las que modelar la subjetividad según las exigencias de ese orden. Con ello se afecta la necesidad de actuar y de reactuar del sujeto perdiéndose su condición protagónica como constructor de realidades.

Un modo de hacerse presente esta desintegración del sujeto está en lo que Apel llama “la peligrosa ideología de la razón menguada”, como mentalidad de adaptación oportunista y enemiga de la reflexión que facilita la subordinación a condiciones externas dominantes, como las de índole económica, que dan lugar a “los especialistas idiotas utilizables a voluntad”.²¹⁵ Para afrontar esta situación se requiere desarrollar la capacidad de actuación y de re-actuación del sujeto, que es posible siempre y cuando piense desde una clara ubicación en la historia. Solamente así puede desarrollar con fuerza su necesidad de ser sujeto, condicionado a un pensamiento capaz de romper con sus inercias.

213 *Ibid.*, p. 19.

214 Gadamer, *op. cit.*, p. 123.

215 Apel, *La transformación de la filosofía II*, p. 124.

El desafío anterior consiste en recuperar el acto de pensar como expresión de la necesidad de estar siendo, lo que requiere de un lenguaje que, al no quedar prisionero de sus significados, sea capaz de “desplazar significativamente la referencia de un significado determinado hacia lo incierto”; pues, “lo que es significativo es algo que posee un significado desconocido (o no dicho)”.²¹⁶

Lo anterior supone romper con una estructura de pensamiento asociada a un sistema hipotético-deductivo, ya que desde un punto de vista lógico-formal “tanto la comprensión racional-teleológica [como] la explicación analítica causal puede ser reducidas [...] a un núcleo idéntico en el sentido de un sistema hipotético-deductivo”.²¹⁷ En contraposición, la capacidad de actuación y de re-actuación requiere de modos de pensar y de construir relaciones de conocimiento desde lo inacabado o inconcluso, esto es, desde lo informal, vago, difuso, porque de allí nacen los espacios de creación y construcción del hombre.

Una posibilidad se encuentra en el arte, en general en los lenguajes simbólicos, en la medida en que “todo encuentro con [su lenguaje] es un encuentro con un acontecer inconcluso y es a su vez parte de este acontecer”.²¹⁸ Se trata de afrontar la tensión entre lo inteligible, que se corresponde con significados comunicables regidos en su argumentación por el principio de identidad, y las formas que pueden depender de la apertura y de la potenciación vinculadas con lo que no tiene todavía forma.

Esta discusión supone una recategorización del discurso de la razón científica desde el lenguaje, a modo de rescatarlo como mecanismo que potencia al sujeto, pero siempre desde su condición subjetiva historizada. Debemos considerar lo que significa la

216 Gadamer, *op. cit.*, p. 130.

217 Apel, *La transformación de la filosofía II*, p. 131.

218 Gadamer, *op. cit.*, p. 141.

partencia a comunidades de pensamiento que encuentran su propia identidad en universos semánticos, lo que nos remite a la relación del lenguaje con su contexto de pertenencia; pues a la vez que es parte de éste, contribuyendo a cerrarlo, también es cierto que no se agota en él en razón de la potencialidad que tiene para resignificarlo.

Según lo anterior, no podemos dejar de pensar que el lenguaje es la historicidad entendida como transgresión debido a que contiene, según la capacidad de utilizarlo, la posibilidad de nuevas significaciones, o bien de resignificar. El lenguaje contribuye a la constitución de posibilidades abiertas, que pueden anticipar el devenir de lo real, por su potencialidad de decir todo, a pesar de su tendencia a transformarse en parámetros (pensamos en los lenguajes encráticos de R. Barthes). Es lo que lleva a pensar en el lenguaje como mediación, que se traduce en su capacidad de negar los límites de sus universos de significación, siempre que su utilización se establezca desde la necesidad de realidad por el sujeto.

Esta necesidad desafía al lenguaje como eje de distintos discursos constructores de significaciones. Ello, porque la necesidad de realidad la concebimos como una forma de consciencia que plasma universos que contienen nuevas posibilidades. Esto puede dar lugar a diferentes discursos, según la naturaleza de sus contenidos, lo que dependerá del sentido que tenga la construcción de la relación con la realidad, ya sea analítico-explicativa o hermenéutica, o bien que represente una apropiación simbólica al estilo de la literatura y el arte.

Se trata de fortalecer el papel del sujeto como constructor de su historia, en un contexto que, como sostenía Erich Fromm en su libro *La revolución de la esperanza*, impulsa al sujeto a transformarse en parte de una maquinaria total, que le hace perder el contacto consigo mismo y con la vida. Por ello, se plantea incorporar nuevas

categorías que obliguen a subordinar las lógicas dominantes (en los ámbitos disciplinarios) a ángulos de razonamiento que incorporen la exigencia de abrir la mirada de lo social a diferentes articulaciones. Esto es, leer la realidad en su condición tanto de producto como de potencialidad para no agotar su lectura en las modalidades que presentan los límites de un recorte particular construido desde la lógica de objetos.

Lo dicho supone dar cuenta de la contradicción, o bien de la congruencia, entre los campos de significación histórica y teórica desde donde se piensan los contenidos que sirven como base para la potenciación. Y en esta dirección construir un estilo de pensamiento que incorpore las exigencias axiológicas y volitivas del sujeto para contribuir a que surja una forma de estar consciente ante las circunstancias que conforman el espacio inmediato, tanto del pensamiento como de la acción. No podemos seguir pensando en los marcos de una lógica de objetos, sino buscar, en su reemplazo, una óptica inclusiva y articulada que dé cuenta de horizontes que contengan una diversidad de objetos particulares.²¹⁹

Es la necesidad del momento histórico que se abre a nuevos espacios. O sea, convertir la conciencia histórica en ángulo que sirva de apoyo para el arranque del pensar teórico y de sus posibilidades de construcción cognitiva. Ello obliga a trabajar con una multiplicidad de tiempos que es lo propio de concebir a la realidad como inacabable pero construible por el hombre. Necesidad de realidad como inacabada y lectura del presente como espacio de posibilidades, que

219 Ello significa razonar en base a categorías como necesidad e indeterminación que lleva a conformar un marco pertinente a las exigencias de construcción del conocimiento como parte del esfuerzo del sujeto para ser históricamente. Aunque también podrían definirse otras categorías como potencialidad, construcción y opciones, cuya función es instrumentar las decisiones que buscan potenciar lo reconocido como necesario y abierto a nuevas modalidades de contenido.

se derivan de la realidad como movimiento potenciador, de ahí que la trascendencia exprese la búsqueda de futuro.

Subyace la presencia de un sujeto capaz de reconocer desde dónde y cómo se puede activar o hacer tangible la potencialidad; se destaca el esfuerzo por desarmar lo constituido para reconocer las posibilidades ocultas en lo dado. Y que es particularmente importante en el contexto de una sociedad tecnologizada, toda vez que la tecnología puede contribuir a debilitar la subjetividad o, lo que es lo mismo, hacerla funcional al orden dominante.

De lo que se desprende la importancia de rescatar la fuerza del lenguaje, su potencialidad simbólica y el rescate de la historicidad del sujeto en sus distintos lenguajes de expresión. El sujeto afronta tener que internalizar la relación entre determinación e indeterminación, contenido y continente, objetos y horizontes, para estar abierto a las exigencias y posibilidades de despliegue de su propia subjetividad. Desde esta perspectiva se rompe la relación sujeto-objeto para reemplazarla por los desafíos que se desprenden de la relación sujeto-sujeto. Nos encontramos en el quid del cambio de los paradigmas logo-céntricos.

Los enigmas como posibilidades

En la búsqueda de la potenciación del sujeto no nos limitaremos a la aventura por las verdades, pues pensamos que no siempre ésta enriquece al hombre. Puede ocurrir que, aunque las verdades contribuyan a iluminar aquello que rodea al sujeto, no lo salven de su importancia para transformarlas en acciones. Pero también, la iluminación de aquello que rodea al sujeto no trasciende el límite de lo infranqueable cuando nos circunscribimos a las lógicas cognitivas,

iluminaciones que, no obstante, pueden ser incorporadas al campo de la experiencia vital, pero no al de las verdades teóricas. El problema es pasar a un lenguaje que, sin restringirse a una función cognitiva, pueda expresar la rebeldía del hombre. Lo cual se vincula con los desafíos que el hombre ha reconocido para sí en su esfuerzo por vivir en el marco del empeño por construir su historia.

Es el camino que se mueve desde los señalamientos de Marx, en las *Tesis sobre Feuerbach*, hasta las provocaciones de Apel para hacer de lo inconsciente un conocimiento consciente y responsable, pasando por esa hermosa invocación de Musil de atender a la poesía todavía no escrita del hombre. Buscamos romper con la fuerte tendencia a reducir lo real a objetos según las exigencias de la identidad que siguen los cánones de las lógicas cognitivas.

Desde este ángulo, es necesario referir a los cuestionamientos que se han formulado sobre una excesiva memoria cientificista, que sirve para recordarnos que la realidad que afrontamos puede revestir modos de hacerse presente que pueden romper, por su misma complejidad, con los cánones establecidos para la apropiación cognitiva. El pensamiento científico puede revestir otras formas que trasciendan a las actuales, especialmente cuando pensamos en las críticas planteadas a distintos ámbitos del conocimiento.

En este sentido, cabe tener en cuenta las críticas de Karl Popper a determinadas posturas del Círculo de Viena. También es el caso de los planteamientos de Schlick cuando se refiere a la relación mente-cuerpo; la cual, aunque puede considerarla fascinante, no le satisface. “Sin duda, a veces nosotros mismos nos creamos problemas por confundirnos al hablar acerca del mundo; pero ¿por qué no podría agregar el mundo algunos secretos realmente difíciles, incluso, tal vez, insolubles? Puede que existan enigmas; yo pienso

que existen”.²²⁰ Con lo que critica la afirmación de Wittgenstein de que “no existe el enigma” (enunciada en su *Tractatus*), y observa, en contra de la opinión de este filósofo, que “lo profundo es lo indecible”, que “el mundo de lo decible no siempre carece de profundidad” ya que, desde cierto ángulo, “existe un abismo entre las cosas que pueden ser dichas —entre un libro de cocina y el *De Revolutionibus* de Copérnico—, como existe un abismo entre las cosas que no pueden ser dichas, entre algunas piezas de mal gusto artístico y un retrato de Holbein”.²²¹

En esta misma dirección tenemos también las críticas de Frankl a psicoanálisis de Freud cuando señala que el “psicoanálisis contempla la totalidad de la psique humana desde una concepción atomista, como la unión por piezas de partes que en principio son diferentes, y que responden a diferentes fuerzas, a su vez componentes de diferentes elementos que le dan vida. Así pues, la psique no sólo está atomizada, sino an-atomizada: el análisis de la psique es en sí mismo una anatomía. En este sentido se destruye la visión del ser humano como algo total”;²²² con lo que el psicoanálisis asume “la tarea de reconstruir a la persona tomando sus piezas”, lo que implica que se defina como “el autómaton de un aparato físico” olvidando “la autonomía de la existencia espiritual...” que es “lo que hay de humano en el hombre”,²²³ pues el hombre no es solamente el objeto de unos mecanismos, o de una física de la energía.

En relación con estas críticas, orientadas a rescatar dimensiones del análisis que no se reduce a relaciones entre factores subordinados a una función cognitiva, según las exigencias de la lógica de causa-efecto, se pueden también encontrar casos en

220 Karl Popper, *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual*, p. 252.

221 *Ibid.*, p. 252.

222 Frankl, *El hombre en busca del sentido último*, p. 33.

223 *Ibid.*, p. 35.

la lingüística. Recordemos la crítica de Steiner a la lingüística de Chomsky, en cuanto al esfuerzo de éste por encontrar una explicación a la capacidad de uso del lenguaje por el hombre, “que va más allá de los presentes formales o [enseñados] y del conjunto de experiencias adquiridas y atesoradas individualmente”. Según Chomsky, “esta capacidad indica que existen procesos fundamentales que actúan independientemente de la retroalimentación del medio”. El lenguaje, según Chomsky “hace pensar en una computadora”, en cuanto “hay pruebas concluyentes de que la idea quizás parcialmente inconscientes [es] que en las profundidades de la conciencia humana hay una poderosa computadora”, que “es decisiva en una buena parte de sus razonamientos”.²²⁴ Relación entre lo físico y lo mental que por constar de gran complejidad obliga a estar alerta frente a cualquier intento de explicar esa relación por reducción a factores.

El analizar estos procesos, y destacar su complejidad, se debe plantear -como sostiene Steiner- que “se ubican en esa zona intermedia entre lo mental y lo físico, entre lo psíquico y lo neurológico que nuestro vocabulario anticuado, con sus distinciones profundamente arraigadas entre mente y cuerpo, no está capacitado para manejar”.²²⁵ Como señaló Popper, “el problema mente-cuerpo no ha quedado agotado por estos dos problemas, el problema de los estados de conciencia y el problema del yo”,²²⁶ porque la plena consciencia del yo, a pesar de “estar siempre presente, en forma disposicional, en los adultos, esas disposiciones no siempre están activadas”. Con esto, colocamos nuevamente en el centro de la problemática la potenciación del sujeto.

Desde las grandes contribuciones de Marx a Apel, pasando por la gran literatura relativa al fortalecimiento del sujeto, se puede

224 Steiner, *op. cit.*, p. 118.

225 George Steiner, *Extraterritorial*, p. 117.

226 Popper, *op. cit.*, p. 257.

llegar al sentido que tiene como postura la potenciación del sujeto, pero en el entendido que forma parte de su misma condición. La potenciación adquiere su más claro significado cuando se constata que “con frecuencia nos encontramos en un estado mental de intensa actividad y, al mismo tiempo, completamente olvidados de nosotros mismos...”,²²⁷ por lo que volvemos a eso de la poesía no escrita del hombre de la que hablaba Musil. La potenciación del sujeto supone un asumirse a sí mismo, trascendiendo el propio olvido, que muchas veces se traduce en la resignación que lleva a que el individuo se oculte detrás de sus roles o funciones. De ahí la importancia de saber colocarnos ante el contexto; o, mejor dicho, asumir las mediaciones que se dan entre el sujeto y el contenido de modo que la capacidad de ubicarse cumpla la función de mecanismos para trascender el olvido de sí mismo, en oposición a la simple objetivación asociada al lenguaje.

Debemos destacar la importancia de la potenciación del sujeto como condición pre-discursiva (en cualquier forma que pueda asumir) en tanto ésta no consiste en capacidades puramente intelectuales, ya que expresa el conjunto de dimensiones del sujeto (intelectual, imaginativas, volitivas, emocionales). Nos enfrentamos, por eso, a un cuadro de categorías que pueda dar cuenta de la realidad como construcción por los sujetos; lo que exige de formas de pensar adecuadas para responder a la problemática que se deriva de concebir a la externalidad como un constante proceso de darse; pero también, de afrontarla como un darse del sujeto que puede asumir distintas modalidades, según la complejidad de las acciones de que sea capaz el sujeto.

Nos situamos dentro del campo problemático que definimos como histórico-existencial. En él se cruzan aspectos (como los económicos, sociales, políticos y culturales) que caracterizan a la

realidad externa, u objetivada, respecto de los sujetos, pero como resultado de las acciones de éstos. Se apunta a concebirla como un ámbito de posibilidades de experiencias que, a la vez, son el despliegue del sujeto. De lo que se desprende que los sujetos encarnan la posibilidad de realidad, ya sea que ésta revista el carácter de objetivada o no respecto de aquéllos.

Se hacen necesaria la elaboración de categorías que sean adecuadas para captar los nudos de articulación de las dinámicas del sujeto con la realidad contextual ñeque éste se despliega. Entre estas categorías podemos mencionar la de despliegue y la de sujeto como ángulo, por una parte; y de otra parte, la de mundo de vida y la de espacio de posibilidades. El trasfondo es que los sujetos son la posibilidad de realidad; en otras palabras, que la realidad es sujeto o no es nada.

De lo que podemos concluir que el concepto de objetividad deviene en un espacio donde se plasma la realidad-posibilidad de ser sujeto concreto (individual o colectivo). Lo que significa que las circunstancias sociales, genéricamente hablando, conforman espacios que reciben sus contenidos y significados por la presencia y despliegue de sujetos concretos. La realidad es la necesidad resuelta como objetivación para desplegarse por determinados sujetos, despliegue que plantea exigencias de análisis que den cuenta de las condiciones en las cuales tiene lugar.

El principal desafío reside en saber resolver la tensión entre el movimiento de múltiples direcciones y los requerimientos de orden de la sociedad. El movimiento de ésta, siendo el resultado del movimiento de los sujetos, obliga a observar que cualquier estructura social, en su acepción genérica, está sometida a esta dinámica.

Lo que obliga a pensar en la historia de cualquier estructura, asociada al movimiento de múltiples direcciones, para no reducir

aquella a un simple recorte temporal. Las estructuras tienen que traducir las dinámicas constitutivas que forman parte del movimiento de los sujetos; donde las dinámicas no están necesariamente ceñidas a regularidades que permitan prever situaciones, ya que en el trasfondo se encuentra la incompletud de cualquier situación por estructurada que sea. Esto es lo que permite incorporar la categoría de lo constitutivo para abordar el carácter inacabado del sujeto y de su contexto.

Desde este movimiento de los sujetos se puede abordar un cambio en el nivel epistémico de las categorías, pues éstas incorporan dimensiones axiológicas relativas al ángulo desde el que los sujetos construyen su realidad. Su importancia reside en los alcances con que comprometen al sujeto en relación a sus facultades, por cuanto el propósito último de este campo problemático histórico-existencial es garantizar la capacidad del o de los sujetos para conformar espacios autónomos de construcción social en base al conjunto de sus facultades.

El esfuerzo por avanzar en una profundización de la potenciación lleva a relacionarla con la capacidad de significar, según la utilización que se haga del lenguaje. El lenguaje asume una función central por ser el lugar desde donde se pueden desarrollar, entons sus alcances psicológicos, sociales y culturales, las alternativas de despliegue propias del hacerse del sujeto, en tanto articula subjetividad individual e histórica.

La potenciación encuentra en este proceso del despliegue su máxima expresión, en tanto consiste en romper con los parámetros que atrapan y empobrecen al sujeto para que pueda afrontar sus horizontes de posibilidades.

La dimensión histórica-existencial deviene en el espacio de posibilidades para ser libre, aunque también es la encarnación

de sus limitaciones. En ningún otro lugar se puede ver con más claridad la conjugación entre condiciones sociales y subjetividad, o, de manera principal, la dialéctica entre querer y poder ser. Es lo que denominamos capacidad de significar que se encuentra en el trasfondo de la condición del ser humano, en la medida en que la concebimos como la capacidad de proyectarse más allá de lo dado, para incursionar en el misterio e incorporarlo como nuevo contorno de la subjetividad. De ahí la importancia de confrontar al espacio histórico-existencial con las posibilidades que ofrece el lenguaje como sistema de significantes, a manera de resolver cuándo y cómo puede servir de apoyo para potenciar la subjetividad del sujeto.

A continuación planteamos una reflexión categorial sobre el lenguaje aunque todavía sin articularlo con las dimensiones psicológicas del sujeto. Debemos antes buscar una línea central que permita reconocer los márgenes de expresión de la potencialidad; lo que dependerá de la capacidad de significar en tanto condición de autonomía del sujeto. La resolución en definitiva se alcanzará en base a una articulación del lenguaje con los dispositivos psicológicos.

6. Racionalidad y ciencias sociales

I. Panorama de una propuesta epistemológica

1. Racionalidad ampliada y el concepto de método: las contribuciones de la tradición de pensamiento dialéctico

El desarrollo de la dialéctica como epistemología no se limita a una descripción de lo que ha sido la práctica científica, ni tampoco consiste en prescribir cánones acerca del deber ser: lo que hacemos es poner de manifiesto ciertas formas racionales contenidas virtualmente en la dialéctica que permiten modificar el modo de construir conocimiento. Se pretende definir el perfil de una actitud racional diferente, en vez de poner el acento en normas o limitarse

a racionalizar a partir de cómo se ha construido el conocimiento. Lo dicho significa centrar el problema del conocimiento en la epistemología y no en la lógica, esto es, en la crítica y no en la historia; pero en la crítica como forma lógica. Más que en una teoría del conocimiento, estamos interesados en una teoría de la conciencia.

En la dialéctica se contienen una serie de virtualidades que permiten enriquecer el concepto mismo de racionalidad científica. En este sentido cabe plantear una distinción entre la racionalidad del proceso de investigación y la racionalidad científica, fundada en que no hay ninguna base para pensar que el esquema sea necesariamente uno y excluyente. Lo que procede es abordar el desarrollo de la lógica desde las virtualidades de ciertas premisas, en contraposición a hacerlo desde ciertas prácticas; pero, ¿qué relación se puede determinar entre ambas perspectivas?, ¿cómo es que se debe abordar la práctica de investigación desde las exigencias virtuales de la dialéctica?, ¿y cuál es el fundamento de estas virtualidades?

En el marco de esta observación es interesante confrontar el racionalismo crítico y el racionalismo dialéctico. El racionalismo crítico, que exige la confrontación con la realidad, se reduce al siguiente esquema: la teoría se transforma en una enunciación hipotética sobre la realidad que plantea a la exigencia de verdad como correspondencia y cuya solución se alcanza mediante la “prueba”; procedimiento que, a través del ensayo y error, alimenta a la acumulación teórica.

En cambio, el racionalismo dialéctico pretende una reconstrucción que sintetiza lo dado y lo virtual: lo dado se confronta por medio de la falsación (u otro procedimiento de corroboración), mientras que lo virtual se confronta a través de la construcción de objetos con capacidad de articulación, según el siguiente esquema: la teoría se transforma en conceptos ordenadores cuya función es

organizar campos de observación que constituyen el marco para construir objetos en su interior; por lo tanto, la acumulación se produce en el contexto de la vigencia del objeto construido, por lo que se da mayor importancia a las formas de construir objetos que al objeto mismo.

La diferencia entre ambos tipos de racionalismo no reside en la forma como es utilizada la teoría, sino en que el racionalismo dialéctico incorpora una premisa que definimos como la exigencia de lo indeterminado; en cambio, el racionalismo crítico no incorpora esta premisa, sino que parte de la propia exigencia interna de la estructura teórica considerada.

Por el momento detengámonos en el concepto de racionalidad tal como puede plantearse en el ámbito de las Ciencias Sociales. Examinemos algunos de sus aspectos.

Conocimiento y lucidez

La ampliación de la racionalidad puede consistir en un proceso estrictamente de naturaleza social, como asimismo expresar una convergencia entre diferentes paradigmas epistemológicos.

Desde el punto de vista de las Ciencias Históricas tiene lugar un desarrollo de la conciencia que se corresponde con una forma de conocimiento reflejo de la ampliación del mundo de lo real empírico; ampliación que se traduce en una extensión a la capacidad del hombre para reaccionar sobre sus circunstancias. Es lo que entendemos por politización del conocimiento que consiste en la relación entre el individuo y la sociedad que resulta de la mayor información que el hombre dispone sobre sus circunstancias.

Este enriquecimiento del horizonte social plantea desafíos a la conciencia teórica: cada vez más se produce un saber-información sobre la realidad que se impone sobre el saber-pensar a esta realidad. La politización del conocimiento plantea epistemológicamente rescatar las reglas del pensar sobre las reglas del saber, lo que implica la objetivación del razonamiento mediante el énfasis en su capacidad de apertura, de manera de traspasar las estructuras cosificadas del saber-información. El resultado es una recuperación de la dimensión histórica del sujeto individual y que se tiene que manifestar en un protagonismo cotidiano, pero con perspectivas históricas. Lo anterior representa una trascendencia del individuo en su calidad de sujeto histórico, que supone plantear el problema de la autodeterminación en diferentes escalas de tiempo histórico; o bien, recuperar a la historia en el espacio de la vida cotidiana.²²⁸

El desenvolvimiento de esta conciencia transforma a la realidad en aquello que en su conjunto puede ser más de lo que se conoce, lo que significa enfrentar el paso desde lo estructurado a lo estructurable, desde lo conocido a lo cognoscible. Todo lo cual exige organizar la observación de la realidad como un mecanismo superior de control de las estructuras gnoseológicas.

En otra dirección, la ampliación de la racionalidad plantea un problema en relación con los diferentes paradigmas disponibles, en el sentido de descubrir posibilidades de convergencia a partir de elementos que se contienen de ellos. Si nos planteamos como central el problema de la objetivación de la razón, como producto de una lógica de construcción de la relación con la realidad, se puede constatar que esto se ha pretendido resolver siguiendo diferentes

228 Una primera aproximación al tema de la dimensión política del conocimiento lo hemos intentando en *Historia y política en el Conocimiento*, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Serie Estudios 71, 1983, en los apartados: "Apuntes acerca de metodología y política"; "Dialéctica en lo político y en el Conocimiento Científico".

caminos. En el caso de Piaget, por ejemplo, se ha seguido la ruta de la génesis de las categorías, basada en la perspectiva de un esquema de naturaleza evolucionista que da cuenta del incremento de la capacidad de explicación del hombre; pero donde además, se constata la presencia de funciones con un carácter cada vez más multifuncional. En cambio, en Bachelard, el intento por encontrar solución a la construcción de la objetivación de la razón consiste en la búsqueda de una mejor adecuación mediante la apertura de la razón hacia nuevos campos de explicación, así como en el psicoanálisis del conocimiento objetivo. En un nivel muy diferente, tenemos los elementos contenidos en la propuesta de Bloch, que, a diferencia de Piaget y Bachelard, no se interesa ni en el marco de construcción genética de las categorías, ni en la mejor adecuación, sino en una exigencia que, simultáneamente con ser de naturaleza epistemológica, reviste también un carácter ético, como es la necesidad de anticipación basada en la exigencia del *novum*; lo que supone tener que reflexionar con base en lo posible que se abre ya no solamente hacia lo explicativo, sino en forma más inclusiva hacia lo necesario, sea causal o no.

Es indudable que se contienen en las diferentes propuestas elementos conceptuales que reflejan una preocupación por avanzar hacia una renovación del concepto de razón, aun si hacemos caso omiso de los diferentes planteamientos que los autores tienen sobre lo que es la razón científica y acerca del modo de proceder en la construcción del conocimiento. Pero este tema ha de ser el contenido de un trabajo particular. Por el momento no interesa más que aludir al problema en el marco más general de nuestra afirmación sobre el enriquecimiento de la capacidad del hombre, pues, independientemente de si se está dando o no una orientación conceptual entre los diferentes paradigmas, interesa rescatar otras

implicaciones de este enriquecimiento, como es el concepto de método, entendido como forma de razonamiento.

El concepto de método como forma de razonamiento

Prescindiendo de la solución que se pueda dar al problema de razonamiento científico, no se puede negar que un problema medular es cómo el razonamiento da cuenta o no del movimiento complejo de la realidad. Si la realidad en su dinamismo supone mediaciones y transiciones entre los fenómenos, la clave está en la distinción entre oposiciones reales y oposiciones dialécticas.

La oposición real en tanto no se integra, ya que no tiene necesidad, no anticipa la otra, pero se puede transformar en dialéctica siempre que el concepto de *necesidad del otro* no se restrinja a una necesidad objetiva de completación del elemento singular de que se trate, sino en una exigencia de complejización que permita avanzar en dirección hacia una mayor objetividad. Lo dicho no significa que el *otro* sea una necesidad del contenido del opuesto real, sino, más bien, que ambos elementos son parte de una articulación de naturaleza dialéctica, ya que se trata de potenciar la realidad del elemento dado, lo que no implica su transformación en el otro, sino su especificación histórica. Concebimos la dialéctica, entonces, como una exigencia de articulación y no exclusivamente como expresión de la contradicción; por eso privilegiamos a lo articulable sobre la transformación, aunque sin negarla pero sí incorporándola en el marco de aquella. La diferencia está en que la articulación plantea la necesidad de mediaciones entre los elementos reales, independientemente de que se dé entre ellos una relación de oposición dialéctica. La oposición dialéctica cumple la función de

abrir al razonamiento teórico la potencialidad de las relaciones entre los objetos.²²⁹

En el pensamiento dialéctico, la relación entre objetos, más allá de que tenga lugar o no la transformación de un objeto en otro, constituye una realidad en sí, pues los objetos son partes de una articulación. Son lo que constituye las mediaciones a las que volveremos más adelante.

Colocándonos en la perspectiva de que la dialéctica pretende ser un método para la explicación de la historia antes que una teoría general, podríamos concluir en los siguientes criterios que dan cuenta de la problemática que debe considerarse en la discusión de lo que consiste el método científico.

a) Si el concepto de estructura nos limita a un recorte de una situación dada sin atender a su virtualidad se corre el riesgo de confundir al movimiento con lo histórico-genético y, en consecuencia, quedarnos en el esquema “dado por”.

b) La acumulación de conocimiento al interior del universo de un determinado discurso teórico tiene que ser criticado desde la articulación, que convierte a ese universo de discurso en niveles.

c) La contrastación no transforma por sí misma al universo del discurso, ya que no cuestiona al discurso en términos de la lógica

229 La dialéctica aparece en algunos autores restringida a la contradicción. Lo que es falso. Por ejemplo, en Colletti la dialéctica como contradicción se confunde con una forma particular de realidad (el capitalismo), en vez de entenderla como una concepción del movimiento de la realidad y el modo de su determinación. Dice Colletti: “[...] la teoría de la contradicción aparece... como una sola e idéntica teoría, la cual abarca e incluye también la propia teoría del valor. La contradicción de fondo a la cual conduce todo es la separación en el seno de la mercancía, entre el valor de uso y el valor de cambio” (L. Colletti, “Marxismo y dialéctica”, en *La cuestión de Stalin*, p. 201).

parte-todo, sino que se mantiene en el interior de la relación relativo-absoluto.

d) El universo teórico que reconoce un origen disciplinario se transforma en parte de una articulación que es desconocida.

e) Cuando se rompe con los universos teóricos, la relación entre determinación e indeterminación exige desenvolvernos en un plano lógico-epistemológico y no teórico-sustantivo. A diferencia de la solución a través de la hipótesis, que constituye una anticipación teórica sobre lo que consiste la incógnita, se trata de definir una delimitación de lo real como una construcción que refleje los distintos niveles de concreción de la totalidad.

f) La crítica como apertura hacia las potencialidades de objetivación pretende responder al problema de cómo construir lo específico antes de establecer las bases de la generalización.

g) La necesidad de resolver la relación disciplina-totalidad, esto es, la subsunción de la disciplina al razonamiento en totalidad, lleva a hacer la distinción entre dos tipos de funciones de los conceptos: la función teórica y la función metodológica, relacionada con la construcción del objeto.

h) La totalidad al traspasar las disciplinas (transformadas en niveles de la articulación) redefine a los conceptos ya establecidos en cada disciplina, generando nuevos conceptos con una fundamentación epistemológica diferente; lo que se vincula con la distinción entre clases de contenidos según estén dando cuenta o no de los supuestos básicos de movimiento, articulación y direccionalidad.²³⁰

230 Hemos desarrollado una primera discusión en el trabajo: *Los horizontes de la razón: I. Dialéctica y apropiación del presente*, Barcelona, Anthropos / México, El Colegio de México, 1992.

i) La consistencia interna del pensamiento debe subordinarse a las exigencias epistemológicas planteadas por la relación de conocimiento; de ahí la conveniencia de distinguir entre condiciones de validez de las proposiciones y las condiciones de pertinencia, relacionadas con las exigencias teóricas y epistemológicas, respectivamente.²³¹

j) Derivado de lo anterior, debemos distinguir entre dos tipos de formalidades; por una parte, lo formal de la teoría se vincula en el caso de las condiciones de validez con el contenido que se somete a las exigencias de la correspondencia; mientras que en el caso de las condiciones de pertinencia, lo formal se relaciona con el contenido en base a la función de fundamentación de las categorías que sirven para incorporar la historicidad de la realidad.

k) Lo anterior plantea como eje del razonamiento científico a la construcción de la relación con la realidad.

l) Construcción que se puede llevar a cabo según la siguiente secuencia en el razonamiento:

i) Comenzar por observar la realidad en un plano morfológico.²³²

ii) Problematizar la observación morfológica en términos de razonamiento constructor de conocimiento y no exclusivamente del razonamiento explicativo.²³³

231 Hemos desarrollado este discurso en: *Los horizontes de la razón: II: Historia y necesidad de utopía*, Barcelona, Anthropos / México, El Colegio de México, 1992.

232 “Cuando consideramos un país dado desde el punto de vista económico-político comenzamos por su población, la ciudad, el campo, el mercado, las diferentes ramas de la producción, la exportación, la importación, la producción y el consumo anuales, los precios de las mercancías, etc.”. (Max, *Introducción de 1857*).

233 “La población es una abstracción si dejo de lado, por ejemplo, las clases de que se compone. Estas clases son, a su vez, una palabra vacía si desconozco los elementos sobre los cuales reposan, por ejemplo el trabajo

iii) Reflejar a la problematización en una representación conceptual que contenga una potencialidad transformadora y no solamente como estructura teórica, en razón de que la mediación entre el sujeto cognoscente y la realidad no es en función de instancias teóricas, sino que en términos abstractos más amplios.²³⁴

iv) Cuidarse de que las relaciones asuman la forma y contenido de una opción teórica antes que ser función de un constructor que sirva de base para formular proposiciones teóricas.²³⁵

v) Comprender al concreto reconstruido como el producto que resulta de la construcción del reflejo, lo que implica saber relacionar el momento de la primera visión de la realidad con el de la reconstrucción racional.

vi) En este proceso de elaboración tiene lugar la transformación del nivel morfológico inicial de ser uno puramente descriptivo en otro dinámico y articulado, de manera que sobre esta base de conceptualización se pueda aprehender lo concreto. De esta manera, se podría decir que la aprehensión consiste en la transformación de la visión en un objeto particular.²³⁶

asalariado, el capital, etc.” (*Ibid.*).

234 “Si comenzamos, pues, por la población tendría una representación caótica del conjunto y, precisando cada vez más, llegaría analíticamente a conceptos cada vez más simples; de lo concreto representado llegaría a abstracciones cada vez más sutiles hasta alcanzar las determinaciones simples” (*Ibid.*).

235 “Descubrir mediante el análisis, un cierto número de relaciones generales abstractas determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc. Una vez que esos momentos fueron fijados y abstraídos, comenzaron a surgir los sistemas económicos que se elevan desde lo simple, trabajo —división del trabajo, necesidad, valor de cambio— hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial” (*Ibid.*).

236 “Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, y, en consecuencia, el punto de partida también de la intuición y de la representación” (*Ibid.*).

vii) La totalidad es la forma de entendimiento adecuada a la exigencia epistemológica de transformar lo aparente en realidad; lo cual consiste en la transformación de los conceptos mediante los que percibimos y relacionamos intuitivamente con la realidad, en construcciones mediatizadas y en ángulos de observación antes que en contenidos teóricos.²³⁷

2. Exigencia de objetividad y criterios de construcción de contenidos

El razonamiento crítico no se puede confundir con la crisis de los fundamentos de la racionalidad, ya que no se trata de cuestionar la naturaleza de la racionalidad, sino de enriquecerla con base en el esfuerzo por liberarla de reglas. Planteamiento que lleva al razonamiento no-parametral que expresa una concepción de la razón cognoscitiva como forma de conciencia, esto es, de distanciamiento del sujeto tanto de sí mismo como de la realidad.

La idea que subyace es la de una forma de razonamiento cuyo movimiento conduce a la construcción de la relación de conocimiento; esto es, la construcción de la objetividad de la realidad. En cambio, en oposición a lo anterior, las reglas metodológicas responden a la necesidad de correspondencia de determinados

237 “La totalidad concreta, como totalidad del pensamiento, como un concreto del pensamiento, es *in fact* un producto del pensamiento y de la concepción, pero de ninguna manera es un producto del concepto que piensa y se engendra a sí mismo, desde fuera y por encima de la intuición y de la representación, sino que, por el contrario, es un producto del trabajo de elaboración que transforma intuiciones y representaciones en conceptos.

“El todo, tal como aparece en la mente como todo del pensamiento, es un producto de la mente que piensa y que se apropia del mundo del único modo posible” (*Ibid.*).

contenidos. En este marco, se plantea que el razonamiento sea una forma de apertura, en vez de constituir una congruencia de contenidos susceptibles de comprobarse.

Lo anterior implica un concepto de método como equivalente a la crítica constitutiva de lo real en base de lo necesario, lo cual reemplaza al fundamento por la exigencia de objetividad. Esta última responde a la capacidad de pensar y observar basándose en la reconstrucción de la realidad, de manera de abrirse a varios tipos de modalidades en la relación que se establezca con la realidad. Podemos estar, efectivamente, en presencia de relaciones centradas en objetos teóricos con capacidad de explicación; o bien ante una reconstrucción de la realidad como dada-dándose mediante la construcción de un objeto capaz de reflejar la articulación de sus niveles y momentos. Pero también se puede enfrentar la situación en que la relación con la realidad esté centrada en el reconocimiento de sus puntos de activación. Lo que decimos, implica concebir a la relación con la realidad en términos más amplios, en ningún caso circunscribiéndonos a la explicación cualquiera que sea la naturaleza de esta.

Está claro que al menos las dos últimas modalidades que puede asumir la relación con la realidad plantean explícitamente la relación entre conocimiento (contenido dado) y transformación (realidad posible), en base al reconocimiento previo de esta relación; pues es la relación entre conocimiento y transformación la que permite la objetivación del conocimiento y de la conciencia, en tanto se crean como parte de una unidad; en otras palabras, es la relación recíproca donde se produce la apertura del conocimiento y de la conciencia.

¿Cuáles son las enseñanzas metodológicas de la apertura epistemológica? Una concepción del método que sea congruente

con esta exigencia epistemológica plantea, desde luego, como central, partir en la construcción del conocimiento desde la premisa propia del pensamiento crítico como es la construcción de parámetros.

La forma de razonamiento abierta a los cambios, de la realidad (como es la reconstrucción articulada),²³⁸ puede asumir diferentes modalidades de conformidad con la naturaleza de esos cambios. No obstante, hay un rasgo que es común: todas sus modalidades apuntan a reflejar las dinámicas constitutivas de la realidad, aunque sin perder de vista la idea de que los cambios son siempre específicos. De ahí por qué la confrontación de la reconstrucción articulada con realidad concreta supone tener que resolver acerca de las mediaciones, a través de las cuales tiene lugar la apropiación metodológica de la realidad; mediaciones que son una forma de organización del límite de lo que es cognoscible. En este contexto lo metodológico consiste en la transformación de lo potencial y mutable en un contenido que aunque dado esté abierto.

Una esquematización de lo expresado puede consistir en el siguiente conjunto de proposiciones.

- i) La objetivación de la razón, es decir, su apertura, es posible en base al planteamiento de pensar en relaciones de inclusión.
- ii) La construcción de relaciones inclusivas constituye la relación de conocimiento que no puede confundirse con el campo delimitado de ninguna teoría.
- iii) La relación de conocimiento constituye un campo de observación de objetos, nunca un solo objeto particular, ya que sirve para definir la base desde la cual organiza la apropiación de la realidad.

iv) La apropiación puede consistir (ya lo dijimos más arriba) en la construcción de un objeto teórico con capacidad de articular niveles y momentos, o bien en determinar puntos de activación desde los que se puede influir sobre la realidad en un sentido particular.

v) La apropiación desde estos puntos de activación o desde objetos teóricos, conforman diferentes tipos de contenidos, como son: los contenidos de determinación (que son propios de la teorización); y los contenidos de potenciación (que son propios de la activación).

Si la apertura es el intento por trasladar la crítica a un plano metodológico, plantea cómo trabajar un concepto de proceso de investigación que, en virtud de ser crítico, constituye un constante rompimiento de los límites. Así como la apertura encuentra su expresión en la problematización del tema o problema inicial que sirve de punto de partida, el objeto construido en la forma más abierta posible para dar cuenta de la articulación dinámica de la que es parte. En términos más generales, se podría pensar que el método es el cierre de la forma de razonamiento, aunque siempre subordinado a esta forma.

Modalidades de cierre según la exigencia de objetividad contenida en la apertura epistemológica

La exigencia de objetividad que se contiene en la apertura refleja, como tiene que ser, los tres supuestos básicos del razonamiento dialéctico, según lo entendemos, y que da lugar a la apertura: el supuesto del movimiento, el de la articulación y el de direccionalidad que responde a la presencia de proyectos y prácticas sociales.

Los dos primeros supuestos obedecen a la necesidad de construir el conocimiento en forma de adecuarse al requisito de su especificidad. La especificidad se refiere a la particularidad del contenido, entendido como unidad de lo diverso en su despliegue temporal: el primer rasgo se remite a la necesidad de articulación entre niveles y momentos, en un corte dado; el segundo rasgo, al despliegue temporal de esta articulación. En cambio, el tercer supuesto está referido a la conexión indispensable entre conocimiento y práctica. De ahí que la apertura sea el requisito que cumple la función de objetivizar la relación con la realidad, rompiendo con las condiciones que tienden a prefigurarla sesgándola, ya sea por reduccionismo teórico, valórico, ideológico o cultural.

Colocados en la actitud de apertura debemos organizar su cierre apoyados en criterios que, respondiendo a los supuestos mencionados, pueda rescatar de apertura elementos de cierre que también respondan a la exigencia de especificidad en la construcción de los contenidos. Por eso es que los nudos de cierre deben ser capaces de conjugar ambas exigencias. En este sentido, podemos distinguir los siguientes criterios de cierre, cuyas características a continuación describiremos.

a) Parámetros y límites

El movimiento de la realidad no puede restringirse a las exigencias de parámetros, ni menos a que estos estén preestablecidos como el marco en el que tiene lugar el movimiento. En la medida que el movimiento privilegia pensar lo no-devenido de lo devenido, no puede el razonamiento circunscribirse a la organización de contenidos dados, pues tiene que incluir la posibilidad de realidad

no determinada; por esto es que el concepto de límite cambia de naturaleza, ya que pasamos del concepto de límite que organiza contenidos al planteamiento del contorno que cumple la función conformadora de contenidos más allá de lo conocido o establecido.

Concordante con lo anterior, no se plantea en la construcción de conceptos una exigencia de correspondencia con lo real, sino más bien de enriquecimiento en términos de la mayor vastedad de realidad que se pueda incluir atendiendo al supuesto de articulación dinámica. Lo que significa delimitar espacios de relaciones observables no supeditados a ninguna estructura parametral; esto es, no privilegiar el razonamiento basándose en relaciones de determinación en la medida en que se enfrenta a tener que abordar la inclusión de lo virtual (o sea, de lo indeterminado y aleatorio).

Una manifestación particular de lo planteado se encuentra en la idea de contenido como posibilidad de realidad; posibilidad de realidad que supone que el rompimiento de lo dado se entienda como una necesidad en tanto expresión de la apertura hacia lo indeterminado. Por lo mismo, la posibilidad de realidad consiste en concebir a los límites de los contenidos como lo indeterminado de esos mismos contenidos. Con lo que la posibilidad se refiere a un campo de opciones (tanto teóricas como prácticas) cuya significación se encuentra en la media de que es potenciada.

Una consecuencia metodológica de lo que decimos es que el concepto de objeto (como organización de un contenido teorizado) implica que simultáneamente sea un cierre y una apertura: cierre en cuanto se refiere a un nivel de la realidad; apertura en cuanto es reflejo de la articulación del nivel particular en el marco de relaciones posibles; relaciones posibles que no son un objeto sino que son

estrictamente la base para pensar en la articulabilidad entre niveles de la realidad.

b) Correspondencia y pertinencia

La idea central de la apertura es poder dar cuenta de la realidad objetiva como objetivación; esto es, no limitados a una correspondencia sino que incluyendo su construcción. Por lo tanto, hay que pensar en la posibilidad de realidad que sea pertinente según se atienda a contextos particulares. La idea de pertinencia vincula al conocimiento con una articulación concreta antes que considerar a la correspondencia con una realidad aislada. La pertinencia, por eso mismo, es el producto de una lógica de descubrimiento basándose en la construcción de la relación de conocimiento.

La razón de esto reside en que la relación de conocimiento contiene tanto la posibilidad de teorización como los contenidos valóricos o ideológicos de lo que se quiere encontrar o impulsar; aspectos ambos que constituyen dos dimensiones inseparables del conocimiento sociohistórico, pero que están referidos a dos lógicas diferentes: el primero se corresponde con la lógica de determinaciones, mientras que los otros aspectos se relacionan con la actividad de la realidad. Esta distinción plantea el problema de las *condiciones de validez* y el de las *condiciones de pertinencia histórica* del conocimiento, que responden a su vez a la forma del razonamiento teórico y político, respectivamente.

De lo anterior se puede concluir que la base para formular proposiciones en el campo del conocimiento sociohistórico está constituida por la conjugación entre ambos tipos de condiciones. Lo que plantea una relación entre explicación y opciones de

construcción de la realidad, quedando la primera formando parte como un contenido particular de lo que es una opción valórica.

c) *Lo indeterminado*

La incorporación de lo indeterminado de lo determinado es fundamental para recuperar la exigencia de movimiento; indeterminación que ha de ser determinable en términos de relaciones posibles según un razonamiento articulado. La determinabilidad no constituye ninguna anticipación de contenido, pues, en verdad, la determinación de lo indeterminado *consiste en la sola necesidad de lo indeterminado*; lo que supone un rompimiento de los parámetros del razonamiento que le impiden pensar en lo no pensado. La condición necesaria para organizar este razonamiento desde lo indeterminado es considerar a lo determinado como inacabado; inacabado que es comprensible siempre que la relación con la realidad, en un momento dado, se entienda como parte de algo en movimiento. En este contexto se recupera la distinción entre conocimiento relativo-absoluto de forma que se complete con la exigencia de articulabilidad, según lo establece la lógica parte-todo.

La lógica parte-todo especifica los contenidos, traspasando los límites de determinación propia de la disciplina, de acuerdo con el supuesto de que la mayor objetividad se encuentra en la articulación más compleja, y, por lo tanto, más inclusiva. Es por esta razón que incorpora el concepto de contorno, rompiendo con la noción de límite de contenido. Ahora bien, cuando la conciencia teórica se abre a la articulabilidad de la parte-todo, se transforma en conciencia histórica; es decir, la conciencia teórica recupera su historicidad.

d) Lo inclusivo

Consiste en pensar que lo particular es articulable en una inclusividad; en esta dirección, la apertura consiste en la posibilidad de totalizar cada fenómeno (considerado como punto de partida), de manera de poder reconstruir la totalidad desde cada uno de ellos.

En consecuencia, la inclusividad es una exigencia que supone romper con la idea de producto, lo que significa no pensar en contenidos, sino en puntos de inclusión de relaciones.

Lo dicho obliga a trabajar con esquemas de apertura hacia una mayor objetivación de la realidad, es decir, capaces de manejar la exigencia de inclusión de niveles y momentos.

e) Campo de observación

La lógica de la inclusión de niveles y de momentos se traduce, antes que en una teoría, en la construcción de campos de observación. Se obliga a reemplazar a lo dado como referente empírico por una exigencia de especificidad del contenido observado, basándose en las relaciones posibles entre los observables, según es exigido en el marco de articulaciones dinámica.

El observable reviste una doble significación: de una parte, es el resultado de concebirlo, según la articulación, entre niveles y momentos, y de otra, son el conjunto de elementos para problematizar al tema inicial, en la medida que se le descompone en observables que correspondan a distintos niveles y a relaciones entre momentos diferentes. Por eso, el campo de observación es la base para la construcción teórica entendida como la reconstrucción del problema que sirvió de punto de partida.

El campo de observación como producto de esta articulación entre niveles (entendido como resultado de la lógica parte-todo) y de momentos (resultado de la lógica relativo-absoluto), consecuencia de pensar a la objetividad como una articulación dinámica, constituye el recorte en cuyo interior se resuelve la determinación del problema inicial a través de su reconstrucción dinámica.

f) Sobre la objetividad

Lo que hemos dicho acerca de la forma de resolver el problema de la determinación del objeto se tiene que completar con una doble exigencia epistemológica: se puede tomar en cuenta el fenómeno en sus diferentes fases (situación de objetividad o despliegue temporal); o bien determinar desde la partida la fase (o época) en que se estudia el fenómeno. Lo que obliga a distinguir entre el contenido observado, según una determinada estructura parametral, y la secuencia constitutiva del fenómeno, que constituye una exigencia de objetividad, las cuales no tienen siempre que ser causales.

Pero el concepto de objetividad se complejiza más aún cuando la preocupación intelectual no se limita a la construcción de teorías, sino que abarca también la necesidad de activar a la realidad social, mediante el reconocimiento de los puntos nodales en los que se puede ejercer una influencia por medio de la práctica social.

g) Construcción de la conciencia cognoscitiva

Cuando hablamos de activar la realidad social, no podemos evitar plantearnos el problema de la potencialidad que no remite a

problemas teóricos, en sentido estricto, pues no siempre es posible teorizar los contenidos de los puntos nodales. Efectivamente, pensar desde la potencialidad de la realidad significa aprender a pensar desde la potencialidad mediante reclamaciones posibles en vez de encerrar al pensamiento en estructuras que reflejan enunciados atributivos de propiedades. Las relaciones posibles colocan el énfasis en lo no-dado, lo cual supone activar a lo dado en la medida que responde a la necesidad de lo determinado o dado por completarse y/o transformarse.

El problema de los contenidos

Cada una de estas modalidades de cierre de la apertura se manifiesta en determinados tipos de contenidos, y, en consecuencia, constituyen criterios para la construcción de conceptos. No obstante, estas clases de contenidos, por cumplir la función de consecuencia con la realidad empírica, reconocen múltiples contenidos. (Por conexiones entendemos el modo como se resuelve el cierre, de ahí que sea importante recuperar la problemática apertura-cierre en el plano de los contenidos).

Las clases de contenidos que resultan de la dialéctica apertura-cierre cumplen la función de avanzar en la posibilidad de especificar el contenido de un fenómeno, o problema, en la medida que contribuye a problematizar a lo dado inicialmente; aunque simultáneamente los contenidos son el cierre de esa problematización, en la medida en que esta no es solamente función de la relación de conocimiento, sino que, también, contiene la posibilidad de cierre, esto es, los tipos posibles de contenidos. Por esto es que l campo problemático, que no se reduce a un objeto,²³⁹
239 *Ibid.*

incluye modalidades diferentes de contenidos; es decir, muchas formas de darse la relación apertura-cierre.

Mientras más compleja sea la articulación entre apertura y cierre más vasta será la apropiación de la realidad. En esta dirección, se pueden diferenciar tipos de contenidos siguiendo los requerimientos de cada uno de los cierres a que nos hemos referido más arriba.

Hay clases de contenidos que marcan lo inacabado de los mismos; otros que ponen la atención en la validez; mientras que otros privilegian el carácter pertinente de los mismos. Pero, a su vez, cada una de estas clases reconoce en su interior diferentes criterios de cierre. El más importante de estos es el de lo indeterminado, pues expresa de manera directa al movimiento de la realidad en el cierre; más aún, lo indeterminado es lo que permite que el luso de los otros criterios de cierre no deje de lado la posibilidad de la apertura. Lo cual es congruente con la concepción de la realidad como movimiento que nos sirve de supuesto. Así es como podríamos establecer de manera tentativa la siguiente clasificación de contenidos:²⁴⁰

Los criterios de cierre que enfatizan la validez son: el de parámetros y el de inclusión. En su interior se pueden distinguir las siguientes modalidades de contenido de la misma clase:

1. Según el criterio de parámetros distinguimos los contenidos siguientes: devenido o de producto; y genético.
2. Según el criterio de inclusión se pueden distinguir: producente; de activación y; de posibilidad de realidad.

240 Un desarrollo más acabado del problema: cfr. *Los horizontes de la razón: II. Historia...*, op.cit.

3. Según el criterio de correspondencia distinguimos las siguientes clases de contenidos: contenido en términos de despliegue temporal; contenido de secuencia constitutiva.

Estas distinciones no son concebibles si no se ha establecido una clara relación con los supuestos, en razón de que son estos lo que permiten darle sentido a la distinción llevada a cabo. Todas ellas se basan en la preocupación por rescatar el movimiento de la realidad mediante la función gnoseológica de lo indeterminado que apunta a lo inacabado. Si pensamos en el concepto de realidad esbozado, todo nivel es inacabado en relación con los otros, pero también en relación con su propio momento; por cuanto, el nivel de un momento es inacabado en relación con los momentos sucesivos. De ahí que lo relativo absoluto de un momento articulado de niveles sea inacabado en relación con su articulabilidad con otros momentos.

Las clases de contenido conforman la relación de conocimiento; en cambio, cada uno de los contenidos particulares que se contiene en ellas son la concreción con lo empírico en que se traduce esta relación. Por esta razón los contenidos son criterios para la construcción de conceptos, ya que responden a una lógica de pensar que se abre a muchas teorizaciones posible. Lo anterior es congruente con el planteamiento de que la objetividad es una articulación de formas diferentes de darse la relación apertura-cierre, sin privilegiar ninguna como ocurre con la teoría, *stricto sensu*, al destacar los contenidos de productos. La razón de lo que afirmamos es que la perspectiva que nos orienta es no reducir la relación con la realidad a teorías explicativas, sino que, por el contrario, abrirla en forma de que incluya a la simple actividad de pensar y/o observar, así como la de actuar sobre ella.

La discusión anterior sobre el cierre-abierto tiene implicaciones sobre lo que entendemos por apropiarnos de la realidad.

La apropiación

Afirmar que la realidad es histórica no significa afirmar que su captación es histórica. Por cuanto la captación supone resolver acerca de los límites y la apertura de lo conocido, esto es, problematizar los contenidos desde el marco de la relación de conocimiento que se construye. Esta relación se remite a más contenidos que los que se pueden reconocer en una estructura teórica, como ser que es capaz de incorporar la relación entre lo tendencial y lo moldeable, pero que encuentra su concreción en la secuencia de coyunturas.

Esta secuencia equivale a la descripción de lo tendencial, pero a partir de los momentos de construcción sucesivos basados en las prácticas sociales. Afirmar lo anterior significa reivindicar que la apropiación de la realidad no se circunscribe a una mecánica lógica ni teórico-formal. Es por esto que la apropiación requiere de un conocimiento cuya cientificidad no reside en la explicación, sino más bien, en la exigencia de objetividad. Entendemos que la apropiación es más amplia que la explicación, pues mientras aquella plantea a la realidad como problemática, la segunda lo hace en términos de objetos teóricos particulares.

La racionalidad de la apropiación se refiere al proceso de constitución de lo real en cuanto parte del obrar del hombre, en un sentido genérico. Por eso se tienen que reconocer distintas modalidades que puedan asumir la relación con la realidad, que, para efectos de muchos contenidos, no puede seguir tratándose

aisladamente, lo que no significa no reconocer sus rasgos particulares. Así, en la ciencia, la modalidad básica es la reconstrucción analítico-sintética cuya base es la lógica de la prueba (en cualquiera de sus formulaciones), o bien, la lógica del objeto; en cambio, en el arte, la reconstrucción de la realidad es función de un lenguaje con capacidad expresiva, que es capaz de transformar la realidad objetiva. Además de estas modalidades de relación tenemos las que son propias del quehacer, que es lo característico de la exigencia de politización del conocimiento, cuyo rasgo central se condensa en la idea de proyecto donde se expresa el elemento volitivo. Sin embargo, cualquiera que sea la modalidad de la relación, en todas ellas se encuentra presente la aprehensión; de ahí que no se pueda identificar con la explicación. La explicación es una forma de apropiación que requiere de una garantía de objetividad que cumple una función cognitiva reflexiva y no expresiva ni volitiva.

Teóricamente estas diferentes modalidades de relaciones con la realidad reflejan una distinta relación entre conciencia y experiencia, según si lo que media es la función de verdad, de mimesis o de eficiencia en la apropiación de la realidad. En consecuencia, si el problema de la lógica de investigación se plantea desde esta perspectiva, debemos establecer una diferencia entre la construcción de la racionalidad de lo que es la concordancia con lo real. En este sentido, partiendo de estas modalidades, hemos optado por aquellas que cumplen la función cognitiva y la volitiva, tratando de ubicar a ambas en el interior del proceso de construcción de la racionalidad, que, por cierto, no incluye el requisito de correspondencia en el sentido clásico de la palabra.

Ahora bien, según la construcción de la racionalidad, se fundamenta en una exigencia de objetividad (teoría) o de viabilidad

(práctica), se puede reconocer que la relación con la realidad conjuga *lo tendencial* con *lo moldeable*.

La realidad es la intencionalidad que se esconde en toda objetividad, pero cuya construcción es una posibilidad que puede reconocer diferentes opciones, según sean las condiciones históricas. Lo dicho implica que si la realidad es una posibilidad de realidad, constituye una exigencia de objetividad que trasciende cualquier estructura conceptual previa a través de la cual se la pretende encuadrar. Esto es particularmente verdad en el contexto del conocimiento sociohistórico.

El perfil de realidad: las situaciones de objetivación

En el marco de cómo organizar el cierre de los contenidos, se plantea cómo se vincula historia y coyuntura. El problema que subyace es que la realidad que es objeto de conocimiento debe poder replantearse desde el ángulo de sus mecanismos de construcción, pues así lo exige el supuesto de que la realidad se construye en una direccionalidad dada. Esto es el papel que cumple la coyuntura por cuanto se refiere a los dinamismos estructurados, entre los que cabe mencionar la práctica a través de la cual se impone una orientación. De este modo la objetividad se desdobra en dos planos: la que es propia de las determinaciones basándose en regularidades, y la que corresponde a la escala temporal de la práctica constructora de realidades. Ambas acepciones de objetividad configuran lo que llamamos situación de objetivación del fenómeno que interesa.

Los dinamismos estructurados se refieren a los mecanismos de transformación y/o reproducción de una estructura, mientras que el proceso se refiere a la escala temporal en que se

pueden observar los efectos de los dinamismos, esto es, a su situación de objetivación. En realidad hay una escala de tiempo en la que los fenómenos despliegan su objetividad. Así, un sistema de dominación no se agota en un régimen político, sino que cubre un abanico de alternativas políticas en que puede expresarse.

Por consiguiente, si atendemos a la situación de objetividad para el planteamiento de un problema, se presentan opciones como las siguientes:

a) enfocar la reconstrucción del fenómeno desde el punto de vista de sus dinamismos estructurados para impedir su sesgo en función de las coyunturas de su desarrollo, ubicando a las coyunturas en el marco de un proceso que las incluya como momentos. Por ejemplo, el proceso de acumulación de fuerzas de un grupo social no se agota en el análisis de las diferentes coyunturas en que se manifieste (*v.gr.*: toma de tierras, constitución de cooperativas de producción, creación de instancias de decisión, etc.); así como el estudio de las coyunturas pueden implicar conclusiones diferentes según se lleve a cabo o no en la perspectiva del largo tiempo que supone el proceso de acumulación de fuerzas. Otro ejemplo lo constituye el análisis de la dominación burguesa: esta puede hacerse *en* el régimen político concreto, lo que es diferente a estudiar *el* régimen como la forma de dominación burguesa y;

b) la otra perspectiva se traduce en el estudio de los procesos como “ciclos coyunturales” (conocimiento de precios, oscilación de la renta del suelo, aumento o disminución de los ingresos reales, etc.) que, al ser susceptible de reconstruirse como tendencias, pueden tender a ocultar la compleja dinámica estructuradora (económica, política) del proceso global.

Para evitar los sesgos propios de los recortes, el análisis de la coyuntura requiere hacerse desde la perspectiva de las

potencialidades de desenvolvimiento, pero nunca es tanto producto de un estadio anterior, que es lo que ocurre cuando el análisis privilegia la tendencia sobre los dinamismos estructurados.

Cuando predomina la “tendencia”, la reconstrucción de los procesos asume la forma de una reconstrucción estadística que encubre “muchas trampas” en cuanto a los observables, pues la realidad se reduce a ciertas regularidades, más o menos lineales, dejando de lado los campos de alternativas de desarrollo. Una reacción frente a esta reducción estadística ha sido la recuperación de lo cualitativo como aquello no susceptible de regularidades, cuyas expresiones clásicas han sido las orientaciones de historia monográfica, o de historia acontecimental, o bien la sociología de orientación tipológica en forma que lo cualitativo representa la negación de cualquier generalización. Lo cualitativo es la articulación que se determina con anterioridad a la explicación, la cual queda determinada en función de la complejidad del campo de realidad que se pretende analizar. Ello obliga a considerar las dificultades que se presentan cuando en la formulación de un problema no se quiere perder su articulación con otros fenómenos; articulación que no está garantizada necesariamente por las hipótesis que se basan en una estructura teórica.

La coyuntura cumple la función de articular, en la medida que exige delimitar un campo de observación, que, sin distorsionar al proceso, permita representarlo con toda su complejidad en otros recortes parametrales que los usuales de analizarse de acuerdo con un enfoque historiográfico. Desde esta perspectiva lo cualitativo es la “ubicación” de cualquier relación en el marco de la articulación compleja que la incluye.

De lo anterior puede concluirse que entre el conocer y lo real que se pretende conocer media una articulación compleja que

contiene, en su interior, diferentes objetos posibles de construirse. Articulación que puede construirse en función de diferentes recortes parametrales, según los requerimientos prácticos y/o las posibilidades de estudio; lo que plantea la cuestión de cómo la situación de objetivación (o despliegue temporal de la objetividad del fenómeno) es afectada por este recorte. En el fondo se trata de una doble exigencia contradictoria: la propia de la situación de objetivación que es reflejo de una exigencia de objetividad en la construcción del objeto;²⁴¹ y la que está determinada por los recortes cuando estos traducen una imposición de orden práctico.

Desde lo empírico a la abstracción: el corte de presente y construcción del objeto

Si los problemas de las Ciencias Sociales se tienen que analizar en el corte de presente, este contiene diferentes situaciones de objetivación. En efecto, en el “corte de presente” se puede observar desde el funcionamiento concreto del modo de producción hasta el episodio de una huelga; por eso se requiere ser cauteloso para impedir que fenómenos que puedan observarse en el “corte de presente” puedan reconstruirse como si su objetividad se expresara en la misma medida para todos en el mismo recorte de tiempo. Por el contrario, el corte de presente es sólo un punto de partida para encontrar la escala en que el fenómeno particular despliegue su objetividad. Ello significa no enmarcar al fenómeno en el recorte, sino considerar a este como el necesario para efectuar una reconstrucción de las articulaciones del fenómeno de que se trate, en forma de precisar sus relaciones históricas.

241 Tema que se ha desarrollado en: *Los horizontes de la razón: I. Dialéctica...*

De esta manera “el presente” como corte del tiempo, en la medida que contiene diferentes situaciones de objetivación, permite su enlace con el curso histórico anterior. Su reconstrucción permite definir lazos con el pasado, aunque sin necesidad de recuperarlo todo, ya que por el contrario plantea exigencias precisas de historia. De ahí que su reconstrucción sirve para determinar el nivel de abstracción adecuado para el proceso de apropiación.

La apropiación plantea la cuestión de cómo lo real se hace contenido racional, y de cómo lo racional se va transformando (o no) a medida que se avanza hacia campos de la realidad cada vez más extensos y complejos. La apropiación constituye una etapa pre-teórica, que, sin las complejidades de la teoría, prepara la base para su construcción a través de la determinación de una relación con la realidad, que, siendo abierta, tenga la suficiente delimitación como para reconocer contenidos posibles de conocimiento. La apropiación es la construcción de los “instrumentos conceptuales” capaces, primero, de reconocer a la realidad que pueda transformarse en objeto; y segundo, de transformar esa realidad en objeto teórico.

El primer requisito de los instrumentos conceptuales del razonamiento es romper con lo morfológico para no quedar determinados por la relación morfológica, como ocurre cuando se confunde la situación de objetivación con el recorte en el presente que lleva a una reproducción morfológica del fenómeno. Es lo que pasa cuando no se toman en consideración las diferencias entre la situación de objetivación de los fenómenos para reducirlos a todos por igual al mismo recorte temporal. De ahí que la apropiación, en la medida que avanza hacia lo empírico reconstruido, implique construir las abstracciones del razonamiento.

Sin embargo, las abstracciones, simultáneamente con ser capaces de cumplir con esta función de rompimiento de lo

morfológico, reflejan la exigencia de objetividad propia de la articulación entre áreas de la realidad con lo que se ubica al concepto construido en la articulación que le confiere especificidad. De esta manera la abstracción asume un contenido problemático que se expresa en la determinación de los puntos de articulación entre áreas de la realidad como sus referentes empíricas; las cuales sirven de apoyo para delimitar un campo de teorización posible.

En este sentido, la abstracción requiere para su construcción de un procedimiento sistemático y coherente, pero que tenga la flexibilidad necesaria para cumplir la función de reconocer a lo real como campo de contenidos teóricos posibles. Consideramos que la reconstrucción articulada es el mecanismo que permite alcanzar este objetivo.

El reconocimiento de lo real se cumple más allá de cualquier jerarquía teórica: queda por lo tanto incorporado en la explicación que con posterioridad se construye.

Lo anterior adquiere sentido cuando deseamos evitar empobrecer la explicación mediante la exclusión de horizontes de teorizaciones posibles que pueden contribuir a ensanchar su campo de contenido (lo que no es equivalente con la prueba que se circunscribe a la concordancia de un contenido ya delimitado).

Las abstracciones con que trabaja la reconstrucción articulada cumplen la función de determinar el nivel teórico (conceptos ordenadores),²⁴² aunque se van reformulando a medida que se profundiza en lo empírico. Por lo mismo cumplen la función de abrirse hacia el horizonte empírico sin sujeción a contenidos a priori pero constituyen la posibilidad de contenidos teorizables. Esta profundización de lo empírico y la consiguiente formulación de los conceptos es en lo que consiste la construcción del objeto.

242 Cfr. *Los horizontes de la razón*.

De lo anterior se desprende que la reconstrucción de lo real implica una apropiación y, simultáneamente, un distanciamiento de lo empírico. Es apropiación porque depende de una estructura conceptual que no es utilizada en función del contenido ya definido de los conceptos, sino de la lógica de buscar su contenido en base a la reconstrucción de la articulación. En la medida en que la estructura conceptual queda subordinada a esta lógica, puede cumplir con la función de recortar campos de la realidad que sean la base empírica para avanzar en la construcción de objeto.

Pero también se produce un distanciamiento porque la estructura conceptual se transforma cuando se pasa desde un nivel a otro de lo empírico, de acuerdo se progresa hacia la especificidad creciente, cuya máxima expresión serán los puntos de articulación entre áreas de la realidad.

En síntesis, la apropiación de “lo histórico” se fundamenta en una reconstrucción articulada del “presente” que permite establecer las conexiones más pertinentes entre presente y pasado, según las diferentes situaciones de objetivación de los fenómenos observados. Significa esto no hacerle perder al presente su carácter de momento estructurador de los procesos, en forma de reconocer sus potencialidades a través de una estructura conceptual abierta y flexible.

3. Aspectos de la apropiación

La discusión sobre el proceso de investigación tiene que iniciarse con la pregunta relativa a qué es a lo que nos enfrentamos cuando nos planteamos una pregunta. Lo anterior porque nuestro pensamiento está conformado por una serie de ideas y de conocimientos que, en

forma implícita, demarcan universos de realidad en los que situamos el problema que interesa; en consecuencia, estos universos cumplen la función de una situación problemática en la que se procura dar cuenta del mismo.

En razón de lo anterior, en la medida en que la delimitación *es impuesta al problema* configurando su naturaleza y significación, estamos ante una forma de abordaje que no refleja necesariamente la riqueza que puede contener el problema. De ahí que para evitar lo anterior la delimitación del ámbito desde donde se capta el problema debe resultar de una relación con la realidad, que, sin ser una anticipación de una teoría, constituya un ángulo de razonamiento que explícitamente representa el tipo de relación que se establece. Pues, como hemos sostenido, esta relación puede revestir diferentes modalidades, según se quiera exclusivamente dar cuenta de una situación en términos de su génesis histórica, o bien reconocer sus *dinamismos constitutivos* (en un momento dado) de manera de incidir sobre ello en términos de determinadas opciones de acción.

De lo dicho se desprende que, si la relación con la realidad supone distintas opciones de razonamiento sobre ella, la relación de conocimiento exige ser siempre construida, por cuanto el ángulo que se expresa en la relación se corresponde con un concepto dado de realidad, y, por consiguiente, la naturaleza del problema en cuanto a su mayor o menor riqueza para formular sus posibilidades de articulación con otras realidades. En este sentido el objeto teorizable es producto de una delimitación que se lleva a cabo al interior del campo más amplio que define la relación de conocimiento.

Relación de conocimiento y objeto

La función que cumple la relación de conocimiento, en la construcción del problema, es permitir que se subordine la función de la teoría al razonamiento que obliga a pensar al problema con prescindencia de un encuadre teórico. De este modo, el problema plantea sus exigencias teóricas desde fuera de los corpóra para lo cual se requiere de una capacidad de problematización que consiste en construir dicha relación con la realidad. Relación que no encuadre el tema en una estructura conceptual teórica preexistente, sino, por el contrario, lo ubique en una situación en la que se pueda colocar fuera de los límites de cualquier corpus.

Lo que decimos supone pensar el problema de investigación en términos de sus articulaciones con diferentes niveles de realidad, los cuales no son función de determinadas hipótesis (en cuanto estas plantean requerimientos de contenidos precisos), sino, al revés, exigen relaciones que se conciben a partir de la necesidad de articulación problemática que, como tales, sirven de base para formular hipótesis. En este sentido, se trata de construir el problema a través de la problematización del tema inicial, antes que establecer la relación basándose en respuestas posibles (muchas veces marcadas por el enunciado del mismo tema) como son las que representan las hipótesis.

Conceptos y categorías

Colocados en la perspectiva de construir el problema, se plantea la cuestión acerca de cuál es la forma de razonamiento que sea adecuada. Parece evidente que no puede esta descansar en conceptos

con contenidos teóricos, ya que de lo que se trata es de buscar la base de teorización mediante la transformación del tema en campo problemático.

Afirmar que los conceptos tengan un contenido teórico significa que constituyen una anticipación de realidad en función de un esquema que los especifica en función de un orden en las determinaciones (o sea, teóricamente). Por el contrario, se trata de construir una relación *no teórica* (en la acepción anterior) en cuyo marco los conceptos, que sirven de base al razonamiento y que provengan del conocimiento acumulado, sean utilizados en forma de que cumplan la función de construir campos problemáticos con prescindencia de las delimitaciones teóricas de la realidad. Es lo que entendemos por transformar a los conceptos en categorías que organicen la forma de razonamiento.

Ahora bien, ¿qué significa esta prescindencia teórica? Que el concepto apunte a posibilidades de contenidos *que no estén desde la partida condicionadas por un orden establecido* en las determinaciones; esto es, que su manejo no se justifique por sus contenidos (en tanto cierres semánticos), sino por su potencialidad para demarcar universos de observación y reflexión abstracta.

Sin embargo, no todos los conceptos *resisten* esta apertura, es decir, no todos pueden vaciarse del contenido que tienen dado por el corpus del que son componentes, es decir, transformarse en categorías. Por eso las categorías constituyen los instrumentos que resultan de vaciamiento de contenido de los conceptos disponibles; de ahí que no los discutamos como fundamentos del conocimiento sino en tanto instrumentos del razonar que contribuyen a enriquecer la construcción de la relación con la realidad.

En esta dirección cabe advertir que se ha perdido la relevancia de las categorías a favor de una preeminencia del

razonamiento en base de variables. Si la variable no tiene sentido más que como descripción de contenidos, las categorías aluden a la construcción de los contenidos, lo que depende de cómo sea delimitada la problemática de la que hace parte el problema que interesa. El objeto teorizado representa, a este respecto, una respuesta, y en consecuencia un cierre de la apertura representada por la problemática.

Problema y objeto

Pensar un problema como objeto significa hacerlo desde la partida con un contenido cerrado (aunque sea hipotético), de manera que la relación de conocimiento que se establezca sea expresión de las posibilidades de *ese contenido*; lo que se manifiesta en su descomposición en variables. En cambio, cuando se piensa desde un problema que no se ha convertido en objeto, no es posible tal descomposición porque lo que se plantea es el reconocimiento de los elementos con los que se construye la delimitación de la realidad, capaz de servir de base para la determinación de cierres de contenido. El reconocimiento de estos elementos representa una *forma de delimitación partiendo de la construcción de un contexto que surge de la riqueza del problema*, en cuanto a sus posibilidades de articulación; contexto que es una mediación entre el problema y la situación más global (histórico-temporal) en que está situado.

Por consiguiente, se desprende la conveniencia de una construcción del objeto teorizable a partir de un campo problemático, cuya determinación es el resultado de una articulación de planos de la realidad para así alcanzar la mayor riqueza de ramificaciones en cuanto a relaciones lógicamente posibles, las cuales cumplen la función de

condicionar contenidos que sean teorizables. Así, en la construcción del problema, que cumple la función de relación de conocimiento, se conforma *el contorno de contenidos posibles*, simultáneamente con la determinación de los contenidos que den cuenta de la riqueza de la articulación en que consiste la problematización del tema inicial. Esquemáticamente se trata de transformar el tema en problemática, y la problemática en base de objetos teóricos posibles.

Desde el punto de vista metodológico, lo que decimos se orienta a rescatar la importancia de la descripción concebida como un mecanismo de problematización, a partir de la explosión *del tema inicial*. La descripción es un expediente metodológico útil para poner de manifiesto las relaciones de articulación en que se encuentra inserto el tema, pero susceptible de reconocerse cuando se le transforma en problema. De este modo la descripción cumple la función de *contribuir a la construcción del contexto*, que permite *abrir los enunciados iniciales relativos al plano empírico-morfológico* a distintos planos de relaciones. Es decir, que el tema se le ubica en relaciones con otros niveles más incluyentes; niveles que hacen de contorno en el que tiene lugar la constitución del fenómeno que preocupa conocer. De esta manera, estamos hablando de contenidos teorizables aunque siempre en relación con un horizonte que no es necesariamente teorizable, pero que los especifica independientemente del orden teórico de las determinaciones.

Construcción de los conceptos

De lo expuesto se desprenden algunas exigencias en la utilización de los conceptos. El uso abierto de los conceptos, esto es, con independencia de los corpus conceptuales, obliga a destacar los

aspectos lógico-metodológicos. Ello implica poner de manifiesto la relación entre la determinación del contenido construido y su apertura hacia los cambios que experimente la realidad. Esta apertura refleja la exigencia de determinación histórica de los conceptos, a partir del requisito de que los conceptos siempre se están creando, sin perjuicios desde luego de que se reconozcan las formulaciones que han tenido en teorías anteriores.

En razón de lo expresado, nos obligamos a considerar la relación entre los aspectos de contenido sustantivo y los aspectos lógico-metodológicos de su construcción. Estos últimos aspectos explicitan la referencia en que se sitúa el concepto, sirviendo para aclarar si se mantiene o no su mismo contenido cuando son utilizados en diferentes contextos; por lo mismo, no se reducen a los límites de la validación de los contenidos teóricos, en la medida en que dan cuenta de la determinación histórica de aquel. Esto es, precisan la naturaleza de los parámetros en que se ubican, de manera de recuperar al contenido en relación con un momento histórico concreto. Es lo que llamamos pertinencia del contenido del concepto.

Los aspectos lógico-metodológicos no atienden a los referentes empíricos asociados a los contenidos teóricos, ya que, a la inversa, del caso de los contenidos teóricos, las referencias parametrales de pertinencia subordinan la condición de validez del contenido a las condiciones de pertenencia, por cuanto lo que importa es si una modificación en aquellos referentes representa un cambio en la propia significación del contenido.

Lo que nos interesa destacar de esta reflexión es que el recorte del campo empírico de observación de un concepto es siempre un momento y un nivel de la realidad; lo que no quiere decir que siempre el momento y el nivel se conviertan en contenidos

susceptibles de confrontarse con recortes en la realidad. Resulta así que toda determinación conceptual consiste en una construcción que se especifica en el tiempo y el espacio que son propios de su recorte, según niveles y momentos. Lo que significa que lo determinante del contenido de un concepto no es su inclusión en una totalidad sino el momento de esta, es decir, la totalización.

La importancia de lo que decimos reside en que la totalidad asume la modalidad de una descripción que incorpora relaciones con la realidad según su *necesidad epistemológica*: esto es, plantean la exigencia racional de encontrar la totalidad para alcanzar de este modo a determinar lo particular en su especificidad. La totalidad como forma de descripción consiste en una lógica de reconstrucción de lo particular que ha servido de punto de partida al razonamiento. Desde esta perspectiva podemos decir con C. Luporini que un concepto se hace más universal cuanto más se enriquece con casos especiales; que un concepto general deviene en una “articulación de diferentes determinaciones (correspondientes a diversos casos esenciales, a diversas fases históricas)”.²⁴³

Las mediaciones

Cuando hablamos de la inclusión de niveles, debemos distinguir en el planteamiento dos aspectos: el epistemológico y el teórico. El primero revela las posibilidades de relaciones a partir de un concepto de realidad que plantea esa exigencia de razonamiento; mientras que el teórico concierne a la comprobación de que esa inclusividad posible es real. Pues aunque no se compruebe la efectividad de la inclusión, el supuesto epistemológico de la inclusión por sí mismo

243 Cfr. C. Luporini, *El círculo concreto-abstracto-concreto*, Madrid, Comunicaciones 9, 1971, p. 147.

enriquece la construcción del objeto de estudio, ya que contribuye a resolver aquella contradicción tantas veces analizada entre la estructura parcelaria del entendimiento y la estructura global de la realidad.

El problema que surge es que en el marco de esta articulación se plantea el recuperar las dinámicas de los fenómenos, ya que la realidad se caracteriza por ser un proceso de *múltiples transiciones* que operan entre los distintos planos de la realidad. “Estamos frente a un dinamismo que no solamente consiste en reconocimiento de que los conceptos están históricamente condicionados (y que, en consecuencia, su contenido es movable según cambien las condiciones que se reflejen en los conceptos), sino que el dinamismo está dentro de la construcción misma de los conceptos; lo que significa la inclusión del objeto en el proceso de su propia estructuración”.²⁴⁴ Con lo que se sugiere un complejo dinamismo de niveles de realidad que, por lo mismo, no aceptan sin más reducirse a compartimientos disciplinarios.

En efecto, surge la necesidad de tener en cuenta el encadenamiento de las estructuras teóricas en niveles específicos, los cuales conforman múltiples conexiones mediante las que las estructuras más globales se concretan en función de un fenómeno particular. Por lo que la explicación de un fenómeno se produce en el interior de estructuras más globales pero con respecto al objeto que se pretende conocer. “La principal exigencia que se plantea es que no es suficiente concebir la relación de causalidad (o de determinación) involucrando una serie de factores que transforman esa relación en una relación compleja, ni tampoco que en vez de ser la causa un conjunto de factores esté constituida por una totalidad

244 Cfr. Hugo Zemelman, “Problemas en la explicación del comportamiento reproductivo (sobre las mediaciones)”, en *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigación en población*, México, El Colegio de México / Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 1982, p. 124.

capaz de producir efectos diferentes a los que cada una de sus partes constitutivas es capaz de producir. El problema no es sólo de amplitud de los ámbitos comprometidos en la explicación, sino de complejidad del proceso mismo de estructuración de la relación de causalidad; esto es, en la determinación de las conexiones mediante las cuales las estructuras globales *se concretan en relación con la determinación de un fenómeno particular*".²⁴⁵

Con el enfoque de las mediaciones se pretende trabajar con una idea más amplia de proceso, pero a la vez más delimitada en el tiempo. Más amplia, porque incorpora a la historia como proceso *gestador que opera en el objeto*, y que, por consiguiente, requiere abrirse no necesariamente basándose en la teorización, sino que epistemológicamente para reconocer las diferentes dimensiones de su devenir, partiendo del *movimiento entre niveles en un momento y entre niveles en una sucesión de momentos*.

Pero también más delimitada, porque la idea de génesis histórica se transforma *en movimiento dentro de un mismo corte en el tiempo*, ya que "si el objeto lo concebimos como un desarrollo único, aunque asimétrico, debemos concluir por simple congruencia con su naturaleza, que no se pueden dejar de considerar *las transiciones en que se manifiesta*. Y a la vez en que consiste su desarrollo o devenir en determinados parámetros de tiempo".²⁴⁶

Se trata de revelar que el corte en el tiempo es consubstancial a la definición del objeto; o, como dice Althusser, es "la forma de existencia del objeto", de manera que otros cortes pueden representar la forma de existencia de otros objetos.

No obstante, cabe aclarar que el tiempo constituiría la forma de existencia del objeto siempre que este sea conceptualizado en

245 *Ibid.*, p. 123.

246 *Ibid.*, p. 125.

proceso, toda vez que la noción de corte en el tiempo supone la idea de longitudinalidad que conduce al concepto de que “el objeto es el desarrollo único, en cierto momento, aunque asimétrico, en lo que respecta al ritmo del conjunto de los elementos que lo constituyen como proceso”.²⁴⁷

En síntesis, el razonamiento por mediaciones se ciñe a la lógica que resulta de concebir los objetos de estudio como procesos presentes en forma única y asimétrica, lo que supone considerar a la realidad como totalidad abierta, nunca cerrada, en el cumplimiento de su función epistemológica para organizar la forma de razonamiento.

II. El pensamiento dialéctico: su vigencia

Ángulo de pensamiento

Hemos buscado una solución al problema del conocimiento desde el marco conformado por la necesidad de acción sobre el presente, en base a una recuperación de la forma dialéctica del razonamiento.²⁴⁸ Pero ello es posible solamente desde la exigencia de una necesidad de futuro, que, por lo mismo, trascienda la oposición entre ser efectivo en la praxis más concreta (propio de las circunstancias inmediatas) y lo que es imaginarse un horizonte de vida más plena.

Si la utopía nos obliga a colocarnos frente a la realidad desde determinadas exigencias valóricas, representa un imperativo ético para el sujeto concreto que lo obliga a que —como sujeto de acciones— tenga que asumirse en tanto históricamente determinado, pero a la vez a salirse de sí mismo para no quedar

247 *Ibid.*

248 Cfr. *Los horizontes de la razón: I. Dialéctica...*

reducido a la condición de producto histórico. Salirse en aras de la propia realización de su subjetividad y de una construcción social en la que pueda reconocer enriquecida su identidad.

Este reto cuando es recogido en el plano de la razón se traduce en la potencialidad de esta para abrirse hacia el mundo desconocido, apertura en que consiste la historicidad del conocimiento.²⁴⁹ De ahí que la verdad quede subordinada a un ámbito de sentido en que se plasman los desafíos de apropiación de lo inédito, que, desde una perspectiva antropológica, expresan el crecimiento de la personal como individuo y como sujeto social. Por eso pensamos que la epistemología encuentra su más profunda significación (aún dentro del marco de la ciencia) en estimular la constitución de la conciencia histórica, pero enriquecida esta por la apropiación de la subjetividad del sujeto, en cuanto este ha ido, históricamente, ampliando sus horizontes de apropiación.

Pero, ¿cómo se puede conciliar este plano de exigencias epistémicas con la naturaleza concreta de los problemas que se tienen que abordar y resolver? Y de otra parte, ¿cómo se pueden traducir (estas mismas exigencias) en temas que, además de poder ser socializados, sirvan de marco para definir un *modus operandi* de más o menos fácil traducción en prácticas metodológicas?

La primera gran área de tópicos concierne a tipos de acciones que nos obligan a confrontar la realidad histórica concreta. La segunda, a los retos epistémicos que nos impone la realidad histórica que sintetizamos en el planteamiento de la realidad como exigencia de objetividad, que, como tal, expresa el sentido de lo inacabado.

Desde esta perspectiva, cabe definir la naturaleza del debate epistemológico trascendiendo los límites del conocimiento, en forma

249 Cfr. *Los horizontes de la razón: II. Historia...*

de reubicarla en el marco más amplio, aunque también más difuso, de la conciencia histórica. Debate a partir del cual debemos mostrar el perfil de razonamiento apropiado para un pensar histórico que, más que metodológico, concebimos como una postura del individuo ante la historia. Y que debemos confrontar con temas centrales del contexto latinoamericano, en la medida que constituye la exigencia de un protagonismo del sujeto que se corresponde con una forma particular de conocimiento.

Detrás de los diagnósticos que se hayan podido formular y de las distintas políticas para abordar la problemática latinoamericana, subyacen cuestiones de fondo que aluden a lo que se oculta a veces en los grandes debates. Consideramos dos de estos problemas: en primer lugar, el rescate del sujeto en posición a las posturas que lo eliminan del debate en las Ciencias Sociales; y segundo, la naturaleza que reviste el discurso económico en cuanto a su pretendida cientificidad. Aunque si todavía queremos ir más al fondo, tendríamos que reconocer que la cuestión fundante concierne a la fragmentación de la realidad y al sentido que reviste, en nuestra época, una visión integrada y dinámica de los procesos histórico-sociales.

En este marco pretendemos situar los temas de estos trabajos sin olvidar que la discusión tiene lugar en un contexto histórico concreto como el que caracteriza a América Latina.

*Hacia una propuesta dialéctica del pensar*²⁵⁰

El mundo se complejiza cada vez más aunque, simultáneamente, la capacidad del hombre para abordarla no puede seguir el horizonte
250 Perfil de los planteamientos contenidos en *Los horizontes de la razón*.

de esa complejidad creciente, de manera que hay que buscar entrar a ella a través de sus partes constitutivas. La complejidad se traduce en fragmentación del conocimiento, que, a su vez, plantea el problema de cómo rescatar la unidad que se pierde en la misma hondura alcanzada. Ante este desafío, elegimos el camino de organizar, en sustitución de una teoría general, una forma de razonamiento que encuentre su fundamento en el límite mismo que se abre a lo incierto e inédito.

Se trata de recuperar un concepto de pensar como actividad de totalización, que consiste básicamente en reemplazar la búsqueda de un orden en las determinaciones por una capacidad para ubicarse en el momento histórico, basándose en inclusiones de planos de la realidad que no privilegien las posibles regularidades sobre lo que revista un carácter casual. Ubicación en el momento histórico que exige resolver el problema del movimiento en tanto la realidad histórica es un proceso inacabado; por lo que su reducción a estructuras supone el costo de perder la exigencia de la historicidad.

La historicidad se refiere a la conjugación entre niveles de la realidad y a la secuencia de momentos antes que en transformar al nivel x en un objeto o al momento l en el recorte temporal de tal objeto. La historicidad, por el contrario, plantea la necesidad de articular cualquier hecho en un contexto que cumple la función “de determinar los parámetros que permitan determinar la pertinencia del problema”.²⁵¹ Por consiguiente, la función que cumple la ubicación en el momento histórico es permitir reconocer, en cualquier determinación, a lo indeterminado que contiene “en cuanto potencialidad del contenido”,²⁵² de manera que el razonamiento no

251 Cf. *Los horizontes de la razón: I. Dialéctica...*, p. 172.

252 *Ibid.*, p. 171.

se cierre a la posibilidad de que el devenir pueda asumir “diferentes modalidades de concreción”.²⁵³

Pero, lo que concierne a la ubicación en el momento histórico, se asocia con el desafío de que la realidad se construye. Idea que se corresponde con el rasgo particular de que la realidad que enfrentamos asume tanto planos sometidos a regularidades como a otros que son claramente definibles como procesos moldeables. De ahí que “en el proceso de apropiación se contiene desde la reconstrucción teórica hasta la posibilidad de activación de la realidad”, que, si es profundizado en el marco de la lógica de investigación, obliga a distinguir entre “la construcción de la relación de conocimiento y el problema de la concordancia con la realidad”.²⁵⁴ De ahí que, ubicarse en el momento histórico significa conjugar aquello que se puede reconocer como tendencial con la activación por la práctica que siempre será expresión de alguna opción valórica desde la que se pretende darle una dirección.

Todo lo anterior es concebible desde el presupuesto de que la realidad “es una articulación abierta y dinámica”,²⁵⁵ por eso es que la objetividad conjuga necesariamente “el rasgo de ser una regularidad que cristaliza en determinados productos, con la presencia de una intencionalidad constructiva, que se traduce en realidades producentes o de activación”.²⁵⁶

La posibilidad de colocarse ante la realidad consiste en la apertura de la razón para estar en capacidad de confrontarse con lo inédito; apertura que rescata “la idea de una objetividad como contenido potencial” en base a concebir la realidad objetiva “como trascendente de cualquier forma teórica”.²⁵⁷ Esto significa que

253 *Ibid.*

254 Cfr. *Los horizontes de la razón: II. Historia...*, p. 141.

255 *Ibid.*, p. 142.

256 *Ibid.*

257 Cfr. *Los horizontes de la razón: I. Dialéctica...*, p. 125.

enfrentarse con la “realidad objetiva” supone una construcción “que conjuga contenido y forma”, lo cual se lleva a cabo en dos momentos: el epistemológico o categorial, y el teórico.

La diferencia entre ambos reside que en el primer momento epistemológico se explicita la construcción de la aprehensión, porque lo que se busca “es delimitar una posibilidad de conceptualización antes que dar cuenta de los alcances de la explicación que contiene una teoría”;²⁵⁸ pues lo que importa es enfrentarse con un ámbito de realidad antes que con una formulación teórica cerrada. Lo que obliga a problematizar los referentes teóricos establecidos por los conceptos. Todo lo cual remite a un movimiento de apertura que “es propio del momento de los principios constructores de las categorías de aprehensión de lo real”.²⁵⁹

Discusión que se relaciona con la distinción entre conciencia histórica y conciencia teórica, en cuanto cada una conforma diferentes recortes de la realidad. Mientras la primera busca referirse no sólo a un momento sino a una secuencia de momentos, en cuanto a los niveles de realidad siempre busca su articulación con otros; en cambio, la conciencia teórica tiende a orientarse a delimitar en base a estructuras en un tiempo y espacio determinado,²⁶⁰ las cuales pretende sin embargo extrapolar.

La posibilidad de colocarse fuera de las determinaciones teóricas exige pensar “con base en relaciones posibles”.²⁶¹ Una de las consecuencias es que, aunque se llegue a identificar un tipo de estructura, esta tiene que concebirse “como una ‘estructura potencial’ que cuestiona lo dado teóricamente en función de una

258 *Ibid.*

259 *Ibid.*, p. 124.

260 Cf. *Los horizontes de la razón: II. Historia...*, p. 111.

261 Cf. *Los horizontes de la razón: I. Dialéctica...*, p. 129.

lógica de articulación por niveles”,²⁶² en razón a la exigencia de la apertura hacia lo inédito o indeterminado. En esta línea se llega a la conclusión de que la realidad “es lo determinable”,²⁶³ de manera que los contenidos son el producto de las relaciones que “resultan de la articulación entre el límite de lo dado y lo que es posible de darse”.²⁶⁴ En otro plano de argumentación, lo anterior se traduce en que “el objeto más explicativo lo es por ser el más inclusivo”.²⁶⁵

El planteamiento anterior encuentra su culminación en la idea de que esta forma dialéctica de razonamiento obliga a que tenga que ser comprendido o interpretado, y desarrollado en sus virtualidades gnoseológicas, fuera de los límites del paradigma de la explicación o de las determinaciones. Pues hace parte de un paradigma basado en la categoría de la necesidad que ha sido excluida del debate de las ciencias, por lo menos desde la imposición de la concepción mecánica de la realidad y del conocimiento.

Si lo que decimos está fundado en la apertura a lo indeterminado, cuya consideración se corresponde con una inclusión de lo no determinado, entonces nos situamos en el plano de la “determinabilidad de lo indeterminado”,²⁶⁶ que no puede consistir sino en la *necesidad de lo indeterminado* que se traduce en concebir a los límites de los contenidos dados como expresión de lo indeterminado de los mismos; esto es, como “ángulos abiertos hacia lo no determinado”.²⁶⁷ La idea central del planteamiento es el rompimiento con los parámetros dados del pensamiento en forma de no negar la posibilidad de nuevas condiciones de cognoscibilidad.

262 *Ibid.*

263 Cfr. *Los horizontes de la razón: II. Historia...*, p. 82.

264 *Ibid.*

265 *Ibid.*, p. 83.

266 *Ibid.*, p. 109.

267 *Ibid.*

La concepción de lo indeterminado como necesidad de apertura se manifiesta en una distinta concepción de los procesos históricos. En la medida que lo indeterminado expresa la necesidad de lo que está fuera de lo determinado, supone que el mismo concepto de lo determinado se tenga que trabajar en sus potencialidades. En este marco, lo indeterminado es expresión de la necesidad de acabamiento o completad de lo determinado en base a sus propias potencialidades. En el plano de las prácticas, lo anterior se traduce en la construcción de lo históricamente viable, esto es, en la transformación en realidad tangible de lo que se ha definido como posibilidad.

La lógica de la argumentación nos coloca ante la realidad en término de ser tanto *fonciom* de un cuerpo de “conocimiento acumulado en estructuras teóricas” como de “prácticas adecuadas al quehacer de una opción definida como posible”.²⁶⁸ Desde esta perspectiva, las conexiones con la realidad no pueden reducirse al ámbito de factores explicativos, por el contrario, deben ser expresión “de la capacidad de reconstruir lo objetivo del momento, o coyuntura”, que en vez de “reducir lo posible a lo dado, abre lo dado a lo posible”.²⁶⁹ Posibilidad que representa la conjugación “entre la objetividad que se concreta en momentos sucesivos y un proyecto que se manifiesta en praxis determinadas”.²⁷⁰

En este sentido, el proyecto es la concreción de cómo el hombre se apropia de la dimensión del largo tiempo en el corte del presente, que es donde el hombre como sujeto despliega su capacidad de constructor de realidades. Lo que significa que la influencia sobre la realidad se desdoble, por una parte, en el plano de las prácticas actuantes en los diferentes momentos de un proceso,

268 Cfr. *Los horizontes de la razón: I. Dialéctica...*, p. 27.

269 *Ibid.*

270 *Ibid.*, p. 27.

y de otra, en el proyecto que confiere sentido a la praxis en una perspectiva transcoyuntural.

El argumento se apoya en la idea de que la realidad se construye. Lo dicho supone pensar que el ámbito de la realidad empírica se encuentra delimitado “por la potenciación de lo objetivo de acuerdo con una voluntad social orientada por la exigencia de imprimir una dirección a los procesos”.²⁷¹ De ahí que la teoría, cualquiera que sea su contenido, tenga que subordinarse a la “viabilidad de lo potencial, lo teórico al desarrollo de una capacidad de determinación de lo viables”.²⁷²

En consecuencia, nos colocamos ante la realidad que es, por una parte, imprevisible en su mutabilidad, pero que, a la vez, está siendo constantemente moldeada por prácticas constructoras de sentidos. Lo que implica que carezca de validez trabajar con estructuras acabadas, lo cual, no solamente implica recuperar la idea de “estructuras potenciales”, sino además obliga a concebir a las estructuras teóricas como una fuente proveedora de instrumentos “mediante los cuales se puedan delimitar campos de lo real, omitiendo la superdotación a cualquier función explicativa”.²⁷³

La recuperación de lo dado como potencialidad se puede reformular, en el marco del discurso científico social, en términos de la dicotomía coyuntural y periodo en tanto ángulos de lectura de la realidad. Desde cada uno de ellos se pueden reconocer procesos particulares (*v.gr.*: los políticos y los psicosociales operando en el plano de lo coyuntural, o del corto tiempo, en contraposición con los económicos y culturales que se despliegan en la dimensión del periodo; pero lo anterior de una manera formal, pues una lectura articulada de los mismos incorpora dimensiones de todos ellos en

271 *Ibid.*, p. 28.

272 *Ibid.*

273 *Ibid.*, p. 2.

cada uno, lo que determina que la reconstrucción objetiva de los fenómenos sea inevitablemente compleja), que se encuentran en una determinada articulación en situaciones histórico-concretas, de manera que los procesos económicos y culturales están “siempre mediando a, y mediados por, los procesos coyunturales que influyen, considerando a la sucesión de momentos, sobre la direccionalidad del desenvolvimiento histórico”.²⁷⁴

En efecto, si “vivimos al final de la era de los determinismos mecánicos y su reemplazo por la idea de que la realidad es una construcción”,²⁷⁵ significa replantearse la relación con la realidad porque nos enfrentamos con tener que “identificar posibilidades de sentidos antes que restringirse a una apropiación de la realidad mediante la pura organización de contenidos”.²⁷⁶

La incorporación del sentido complejiza la construcción de la relación de conocimiento, porque exige de la creatividad necesaria para poder establecer la acción “en el momento en que se piensa a la realidad”.²⁷⁷ En esta dirección, la objetividad consiste en la posibilidad de transformar a lo real “en contenido de apropiación”.²⁷⁸ Afirmación, que se apoya en la idea de “objetividad posible” que supone a su vez, el presupuesto de tener que construir el razonamiento “desde lo dado-actual en términos de su potenciación”.²⁷⁹ Esto es, desde lo necesario. Como se ha sostenido “el logos no se agota en ninguno de los sistemas lógicos”.²⁸⁰

Lo que decimos demanda considerar en la realidad de cualquier objeto una doble condición: por una parte, ser un producto

274 *Ibid.*

275 Cfr. *Los horizontes de la razón: II. Historia...*, p. 38.

276 *Ibid.*, p. 41.

277 *Ibid.*, pp. 41-42.

278 *Ibid.*, p. 96.

279 *Ibid.*, p. 94.

280 Eduardo Nicol, *Metafísica de la expresión*, México, FCE, 11957, p.

207.

histórico-cultural, y de otra, ser una potencialidad en tanto productora de realidades. El reto del conocimiento consiste en encontrar la conjugación entre ambas condiciones. El proceso que “las articula es la misma dinámica constitutiva [...] que permite transitar desde lo constituido a lo constituyente. Razonamiento que se apoya en la dialéctica determinado-indeterminado, que se concreta, en un plano metodológico, mediante conceptos como momento-secuencia, o bien su equivalencia en los conceptos de coyuntura-periodo; recortes que se corresponden con una articulación entre niveles y momento en forma de captar el dinamismo constitutivo del fenómeno antes de encerrarlo en una organización de contenidos”.²⁸¹ De esta manera nos colocamos en la perspectiva de las dinámicas constituyentes de la realidad lo que obliga a rastrear “los dinamisismos estructurados de la realidad, incluyendo, desde luego, las mismas prácticas sociales”.²⁸²

Pero, si además entendemos que la realidad es una articulación multidimensional, por lo tanto compleja y dinámica, obliga a que su captación tenga que hacerse respetando “su necesidad de articulación con lo todavía indeterminado, en cuanto no se puede anticipar la singularidad de su contenido”.²⁸³

Los contenidos posibles pueden ser apropiados o contruidos, desde diferentes ángulos, en la medida que involucran otros elementos, además de los teórico-cognitivos, como son los ideológicos y valóricos, ya que la transformación de lo real en contenido depende, o es función de opciones de construcción de futuro para la que se busca que el conocimiento cumpla un papel; pues, “en el conocimiento histórico-político no podemos hablar de una objetividad que sea ajena al sujeto social, a sus prácticas y proyectos”.²⁸⁴ En forma que nos enfrentamos con un concepto

281 Cfr. *Los horizontes de la razón: II. Historia...*, p. 144.

282 *Ibid.*, p. 146.

283 *Ibid.*, p. 125.

284 Cfr. *Los horizontes de la razón: I. Dialéctica...*, p. 80.

más amplio de racionalidad y de realidad, porque “se expande el proceso de apropiación a otras realidades que, a pesar de no estar desvinculadas de la razón cognitiva, no necesariamente se subordinan a su lógica”.²⁸⁵

Lo anterior supone una forma de razonamiento que descansa “en la necesidad de un saber que no esté referido exclusivamente a lo concluso y por lo tanto, pasado”, de manera de pasar desde una actitud crítica fundada en la conjetura “a una actitud de crítica reconstructiva de lo dado, donde la crítica consiste en la forma de razonamiento capaz de referirse a la potencialidad de lo dado”.²⁸⁶

Desde esta perspectiva, la racionalidad (sociohistórica, o histórico-política) no constituye solamente una reflexión sobre una práctica científica consumada, sino que expresa una potencialidad “para captar un continente de realidad no completamente apprehendido”,²⁸⁷ centrándose en la relación sujeto-objeto.

La relación sujeto-objeto, además de cumplir una función gnoseológica de apropiación, “constituye el objeto mismo del conocimiento”, de ahí que “no podemos aceptar que el desarrollo del conocimiento sea disociable del desarrollo de la conciencia y autoconciencia del sujeto”,²⁸⁸ de modo de poder avanzar no solamente hacia etapas superiores del conocimiento sino también de la conciencia del hombre.

Pero el desarrollo de esta unidad de conocimiento-conciencia se asocia con una búsqueda “que exige un sentimiento de libertad, que es lucidez; lucidez que es protagonismo”,²⁸⁹ en cuanto al pensar no se reduce a una teorización, en la medida que

285 Cfr. *Los horizontes de la razón: II. Historia...*, p. 163.

286 Cfr. *Los horizontes de la razón: I. Dialéctica...*, p. 103.

287 *Ibid.*, p. 80.

288 *Ibid.*

289 *Ibid.*, p. 105.

busca “enriquecer el horizonte social mediante el descubrimiento de nuevos objetos posibles de teorización”; en consecuencia, la teoría se constituye en “un aspecto particular de un universo racional más amplio y complejo”.²⁹⁰ Es así, entonces, como se recupera la historicidad del pensar porque, al rechazarse los sistemas acabados, implica “el reconocimiento de la tendencia histórica de lo criticado, según la idea de la determinación histórica tal como es rescatada por Della Voipe”.²⁹¹

Por consiguiente, si la historicidad alude a la apropiación de lo no dado en lo dado de la realidad, a una apropiación de contenidos posibles que puede llevarse a cabo (como ya decíamos) desde diferentes ángulos, obliga a un rescate del pensamiento categorial traspasando los límites del pensar teórico. Por eso la historicidad exige la ruptura de los marcos parametrales al considerar la posibilidad de transformación de los contenidos conformados a su interior; en este sentido, “la historicidad es la necesidad de lo indeterminado”,²⁹² en tanto exigencia de nuevos parámetros.

Pero la historicidad también puede aludir a la exigencia de complejidad creciente de lo dado, en la medida que nos plantea “la necesidad de articular las distintas posibilidades que pueden conformar la urdimbre de la realidad”.²⁹³ Esto es, plantea considerar la situación problemática “en la cual se determina el contenido de lo devenido”, que obliga a asumir la “construcción de las determinaciones (en términos de) atender el ámbito donde el despliegue del movimiento se dota de una cualidad para ser punto de partida de otras realidades”.²⁹⁴

290 *Ibid.*, p. 81.

291 *Ibid.*

292 Cfr. *Los horizontes de la razón: II. Historia...*, p. 80.

293 *Ibid.*, p. 81.

294 *Ibid.*

En lo expresado se contiene la apertura del razonamiento partiendo de la necesidad de inclusión de lo no dado, con base en lo posible, por lo necesario, de ser incluido en cualquier delimitación de lo real. En lo que decimos, subyace la idea de la “articulación inclusiva” que refiere a la necesidad de lo constituyente. Idea que propugna no subsumir la capacidad de asombro a la certeza de un sistema regulado de afirmaciones corroborables en virtud del constante esfuerzo por crear o recrear teorías generales.

El planteamiento de un pensar categorial abierto a lo inconcluso y siempre mutable, para el cual “lo posible equivale a la concreción de la necesidad”, reconoce como supuesto que la realidad, si está en movimiento, puede asumir diversas formas posibles; por lo que la determinación de sus posibilidades “equivale a concretar su indeterminado”, el cual, en tanto devenir (como lo hemos señalado) carece de un contenido preciso, aunque sea el que define el desafío propio de “la necesidad de su inclusión”.²⁹⁵ Lo que trasciende las exigencias formales de la teoría, subordinándola a una forma de razonamiento fundante o categorial.

El carácter fundante del razonamiento asume su verdadera naturaleza en el marco de incertidumbres en que se desenvuelve el hombre ante la fragilidad, o debilidad, del mundo sometido a regularidades y a la vastedad de lo casual; lo que se manifiesta en el imperativo de rescatar al sujeto como constructor de realidades. Un sujeto capaz de darle formas diversas a los objetos que surgen en el proceso de desenvolvimiento histórico. En oposición a lo anterior, está la reducción del sujeto a sistema y sus acciones a simple comunicación.

La diferencia entre ambas posturas estriba en que la primera expresa tanto la necesidad como la posibilidad del hombre de

295 *Ibid.*, p. 79.

construir sus realidades, a partir de visiones utópicas, por lo mismo inacabadas; la segunda, reduce su papel a ser un factor más de la lógica que perfila el funcionamiento de la sociedad en su forma dominante, cristalización acabada de particulares procesos histórico-genéticos y de determinadas modalidades de intervención del hombre en su afán por darle formas diversas al desarrollo histórico, siempre campo que contiene múltiples opciones de construcción.

7. La totalidad como exigencia del razonamiento crítico

Tal como se ha señalado, el motivo de la presente reflexión consiste en abordar el problema de cómo un sujeto establece la relación de conocimiento con la realidad cuando quiere influir sobre ella, lo que significa buscar caminos alternativos que permitan enriquecer las formas de construcción de un conocimiento social del presente.

En este sentido, el primer problema que tenemos que abordar es el carácter de la relación de conocimiento de este sujeto con la realidad. La idea dominante es que tal relación siempre tiene un carácter teórico, o bien, que en última instancia, siempre es posible de conformarse en función de una base teórica. Esquemáticamente hablando, este enfoque lleva a pensar que cualquier esfuerzo de captación racional de lo real está determinado por el imperativo de explicar la realidad. Sin embargo, los modos de relación del hombre con ella pueden asumir, como lo sabemos, una complejidad mayor que el constituido por la relación teórico-explicativa, más aún cuando

se enfrenta la necesidad de estudiar los fenómenos en el mismo momento en que se desarrollan; tal es el caso del conocimiento exigido por la praxis o conocimiento histórico-político.

Este es, precisamente, nuestro propósito: plantear la construcción del conocimiento de las ciencias sociales concebidas como ciencia del presente, lo que demanda un esfuerzo para elaborar formas de captación racional que no se restrinjan a la comprobación ni a la simple aplicación de “corpus conceptuales como sistemas comprobables”.

La tarea es relevante. Por una parte se plantea que una teoría reduce la realidad al excluir ámbitos que pueden ser determinantes para dar cuenta de la “objetividad”. Por otra, se propone rescatar formas de razonamiento que sin ser las propias del proceso de explicación científica, no por ello son menos racionales, ya que no hay ningún motivo para considerarlas, como se ha hecho tradicionalmente, como “no científicas”.

En consecuencia, el reto consiste en plantear la construcción de un conocimiento que no deje fuera, por su afán y precisión formales, regiones de la realidad significativas para la definición de prácticas de transformación.

En este sentido, el presente trabajo reconoce como punto central la categoría de la totalidad concreta y su capacidad para enriquecer las formas racionales que median en la conexión con la realidad empírica y que, por lo tanto, permiten transformar la objetividad real en contenidos organizados, lo que es constitutivo en la relación de conocimiento. Se enfatiza, en consecuencia, por sobre las estructuras de explicación, aquellas formas de razonamiento que lleven a delimitar universos de observación capaces de servir de base para determinar opciones de teorización, o bien para definir prácticas sociales alternativas que sean objetivamente posibles.

Para estos propósitos tomaremos como base la siguiente formulación de la totalidad, planteada por Kosik:²⁹⁶

La categoría de totalidad, que Spinoza ha anunciado por primera vez con su *natura naturans* y *natura naturata*, en la filosofía moderna [...] comprende la realidad en sus leyes internas y las conexiones internas y necesarias, en oposición al empirismo que considera las manifestaciones fenoménicas y casuales, y no llega a la comprensión de los procesos de desarrollo de lo real. [Por lo mismo] no es un método que pretenda ingenuamente conocer todos los aspectos de la realidad sin excepción y ofrecer un cuadro “total” de la realidad con sus infinitos aspectos y propiedades, sino que es una teoría de la realidad y de su conocimiento como realidad.

Sin embargo, ya que nuestra preocupación sobre la totalidad concreta gira en torno de sus funciones gnoseológicas, tocaremos diferentes cuestiones desde la óptica definida por esta categoría. De ahí que su lectura produzca a veces la sensación de un constante retorno a un punto de partida, aun cuando en verdad, consista en una exploración acerca de cómo es posible plantear diferentes problemas si se los analiza desde la perspectiva de la totalidad concreta.

En este sentido, abordamos problemáticas comunes a cualquier trabajo cuya preocupación sea las cuestiones pertinentes al método científico, y otros que se derivan lógicamente del esfuerzo por profundizar en las implicaciones gnoseológicas de la totalidad.

296 Karl Kosik, *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo, 1967.

Todo lo cual supone aclarar primero el concepto de totalidad y sus funciones gnoseológicas, para enseguida definir sus vinculaciones con el conocimiento exigido por la praxis; esto es, con el conocimiento del presente. Por consiguiente, el desarrollo argumental consiste en una reflexión abstracta sobre la función de la totalidad en la construcción de conocimiento en general al hacer referencia a temas tales como la función de la crítica y las estructuras teóricas.

La totalidad: panorama de ideas básicas

La totalidad es un concepto central en el debate de la ciencia. En opinión de Geymonat, se identifica con la presentación axiomática de las teorías científicas y ocupa “una posición central en la ciencia actual”, en razón de la dilatada utilización de la lógica matemática que le confiere el carácter del sistema unitario. Habermas, por su parte, ha enfatizado que la totalidad no es una clase de extensión lógica determinable mediante la agregación de cuantos elementos comprende, y asume una postura semejante a la de Adorno, para quien la totalidad no mantiene ninguna vida propia por encima de sus componentes mismos que aúna y de los que, en realidad, viene a constar.

En el contexto de esta investigación, la totalidad nos interesa primordialmente como fundamento epistemológico para organizar el razonamiento. Este énfasis nos obliga a estar alertas ante la posibilidad de su desfiguración trivial, en el sentido acotado por Kosik, o sea: “que todo esta en conexión con todo y que el todo es más que las partes”.²⁹⁷ De ahí que si nos proponemos desarrollar sus funciones analíticas debamos hacer el esfuerzo de traspasar tanto

297 *Ibid.*, p. 54.

este obstáculo como aquel otro señalado reiteradamente, en especial por los positivistas: “el hecho de que la palabra totalidad [...] y sus derivados son excepcionalmente ambiguas, metafóricas y vagas”, de manera que con frecuencia es “imposible de estimar el valor cognoscitivo y el significado de enunciados que las contienen”.²⁹⁸

En la dirección de esta misma crítica podemos ubicar el pensamiento de Popper,²⁹⁹ cuando observa que “hay una fundamental ambigüedad en el uso que hace la literatura holística reciente del término ‘un todo’”, y distingue entre la totalidad entendida como “todas las propiedades o aspectos de una cosa”, y la totalidad como “aquella propiedad que hace aparecer a la cosa como una estructura organizada, más que como un ‘mero montón’”.

A partir de esta distinción, el problema central que se plantea es la posibilidad de determinar lo que se debe entender por estructura organizada fundada en la idea de la totalidad concreta, definida por Kosik como “estructura significativa para cada hecho o conjunto de hechos”. Lo dicho implica que la totalidad no es todos los hechos, sino que es una óptica epistemológica desde la que se delimitan campos de observación de la realidad, los cuales permitan reconocer campos de observación de la realidad, los cuales permiten reconocer la articulación en que los hechos asumen su significación específica. En este sentido, se puede hablar de la totalidad como exigencia epistemológica del razonamiento analítico.

De conformidad con lo anterior, podemos proponer que la totalidad cumple la función de aclarar el significado del concepto “todo” en la primera acepción utilizada por Popper (“todas las propiedades o aspectos de una cosa”), pues sirve para definir la base

298 Ernst Nagel, *La estructura de la ciencia*, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 358.

299 Karl R. Popper, *La miseria del historicismo*, Madrid, Taurus, 1961, p. 90.

desde la cual captar lo inclusivo (o indeterminado) de la realidad. La totalidad concreta cumple por eso la función de ser la estructura pertinente para comprender los hechos aislados; aunque, por otra, los hechos son a su vez construcciones en función de esa pertinencia. Esto no es un círculo vicioso en tanto la totalidad concreta se conciba y aplique como criterio de articulación de campos de observación de la realidad.

Desde esta óptica, la delimitación de campos de observación se puede conceptualizar como un proceso de aprehensión de las relaciones entre los hechos, los cuales no tienen carácter necesariamente explicativo. En este sentido, se puede afirmar que el beneficio metodológico de la totalidad, más que ser un mecanismo de contrastabilidad —que tampoco podemos sostener que sea inherente a su naturaleza rechazar—,³⁰⁰ consiste en enriquecer la base para reconocer posibles opciones de teorización. De ahí que rechacemos la interpretación de la totalidad tal como la formulan Popper y otros autores, que pretenden ver en ella una postura que permite hacer pasar como auténticos conocimientos “lo que en realidad no pasan de ser puras decisiones”.

En la medida en que la totalidad es una apertura hacia la realidad —misma que es posible transformar en diferentes objetos de estudio—, requiere de una práctica de investigación que no puede quedar enmarcada en un solo modelo científico. Exige, más bien, un concepto de racionalidad más amplio conforme con la concepción de que la realidad no admite fragmentación. Racionalidad ampliada que debemos explorar antes que quedar replegados a un racionalismo metodológico de corte positivista, en virtud de las dificultades que

300 Cfr. la crítica de Hans Albert a Jürgen Habermas, en *El mito de la razón total en la disputa del positivismo en la sociología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1973, p. 219.

se presentan para avanzar en el desenvolvimiento de una dialéctica analítica.

La totalidad y la relación del conocimiento

La totalidad como mecanismo de apropiación es indiferente a las propiedades del objeto, ya que se limita a definir la base de la teorización sin ser una teoría en sí misma, ni, menos aún, un objeto real. Es un modo de organizar la apertura hacia la realidad que no se ciñe a permanecer dentro de determinados límites teóricos, pues se fundamenta en un concepto de lo real como articulación compleja de procesos y exige que cada uno de éstos sea analizado en términos de sus relaciones con otros (aunque no sea cada uno un objeto de análisis como tal).

Por lo expresado anteriormente, es necesario distinguir entre el “todo” como la “estructura del objeto” y el “todo” como “exigencia epistemológica del razonamiento”. El problema radica no sólo en romper con un punto de vista aditivo, sino en plantearse los requerimientos de una forma racional que exige la necesidad de analizar *in situ* los constituyentes de la totalidad, de manera que la “estructura de actividades de la totalidad no pueda ser inferida de las propiedades manifestadas por sus constituyentes separadamente de la totalidad”.³⁰¹ Por eso, el concepto “todo” constituye un modo de recortar la realidad para construir el objeto de estudio que, sin partir de la exigencia *a priori* de “todas las propiedades o aspectos de una cosa”, permita dar soluciones sobre “ciertas propiedades o aspectos especiales de la cosa en cuestión [...] que le hacen aparecer como una estructura organizada”. En consecuencia, la totalidad constituye una delimitación de lo real que, al apoyarse en una noción de la

301 Ernst Nagel, *op.cit.*, p. 357.

realidad como articulación de procesos, releva la importancia de lo no acabado, lo que significa cuestionar cualquier límite teórico cerrado: de ahí que se caracterice por su naturaleza crítica. Por ello también consideramos que la totalidad representa una solución a la cuestión de la “preeminencia del problema” por sobre cualquier ideal metodológico, mediante sus mecanismos de adecuación a la cosa concreta. Con base en su capacidad de apertura hacia lo real permite avanzar en una problematización cada vez más profunda de la realidad de la manera de dar preeminencia a la construcción del objeto con sus desafíos metodológicos muchas veces inédito.

Mecanismos para pensar con base en la totalidad

Proponemos la aprehensión racional como una solución gnoseológica a la exigencia epistemológica de la totalidad concreta, cuyo mecanismo metodológico operativo es la reconstrucción articulada, mediante la cual se pueden determinar las bases para captar la realidad, sin necesidad de partir del *a priori* de que tenga tal o cual estructura de propiedades; por eso no constituye por sí misma una explicación, sino, más bien, la condición para el conocimiento de lo real concreto desde toda su complejidad estructural y dinámica.

A este respecto retomamos la duda de Popper acerca de la posibilidad de un análisis “en el sentido holístico [...] que represente la totalidad del organismo social”. Duda que parte de concebir la totalidad como objeto y no como forma de razonamiento. Para evitar esta confusión es necesario separar las implicaciones sobre la “dialéctica” de la totalidad del campo de la “lógica”, con el objeto de trasladar la discusión al marco de la construcción de la relación con la realidad; esto es, al plano epistemológico. Sin esta distinción la totalidad consistiría en el control de “todas o casi todas las relaciones

sociales”, lo que necesariamente llevaría a firmar, en concordancia con Popper, que se enfrenta a una “imposibilidad lógica”.³⁰²

Desde la perspectiva epistemológica los elementos o niveles componentes de la totalidad son teorizables sólo en función de su relación posible con el “todo”.³⁰³ El “todo” es el que da sentido a las partes en cuanto las incluye; las partes, a su vez, son el movimiento de esa inclusión. Sin embargo, el “todo” no alude a un “todo” real sino a una exigencia de totalizar lo fragmentario; no implica, entonces, el movimiento como realidad ya construida sino, más bien, como una construcción que se aprehende en tanto constituyéndose.

En suma, lo que se pretende es avanzar en un intento por trasladar la discusión filosófica acerca de la categoría de la totalidad al plano epistemológico, directamente relacionado con la construcción del conocimiento concreto. Por eso es necesario formular algunas consideraciones en torno de sus implicaciones generales, así como también en relación con el ámbito de realidad en el cual es principalmente significativa.

La exigencia de construir un conocimiento sobre “el presente”, fundada en la categoría de la totalidad dialéctica, se corresponde con el esfuerzo de entender “lo dado” en la realidad en forma dinámica, de acuerdo con el supuesto del movimiento. Lo dicho supone incluir la idea de potencialidad en la medida

302 Con motivo de esta imposibilidad lógica Popper anota que “los holistas quizás tengan la esperanza de salir de esta dificultad mediante la negación de la validez de la lógica, la cual, piensan, ha sido arrumbada por la dialéctica” (cfr. Karl R. Popper, *op. cit.*, p. 93). A este respecto señalamos como incorrecta la equivalencia entre holismo y totalidad.

303 A este respecto es rescatable una de las acepciones de la palabra “todo” analizadas por Ernst Nagel (*op. cit.*, p. 349) como en el caso del “esquema de relaciones entre ciertos tipos específicos de objetos o sucesos, cuando dicho esquema puede manifestarse en diversas ocasiones y con diversas modificaciones”. La “parte” puede designar, entonces, cosas diferentes en contextos diferentes; puede referirse a cualquiera de los elementos relacionados de acuerdo con ese esquema en una de sus manifestaciones.

en que el movimiento no puede ser reconstruido, sino más bien captado en un momento del desarrollo histórico. Sin embargo, si por presente entendemos el recorte propio de la praxis, no se puede concebir la dinámica de “lo dado” como ajena a aquélla; de ahí que cuando hablamos de movimiento en un recorte dado, o presente, no podemos restringirnos a las potencialidades que se derivan de mecanismos estructurales, como la contradicción, sino que debe agregarse la función que cumple la praxis para darle movimiento a la realidad, y que llamaremos construcción de la direccionalidad.

De acuerdo con este planteamiento que articula dinámica y praxis, *la historia es la construcción objetivamente posible de los actores sociales*. Esto quiere decir que los procesos históricos son movimientos de la praxis de dichos actores o sujetos sociales, lo que plantea las interrogantes acerca de lo que es el movimiento de estos agentes y lo que debemos entender por su posibilidad de construcción.

En lo que respecta al primer aspecto, debemos abordar el problema de que los actores se desenvuelven en distintos recortes de la realidad, de modo que su dinámica no puede reconstruirse partiendo exclusivamente de uno de éstos y prescindiendo de los otros. En indudable que se puede privilegiar alguno de ellos como punto de partida, pero sin que eso signifique reducir la dinámica del proceso a ese recorte particular. En efecto, todo sujeto social se puede observar tanto en espacios y tiempos micro como en espacios y tiempos macro, lo que puede resultar en una reconstrucción diferente del sujeto o actor. Empero, cada una de estas debe considerar la necesidad de complementarse con las otras reconstrucciones posibles, si es que se pretende llegar a reconstruir la real objetividad del proceso de surgimiento, reproducción y transformación de los actores sociales.

Lo anterior es particularmente importante cuando lo que se persigue es transformar a los actores en objetos de un conocimiento político; esto es, de un quehacer que requiere tomar en cuenta la constante transformación de los sujetos potencialmente existentes en fuerzas activas de carácter objetivo, que buscan imprimirle una dirección determinada a los procesos sociales.

No es suficiente con limitarse a dar cuenta del pasado, pues asumiendo la premisa de que los actores constituyen la realidad sociohistórica, del sujeto y de su situación en el presente, se plantea como imperativo la necesidad de vislumbrar sus potencialidades partiendo del conocimiento de su movimiento de construcción y desconstitución, en el sentido de que los actores o sujetos sociales están, simultáneamente, siendo y no siendo. Todo lo cual nos remite a la segunda cuestión que planteábamos en relación con la concepción de los procesos históricos: ¿qué debemos entender por posibilidad de construcción?

Comenzaremos por decir que la posibilidad de construcción se define en el marco de alternativas viables, el cual debe ser reconocido por el conocimiento que se construya según los propósitos antes señalados. Por consiguiente, no se trata tanto de la aplicación de un conocimiento sobre una realidad determinada (sin descartar evidentemente este esfuerzo) sino de entender ésta como la material social que requiere ser potenciada en función de opciones de construcción elaboradas por diferentes actores sociales. Un conocimiento acerca de lo posible de hacerse, lo que dependerá del campo de opciones viables que pueda reconocerse; de tal suerte que dicho campo se convierte en una exigencia que el conocimiento debe cumplir.

Por su naturaleza vasta y compleja, difusa e imprevisible en cuanto a sus alcances, el campo de opciones subsume cualquier

estructura teórica a la presencia de un horizonte histórico. Horizonte histórico que puede ser captado mediante un razonamiento que llamaremos pensar epistemológico porque, a diferencia del pensar teórico (basado en proposiciones conceptuales con contenidos determinados), éste carece de referentes en términos de una estructura teórica predeterminada; por el contrario, nos enfrenta con ámbitos de la realidad en cuyos contornos apenas pueden reconocerse las opciones de teorización, así como de acción.

La razón de esta distinción se encuentra en que la realidad social, como contenido de conocimiento, no se agota en su pura captación racional, sino que se realiza mediante su transformación en praxis. Por eso debemos aclarar que la propuesta epistemológica que formulamos se ciñe a estas peculiaridades de la realidad cuya aprehensión se pretende fundamentar, lo cual se refleja en la naturaleza del conocimiento concreto que se pueda construir.

Ya que este tipo de conocimiento implica una estrecha relación con la praxis, debe ajustarse al recorte de realidad propia de ésta; es decir, al presente que es donde la praxis se materializa y potencia. Por eso se hace necesario detenerse a examinar la tesis central del conocimiento social como conocimiento del presente, en razón de ser la idea medular en torno a la cual se organiza la propuesta epistemológica que desarrollamos con base en la totalidad dialéctica.

La totalidad en la construcción histórica del conocimiento

El desplazamiento de la problemática de la totalidad del plano óptico al epistemológico se corresponde con la cuestión básica de convertir el qué pensar en el cómo pensar sobre la realidad. Esto plantea

cuestionamientos como los siguientes: ¿la capacidad de conocer es equivalente a la capacidad de romper con los límites teóricos dados?, ¿la capacidad de romper equivale a una mayor “autonomía de la razón” como capacidad de apertura y reactuación consciente?, ¿la conciencia teórica se confunde con esta conciencia de apertura y de ubicación histórica? Se puede responder afirmativamente siempre que la teoría, como adecuación a lo real, se conciba subordinada a una exigencia de problematización que no ha estado presente en la razón teórica; por el contrario, la razón teórica ha tenido a encerrarse en estructuras cristalizadas en vez de objetivarse con base en su propia capacidad crítica de problematización (y enriquecer, por consiguiente, el campo de la experiencia y de los horizontes sociohistóricos en que se desenvuelve la actividad del pensar).

El cierre de la razón, en contra del cual ha reaccionado Bachelard y otros pensadores, se relaciona con la circunstancia de que, a partir de la revolución metodológica del siglo XIII, la estructura del pensar quedó encuadrada en categorías como experimento y prueba, y no se desarrollaron otras tan importantes como las de “lo posible” y “lo nuevo”, tal como ha sido advertido por Bloch. De esta manera, el razonamiento se ha reducido a la función de ser un ordenador, ante la cual la capacidad de asombro y aventura intelectual ha quedado subordinada.

Lo dicho trasciende la simple crítica de la razón y se proyecta en la constitución de la razón crítica. Por crítica entendemos el rompimiento de la condición dada de un objeto, por medio de destacar lo procesual de lo estructurado mediante el énfasis de su potencialidad, lo que es congruente con la idea de que el movimiento de lo real exige que el mismo pensar constituya un movimiento. Mientras “lo estructurado” alude a lo que está delimitado teóricamente, la idea de “potencialidad” implica la realidad abierta

posible de pensarse. Distinción que supone un esfuerzo crítico de separar lo que es teorizar de lo que es pensar la realidad.

La realidad es más compleja, de forma que cualquier teoría experimenta respecto a ésta un desfase, lo que lleva a distorsiones en el análisis que dificultan el proceso mismo del conocimiento. De ahí que el énfasis deba colocarse en la formulación de un modo de razonamiento que, para tomar conciencia de estos sesgos teóricos, se fundamente en la necesidad de determinar la relación con la realidad que sirva de marco para la elaboración de teorías. No es posible plantearse ningún problema si no se piensa la concepción que se tenga de lo que es la realidad.

Hemos sostenido que la realidad está constituida por una articulación entre diferentes planos temporales y espaciales, por lo que es imprescindible contar con un instrumento de análisis que, partiendo desde ese supuesto, permita reconstruir la realidad con toda su complejidad. Junto a esta exigencia, se debe también considerar que entre los procesos no hay relaciones de coincidencia simétrica; por el contrario, la situación es con frecuencia la opuesta. Cuando no se tiene en cuenta la especificidad de los diferentes fenómenos se incurre en esquemas explicativos basados en determinismos mecánicos, por medio del procedimiento de reducir un fenómeno a otro. Es lo que pasa, por ejemplo cuando se piensa que el ritmo de desarrollo de la formación económica de una sociedad mantiene relaciones simétricas con el plano de las fuerzas políticas; y que, en consecuencia, es suficiente con explicar aquella que es determinante para comprender los otros que son reductibles a ella.

Ahora, si lo que pretendemos es formular algunas consideraciones sobre la función crítico-reconstructiva de la realidad compleja por parte de la razón, entonces la no subordinación de la forma del razonamiento a la estructura teórica obliga a determinar si

la totalidad constituye una categoría racional -enunciada con claridad por primera vez por Hegel y desarrollada con mayor amplitud en el programa de Marx, cuya sistematicidad y globalidad con toda razón se ha reconocido de inspiración hegeliana- que determina o no una ruptura con racionalidades anteriores.

La razón ha experimentado históricamente transformaciones, mutaciones, que interpretamos como las expresiones del avance hacia una racionalidad cada vez más amplia. En nuestra época el problema se relaciona con el surgimiento de lo político como dominio gnoseológico a partir de la conquista científica de la historia.

Sin embargo, una particularidad del desarrollo del conocimiento científico hasta nuestros días radica ñeque éste ha respondido al despliegue de prácticas investigativas que han ido modelando sus propias exigencias de organización racional. La epistemología se ha limitado a dar cuenta de este desarrollo práctico de la razón y a fundamentar, como es el caso de Kant, *a posteriori* una práctica científica ya realizada. Con Marx nos encontramos con un proceso distinto: una racionalidad que no ha llegado a reconocer todavía una plena realización en la investigación concreta, y esto contrasta con la riqueza potencial de su capacidad analítico-sintética que se ha demostrado por sus logros teóricos.

La cuestión reside en constatar si la incorporación de la dialéctica, como forma de organización y construcción del conocimiento, determina una “mutación” en forma de razonar que rompe con el modo clásico de entender la racionalidad científica.

Desde esta perspectiva examinemos el papel de la dialéctica en la construcción teórica de Marx.

Centralidad de la totalidad dialéctica en el análisis de Marx

Exploración en torno al concepto y función de la articulación en que Marx escribiera *La introducción de 1857* a la *Grundrisse*.

La globalidad y sistematicidad de su enfoque obedece a la idea hegeliana de que “la verdad es lo completo” que se proyecta en dos líneas de argumentación: la totalidad dialéctica como “añadido” a la fundamentación empírica o teórica de los hechos, y el sistema teórico que responda a esta exigencia de totalidad.

La elaboración dialéctica, o “método de elaboración” del que habla Marx es, a juicio de Sacristán, “algo que se añade a un conocimiento ya fundamentado [...] una fundamentación o validación añadida a lo normal”,³⁰⁴ y constituye una articulación que, inspirada en el método de desarrollo hegeliano, está enriquecida por la incorporación de “los métodos científicos positivos” para determinar los datos y establecer su vinculación positiva. Pero una vez establecidos los hechos y asegurada su interconexión, mediante la articulación dialéctica, se pretende “presentar los hechos reflejando su vida”. De esta manera, la articulación dialéctica sirve de fundamento epistemológico y de globalidad sistemática. Siguiendo a Sacristán, “lo mejor que la epistemología de Marx debe a la de Hegel es su elaboración de la sentencia del filósofo: la verdad es lo completo”.³⁰⁵

En el pensamiento de Marx, la totalidad influye sobre el carácter que asume el sistema teórico. A pesar de que numerosos autores han apreciado el carácter sistemático de la obra de este pensador, no se trata de un sistema estructurado en torno a un

304 Manuel Sacristán, *op. cit.*, p. 74.

305 *Ibid.*, p. 79.

núcleo teórico “en el sentido científico positivo formalizado o formalizable”, sino, más bien, de una visión histórica y práctica “cuya unión con el núcleo teórico, en sentido estricto, origina un producto intelectual que no es completamente ciencia positiva, aunque, al mismo tiempo intenta no ser especulación”.³⁰⁶

El carácter epistemológico de la teorización marxiana obliga a insertar “al núcleo teórico” un horizonte histórico más vasto que lo estrictamente formal de un sistema; de lo que se desprende que es necesario organizar un razonamiento que sea abierto a la realidad dando lugar a lo que Zeleny ha llamado “ciencia abierta por principio, nunca terminada” o “ciencia crítico-positiva”.³⁰⁷ Idea que es congruente con la necesidad de fundamentar el conocimiento en “la noción de desarrollo” que es transformada en “el centro de la metodología de Marx”.³⁰⁸

Esta expresión refleja la convicción de “que la argumentación acerca de algo no debe ser una cadena de razonamiento indiferente a la cosa, sino que ha de consistir en la exposición de despliegue de la cosa misma”. Planteamiento que no se puede desligar de la idea de una exigencia de objetividad determinada por la necesidad de atenerse a ese despliegue, que excede los límites teórico-formales de cualquier sistema conceptual en la medida en que rompe con ellos debido a una exigencia gnoseológica que no se deriva del sistema.

Esto ha llevado a pensar en las “demasiás” de la ciencia marxista y a justificar que se le califique con conceptos como visión, si se sigue a Schumpeter, o paradigma, de acuerdo con Kuhn.

En efecto, si la noción de ciencia de Marx “procede de la epistemología hegeliana de globalidad”, tiene lugar en su interior

306 *Ibid.*, p. 81.

307 *Ibid.*, p. 82.

308 Jindrich Zeleny, *La estructura lógica de “El Capital” de Marx*, Barcelona, Grijalbo, 1974, p. 302.

una tensión entre la “estrechez de punto de vista científico en comparación con el objeto de la dialéctica”.³⁰⁹ Tensión que lleva a cuestionar si la dialéctica es un método o si es una actitud; pero, además, a plantear el problema del estatus de la totalidad concreta como teoría o como epistemología.

En el equívoco de confundir una metodología con una actitud y una teoría con una epistemología subyace la exigencia gnoseológica de tener que organizar el razonamiento, de manera que se pueda basar la construcción del conocimiento en una exigencia de objetividad antes que en un concepto antológicamente cerrado, ya que el despliegue de la cosa no puede ser concebido aisladamente del contexto en que se inserta y especifica.

En este sentido, Marx ha afirmado que “no existe la producción en general”, por lo que “tampoco existe una producción general. La producción es siempre una rama particular de la producción (por ejemplo, la agricultura, la manufactura, etc.), o bien es una totalidad...”, razón por la cual no hay una “universal” producción y la producción es siempre concreta. De esto se desprende que la relación entre universal y particular puede revestir tanto el modo de especificación creciente del contenido del universal, como el modo de la reconstrucción de la totalidad a partir de un elemento tomado como base. De esta manera, lo concreto o es un particular o una totalidad.

Si tomamos lo concreto como particular, significa que lo pensamos morfológicamente, sujeto a un enfoque descriptivo o, en el mejor de los casos, a uno de carácter genético-disciplinario. Si, por el contrario, se adopta lo concreto como totalidad, significa que éste es una construcción según una exigencia descriptivo-totalizante a partir de algunos elementos particulares.

309 Manuel Sacristán, *op. cit.*, p. 65.

Cuando, en La introducción de 1857, Marx se refiere a la producción, la distribución, el intercambio y el consumo como “diferenciaciones dentro de una unidad” piensa estas diferenciaciones internas de la articulación como momentos, al igual que como niveles estructurales.

En tanto momentos, las diferenciaciones aluden al despliegue temporal de la articulación más que a procesos estructurales de funcionamiento en un tiempo dado. Así, la producción, consumo, cambio y distribución devienen “fases” del proceso económico general, que lo van especificando en su desenvolvimiento a partir de dinámicas particulares que conforman la dinámica total.

Si, en cambio, los consideramos como niveles o cortes estructurales, apuntaremos hacia algo diferente ya que los niveles se refieren a la ubicación que cada proceso reconoce en el interior del proceso económico total en un momento dado, entendido como una totalidad jerarquizada en función de un recorte histórico particular.

Al cumplir cada uno de estos enfoques funciones específicas para comprender la transformación que experimenta el conjunto orgánico entre los planos de “nivel” y “momento”, se establece una relación recíproca que determina el carácter orgánico de la totalidad. La articulación entre momentos y niveles conforma una totalidad dinámica, cuya aprehensión requiere que se abarquen las múltiples posibilidades que se contienen en un estado determinado de la totalidad, conformado por el modo particular de relación entre tales niveles y momentos.

Efectivamente, las dimensiones constitutivas de una totalidad determinan simultáneamente su estructura y su transformabilidad potencial. Esta postura obliga a concebir la realidad como procesos de estructuración en vez de pensarla como un conjunto de estructuras dadas. En el primer caso, las diferenciaciones de

la articulación (ya sea que se las entienda como niveles o como momentos) cumplen el papel de ser mecanismos de estructuración de la totalidad, abiertos a su propia transformación; en cambio, si, de acuerdo con la segunda acepción, pensamos los fenómenos en forma estática, los mecanismos de conservación tienen la función de mantener la identidad del fenómeno por sobre el movimiento de su especificación, lo que equivaldría a su descalificación como realidad y su reducción a una ficción conceptual.

De lo expuesto se desprende que, para el desarrollo de una forma racional dialéctica, es necesario reconocer como punto inicial la construcción de la realidad como objeto, en el marco de exigencias epistemológicas definidas por las articulaciones entre momentos y niveles. En este marco tienen lugar dos grandes grupos de contradicciones: las contradicciones de niveles y las de momento. La importancia de distinguir entre estos tipos de contradicciones reside en que los niveles nos permiten comprender la totalidad como “articulación dada”, mientras que los momentos están referidos a la forma en como se transforma la totalidad articulada.

Así, volviendo a *La introducción de 1857*, vemos cómo se establece una relación dinámica entre niveles y momentos. Los momentos forman parte de la dialéctica negación-superación del proceso real como unidad de determinaciones; mientras que el nivel (por ejemplo: relaciones de producción, esfera política e institucional) se refiere a los planos de realidad que concretan la totalización. Por eso los niveles reconocen una diferenciación que (por contraste con la idea de momento que queda supeditada al tipo de dialéctica negación-superación), se fundamenta en la totalización que, al tener lugar en el corte vertical del presente, conjuga de la totalidad tanto su “articulación dada” como su transformación posible. Esto último implica hablar de una dialéctica entre niveles que está abierta a los

momentos que son propios de cada uno de ellos. Tal afirmación nos lleva a la conclusión de que si la captación de la realidad se organiza con base en una totalidad que contiene una potencialidad de movimiento, entonces los mecanismos dinamizadores (tales como la contradicción) quedan incluidos en la totalidad como formas particulares de su dinamismo transformador.

El uso de la totalidad como categoría del razonamiento

El examen detenido del texto de *La introducción de 1857* nos permite también distinguir algunos usos diferentes de la totalidad como categoría.

Cuando se plantea la relación general de la producción con la distribución, el cambio y el consumo, la totalidad cumple la función de articulación entre procesos económicos particulares. Y si bien la unidad de éstos no se consume, eso no invalida el razonamiento dialéctico ya que el objeto de éste es una construcción lógica cuyo hilo conductor es determinar las conexiones reales, sus rupturas (el porqué de ellas), además del establecimiento de nuevas conexiones (y el porqué de las mismas) entre los elementos que históricamente se suponen incorporados a una totalidad, en ese momento fragmentada. La relación que se establece entre los elementos, al constituir una unidad en un momento dado del desarrollo histórico, implica la posibilidad de que en el ciclo del tiempo esta misma relación sea incluida en otras relaciones más comprensivas; o bien, que los elementos relacionados orgánicamente redefinan esta relación al incluir otros elementos.³¹⁰

310 “La producción es también inmediatamente consumo [...] El acto de producción es también en todos sus momentos un acto de consumo. Esta identidad de la producción y del consumo remite a la proposición de Spinoza: *determinatio est negatio*”.

Determinar es negar. Pero si negar es excluir en función de un carácter esencial (esto es, de una identidad que supone captar a la naturaleza sin entrar en ningún juego de relaciones), entonces, la determinación es un *a priori* que puede superarse sólo en la medida en que la determinación sea el resultado de un conjunto de relaciones; esto es, entenderlas en el marco de una aprehensión que se mueva desde la complejidad máxima de interrelaciones hasta aquello que es el contenido específico. Por contenido específico entendemos tanto la determinación negada como la delimitación que niega.

De ahí que lo específico debe ser capaz de ser utilizado para reconstruir la red de relaciones (las mismas u otras que sirvieron de punto de partida), por lo que afirmar es negar. Sin embargo, negar no es afirmar, a menos que en la afirmación con base en un razonamiento totalizador, respecto de lo existente o presente, incluyamos el vasto campo de las potencialidades. Este razonamiento totalizador, en el marco de *La introducción de 1857*, significa lo siguiente: *a)* relacionar elementos complementarios, por ejemplo, consumo productivo y producción; *b)* identificar los elementos excluyentes: por ejemplo, consumo entendido como el “opuesto aniquilador de la producción”, y *c)* establecer la unidad de transformación de los opuestos.

Marx parte del aviso de que la “determinación del consumo productivo ha sido establecida sólo para separar el consumo identificado con la producción del consumo propiamente dicho, concebido, por el contrario, como el opuesto aniquilador de la producción”. Después de separar consumo productivo de consumo propiamente tal, agrega: “igualmente el consumo es de manera inmediata producción”, para determinar así el concepto de “reproducción consumidora”, sólo que “esta producción idéntica al consumo es una segunda producción. En la primera, el producto

se objetivaba; en la segunda, la cosa creada por él se personificaba”. Para concluir que la producción y el consumo son “cada uno inmediatamente su opuesto”, mientras que “al mismo tiempo tiene lugar un momento mediador entre los dos...”.

El razonamiento anterior corresponde a un movimiento de identificación mediada porque se refiere a la unidad de los opuestos (producción-consumo), y esta unidad sólo puede darse por medio de una mediación que se refiere a la posibilidad de transformación recíproca. Tomemos como ejemplo el siguiente párrafo:

La producción es mediadora del consumo, cuyos materiales crea y sin los cuales a ésta le faltaría el objeto. Pero el consumo es también mediador de la producción, en cuanto crea para los productos el sujeto para el cual ellos son productos.

Esta transformación recíproca, sin embargo, puede ser puramente potencial. Carácter potencial que no le quita realidad. Así es como Marx pone el ejemplo de una vía férrea “no transitada, que no se usa y que por lo tanto no se consume”, porque lo que es una vía férrea potencial. Por el contrario, esta realidad-potencial puede asumir muchos contenidos. En efecto, si el contenido de una realidad está determinado por la “interacción” entre dos o más elementos, una vía férrea que no se usa no alcanza su *finish* en el consumo, pero en cambio puede revestir otros contenidos, como estar mal construida o haber sido concebida en forma que su uso haga subir en exceso los costos de transporte, o que el volumen de productos posibles de transportarse no sea suficiente para justificar su uso en términos económicos, etc.

La identificación mediada, que resulta de la transformación de un opuesto en otro, se corresponde con una serie de transformaciones intermedias que son las que hacen posible conceptualizar la unidad de los opuestos en dos momentos por lo menos: el momento de la totalización que permite que los elementos sean parte de una misma totalidad, y el momento de la transformación de uno en el otro.

Marx señala que “uno es inmediatamente el otro”, pero “al mismo tiempo tiene lugar un movimiento mediador”; es decir, que la unidad dialéctica de los opuestos se produce fundamentalmente por esa mediación, lo que implica que el proceso de relación entre los opuestos sea el resultado de una dinámica de totalización, que contiene la serie de transformaciones intermedias que pueden determinar que la transformación entre los elementos tome una dirección u otra. *La mediación se refiere, precisamente, al movimiento de la totalización*; en otras palabras, al momento de lo “indeterminado” de la dirección que tome el desarrollo y no a la unidad ya cristalizada.

Por eso se puede pensar que la mediación es el ámbito propio del análisis político, en cuanto éste plantea dichas mediaciones como objetos, ya que la exigencia epistemológica del análisis político es el proceso mismo de totalización y no la totalidad cristalizada o dada. Carácter que puede descubrirse en el caso de la crítica que desarrollo Marx al procedimiento analítico de la economía burguesa.

Krahl, en su comentario a *La introducción de 1857*, observa que “el procedimiento analítico de la economía burguesa ha fragmentado analíticamente en sus elementos a la abstracta totalidad de la formación social. Marx procede a reconstruir esa totalidad como universal concreto”.³¹¹ Pero esta reconstrucción, a partir de

311 Hans Jürgen Krahl, “*La introducción de 1857 de Marx*”, en *Introducción general a la crítica de la economía política y otros escritos*, México, Siglo XXI, 1974, p. 15, Pasado y Presente, 1.

abstracciones simples, supone transformar la totalidad ideológica en un objeto complejo-articulado de niveles; lo que plantea en forma explícita un método capaz de recuperar lo real como proceso concreto.

Lo que es posible con apoyo en un concepto de realidad como “totalidad orgánica”, o bien como afirma Luporini, tomando en cuenta que la realidad es “el organismo social que es siempre la totalidad estructurada y sincrónica de su conjunto”.

En esta dirección, puede decirse que el carácter de *reale Basis* de la estructura económica indica sólo el *versus* que torna inteligible la estructura del conjunto, pero el dinamismo del conjunto, aunque depende principalmente del dinamismo económico, no se agota en el mismo. El propio Marx afirma que “la dialéctica de los conceptos de fuerza productiva (medios de producción) y de relaciones de producción es una dialéctica cuyos límites hay que definir y que no suprimen las diferencias reales”.

A partir de esta discusión general puede concluirse: 1) las funciones que cumplen la totalidad son organizar una forma de razonamiento crítico que permita romper o traspasar la apariencia de los fenómenos. Desde la perspectiva de la totalidad, la apariencia es un nivel de la realidad que *no* está analizado en su articulación; así como, *a contrario sensu*, lo real es un nivel de la realidad analizado en su articulación; y 2) la categoría de la totalidad está claramente referida a la idea de movimiento, sin referirse a la estructura dinámica particular que pueda asumir el movimiento (que es lo propio de la contradicción). Por eso, la totalidad contribuye a delimitar el movimiento real para facilitar su aprehensión como objeto particular; de ahí que se vincule con la idea de la realidad como exterioridad-mutable, por lo que, sin incurrir necesariamente

en afirmaciones acerca de su estructura, cumple la función de una exigencia epistemológica para construir el conocimiento objetivo.

Lo anterior significa distinguir dos aspectos en la discusión sobre la totalidad: *a)* la totalidad como recurso metodológico, que sirve para fundamentar la crítica de la economía política (como puede apreciarse en *La introducción de 1857* y en *El Capital*); y *b)* la totalidad como enfoque epistemológico de la realidad, que exige concebirla como un complejo de niveles con sus propios requerimientos para su captación racional, y que principalmente son: tomar en cuenta la complejidad tempoespacial de los procesos reales, en forma de no reducir la articulación a parámetros homogéneos y no identificar la totalidad con una estructura de determinaciones, esto es, con un modelo teórico.³¹²

En suma, la totalidad es la articulación dinámica de los procesos reales caracterizada por sus dinamismos, ritmos temporales y despliegues espaciales, y esta articulación puede concretarse en diferentes recortes del desarrollo histórico.

Otros enfoques sobre el problema de la totalidad

Muchos autores han insistido en que la significación específica de los conceptos se alcanza en la medida ñeque somos capaces de incluirlos en “una totalidad dinámica más vasta que permite concretarlos”.³¹³ En este mismo sentido, se observa, en el caso de la economía por ejemplo, que es necesaria la “integración del

312 Hemos avanzado algunas ideas a este respecto en un trabajo anterior; cfr. Hugo Zemelman, *Historia y política en el conocimiento*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1983, Serie Estudios, 71.

313 Lucien Goldman, “Epistemología de la sociología”, en Jean Piaget *et al.*, *Epistemología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Proteo, 1972.

hecho económico dentro de un contexto siempre más complejo que relacione la economía política con las demás ciencias del hombre”.³¹⁴ Sin embargo, es pertinente aclarar que esta integración exige estar fundada en una forma de razonamiento distinta al puramente analítico, a menos que aceptemos que tal integración es de objetos, o sea a partir de modelos que relacionen teóricamente diferentes esferas de la realidad. A este respecto Levi-Strauss señala la necesidad de sustituir modelos lineales por las “formas espirales”, por medio de una razón dialéctica que es “algo más que la razón analítica”; un añadido que consiste precisamente en esta sustitución de modelos lineales, que Piaget emparenta de cerca los círculos genéticos. En esta dirección, Piaget habla de una “actitud relacional”,³¹⁵ que puede corresponderse como actitud intelectual con aquel cambio que puede rastrearse desde la revolución científica del siglo XVII con Galileo, en cuanto reemplazo de la idea de propiedad (sustantiva) por la de relación que, como el mismo Piaget afirma, lleva a “imponer al todo como más importante” que cada elementos por sí mismo “aisladamente considerado”.

En Piaget, esta idea de “todo” está asociada estrechamente con el concepto de estructura; más aún, la totalidad deviene en una propiedad de la estructura. “Una estructura comprende los tres caracteres de totalidad, transformación y auto-regulación”; características que permiten que una estructura “se base por sí misma y no necesite, para ser captada, recurrir a todo tipo de elementos a su naturaleza”.³¹⁶ Pero la estructura requiere además “poder dar lugar a una formulación”.

En este marco debemos decir que la totalidad no es sólo la oposición a una concepción atomista de la realidad, sino que

314 Gilles-Gaston Granger, “Epistemología económica”, en Jean Piaget, *Ibid.*

315 Jean Piaget, *El estructuralismo*, Buenos Aires, Proteo, 1968, p. 107.

316 *Ibid.*, p. 13.

es la oposición a la reducción de la realidad en cualquier sistema. La totalidad (al no ser un objeto ni una estructura racional que da cuenta de un comportamiento regular de la realidad) constituye una forma particular de definir la exigencia de objetividad. Por esto, implica una lógica para organizar el pensamiento en la forma de un movimiento analítico-sintético.

Ahora bien, el planteamiento de la totalidad como lógica de razonamiento contiene el peligro de concebirla como una modalidad de inferencia-deductiva. En este sentido, la totalidad no alude a un razonamiento que sirva para formular derivaciones, sino, a la inversa, para determinar inclusiones que faciliten un proceso creciente de especificación; o sea, dar el paso del universal a la delimitación de un observable, que constituye el marco en el cual poder reconocer la especificidad de aquél o, dicho de otra forma, la totalidad refiere a un procedimiento para construir un objeto y no para obtener conclusiones necesarias a partir de ciertas premisas. De ahí que no se pueda establecer ninguna relación entre totalidad y sistemas axiomáticos no formalizados. Esta aclaración sobre la naturaleza de la totalidad también es pertinente cuando nos encontramos abocados a lo que Piaget llama “totalidades emergentes”, desde las cuales se pretende explicar toda suerte de hechos y situaciones por particulares que sean. Nos referimos a la tendencia a “formular sin más rodeos las totalidades desde el comienzo mismo”, procedimiento que se orienta a invertir el proceso normal de “pasar de lo simple a lo complejo”; por ejemplo, explicar el hombre por la humanidad (Comte), o considerar el todo social como surgido de la reunión de los individuos (Durkheim).³¹⁷

La totalidad entendida como lógica de inclusión de niveles, plantea la cuestión de la superación de los condicionamientos del razonamiento, y esto supone una constante ruptura de los modelos

teóricos e implica, en el plano epistemológico, la transformación de los parámetros, ya que éstos devienen en condiciones lógico-epistemológicas de apertura o de cierre hacia la realidad o, como diría Hanson, hacia ésta “tal cual”.

El cuestionamiento de los parámetros con base en esta exigencia de inclusión de niveles de la realidad puede reconocer cierta afinidad con la afirmación de este autor acerca de que “los triunfos de la física contemporánea consisten en descubrir que un parámetro puede ser considerado como una función de algún otro”.³¹⁸ En efecto, la totalidad concebida desde esta perspectiva cumple la función crítica de avanzar más allá de las configuraciones teóricas. No podemos olvidar a este respecto el tenaz empeño de Popper por buscar la científicidad por medio de su constante crítica; pero que, al no poder liberarse del marco de las exigencias lógico-epistemológicas de la prueba, lo conduce por un camino que empobrece la potencia gnoseológica de la crítica, de forma que su conclusión última es una formulación bastante vacía: su idea de progresar mediante el ensayo y el error.

Si vinculamos este planteamiento con la aseveración de Hanson de que el objetivo de la ciencia es “minimizar de un modo sistemático y seguro el área de divergencia y disparidad que haya entre los fenómenos originales y el modelo teórico”, tendríamos que concluir que “en último extremo, la ciencia articularía los fenómenos tal cual, sin modelo y demás juguetitos”.³¹⁹ En esta línea argumental el modelo se transforma en un instrumento de construcción del objeto y, en consecuencia, de la propia relación de conocimiento con la realidad. Sin embargo, para conseguir esto, antes que emplear términos teóricos “cuyo significado se especifique por medio de

318 *Ibíd.*, p. 13.

319 Norwood Russell Hanson, *Patrones de descubrimiento. Observación y explicación*, Madrid, Alianza, 1977, p. 188.

expresiones que ya están comprendidas y que se pueden emplear sin referencia a la teoría”,³²⁰ habría que trabajar con términos sin una carga teórica tan decisiva; esto es, con lo que Hempel denominara “términos preteóricos” y Hanson “protohipótesis”.

En este marco los términos cumplen la función epistemológica de determinar recortes de observación sin precipitar afirmaciones de contenido o propiedad. Por ejemplo, si tomamos como base la idea de protohipótesis, su función es “contrastar nuestra capacidad para delinear ámbitos de conjetura plausible”; sin embargo, desde el punto de vista de la totalidad, tales “ámbitos” son el producto de una forma de razonamiento capaz de reconocer la realidad como problema, sin restringirse a los límites de una determinada configuración teórica.

La plausibilidad de las conjeturas (que no se puede circunscribir a lo que es posible esperar desde ciertos *corpus* teóricos) consiste en que pueden reflejar un ángulo de apertura hacia la objetividad. En este sentido, la totalidad es un procedimiento para construir “protohipótesis” que sirvan de base para formular conjeturas por encima de las demarcaciones teóricas preestablecidas.

Por lo tanto, no se trata solamente de la capacidad de plantear conjeturas con fundamentos teóricos, sino de ajustar el razonamiento a la realidad; esto es, pensar o teorizar en función de una exigencia de historicidad. En este punto el conocimiento social ofrece rasgos particulares, ya que en él la “determinación histórica” del razonamiento es la primera fase del descubrimiento de la verdad. Empero, la verdad al estar condicionada por la relación de conocimiento, supone que la construcción de esta última tenga que romper con los condicionantes del razonamiento que tienden a

320 *Ibid.*, p. 61.

su enajenación o, lo que es peor, a su cosificación, en el sentido del *fixum* de Bloch.

Es evidente que en este contexto la totalidad tiene que enfatizar lo epistemológico sobre lo lógico del lenguaje; es decir, que el lenguaje quede sometido a la forma del razonamiento; lo que se relaciona con el uso de enunciados no predicativos, ya que éstos impiden el cierre “formal” del pensamiento en un sistema teórico explicativo. Como se ha dicho, “el científico que use modelos en sus reflexiones debe permanecer siempre alerta frente a la posibilidad de que sus cuestiones sean únicamente inspiradas por las propiedades del modelo, no teniendo nada que ver con la materia misma”,³²¹ es decir, debe guiarse por la idea de una ciencia “indefinidamente abierta”, lo que equivale a la liberación de la forma del razonamiento de los condicionantes teóricos, del lenguaje y de los propios instrumentos de observación. Piaget ya ha señalado que “una cosa es el razonamiento y otra los procedimientos de observación y sobre todo de verificación”,³²² mismos que deben comprenderse y desarrollarse en función de la forma de razonamiento, al igual que se ha señalado para el caso del lenguaje, y la forma del razonamiento apunta a la capacidad de observar la realidad. Esto refuerza aquella orientación subrayada por Hanson en su reflexión acerca de la filosofía natural, que lo lleva a afirmar que ésta más que descubrir nuevos hechos, debe procurar descubrir nuevas forma de pensar.³²³ Desde esta perspectiva se plantea una crítica al lenguaje ya que siempre “existe un factor lingüístico en la visión”, pero esta crítica a su vez implica una relación dialéctica entre aprender a ver la realidad y enriquecer el lenguaje en cuyo interior “es necesario

321 Karl G. Hempel, *Filosofía de la ciencia natural*, Madrid, Alianza, 1978, p. 131.

322 Norwood Russell Hanson, *op. cit.*, p. 161.

323 Jean Piaget, *Epistemología de las ciencias humanas*, *op. cit.*, p. 54.

hacer la distinción si queremos hacerlo conceptualmente”,³²⁴ con base en la premisa de que “raramente puede observar un hombre lo que todavía no existe como probabilidad conceptual”.³²⁵ Todas estas afirmaciones descansan en el supuesto de que “si no existiera este elemento lingüístico, nada de lo que hubiésemos observado tendría relevancia para nuestro conocimiento”.³²⁶

La contribución de la totalidad consiste en que, si el conocimiento “se encuentra normalmente fijado en el lenguaje”,³²⁷ permite reenfocar la relación entre racionalidad y lenguaje científico con base en una exigencia de inclusividad que rompa con los ámbitos demarcados por este lenguaje. Tal planteamiento da preeminencia a las condiciones de hecho —relativas a los aportes del objeto a los sujetos—, sobre las condiciones de validez formal del conocimiento.³²⁸ Por esto nosotros creemos que sin negar que el porvenir de la epistemología “debe situarse en la investigación interdisciplinaria especializada” (en cuanto aportes al esclarecimiento de la construcción de las estructuras cognoscitivas), debemos rescatar la reflexión epistemológica-normativa que sea capaz de definir lo posible de ser investigado fuera de los marcos de la teoría.

La totalidad permite distinguir entre construcción de la verdad y los caminos que conducen hacia la problemática de la verdad (que son los propios de la objetividad que se considera en el objeto construido); esto es, entre el objeto y la forma de construir el objeto. Cuando la epistemología genética afirma que “la verdad solo se obtiene por deducción, pero con ayuda de algoritmos precisos o por experiencias, con ayuda de controles precisos”,³²⁹ quiere significar

324 Norwood Russell Hanson, *op. cit.*, p. 112.

325 *Ibid.*, p. 118.

326 *Ibid.*, p. 310.

327 *Ibid.*, p. 106.

328 Manuel Sacristán, *Introducción a la lógica y al análisis formal*, Barcelona, Ariel, 1943, p. 17.

329 Jean Piaget, *Naturaleza y métodos de la epistemología*, Buenos

que basta con estos métodos para dar cuenta de la objetividad, ya existente por sí misma, sin la necesidad de la debida construcción del objeto. Sin embargo, el problema se complica cuando pensamos en la relación sujeto-objeto desde el marco del sujeto concreto, real, del yo pensante como individualidad históricamente determinada.³³⁰

Cabe discutir a este respecto la relación posible de establecerse entre articulación y paradigma, aunque es preciso trascender la interpretación kuhniana de una sociología del conocimiento, de manera que se pueda abordar el problema de la inercia de la razón, o el de su rigidez. En consecuencia, lo que importa es enfatizar el tema de la creatividad intelectual como problema lógico y no sólo sociocultural; es decir, tratar de responder a la cuestión de si es posible o no establecer formas racionales que rompan con la inercia y cosificación de la razón científica.

Por esto, a la función del paradigma se opone la función de la crítica, pero esto no significa limitarse al registro genético del proceso del pensamiento como fenómeno de la naturaleza humana. El pensamiento tiene una posibilidad de autonomía, incluso respecto de sus propias condiciones materiales, como ya el mismo Marx apuntaba. Posibilidad de autonomía que descansa en la lógica de su movimiento interno y que ha sido objeto de preocupación de la epistemología desde Kant y Hegel, en sus diferentes formulaciones sobre la dialéctica como libertad fundante del razonamiento objetivo.

El problema es poder organizar formas de razonamiento abiertas hacia “lo real” y que sean “críticas” de sus propios

Aires, Proteo, 1970, pp. 17-18.

330 Recordemos la advertencia de Hanson de que los problemas del científico están “únicamente inspirados por las propiedades del modelo que use”, lo que replantea la conveniencia de profundizar en esta relación sujeto-objeto. En este sentido, la totalidad, al exigir a esta relación un contenido en función de una exigencia problemática, rompe con los condicionamientos tanto del lenguaje como de la teoría.

condicionantes; para lo cual, lo real, en tanto indeterminado, no es un objeto sino una exigencia de objetividad, de apertura de lo racionalmente determinado hacia lo indeterminado, y esta apertura requiere alguna forma de organización racional que, consideramos, es la totalidad.

Por lo tanto, la transformación de los modelos teóricos por medio de un distanciamiento respecto de ellos —es decir, de su crítica— es función propia de una forma de razonamiento que reconoce como característica suya la idea de que la objetividad está constituida por niveles articulados, cuya inclusión obliga a romper no sólo con la conformación empírica, sino con las determinaciones de ámbitos de realidad, tal como son recordados por las visiones teóricas.

Esta exigencia de objetividad se puede conceptualizar como una indeterminación que rompe el límite de las determinaciones mediante el mecanismo de la problematización, y constituye un rescate de la dialéctica, no ya como especulación filosófica desvinculada de la práctica de investigación, sino como corriente metodológica (en proceso de desarrollo), pues no se puede limitar más la concepción de la dialéctica a una toma de conciencia de los “métodos de interpretación empleados de hecho en algunas investigaciones”.³³¹

Por otra parte, es preciso reconocer que, salvo algunas excepciones, la dialéctica de inspiración materialista no ha podido precisar sus métodos ni delimitar sus problemas de manera congruente con sus fundamentos filosóficos, y que su desarrollo ha sido básicamente exegético (en la mejor tradición de los jóvenes hegelianos), con poca o ninguna relación con los campos de la realidad concreta, lo que ha impedido que madure una epistemología

331 Jean Piaget, *Naturaleza y método de la epistemología*, op. cit., p. 24.

dialéctico-materialista. A este respecto es conveniente hacer una distinción entre lo que es una reflexión epistemológica sobre la ciencia, y la epistemología que surge “en el interior mismo de la ciencia”; ya que esta última obedece a la necesidad de responder a las “crisis o conflictos como consecuencia de la marcha interna de las construcciones deductivas”, que lleva a convertir la epistemología de “simple reflexión” en un “instrumento del progreso científico”.³³²

En este contexto, el planteamiento de la totalidad puede considerarse como una alternativa que define una línea de reflexión de grandes potencialidades. Es una constitución racional que permite establecer una base de razonamiento que puede servir para sistematizar una reflexión sobre prácticas investigativas ya cristalizadas, pero también para desarrollar formas de pensar que no necesariamente sean un reflejo de aquéllas.

Consideramos que, en este sentido, la función de la totalidad consiste en impulsar una racionalidad virtual (contenida en la dialéctica) y confrontarla con las exigencias de la práctica de investigación concreta, pero donde esta racionalidad nos abra la posibilidad de caminos alternativos de construcción de conocimiento, no circunscritos a la enseñanza susceptible de desprenderse de las formas anteriores de enfrentar esta tarea.

Desde esta última perspectiva, se puede pensar que la solución a la crisis de las construcciones deductivas sería una forma de organizar el razonamiento con base en la totalidad, que consistiera en poner en evidencia, de manera explícita, articulaciones que van complicando el problema inicial en función de sucesivas inclusiones. Lo que se fundamenta en la idea de reconocer una indeterminación que cumple la función epistemológica de subordinar la jerarquía de determinaciones (causales o no) a la exigencia de la articulación, y

332 Jean Piaget, *Epistemología de las ciencias humanas*, op. cit., p. 92.

que, por lo tanto, cuestiona la función de ordenación teórica. Lo que se emparenta con ese distanciamiento observado por Piaget “que hace posible los progresos en la objetividad”.³³³

Esta forma de razonamiento articulada, en tanto es crítica, contribuye al desarrollo del sujeto cognoscente en la línea planteada por Feyerabend: o bien los “adultos se mantienen aferrados a su mundo perceptivo estable y al sistema conceptual establecido que lo acompaña”, a pesar de poder modificarlo, lo que determina que conserve sus “líneas generales que se han quedado inmobilizadas para siempre”; o bien son “posibles cambios fundamentales... que deberían estimularse a hacer esos cambios con objeto de no quedar excluidos para siempre de lo que pudiera constituir una etapa superior de conocimiento y de conciencia”.³³⁴

La forma de razonamiento crítico se inserta en la segunda opción señalada que supone un desarrollo epistemológico y metodológico que se vincula con problemas aparentemente distantes de la cuestión de construcción del conocimiento, como son la autodeterminación del sujeto y la libertad de la razón.

Este es el marco donde definimos la normatividad crítica de la organización del razonamiento, en oposición a una epistemología descriptiva. El núcleo de este desenvolvimiento epistemológico es el sujeto real-concreto, el individuo actuante y pensante, el hombre histórico y autorreflexivo.

333 Jean Piaget, *Naturaleza y métodos de la epistemología*, op. cit., p. 56.

334 Jean Piaget, *Epistemología de las ciencias humanas*, op. cit., p. 56.

8. El método como actitud ante la realidad

En los capítulos anteriores se ha presentado la problemática de la historicidad atendiendo a dos de sus “dimensiones”, que están íntimamente relacionadas: a) la que se referiría a las implicaciones lógico-epistemológicas de un razonamiento que se enfrenta con las exigencias de incorporar el devenir de la realidad, y b) cómo estas exigencias pueden traducirse en la capacidad para construir una relación de conocimiento abierta a las múltiples posibilidades que pueden contenerse en ese devenir.

Cuestiones las anteriores que se han sintetizado en un ejercicio de apertura, cuyo propósito obedece a la organización del razonamiento para atender a espacios articulados, de manera que la relación gnoseológica constituida pueda mostrar la virtualidad de construcciones posibles. Aun cuando este planteamiento puede

tener diversas lecturas, una que interesa destacar es aquella que propone subordinar los criterios de cientificidad de la verdad al criterio de historicidad, pues se pretende privilegiar la captación de las nuevas articulaciones reales que trascienden las fronteras de las organizaciones teóricas establecidas. Ello significa privilegiar la función epistemológica de las estructuras conceptuales para dar cuenta de la articulabilidad del problema, según la exigencia del complejo histórico del que es parte. Una consecuencia de lo expresado es que el razonamiento se orienta hacia los puntos de activación de la realidad, de conformidad con la opción particular de construcción que se haya elegido.

Lo que decimos asume toda su relevancia cuando se contrasta con el trasfondo de que la mutabilidad de la realidad obliga a trascender los límites conceptuales, con base en una relación de conocimiento que busca abrir dichas estructuras a las exigencias de realidad; por eso se recupera la historicidad como una lógica de descubrimiento fundada en el predominio de la relación de conocimiento. De ahí que las condiciones de validez, en tanto son el marco de funcionamiento de la teoría, quedan supeditadas a los requerimientos planteados por las condiciones de objetividad que privilegian la reconstrucción del problema. En este sentido la realidad de un problema nunca puede concretarse como un producto, sino como una complejidad de modalidades de concreción que no se reducen, para efectos de su apropiación, a ninguna estructura parametral predeterminada. Lo que obliga a establecer como requisito para el planteamiento de cualquier problema el garantizar que se incluya su despliegue tempo-espacial; lo que supone la exigencia de objetividad del razonamiento sobre el juicio y la conclusión. Lo anterior porque la relación de conocimiento se corresponde con la construcción de relaciones inclusivas de mayor

complejidad, que constituye un campo de observación de objetos, pero nunca de un solo objeto particular.

En este marco la lógica de la inclusión responde a la exigencia de objetivación de la razón, en la medida en que cumple la función de facilitar romper con todo ordenamiento parametral, de manera que la apropiación de la realidad se traduzca en la construcción de un objeto con capacidad de articular niveles y momentos que están incluidos en un campo de objetos, lo que implica poder colocar la construcción de lo real en la base de la apropiación.

Es bastante evidente lo que decimos respecto a la historicidad, pero conviene reiterarlo. “El modo de ‘recortar y percibir’ de una ciencia en un época dada no es eterno. Así durante dos siglos el conocimiento ha intentado reducir lo complejo a lo simple, los objetos compuestos a las unidades fundamentales por las que estaban constituidos, y reconocer las leyes que regían estos objetos”.³³⁵ No obstante, se pueden imaginar otros modos de concebir lo real que excluyan el aislamiento del objeto, pues con el desarrollo histórico no sólo han cambiado nociones tales como estabilidad, constancia, regularidad, repetición, sino que, además, como observa el autor citado, el actual concepto de orden “desborda con mucho al antiguo concepto de ley”.³³⁶ La noción de orden puede no ser antinómica con la de singularidad (como en el caso del “orden viviente”), de tal forma que puede romper “con la antigua concepción que decía: no hay más ciencia que de lo general”, ya que desde hoy “el orden va unido a la idea de interacción”. Es lo propio de un razonamiento no-parametral concebido como el distanciamiento respecto de las convenciones que, se ha podido demostrar, rigen su organización.

Lo dicho significa transformar la razón cognoscitiva para trascender dichas convenciones de la ciencia. Por lo mismo,

335 Edgar Morin, *op. cit.*, p. 60.

336 *Ibid.*, p. 100.

se plantea que el sujeto cognoscente tenga que distanciarse tanto respecto de sí mismo como de la realidad, lo que supone pensar *el método como el camino para alcanzar el rescate del proceso constitutivo de lo real, a partir de lo necesario*. La significación de esta premisa reside en que plantea la apertura hacia las modalidades de concreción que puede asumir la relación que se establezca con la realidad, sin restringirse a la modalidad de la explicación.

Si la base del proceso metodológico es la constitución necesaria de la realidad como articulación compleja y dinámica, se plantea, como diría Marx, “el acecho al objeto en su desarrollo”. Por eso, cualquier contenido de un fenómeno tiene que interpretarse y construirse respetando su desenvolvimiento, lo que obliga a considerar lógicamente a todo fenómeno en su necesidad de articulación con lo todavía indeterminado, en cuanto no puede anticiparse la singularidad de su contenido. De ahí que lo necesario, al plasmar esta visión dinámica de la realidad, requiera que la relación que se establezca tenga que ser congruente con este presupuesto, lo que exige examinar la relación como parte de una articulación inacabada, en tanto expresión de lo que está en movimiento. Todo lo cual obliga a tener que someterse a una constante objetivación en el enfrentamiento con la realidad, pues se plantea que toda organización conceptual esté abierta a lo no devenido del problema que se investiga.

Más aún, la objetivación de la realidad se complejiza cuando nos enfrentamos con la necesidad de responder a un desafío de direccionalidades posibles; esto es, cuando afrontamos la necesidad de explicitar el *para qué* construimos el conocimiento. Efectivamente, el *para qué* contribuye a cerrar la relación construida en la medida en que constituye un criterio para la toma de decisiones respecto a

la definición del recorte, a partir del cual se pretenden abordar los dinamismos reales para activarlos.

Por eso podemos sostener que la objetividad se construye con base en la conjugación entre niveles y momentos, conjugación que refleja las diferentes modalidades de concreción de acuerdo con la opción elegida. Lo que plantea que el recorte de observación hecho en el interior de las opciones definidas no olvide el supuesto general de que la realidad empírico-morfológica tiene que resolverse en términos de los niveles y momentos que componen los procesos de la realidad.

Con respecto a las modalidades de concreción que puede asumir la relación de conocimiento, se plantea la posibilidad de estar en presencia de relaciones centradas en la explicación, con base en una realidad dada (como es el caso de objetos teóricos construidos), o bien ante una reconstrucción de la realidad como dada-dándose que refleje la articulación entre niveles de realidad y momentos de ésta; o, más aún, se puede estar ante la situación en que la relación con la realidad esté centrada en el reconocimiento de puntos de activación de ella.

Es evidente que estas dos últimas situaciones plantean explícitamente la vinculación entre el conocimiento (contenido dado) y la transformación (realidad posible), que permite la objetivación del conocimiento y de la conciencia en tanto sean parte de una unidad; esto es, componentes de una relación recíproca donde se produzcan la apertura y el cierre del razonamiento. De ahí que la forma de razonamiento abierta a los cambios de la realidad pueda asumir diferentes modalidades de conformidad con la naturaleza de esos cambios. Sin embargo, hay un rasgo que es común a todas ellas: todas las modalidades apuntan a reflejar las dinámicas constitutivas de la realidad sin perder de vista la idea

de que los cambios son específicos; es decir, son parte de una articulación que no siempre se explicita. Por eso la reconstrucción articulada de la realidad siempre supone tener que resolver las mediaciones que se refieren a las dinámicas constitutivas de esta articulación y a su desenvolvimiento temporal y mediante las cuales tiene lugar la apropiación de la realidad; mediaciones que por lo expresado refieren a la concreción de lo real y, por lo tanto, tienen relevancia para dar cuenta de lo cognoscible, que es propiamente *lo metodológico en tanto proceso de transformación de lo potencial y mutable en contenidos organizados-dados, pero abiertos*. Es decir, que el rasgo centra del método consiste en transformar el movimiento de la realidad, que se expresa en la relación dado-dándose, en contenidos que, referidos a un ámbito acotado de la misma, puedan sugerir además aquello que los trasciende.

Considerar el método como forma de razonamiento y no como un conjunto de reglas plantea que el punto de partida tenga que buscarse en un fortalecimiento de la capacidad para desconcentrarnos frente a la historia, de manera de estar en condiciones de *verla* por encima de las condiciones de índole teórica e ideológica dominantes. En verdad, la capacidad de ver está ausente en muchos científicos. Es posible pensar que la recuperación de esta capacidad esté en el fondo de la crítica de Dilthey a la racionalidad formal, como asimismo en el reclamo que Morin hace sobre el hecho de que “un gran escritor sabe ver porque sabe pensar, y sabe pensar porque sabe ver”; y en su deseo de que “las batas blancas, cuando levanten la nariz de sus retortas, dispusieran de la cualidad perceptiva, descriptiva, analítica de un Proust o de un Musil”, para evitar que la ciencia sea esa “cabeza indagadora que no sabe lo que busca ni lo que la mueve”, pues “conciencia sin ciencia y ciencia sin conciencia son radicalmente mutiladas y mutilantes”.³³⁷

337 *Ibid.*, pp. 15, 26 y 28.

Dilthey ya había reivindicado la necesidad de no perder de vista la unidad de los fenómenos socioculturales, argumentando que categorías como identidad, igualdad, diferencia, no son de utilidad, y proponiendo una nueva perspectiva basada en el concepto de unidad de vida. “La unidad de vida no es un vínculo que se añade a las partes, a la manera en que Leibniz lo proyectó en el mundo como *vinculum substantiale*. No es por lo tanto, un poder unitivo que se agrega a lo que debe unirse. Tampoco es lícito invertir la relación. No es una totalidad previa a las partes, como la que Aristóteles trasladó al mundo orgánico. La unidad de vida significa más bien la inexistencia misma tanto de la unidad simple como de la pluralidad discreta. Una melodía nos dice de la vida más que todas las definiciones de la misma”.³³⁸

338 W. Dilthey, *Crítica de la razón histórica*, Barcelona, Península, 1986, pp. 191-196. La discrepancia con Dilthey está en que, desde nuestra perspectiva, la totalidad es una exigencia del pensamiento: “el pensamiento —dice Dilthey— sólo puede componer una totalidad contando previamente con las partes: la unidad de vida es para él imposible de expresar”. Esta imposibilidad diltheyana es la que pretendemos abordar con base en la forma dialéctica de pensar para la construcción del conocimiento como proceso de inclusión de horizontes de indeterminaciones, en dirección de una especificación creciente; es decir, de síntesis más amplias., lo que supone una ampliación de la conciencia del sujeto. El problema reside en resolver la cuestión de la relación entre sujeto y objeto como diferente de la relación entre vida y cosa, de manera de salir al paso a la afirmación de Adorno cuando plantea que “la totalidad es la no verdad”. En este mismo sentido se plantea la relación entre conciencia teórica y conciencia histórica como manifestaciones de una apropiación de la realidad en totalidad. Por otra parte, el marxismo, tal como lo sostiene J. Hartnack (*Wittgenstein y la filosofía contemporánea*, Barcelona, Ariel, 1977, p. 15), “concebido como unidad consciente de una teoría, una crítica y una práctica”, puede, a pesar de todo, hablar (en su caso) de “visión del mundo sobre bases científicas, en la medida en que esos criterios últimos [...] que rigen el aserto teleológico se nutren [...] del conocimiento científico de la realidad”. Como señala por su parte Manuel Sacristán (“Tres lecciones sobre la universidad y la división del trabajo”, en J. Hartnack, *op. cit.*, p. 16), “lo peculiar del marxismo es contribuir a la milenaria lucha contra el mal social sirviéndose del pensar científico, intentando basar la lucha en conocimientos adquiridos con la cautela analítica de la ciencia antes de integrarlo en la totalización de la perspectiva revolucionaria”.

La reivindicación de una visión global de la realidad, sin embargo, no debe confundirse con la aspiración a una teoría general, pues de lo que se trata es de asumir una actitud frente a ella que no se pierda en el fragmento ni en el momento, así como de distanciarse respecto de las condiciones teóricas e ideológicas, lo que significa cuestionar el pensar desde los contenidos sabidos; es decir, abordar la construcción de un ángulo de lectura de la realidad que no quede enmarcado en el plano definido por el conocimiento ya organizado. De esta manera se pretende recuperar una actitud frente a la realidad que no se restrinja a una simple función cognitiva, pues colocarse ante la realidad conforma una toma de conciencia que no se reduce al esfuerzo de explicación. Con esto se plantea un desafío a la racionalidad formal de la ciencia (para utilizar la expresión que Dilthey emplea para referirse a la tendencia racional que se asocia con la orientación kantiana), como el neopositivismo y los diferentes tipos de estructuralismo, pues en la construcción de la relación de conocimiento se incluye tanto la función cognitiva como la conciencia en la plenitud de sus funciones gnoseológicas.

Los contenidos

Si la especificidad del fenómeno se encuentra en la articulación entre niveles y momentos, lo que plantea la necesidad de incluirlos, tenemos que enfrentar la dificultad de cerrar el ejercicio de apertura mediante contenidos que tengan como requisito responder a las múltiples posibilidades en que se expresa lo indeterminado; esto es, contenidos abiertos a las distintas modalidades de historicidad. En este sentido destacamos dos supuestos epistemológicos, pero ubicados ahora en el marco del cierre del razonamiento, que es lo propiamente metodológico: *a)* el contenido según la existencia del

movimiento tiene la función de resolver la necesidad de rompimiento de lo dado; es decir, dar cuenta de aquello que escapa al margen del parámetro que se traspasa, por lo tanto, de abrir el razonamiento a realidades más allá de los límites que fijan las condiciones de validez de la teoría, y *b*) el contenido según la exigencia de la articulación da cuenta de la necesidad de articulabilidad de niveles y momentos con base en la lógica de inclusiones crecientes, de tal manera que resuelva la especificidad del fenómeno en su despliegue.

En efecto, los contenidos teóricos están subordinados a la naturaleza de la relación de conocimiento en razón de ser ésta el ángulo de lectura de la realidad en cuyo marco tiene lugar la construcción teórica y, en consecuencia, porque problematiza la relación entre sujeto y objeto. Como dice Prigogine, “tanto en ciencias físicas como, a Fortiori, en las ciencias humanas, ya no es admisible la idea de realidad como algo dado”; de ahí que son muchos los autores que plantean que el conocimiento “es una serie de construcciones y no una relación pasiva de adquisición de algo dado”.³³⁹ Por eso, los contenidos han de reflejar tanto una cierta organización teórica como el ángulo de lectura que le sirve de apoyo y que está definido por la relación de conocimiento.

En la medida en que los contenidos dependen tanto del ángulo de lectura como de su organización teórica, debemos replantear la cuestión de su continuidad y discontinuidad desde esta doble perspectiva. Es decir, si el marco de la relación de conocimiento se plantea con base en la apertura, significa entonces que enfrentamos un campo de realidad cuya apropiación implica contenidos determinables, los cuales no son prefigurables ya que deben responder a las distintas modalidades de concreción que puede asumir la realidad, y, en consecuencia, que deben reflejarse

339 Prigogine, *Tal sólo una ilusión. Una explicación del caos al orden*, Barcelona, Tusquets, 1983, p. 4.

en la construcción conceptual. Desde luego, cabe señalar que en ningún caso se trata de pensar solamente en contenidos susceptibles de establecerse por vía de la lógica de determinaciones, pues lo central en la apropiación reside en que los contenidos deben expresar la dinámica constitutiva de la realidad. Así u vez ésta tendría que traducirse en contenidos no limitados a ser función de determinados parámetros, por cuanto su especificidad está referida a un campo problemático y no a objetos particulares, lo cual nos coloca fuera de los marcos conceptuales de naturaleza teórica; de ahí que el campo problemático cumpla la función de ser un criterio de lectura que contribuye a contextualizar el recorte de realidad que interesa en función de una relación de conocimiento. Lo anterior es una condición necesaria para resolver los desafíos que plantea cualquier problema, a saber: reconocer su movimiento en un momento que obliga a tener que abordar el requerimiento de especificidad, según está definido por la articulación entre nivel y momento, y entre momento y secuencia.

Por consiguiente, la complejidad a que apunta la relación de conocimiento se manifiesta en tener que buscar tanto una solución a la apertura frente a la realidad como a su cierre. Así, la apertura consiste en explicitar el ángulo de lectura de la realidad que trasciende a la lógica centrada en las determinaciones; por su parte, el cierre radica en incorporar lo indeterminado en la construcción de contenidos particulares, cuyo rasgo consiste en poder dar cuenta de un nivel-momento de la realidad de manera de articularlo con otros niveles-momentos; por eso, el cierre en un contenido constituye un distanciamiento respecto del *mismo contenido*, lo que supone transformar toda determinación en un campo problemático.

Por lo anteriormente expresado, decimos que cualquier determinación, más allá de sí misma, constituye una forma de

ver fuera del marco conceptual en que se fundamenta, una forma de razonar la realidad basada en la exigencia de colocarse ante ella apoyados en algunos cimientos principales: la esperanza y el horizonte histórico. Sin esperanza no hay horizonte posible, así como sin horizonte no hay posibilidad de contenidos renovadores, aunque se refiera a realidades no necesariamente teorizables. Lo esencial es trascender los espacios conformados, de manera de incorporar el contorno de los objetos teorizados, o bien de las prácticas posibles que plantean el desafío de romper con las estructuras vigentes para activar la potencialidad de la realidad.

El rompimiento de los parámetros (requisito para abrirse hacia realidades inéditas) comienza a plantearse ya a nivel de la situación del análisis de contingencia; esto es, en el marco del análisis de proposiciones “a cuya verdad o falsedad es aplicable la experiencia; pero en la que, además, es clara la existencia de predeterminaciones que condicionan al pensamiento científico de manera aparentemente inevitable”.³⁴⁰ No obstante, a pesar de su importancia (examinada entre otros por Wittgenstein y Toulmin), las predeterminaciones contenidas en las proposiciones decididas son excluidas como cuestiones de interés, ya que no se consideran

340 Gerald Holton, *La imaginación científica*, México, FCE, 1985, pp. 10-12. Con el propósito de ilustrar más claramente lo expuesto, tomemos el caso de la construcción de la teoría de la relatividad según como es analizado por este autor. El descubrimiento de la teoría de la relatividad según como es analizado por este autor. El descubrimiento de la teoría de la relatividad se caracteriza por lo que el mismo Einstein ha definido como un intento “vastamente especulativo”, o como “un intento constructivo a tientas”; en suma, por la capacidad de elevar una conjetura, largamente madurada, a nivel de postulado, pero donde el rompimiento parametral se aprecia con claridad en el descubrimiento que hace de “que el método en uso para hacer investigación sobre las fronteras de la ciencia, el que llegó a llamar hacer Teorías Constructivas, era inapropiado; antes bien era tiempo de volver a la búsqueda de Teorías de Principios que llegaran más a lo hondo: “cada vez más, desesperé de la posibilidad de descubrir las verdaderas leyes por medio de esfuerzos constructivos *basados en hechos conocidos*” (subrayado nuestro). Sólo el descubrimiento de un principio formal universal podría llevarnos a resultados seguros” (*op. cit.*, p. 41).

parte del debate científico temas tan importantes como el modo “como el hombre de ciencia individual descubre una nueva idea”.³⁴¹

No puede encontrarse la importancia de estos rompimientos solamente en la circunstancia enfatizada por Feyerabend de que *la evidencia es un hecho psicológico e histórico*, por lo tanto, producto de una compleja mediación cultural y valórica que, como tal, se interpone entre el sujeto y la realidad que observa, sino también en el hecho de que determinadas ideas pueden o no sobrevivir a ciertas estructuras parametrales que han sido dominantes en un momento histórico-cultural. Lo que nos lleva a afirmar que la razón, con su estructura de categorías, se constituye en una de las más importantes referencias parametrales que puede, por si misma, impedir el que se lleguen a reconocer realidades nuevas, o bien que se organice el pensamiento de otra manera. En este contexto es donde tiene sentido recordar lo que señalaba Feyerabend en cuanto a que “el copernicanismo y otros puntos de vista “rationales” sólo existen hoy gracias a que en algún momento de su pasado *se decidió en contra de la razón*”. (subrayado nuestro).³⁴²

Por todo lo anterior, la forma de razonamiento no significa pensar desde contenidos organizados, de ubicarlos *como el límite de la conexión con lo indeterminado*; en este sentido, la forma de razonamiento no se sujeta tanto a reglas como a una exigencia de objetividad, el “algo más” de muchos pensadores.

De lo que se trata es de constituir ciertas categorías que conforman el campo de las proposiciones teóricas, el cual, en razón de su mayor *apertura*, permite organizar la relación de conocimiento con base en la incorporación creciente de sus indeterminaciones, lo que obliga a definir contenidos más inclusivos. Por eso, pensar en

341 *Ibid.*, pp. 10-12.

342 Citado por W.H. Newton-Smith, *La racionalidad de la ciencia*, Barcelona, Paidós, 1987, p. 151, Studio.

la potencialidad articulada de los contenidos determinados supone romper con las exigencias de la lógica disyuntiva y de reducción dominantes, pues de acuerdo con estos requisitos los contenidos tienden a perder su articulabilidad con otros y a anidarse en relaciones lineales. Como sostiene Morin, “hoy se da una ocultación de todo lo que se encuentra entre las disciplinas y que *no es otra cosa que lo real*, del mismo modo que no alcanza a concebir en absoluto que los seres que nosotros somos [...] son seres humanos espirituales, biológicos y físicos; lo sabemos, pero no alcanzamos a hacer la articulación porque esto cae entre las disciplinas”³⁴³ (subrayado nuestro).

En un plano más concreto, lo anterior supone construir los parámetros del conocimiento, por lo que no pueden estar dados desde el inicio de la investigación cumpliendo la función de acotamiento de los campos de referencia posible de los enunciados teóricos. En esta dirección se puede hablar de un razonamiento no-parametral no restringido a las modalidades de concreción que sean funciones de los marcos establecidos. Si se asume que los parámetros no están dados sino que se construyen, es necesario el distanciamiento respecto de la naturaleza que revista la relación con la realidad, la cual subyace a cualquier esfuerzo de reflexión teórica. Es la función particular del pensamiento categorial, que se puede formular en el siguiente enunciado: el rompimiento de los parámetros descansa en la necesidad de reflejar el despliegue del fenómeno entre niveles y momentos, lo que plantea atender a la articulabilidad de los contenidos determinados con base en su potencialidad, según resulta de razonar en términos de la lógica parte-todo. Por ello, los contenidos son criterios de construcción de parámetros que cierran la apertura de la relación de conocimiento.

La lógica parte-todo plantea que la mayor objetividad se encuentra en la articulación más compleja, esto es, más inclusiva, por

lo que obliga a especificar los contenidos traspasando los límites de las determinaciones. Por tal razón se transforma la noción de límite para concebirlo como contorno, rompiendo con la idea de límite de contenido. Cuando la conciencia teórica se abre a la articulabilidad de la parte-doto, como horizonte, recupera su historicidad.

La inclusividad de la relación parte-todo rompe con la lógica de determinaciones: implica pensar en puntos de inclusión de relaciones, más que en contenidos resultado de una relación de determinación. Esto significa recuperar los planteamientos anteriores acerca de pensar en lo no devenido de lo devenido más que en lo genético-devenido. El resultado de esta postura es la transformación de lo virtual en contenido aprehendido de acuerdo con los criterios señalados para su definición. Lo cual tiene, a su vez, clara incidencia sobre la misma enunciación en que se traduce el cierre de la relación de conocimiento. A este respecto cabe hacer una distinción entre enunciados que refieren a contenidos y enunciados que remiten a contornos, pues lo virtual constituye un contorno susceptible de apropiarse desde las posibilidades cognitivas contenidas en las relaciones de inclusión entre niveles dados y en función de sus momentos.

En este marco, podemos decir que a los enunciados de contenidos subyace una estructura que representa un cierre, en cuyo ámbito tiene lugar la conjugación entre diferentes procesos. Sin embargo, no podemos olvidar que en esta conjugación se tiene que explicitar que en toda estructura se refleja una unidad entre productores y productos, en la medida en que se parte considerando la exigencia definida por la relación entre momentos y secuencias de momentos. Esto es congruente con la idea de que la historicidad consiste en la inclusión de una secuencia de momentos y que el nivel dado de un fenómeno, al cual puede estar restringida una

estructura teórica, es en sí mismo una articulación de diversos momentos, y, en consecuencia, está abierto a su articulación con otros niveles. De ahí que conocer desde esta perspectiva consista en avanzar en la creación de bases de observación cada vez más inclusivas y, en consecuencia, más complejas y ricas, en contenido y en sus enunciados, que permitan completar las determinaciones, o bien reconocer las discontinuidades de éstas en relación con la determinación de lo indeterminado.

Lo expuesto nos permite acercarnos a un concepto de contenido. Si consideramos las exigencias que plantea la incorporación de lo indeterminado, propio de la relación de conocimiento, en forma de no quedar cautivos de una estructura parametral pre-establecida, el contenido viene a ser la modalidad de concreción de la apertura epistemológica que se logra según las posibilidades que se puedan reconocer en la relación de conocimiento; esto es, de cómo se resuelve la inclusión exigida por la forma de razonamiento fundada en la relación parte-todo. Es decir, si la determinación se abre y cómo se abre a lo indeterminado en términos de un campo de relaciones posibles; o bien, por el contrario, que no se abra a lo indeterminado debido a la pobreza de articulabilidad de los contenidos determinados. Por eso los contenidos pueden revestir formas diferentes en su carácter de concreciones de la apertura en la misma formulación de proposiciones conceptuales, lo que significa conocer cómo se ha establecido la relación entre ella y las categorías fundantes.

Con sus particularidades, podemos encontrar una ilustración para lo dicho en la mecánica cuántica: “la mecánica cuántica no predice un único resultado de cada observación. En su lugar, predica un cierto número de resultados posibles y nos da las probabilidades de cada uno de ellos. Es decir, si se realizara la

misma medida sobre un gran número de sistemas similares, con las mismas condiciones de partida en cada uno de ellos, se encontraría que el resultado de la medida sería A un cierto número de veces, B otro número diferente de veces, y así sucesivamente”.³⁴⁴ Esto es, que las modalidades de concreción, en su multiplicidad, plantean un problema para el principio de identidad, en la medida en que rompen con la relación de determinación unívoca y la reemplazan por la apertura entendida como campo de contenidos múltiples posibles.

Este concepto de contenido no se restringe a las condiciones de validez de las proposiciones teóricas, pues se trata de ubicarlo en el marco de las condiciones de objetividad que está dado por el campo de referencia, que incluye estas proporciones; de esta manera se abre el razonamiento a las posibilidades de las múltiples modalidades de concreción. En efecto, el contenido así definido no está referido a la consistencia de su apropiación, sino que connota la especificidad de la articulación en que se encuentra el fenómeno de que se trate. Desde esta perspectiva los contenidos tienen que ver con la expresión de la necesidad del movimiento, esto es, de lo indeterminado, en vez de serlo exclusivamente de la necesidad, según esté configurada por los parámetros establecidos.

Clases de contenidos

De conformidad con lo anteriormente formulado, los contenidos son el punto de cierre que resulta de la conjugación entre la exigencia de movimiento y la de niveles-momentos. La primera refleja la necesidad de realidad, mientras que la segunda, la realidad en tanto articulación organizada. El fundamento de esta afirmación

344 Gerald Holton, *op. cit.*, p. 84.

se encuentra en que la realidad plantea conocerse en la especificidad, que resulta de la unidad de lo diverso en el despliegue temporal. Como hemos argumentado, esto requiere considerar la articulación entre niveles y momentos *según se presenta en diferentes referencias parametrales (morfológicas o conceptuales)*, o bien como base de parámetros. Pues en verdad esta articulación conforma el proceso de apropiación de la realidad, cuyas funciones gnoseológicas pueden ser:³⁴⁵

I. Reconocer lo histórico en lo dado

En esta situación el contenido tiene el papel de especificar el significado que reviste el momento dado mediante su apertura al contorno; lo cual puede estar en función de la exigencia de un proyecto de construcción social, o bien de una inclusividad teórica más comprehensiva. Por lo anterior, la función gnoseológica de la articulación consiste en concebir el contenido como momento.

La idea central en este caso es dar cuenta de la realidad objetiva, cuya objetivación no se limita a un problema de correspondencia sino que más bien responde a la construcción de la posibilidad de realidad que sea pertinente de objetivar en contextos particulares. De ahí que la posibilidad de realidad incluya la idea de las formas que asume la articulación en su desenvolvimiento temporal; por eso es conveniente hablar de la *pertinencia* del conocimiento en relación con la articulación concreta más que de su verdad según la correspondencia con una realidad aislada. La pertinencia, por eso mismo, es el producto de una lógica de descubrimiento basada en la construcción de la relación de conocimiento.

345 La articulabilidad puede asumir en cada una de estas funciones dos modalidades: la articulabilidad en función de la potencialidad de un proyecto, y la articulabilidad en función de una exigencia de inclusividad creciente.

Esta relación de conocimiento contiene tanto a la posibilidad de teorización como a los contenidos valóricos e ideológicos de lo que se quiere encontrar o impulsar. Aspectos que constituyen dos dimensiones inseparables del conocimiento sociohistórico y que, además, están referidos a dinámicas diferentes. Así, la posibilidad de teorización se corresponde con la lógica de determinaciones, mientras que las dimensiones axiológica e ideológica se refieren a la problemática de la activación de la realidad, por lo tanto al campo de organizaciones en cuyo interior se construyen las determinaciones.

De lo expresado se puede concluir que la base para formular proposiciones en el campo del conocimiento sociohistórico está constituida según esta función gnoseológica, gracias a la conjugación de ambos tipos de condiciones. Esto significa ubicar la explicación como parte de lo que es una opción valórica. Una consecuencia de lo anterior está en concebir el contenido como posibilidad de realidad que se oculta en lo empíricamente dado, lo que supone reconocer en lo dado una necesidad de lo indeterminado. Por esta razón, los límites de los contenidos se entienden como lo indeterminado de esos mismos contenidos.

II. Romper con lo dado empírico-histórico

En esta situación el contenido, determinado según las condiciones de validez, al incorporar el contorno, cumple la función de determinar la articulabilidad de niveles y momentos.

En el caso de esta modalidad se privilegia pensar lo no-devenido de lo devenido, por lo que el razonamiento tiene que incluir la posibilidad de realidad no determinada. Por eso el concepto de límite cambia de naturaleza, ya que se pasa de la noción de límite que organiza contenidos al planteamiento del contorno que, ubicado

más allá de lo conocido, abre el contenido hacia nuevas realidades. En consecuencia, aquí la exigencia de correspondencia con lo real se subordina a la de enriquecimiento de los enunciados en términos de su mayor inclusividad, de conformidad con el supuesto de articulación dinámica. Ello se traduce en espacios de relaciones observables que, al incluir lo virtual, no pueden supeditarse a ninguna referencia parametral predeterminada. En esta dirección podemos considerar entonces que cada una de las dos modalidades de construcción de parámetros arriba señaladas dan lugar a diferentes apropiaciones de la realidad y, por consiguiente, a diferentes *clases de contenidos*, pero cuyo rasgo común se encuentra en que ambas recuperan la función gnoseológica de lo indeterminado por medio de la articulación como proceso de apropiación de la realidad.

Los contenidos, según estas dos funciones gnoseológicas de la articulabilidad, *devienen en criterios de resolución de la relación entre lo determinado y lo indeterminado o inacabado*. Si nos atenemos a un proceso de apropiación consistente en *reconocer lo histórico en lo dado*, lo inacabado de las determinaciones se expresa en la necesidad de revisar sus límites para observar su adecuación al imperativo de ser pertinente para un contexto diferente a aquel en que se forjó el contenido, o bien para responder a las exigencias de una construcción social particular. En cambio, cuando nos centramos en una relación de apropiación tendiente a *romper con lo dado*, lo inacabado de las determinaciones se expresa en formular sus limitaciones para traspasar lo conocido con base *en sus posibilidades de abrirse a inclusividades crecientes*, que abarquen nuevos contenidos, ya sea que éstos presenten una relación de continuidad o de discontinuidad con los establecidos.

Cualquiera de las dos situaciones implica definir *clases de contenidos* que pueden, en tanto tales, reconocer múltiples

manifestaciones empíricas, las que constituyen soluciones distintas al problema de la apertura desde lo dado. Por esta razón nos enfrentamos a la tarea de transformar la realidad del problema inicial en una exigencia de objetividad que desafía al sujeto a captar las secuencias constitutivas del fenómeno y sus potencialidades (según lo que se busque, sea su activación por una práctica), sin olvidar las modalidades concretas en que se manifiesta su desenvolvimiento.

Si consideramos la doble exigencia en el quehacer del sujeto, la de determinación y la de activación, las clases de contenidos conjugan de manera diferente la relación entre lo que es válido y lo indeterminado. Ya sea que se trate de reconocer lo histórico en lo dado, o bien de cuestionar lo dado, se distinguen dos clases fundamentales de contenidos que tienen distintas funciones: los contenidos de determinación y los contenidos de posibilidad.

Los contenidos de determinación plantean lo inacabado dependiendo de los parámetros teóricos en que se han organizado, enfatizando, por lo mismo, el requisito de validez sobre el de objetividad o de pertinencia. En cambio, los contenidos de posibilidad rompen con las estructuras de parámetros, privilegiando sobre la validez la exigencia de su pertinencia para lograr un diferente encuadre parametral.

Desde el punto de vista del despliegue del fenómeno (en distintos niveles y momentos), los *contenidos de determinación* pueden asumir dos modalidades: *determinaciones de producto* y *determinaciones de génesis*.

El contenido de determinación según producto, tiende a fijar una relación entre elementos de la realidad, más allá de la articulabilidad propia de un momento; correspondería a lo devenido. *El contenido de génesis*, a su vez, privilegia constreñir el planteamiento de la secuencia articulada de un fenómeno a una relación de causalidad,

sin considerar las distintas modalidades de concreción en que el fenómeno se puede manifestar.

Por su parte los *contenidos de posibilidad* pueden adoptar dos formas: de *productente* y de *activación*.

Los *contenidos de productente* son aquellos donde la articulación entre elementos de la realidad (un producto dado) queda subordinada a una exigencia de articulabilidad que alude a *la posibilidad de sus diversas modalidades de concreción*, en la medida en que se razone desde el ángulo definido por la secuencia constitutiva del fenómeno. Por su parte, los *contenidos de activación* se refieren a los puntos en los que se puede potenciar una realidad, que llamaremos puntos nodales, los cuales no se sujetan a las reglas propias de las relaciones de determinación; esto es, al campo de los enunciados atributivos de propiedades. La razón está en que estos puntos nodales constituyen *las intersecciones* entre niveles de la realidad, por lo tanto están sometidos a mutaciones rápidas, pues son el resultado de la propia formación de la articulación en proceso de darse.

Tanto los *contenidos de productente* como los de *activación* suponen *la relación posible*, ya que incorporan lo no dado en el proceso de su construcción; por consiguiente, en ambos contenidos se plantea *la necesidad de completar lo dado*, ya sea por inclusividad lógica (como en el caso del contenido de productente), o bien mediante una exigencia de transformación de lo dado (como en el caso del contenido de activación).

En consecuencia, las *clases de contenidos* representan *criterios para la construcción de conceptos*, según sus respectivas exigencias, en la medida ñeque responden a la lógica del pensar categorial. Lo dicho es congruente con el planteamiento de que la objetividad de la realidad consiste en una articulación de *formas de darse la relación determinado-indeterminado*, sin privilegiar ninguna modalidad de concreción, como

ocurre en la teoría, *stricto sensu*, cuando destaca los contenidos de determinación en su modalidad de producto.

El fundamento reiterado de lo anteriormente expresado se encuentra en la necesidad de abrir la relación de conocimiento a la realidad, de manera que pueda incluir, además de la actividad estrictamente teórico-explicativa o hermenéutica, la propia de pensar y de actuar sobre aquélla.

Regularidad y construcción

En relación con las clases de contenidos no podemos dejar de referirnos a una particularidad especial que ofrece el conocimiento sociohistórico. Pensamos en la problemática de la direccionalidad que resulta de concebir la realidad como construcción, ya que ello tiene consecuencias en los tipos de contenidos y sus conceptualizaciones cuando se atiende a la función que ellos cumplen.

El planteamiento de que la realidad se construye significa incorporar en su captación la vinculación entre lo que es una tendencia sujeta a regularidades y lo que es activable o moldeable, lo que supone ubicar la relación de conocimiento más allá de los límites teórico-formales (sometidos a algún tipo de algoritmos o de secuencia empírica). Por esto la científicidad del conocimiento requiere definirse en términos de una exigencia de objetividad que obliga a la apertura de los conceptos; apertura que nos remite a la idea de que la apropiación se refiere al proceso de constitución de lo real, lo cual, en la medida que incluye la regularidad y lo moldeable,³⁴⁶ asume una complejidad mayor que la de la simple determinación.

346 Hemos incursionado sobre este problema en trabajos tales como *Conocimiento y sujetos sociales*, *op. cit.*, aunque de una forma que todavía requiere mayor profundidad, y en *De la historia a la política*, *op. cit.*, en donde

Por estas razones, en el proceso de apropiación se contiene desde la reconstrucción teórica hasta la posibilidad de activación de la realidad, lo que significa que se establezcan nexos con distintas dimensiones de la eficacia de la acción. Si esto lo pensamos en el plano de la lógica de investigación, nos lleva a distinguir entre lo que es la construcción de la relación de conocimiento y el problema de la concordancia con la realidad; pues tenemos que optar por aquella relación que cumpla tanto una función teórico-cognitiva como volitiva-práctica, que es lo propio del conocimiento sociohistórico.

El desafío consiste en conjugar lo tendencial con la activación, en razón del supuesto de que la realidad revista, por una parte, el carácter de ser una articulación abierta y dinámica, pero, además, porque es posible de ser potenciada mediante la práctica. En este sentido, la objetividad conjuga el rasgo de ser una regularidad que cristaliza en determinados productos, con la presencia de una intencionalidad constructora, que se traduce en realidades producentes o de activación. Lo dicho implica que la realidad es antes que nada una exigencia de objetividad que trasciende a cualquier regla definida por una estructura conceptual predeterminada.

Tipos de enunciados

La discusión en torno de las funciones que cumplen distintas clases de contenidos, para dar cuenta del movimiento de la realidad, se refleja en el problema de los enunciados en términos del grado de arbitrariedad con que son formulados. En última instancia, la forma del enunciado depende de la decisión del sujeto, que no siempre puede justificarse más allá del buen sentido de éste, ya que

hemos realizado un acercamiento a la estructura del análisis político.

“los factores que podrían justificarlo llegan mucho después en la evaluación de la ciencia”.³⁴⁷

En verdad, ya sea que los enunciados que se asignan a un objeto sean “predicados cuya adscripción no podemos justificar”, o bien “que la fundamentación del juicio dependa de una multiplicidad de juicios no fundados”, el científico se enfrenta con la problemática en un doble plano: por una parte, aquel que implica tomar decisiones sobre la base del conocimiento acumulado, y por otra, la posibilidad de organizar un razonamiento que, reconociendo como punto de partida esos contenidos, rompa con ellos de manera de incluir otras posibilidades de realidad. Cuestión que en el marco de cómo se materializa la apertura nos permite distinguir los siguientes tipos de enunciados: *a)* los enunciados que están supeditados a determinadas estructuras de parámetros, y *b)* los enunciados que se refieren a posibilidades de contenidos, y que, por lo mismo, exigen cambios en las referencias parametrales.

Los primeros son los enunciados de contenidos tal y como los hemos entendido tradicionalmente y que llamaremos enunciados de contenidos “cerrado”, mientras que los segundos son los enunciados que llamamos de contorno, porque expresan la posibilidad de relación del contenido con otros niveles y momentos de la realidad del fenómeno que no necesariamente están incorporados en alguna organización teórica o conceptual.

Las funciones gnoseológicas que hemos distinguido en la articulación plantean cambios en las referencias parametrales de los conceptos. En esta dirección, los contenidos cerrados, que son claramente función de parámetros teóricos y/o axiológicos, junto con concebirse como instrumentos de razonamiento relativos a las referencias parametrales que les sirven de base, son a la vez

³⁴⁷ En el caso de las ciencias naturales este problema ha sido analizado por W. H. Newton-Smith, *op. cit.*, p. 252.

problematizados desde las exigencias de los *contenidos de contorno*, que son los que cuestionan a los parámetros, en la medida en que expresan una inclusividad que resulta de hacerse explícita la posibilidad de articulabilidad de los contenidos. Sin embargo, debemos advertir que los enunciados de contorno pueden expresar una inclusividad que no resulte determinada por la sola articulabilidad del contenido, sino que, por el contrario, resulte de las diferentes posibilidades de incorporación de lo indeterminado, como las que se plantean a partir de las discontinuidades que surgen con las realidades emergentes.

Por todo lo anterior, se puede decir que los enunciados refieren a las distintas soluciones de contenido respecto a la captación de lo inacabado que se contiene en toda determinación. De ahí que también ellos enfrenten la exigencia de formularse en términos de los criterios de movimiento y articulación a que alude la conjugación del contenido y su contorno.

De esta manera los tipos de enunciados manifiestan la posibilidad de elaborar proposiciones capaces de reflejar la mayor complejidad de la realidad, es decir, que se incorpore lo dándose en lo dado, o sea, que puedan dar cuenta de los desafíos propios de la construcción de la relación de conocimiento más que restringirse al grado de aceptabilidad de determinadas decisiones teóricas y metodológicas, las cuales, no obstante cualquier consideración, dependerán siempre de la imaginación creativa del sujeto cognoscente.

La construcción del objeto

Las diferentes modalidades que puede asumir la relación entre lo determinado y lo indeterminado, que han servido para distinguir

las clases de contenidos y los tipos de enunciados, se encuentran también presente en la cuestión referente a la delimitación de los campos de observación. En efecto, la construcción de observables responde al marco definido por una relación de conocimiento, en cuanto ésta conforma un campo de problemas, constituido a la luz de un para qué se busca la construcción de un campo problemático y no de objetos particulares. La implicación más significativa de lo dicho está en que el campo de problemas contribuye a determinar la historicidad del objeto. Esto demanda tomar en consideración una doble condición del objeto: por una parte, ser un producto histórico-cultural, pero, por otra, ser también una potencialidad en tanto productor de realidades. Cada una de ellas puede ser motivo de un análisis fragmentario que lleve a disociar la realidad; en consecuencia, el reto del conocimiento es encontrar la síntesis entre ambas condiciones.

El proceso que las articula es la misma dinámica constitutiva del fenómeno, que permite transitar desde lo constituido a lo constituyente. Razonamiento que se apoya en la dialéctica determinado-indeterminado, que se concreta, en un plano metodológico, mediante conceptos como momento-secuencia, o bien su equivalencia como coyuntura-periodo; recortes que se corresponden con una articulación entre niveles y momentos en forma de captar el dinamismo constitutivo del fenómeno antes de encerrarlo en una organización de contenidos.

Colocados en esta perspectiva se plantea la necesidad de cuestionar el concepto mismo de referente empírico para subordinarlo a la exigencia de especificidad del observable definido según el nivel y el momento. El cumplimiento de esta exigencia de especificidad puede lograrse mediante un razonamiento basado en

las relaciones posibles entre las observables que se pueden construir desde la relación de conocimiento.

Las relaciones entre observables no son, por lo tanto, teóricas, aunque tampoco expresan un simple empirismo ya que están mediadas por una lógica de relaciones fundada en la lógica parte-todo y momento, de forma que capten el campo de inclusividad de la que forma parte el fenómeno y su desenvolvimiento temporal; esto es, que permite dar cuenta de su mismo dinamismo constitutivo, es decir, de cómo el fenómeno se puede reconstruir desde la perspectiva de una articulación abierta a su despliegue a partir de su secuencia constitutiva. Lo que significa tener que incorporar a su despliegue temporal la complejidad propia de sus diversas modalidades de concreción, según sea la articulación de niveles y momentos que lo especifican.³⁴⁸

Por eso las observables construidas de acuerdo con estos criterios conforman un campo de observación y no un objeto, en cuyo marco se dan relaciones posibles con cuyo apoyo se puede avanzar en la reconstrucción dinámica del problema que ha servido de punto de partida a la investigación; lo que encuentra su materialización en la construcción del objeto.

La función metodológica de los dinamismos constitutivos

Si la construcción del conocimiento tiene que apoyarse en los dinamismos constitutivos de la realidad, es indispensable un recurso metodológico que lo facilite. Para la situación particular del conocimiento sociohistórico pensamos que esta función puede ser

348 Una primera aproximación operativa al problema ha sido explorada en Hugo Zemelman, *Crítica epistemológica de los indicadores*, México, El Colegio de México, 1989, Jornada 114.

cumplida por la noción de coyuntura, por cuanto sirve para rastrear los dinamismos estructurados de la realidad, incluyendo, desde luego, las mismas prácticas sociales.

Desde este ángulo, la objetividad se puede desdoblar en dos planos: el propio de lo determinado con base en regularidades (empíricas o numéricas), y el que corresponde a las prácticas constructoras de realidades. Ambos planos reconocen sus propias escalas de temporalidad y de espacio, cuya conjugación conforma la *situación de objetividad* de la realidad del problema que se trata de conocer. Esta situación de objetividad viene a constituir el terreno para la apropiación del fenómeno-problema tanto en su condición de producto (en función de una tendencia que se ha reconstruido) como de productor (esto es, como objeto de prácticas que potencian sus contenidos).

La discusión sobre la regularidad y la construcción de realidades plantea distorsiones en el análisis cuando éste no resuelve correctamente la relación entre ambas dimensiones. Lo que significa que, aun cuando se esté razonando en el marco de las tendencias posibles de descubrirse, no se descuide el reconocimiento de los movimientos en donde ellas son el producto de determinadas prácticas que moldean la realidad en direcciones particulares.

Esta situación se puede ilustrar claramente con el caso del análisis histórico. En efecto, cuando se introducen en éste los enfoques cuantitativos, se observa que los estudios tienden a cerrarse “en sus regularidades numéricas, excluyendo el acontecimiento en vez de integrarlo en la historia”,³⁴⁹ como en el caso de Simiand con el empleo de la estadística y la probabilidad, que tiene como resultado “un acercamiento entre el concepto de ley física y de ley sociológica,

349 Pierre Vilar, “Historia marxista, historia en construcción”, en Jacques Le Goff, *Hacer la historia*, vol. I, Barcelona, Laia, 1978, pp. 190-219, Nuevos Problemas.

ya que [...] por igual la apropiación de la realidad asume un carácter asintótico”. En verdad, los estudios econométricos a largo plazo se orientan a reconstruir “tendencias” que subordinan el estudio de las dinámicas estructuradas de los diferentes procesos, dando lugar a una “economía abstracta y una sociología conceptual”.

El estudio de tendencias privilegia lo global sobre los mecanismos estructurados que se muestran claramente en el plano del acontecimiento. De ahí que se plantee la necesidad de una debida “inteligencia de los vínculos entre materia social y tiempo” para determinar los dinamismos estructuradores, que exigen estudiarse en otros recortes de tiempo y espacio que el de las regularidades numéricas, aunque sin perder la perspectiva más amplia de la secuencia como proceso.

Por dinamismos estructuradores entendemos los mecanismos de transformación y/o reproducción de un fenómeno, mientras que la tendencia se refiere a la escala temporal en que puede cristalizar los efectos de dichos dinamismos. Estos últimos no expresan necesariamente toda la complejidad de la situación de objetividad del fenómeno, en la medida en que no reflejan todas las diversas escalas de tiempo ñeque el fenómeno se despliega. Así, por ejemplo, un sistema de dominación no se agota en un solo régimen político sino que abarca un abanico de alternativas políticas en que puede expresarse.

Si atendemos a la situación de objetividad, se pueden presentar opciones para el planteamiento de un problema, como las siguientes:

- a) Enfocar la reconstrucción del fenómeno desde el punto de vista de sus dinamismos estructuradores, en forma de impedir su sesgo en términos de las coyunturas de su desarrollo; en este sentido las coyunturas se ubican en el

marco de un proceso que las incluye como momentos. Por ejemplo, el proceso de acumulación de fuerzas de un grupo social no se agota en el estudio de las diferentes coyunturas ñeque se manifiesta (por ejemplo, toma de tierras, constitución de cooperativas de producción, creación de instancias de decisión, etc.); lo anterior debido a que el análisis coyuntural implica conclusiones diferentes a las que se tendrían si se considerara el largo tiempo en que se da el proceso de acumulación de fuerzas. Otro ejemplo lo constituye el análisis de la dominación burguesa: puede hacerse *en* el régimen político concreto que es diferente a estudiar *al* régimen como *la* forma de dominación burguesa.

b) La otra alternativa se traduce en estudiar los procesos en tanto “ciclos coyunturales” (por ejemplo, movimiento de precios, oscilación de la renta del suelo, aumento o disminución de los ingresos reales, etc.) que, al ser susceptibles de reconstruirse como tendencias, pueden tender a ocultar la dinámica estructural y compleja (económica y política) del proceso global, como puede ser la incidencia de las voluntades y prácticas sociales.

En la primera situación, *a*, la “coyuntura” representa un momento del proceso en el cual el acontecimiento es la concreción de un proceso más general (por ejemplo, las relaciones de trabajo en la empresa capitalista son un reflejo del proceso de trabajo propio del modo de producción capitalista); mientras que en la segunda, *b*, se privilegia la “tendencia” que se cierra en su “regularidad numérica”, dejando al acontecimiento sin ser “absorbido por la historia”. En este caso se concibe el proceso como producto, dejando de lado sus

dinamismos estructurados ya que no se considera la dimensión productora del mismo, susceptible de ser activada por la práctica social.

En una y otra alternativas el concepto de coyuntura será distinto. En el enfoque *a*, la coyuntura expresa la presencia del proceso en diferentes recortes parametrales, donde se muestra la relación entre el “estadio” alcanzado y las “potencialidades” de desarrollo del fenómeno, mientras que en la alternativa *b*, la coyuntura es un simple recorte cronológico que necesita reconocer las potencialidades. En esta segunda alternativa la coyuntura se convierte en el objeto de una “disciplina” capaz de vincular el acontecimiento con el ciclo, en un momento de su estructuración donde se fusionan diferentes aspectos que son parte de la realidad del fenómeno.

A este respecto debemos decir que no es lo mismo proyectar una cifra que determinar una potencialidad, ya que, mientras la primera obedece a una lógica estadística basada en una construcción numérica, sin suficiente delimitación respecto a la especificación del significado de la cifra; la potencialidad representa la posibilidad de anticipar la dirección que puede tomar el desarrollo del fenómeno, con base en una articulación de niveles de la realidad que se ha producido históricamente; por lo tanto, donde cualquier medición queda supeditada a la articulación reconstruida.

La coyuntura plantea el desafío metodológico de construir articulaciones complejas en recortes parametrales de amplitud limitada, pero en los que no se pierda la riqueza de la relación entre dinamismos estructurados y su producto.

La definición metodológica de la coyuntura

De acuerdo con lo anterior, para evitar los sesgos de los recortes, el análisis de la coyuntura requiere cimentarse en la perspectiva de las potencialidades de desenvolvimiento, pero nunca como el producto de un estadio anterior, que es lo que ocurre si el análisis privilegia a la tendencia sobre los dinamismos estructuradores. Ya que, cuando predomina el enfoque de “tendencia”, la reconstrucción de los procesos efectivamente asume la forma de una reconstrucción estadística que encubre “muchas trampas” en cuanto a los observables, pues la realidad se reduce a ciertas regularidades, más o menos lineales, dejando de lado las opciones de posibilidades de alternativas. Una reacción frente a esta reducción estadística ha sido la recuperación de lo cualitativo como lo no susceptible de regularidades, cuyas expresiones clásicas han sido las orientaciones de historia monográfica, la historia de acontecimientos, y también la sociología de orientación tipológica, de tal manera que lo cualitativo represente la negación de cualquier generalización.

De acuerdo con nuestro planteamiento, lo cualitativo es la forma que asume la articulación que se plantea como exigencia epistemológica anterior a la explicación, la cual, por lo tanto, se subordina a la complejidad del campo de realidad que se busca analizar. Lo que implica considerar las dificultades que se presentan cuando no se quiere perder, en la formulación de un problema, su articulación con otros fenómenos.

La coyuntura cumple entonces la función de articulación en el análisis de procesos macrosociales y de larga duración, por cuanto obliga a delimitar un campo de observación que, sin distorsionar el proceso, permita representarlo con toda su complejidad en otros recortes parametrales diferentes a los usuales de analizarse en un

enfoque historiográfico. Desde esta perspectiva lo cualitativo es la “ubicación” de cualquier relación en el marco de la articulación compleja que la incluye.

De lo dicho puede concluirse que entre el conocimiento y la realidad media una articulación compleja que contiene, en su interior, diferentes objetos posibles de construirse. Articulación que puede construirse en función de diferentes recortes parametrales, planteando la cuestión de cómo la objetividad asociada con el despliegue temporal del fenómeno resulta afectada por el recorte de la investigación.

El enfrentamiento con la realidad

El momento del enfrentamiento con la realidad se define mediante la formulación de preguntas que implican contenidos posibles: por un lado, contenidos que remiten a *qué* preguntar, y por otro, aquellos que se refieren al *cómo*. Examinemos el problema incorporando referencias concretas que sirvan para ilustrar esta argumentación.

El *qué* de las preguntas está directamente determinado por el marco teórico que sirve de base, el cual absorbe al *cómo* en la medida en que el contenido supone *su forma* correspondiente. Si, por ejemplo, nos preocupa el conflicto de clases, las preguntas se organizarán de conformidad con la forma propia que la categoría exige; esto es, que no puede preguntarse sobre el conflicto si no es en el plano de abstracción y por medio del tipo de universo requerido por la categoría-clase.

Por su parte, el *cómo* de la pregunta se puede disociar de *qué* siempre que a los conceptos no les hagamos cumplir desde el principio de la investigación la función de formular hipótesis,

sino más bien la de organizar una apertura frente a la realidad que permita reconocer, mediante sus recortes de observación, un campo problemático no susceptible de reducirse desde el inicio a un objeto que se pretende explicar.

En efecto, mientras en el *qué* las preguntas son relativas a las exigencias de la construcción de las categorías (por ejemplo, “la clase se comporta de tal manera”); en la situación del *cómo*, las preguntas aluden al contexto en que el contenido posible de la categoría se objetiva (por ejemplo, “las clases pueden reconocer la presencia de extractos no clasistas”). En el plano del *cómo*, el objeto, tal como es delimitado por la categoría (por ejemplo, “objeto clase”), queda subordinado a una situación problemática caracterizada por una concreción compleja (por ejemplo, “fuerzas que son clases” o “fuerzas que no son clases”, lo que es importante para aproximarnos al contenido específico que asumen las fuerzas de un tipo y otro). De esta manera, poder determinar el contenido teórico de las preguntas supone atender la situación delimitada por la exigencia categorial que se plantea como requisito y que alude al contorno.

El interjuego presentado entre el *qué* y el *cómo* de las preguntas es útil para organizar una relación de conocimiento que permita configurar un recorte en el cual se puedan reconocer posibilidades de distintas opciones de construcción de objetos teóricos (por ejemplo, las clases como objetos teóricos, o los estratos no clasistas, o bien una articulación particular entre ambos que caracterice la situación concreta que nos interesa conocer).

De este modo, el *cómo* preguntar está orientado hacia una problematización de todos los *qué* presupuestos y contenidos en las preguntas iniciales. El *cómo* representa una *búsqueda del contexto problematizador* en el interior del cual puede llevarse a cabo la teorización. La apertura de la relación de conocimiento consiste,

por consiguiente, en la determinación de una serie de universos de observación susceptibles de ser articulados por el razonamiento; esto es, conformar una situación compleja que contenga múltiples objetos teóricos posibles.

Empero, como la apertura no implica ningún conjunto de juicios de atribución de propiedades previas sobre la realidad, puede dar lugar a interpretaciones equivocadas de sesgo empiricista; lo que sería correcto para el caso de que la apertura no reconociera ninguna lógica de aprehensión; pero, en la medida en que no constituye un “dejarse arrastrar” por los hechos, sino, más bien, un proceso de *organizar* la información empírico-morfológica (que se contiene en los recortes de observación de los conceptos utilizados) de manera *de determinar un campo de teorización*, no es legítimo dar lugar a esta interpretación empiricista. Por el contrario, la apertura constituye un esfuerzo por configurar universos según una lógica de articulación entre niveles y momentos, de modo de reconocer (a partir de esta articulación de observables) el campo problemático desde donde construir el objeto de estudio. En consecuencia no puede confundirse el ateoricismo con el empirismo, cuando en reemplazo de la teoría la apropiación de la realidad se fundamenta en una lógica categorial.

Desde esta perspectiva, la empiria es transformada en universos de observables *articulados* que, en su conjunto, nos permiten *configurar campos problemáticos*. Consideremos la siguiente situación: podemos estar interesados en el análisis del conflicto social en un universo de observación como el sindicato. Se pueden formular preguntas acerca del conflicto con base en una opción teórica y concluir que el conflicto obedece a un desajuste entre satisfacción y expectativas de los trabajadores. El universo de observación queda desde la partida reducido a una estructura de información: la propia

del comportamiento y actitudes de los trabajadores, tal y como hayan sido captadas según las conceptualizaciones de satisfacción y expectativas definidas por la teoría. En este caso, la apertura no consiste en llegar a los sindicatos sin ninguna pregunta y abrirse a toda la información que surja de las diferentes entrevistas; por el contrario, se plantea tener que reconocer *qué* es el sindicato más allá de su “condición sindical”; esto es, *cuál es el contexto de relaciones* en el que se está inserto, por ejemplo, según como sean sus relaciones con la empresa, la de sus grupos internos, las vinculaciones de sus asociados con otras organizaciones, el tipo de vínculo entre vida productiva y no productiva de sus miembros, etc.; todo lo cual constituye una serie de universos de observación que deben articularse para conformar una delimitación problemática en la que se puedan distinguir diferentes objetos posibles de teorización (por ejemplo, gestión de los dirigentes, relación entre trabajo y vida cotidiana, relaciones sindicatos-empresas, etc.).

Las opciones de objetos posibles plantean que ninguno pueda llegar a revestir el carácter de objeto si no es construido desde el contexto que resulta de la articulación de los diferentes universos de observación. Lo común entre estos objetos (prescindiendo de sus diferencias de contenido particular) es su pertenencia a un mismo campo problemático.

De lo anterior resulta que la apertura encuentra su cierre máximo *en la determinación de un objeto*, cuyo contenido, en razón de estar inserto en el campo problemático que lo incluye, no se puede determinar por simple derivación de una hipótesis; por el contrario, requiere tomarse en consideración cómo fue detectado como objeto desde su descubrimiento en el campo problemático que lo especifica.

De ahí que todo objeto refleje en su contenido específico el campo problemático del que es parte. La idea central que nos

orienta es que la apertura frente a lo real conforma el campo desde el cual se puede teorizar. Constituye una manera de evitar la aplicación mecánica de esquemas teóricos que conducen a todo tipo de reduccionismo o de falsas disyunciones.³⁵⁰

La delimitación del campo problemático representa un instrumento para evitar la formalización de las abstracciones, en virtud de que su elaboración queda circunscrita a un campo de observación encuadrado en parámetros de tiempo y de espacio muchas veces implícitos,³⁵¹ lo que dificulta poder determinar la historicidad del conocimiento.

Por eso podemos afirmar que la capacidad de pensar la realidad como totalidad articulada de niveles incluye tanto a lo empírico como a lo abstracto. Lo empírico se transforma en un conjunto de universos de observación problematizados como resultado de su articulación en diferentes recortes de parámetros. La abstracción, por su parte, en la medida en que se subordina a la exigencia de especificidad histórica, resuelve su construcción en el contexto que resulta determinado por la reconstrucción articulada de los campos de observación originariamente fragmentarios.

En suma, podemos afirmar que la apertura está regida por la exigencia de especificidad del problema, por cuanto el punto de partida del conocimiento, antes que ser una teoría, o menos todavía la observación empírica sin mediaciones al estilo empiricista, se ubica en la construcción de la relación de conocimiento.

350 Edgard Morin, *op. cit.*, p. 18.

351 Lo que decimos obliga a un desarrollo detenido sobre la construcción de las abstracciones, lo que será objeto de un trabajo posterior.

El recorte implícito de los conceptos

Hemos sostenido que un criterio central para la apropiación es la necesidad de recuperar los dinamismos constitutivos de la realidad, lo que nos ha llevado a enfatizar la distinción entre tendencia y coyuntura. Desde esta perspectiva, es evidente que se presente el problema de cómo los conceptos reflejan esta distinción. En realidad los conceptos implican un recorte parametral, ya que algunos están referidos a contenidos que aluden a periodos y otros a coyunturas (por ejemplo, dominación burguesa *versus* dominación militar, respectivamente); de esta manera, se plantea la conveniencia de aclarar la relación que vincula los concepto con la realidad. A manera de ilustración imaginemos la siguiente temática: “el predominio de la fuerza militar e el desarrollo de la dominación burguesa en el periodo entre tal y cual fecha, en “x” país o región”. Si la proposición es analizada desde el ángulo de los conceptos, requiere que se haga las siguientes consideraciones:

I) El concepto “predominio de la fuerza militar” no reconoce la misma referencia objetiva que el concepto “dominación burguesa”.

II) La “dominación burguesa” no se reduce al momento del “predominio de la fuerza militar”.

III) El carácter de la relación entre ambos conceptos depende del recorte de tiempo y espacio, en el sentido de que la “fuerza militar” puede aparecer coyunturalmente como la fuerza rectora en la organización de la “dominación”, o bien que la dominación asuma formas militares en ciertos momentos para poder reproducirse como tal.

IV) La relación “fuerza militar-dominación burguesa” debe reconstruirse en un recorte de tiempo y espacio que puede conferirle distintos contenidos: *a)* en un recorte como el del periodo del modo de producción capitalista, la fuerza militar es una fuerza componente de cualquier forma de dominación burguesa; *b)* en un recorte coyuntural, la fuerza militar puede ser la expresión de ciertos intereses estamentales característicos de ese momento, o bien de ciertas fracciones en pugna con otras que en ese momento han emergido, etc.

Lo dicho significa que los universos de observación de los conceptos varían en su significado, aunque ello no se acompañe de modificaciones en los referentes empírico-concretos. Por eso resulta básico tomar en cuenta la mediación que se constituye entre el concepto y la realidad, ya que ella contribuye a especificar el concepto en sus alcances y significación.

Lo anterior implica no trabajar con conceptos que se correspondan con ciertos universos de observación aceptados como evidentes, sino de problematizarlos en la función que cumplen de recortes de la realidad observable. Esto quiere decir que, simultáneamente con el proceso de apropiación de lo real, se produce la transformación del concepto a medida que los campos de observación se especifican.

Otra ilustración es el concepto de Estado, el cual contiene universos de observación cuyos componentes empíricos pueden ser los mismos a lo largo del tiempo; no obstante, el recorte parametral puede determinar una configuración particular de relaciones entre estos componentes empíricos, de manera que la observación de los mismos asuma un significado distinto. Supongamos que los

componentes empíricos del concepto Estado sean “gobierno central”, “fuerzas armadas”, “burocracia civil” y “fuerzas de seguridad”, y que se trata de analizarlos en una situación coyuntural o de periodo.

En la primera situación es evidente que la configuración estructural que definen estos componentes estará determinada por la naturaleza de la coyuntura: el Estado puede aparecer mostrando la estructura caracterizada porque uno de estos componentes subordina a los otros, configuración que puede variar si se compara con otra coyuntura. Con mayor razón variará si consideramos un periodo, pues en éste la configuración será diferente en la medida en que el perfil que ofrezca el “Estado” sea el resultado de una “secuencia de coyunturas” que reflejen sus dinamismos estructuradores, en vez de ceñirse a la forma que presenta la configuración en una coyuntura considerada aisladamente.

En este sentido, el carácter de “excepción” o de “normalidad” del Estado, por ejemplo, no hace más que reflejar articulaciones que responden a diferentes situaciones de objetivación del fenómeno. Por esta razón, la observación de los componentes empíricos del concepto debe explícitamente reconocer la situación de objetividad, ya que ésta constituye el marco que fija los límites y alcances de la teorización. Sigamos desarrollando el ejemplo.

La conceptualización “crisis del Estado liberal-representativo” no es en sí un objeto, como tampoco lo es su desenvolvimiento, en cuanto expresa una realidad, que refleja una modalidad de concreción del fenómeno Estado, que, por lo mismo, tiene que integrarse a un objeto articulador y, en consecuencia, más objetivo. Con lo cual afirmamos que la crisis del Estado liberal y su sustitución por formas estatales llamadas de excepción exige tener en cuenta si el concepto “forma liberal de Estado” corresponde

a una situación de recorte lo suficientemente amplia como para caracterizar una tendencia o, por el contrario, expresar una situación coyuntural.

Tener claridad respecto al recorte en que se observa el fenómeno, y cómo se puede vincular con otros recortes, implica que la consideración de varias situaciones ñeque se concreta el fenómeno tenga que contribuir a recuperar sus modalidades de concreción y, por lo tanto, su secuencia en el tiempo, permitiendo una mayor objetividad en su aprehensión.

Lo expuesto significa que la relación del concepto con la realidad nunca está dada, ni se resuelve por medio de la prueba de su correspondencia, porque ésta lo es de un contenido *a priori*. Hay necesidad, por el contrario, de permanecer alertas acerca de la necesidad de construir el contenido del concepto, pues su definición *a priori* cumple la función de premisa del razonamiento orientado a la construcción de actitudes racionales mediante las cuales poder apropiarse de la realidad. Es una muestra de lo que arriba afirmamos acerca de que el conocimiento sociohistórico exige fundamentarse en una conjugación entre las condiciones de validez y de objetividad o pertinencia histórica.

Por esta razón, la definición conceptual debe concebirse como una apertura hacia lo real, que debe precisarse en términos de una debida contextualización del concepto. Ello obliga a construirlo según su posible articulación con otros niveles de la realidad y no exclusivamente en función de su propio contenido. De lo contrario, la realidad, antes que apropiarse racionalmente, aparece encajonada en definiciones que no reflejan su especificidad. Expresión del sesgo de las estructuras parametrales que nos condicionan a este esfuerzo por construir la relación de conocimiento.

Cualquiera que sea el rigor formal en la enunciación de un concepto, ésta debe quedar subordinada a una lógica de construcción del contexto especificador; pues de ello dependerá el perfil de realidad que se alcance mediante ese enunciado.

Perfil general de la discusión metodológica

Como señalamos, el problema del objeto plantea la construcción de las conexiones mediante las cuales nos apropiamos de la realidad morfológica, especialmente por lo que se refiere a no quedarse atrapados en determinadas estructuras parametrales.

La primera cuestión que surge concierne a que la relación con la realidad, que sirve de ángulo de lectura, no se da por supuesta. Por lo tanto, si de lo que se trata es de organizar una mirada sobre la realidad antes que comprometerse con una interpretación particular de la misma, se requiere que los enunciados se *tengan que "vaciar" de sus contenidos*. Es la diferencia entre organizar la relación con la realidad con base en categorías y hacerlo sobre la base de conceptos que llevan a formular enunciados de contenidos cerrados.

En la medida en que el objeto cumple la función de apropiación de la realidad, se plantea tener que construirlo mediante conceptos que rompan con los enunciados que están implícitos en el tema, el cual contiene problemas que, por reproducción mecánica, se pueden identificar con objetos particulares posibles; en este contexto, el objeto es parte de una relación de conocimiento que ya está creada. Por eso se requiere ubicar al tema en un marco de referencia que faculte pensarlo en términos de relaciones posibles entre procesos, cuestión que permite su problematización. Ésta,

a su vez, consiste en reconocer los problemas que no estando explicitados en el tema, pero que forman parte de él.

Hemos dicho que para no perder de vista la potencialidad en la construcción del objeto, se tiene que considerar la realidad como un momento, sin descuidar su despliegue; lo que conforma un ángulo de lectura desde el cual se construyen los conceptos *pertinentes* para la apropiación de la realidad. De conformidad con este argumento, se requiere de instrumentos conceptuales que sean sensibles a la exigencia de potencialidad y de activación de la realidad. Esto quiere decir que los conceptos puestos en juego deban ser capaces de la mayor apertura hacia lo indeterminado, de manera de trascender cualquier contenido particular. Conceptos no necesariamente unívocos ya que, en la medida en que permiten pensar en relaciones de inclusión de creciente complejidad, rompe con el significado con que se les ha utilizado inicialmente; en consecuencia, hablamos de *conceptos que salen de su propio contenido para transformarse en significantes susceptibles de asumir diferentes significados*.

Este criterio de construcción conceptual permite valorar las construcciones teóricas desde la perspectiva de sus posibilidades epistemológicas, las cuales trascienden los límites de los mismos constructos teóricos.

En segundo término, los conceptos deben ser pertinentes no sólo para dar cuenta de la realidad en tanto producto histórico-genético (es decir, que tengan capacidad explicativa), sino también para conjugar esta condición con la inclusión de su movimiento según lo determinen diferentes opciones valóricas de construcción, de manera que precisen sus puntos de activación. En este sentido, los conceptos conllevan una particular exigencia valórica que se refiere a la detección de puntos de articulación con potencialidad para imponerle una direccionalidad. La adecuación de los contenidos

valóricos con las posibilidades contenidas en la articulación es lo que entendemos por pertinencia del concepto.

Los dos criterios mencionados, el de apertura y el de pertinencia, determinan que la construcción conceptual se haga en función de una relación problemática con la realidad, lo que responde a un *para qué* se quiere conocerla. Se busca abrir el razonamiento hacia las diferentes articulaciones dinámicas que pueden resultar de las distintas articulaciones entre niveles y momentos. De ahí que, como se ha señalado en otras partes, no es suficiente contar con un marco teórico (limitado a la lógica de correspondencia entre hipótesis y realidad) que constituye solamente una forma particular de contenidos, sino que se requiere considerar la exigencia del *momento histórico*, que supone explicitar la función parametral que cumple el concepto de realidad subyacente. En efecto, este concepto sirve de referencia para desarrollar una lógica de delimitación de la realidad, ya sea que incluya o no sus dinamismos constitutivos. Se plantea, a este respecto, una relación con la realidad no con base en contenidos unívocos, propia de una conexión instrumental entre razonamiento y realidad, sino más bien la exigencia de cómo se construyen los contenidos. Por consiguiente, significa no trabajar con contenidos acabados sino con la idea de posibilidad de construir contenidos según sea la naturaleza de los conceptos: si son estrictamente contenidos “cerrados”, no susceptibles de mayor riqueza de articulabilidad, o bien si se trata de conceptos de contornos capaces de abrirse, transgrediendo sus propios límites; éstos son los conceptos susceptibles de convertirse en *categorías*.

Naturaleza del objeto

El objeto es lo dado, por lo tanto, es lo necesario que requiere completarse en función de sus relaciones posibles. Es el producto que plantea completarse como producente. Por eso el objeto es la formulación del problema que tenga la mayor capacidad explicitada de articulación; es la expresión sintética del campo de problemas en que se ha descompuesto el tema, con base en un razonamiento fundado en relaciones de articulabilidad posible. De ahí que esté abierto a la posibilidad de transformarse en función de un cambio en el campo problemático, siempre y cuando se incorpore a lo no incluido en la formulación anterior del objeto.

Ahora bien, si el objeto expresa un campo problemático y éste, a su vez, refleja las diferentes modalidades de concreción entre los niveles y momentos de la realidad, debemos distinguir en todo objeto lo que es propio de los parámetros de tiempo y espacio, que llamaremos dimensión histórica, y lo que es propio del objeto como una identidad particular en el marco de una articulación dada.

Aunque lo histórico se concreta en una cierta articulación de relaciones, no significa que dicha articulación coincida con la identidad del objeto. Esto debido a que la *identidad del objeto no puede confundirse con la particularidad del universal*, en razón de que: *a)* la particularidad del universal es la categoría general en función de los parámetros más globales (por ejemplo, la producción capitalista), mientras que la identidad es la articulación básica de concreción de lo particular, que asimismo puede referirse a funciones que no tienen un equivalente en el nivel de lo particular, y *b)* porque la

identidad está mediada, en tanto objeto, por la teoría. Lo particular es propio de una determinación teórica, en el sentido de representar una construcción acabada que hace comprensible a lo histórico. En cambio, a nivel de la identidad, la determinación está abierta debido a su condición de articulación. La identidad incluye lo potencial, que sirve para hacer comprensibles las posibilidades de lo histórico en el interior de los parámetros de lo particular.

En el plano de la identidad como articulación, un objeto está determinado cuando se delimita su identidad como resultado de una articulación de relaciones. Ello supone que la determinación del objeto opera en dos momentos: primero, cuando el objeto se contiene en un campo problemático delimitado en el plano de lo empírico; y segundo, cuando se construye como articulación de relaciones en determinadas condiciones particulares. Situación última en que la identidad, asociada con el primer recorte empírico, se abre en relaciones posibles que la incluyen en una articulación diferente.

Lo anterior lleva a entender la articulación como una *dinámica articuladora*. El ejemplo lo encontramos en la discusión de Marx sobre la relación entre producción y consumo, pues “cada uno de los términos no se limita a ser el otro de manera inmediata”, como “tampoco es el mediador del otro”, sino que “realizándose crea al otro y se crea en tanto que otro”. Marx no hace más que expresar una dinámica articuladora de los fenómenos en una totalidad que subyace a cada uno de ellos en particular. Lo que cabe preguntarse es si este dinamismo articulador entre procesos se encuentra en todos los campos de fenómenos. Su importancia estriba en que las relaciones conforman la realidad del fenómeno, por lo que, en definitiva, solamente la articulación entre ellos permitirá reconocer su realidad.

El problema que surge es cuando esta situación de dinamismo articulador no es evidente o, mejor dicho, cuando no está teóricamente comprobada como es el caso de la realidad de los procesos económicos. Es aquí donde cabe rescatar, traspasando cualquier afirmación teórica, incluso ontológica, una forma de construir el objeto con base en esta exigencia de articulación en que se manifiesta la objetividad, sin que ello signifique prejuzgar sobre ningún dinamismo objetivo.

Desde este punto de vista la identidad del fenómeno se resuelve en el objeto cuando éste sintetiza la determinación por su relación con otro fenómeno con la determinación asociada a su propia realización. Lo que significa vincular la exigencia de especificidad con la determinación con otros fenómenos, considerando así la potencialidad que se desprende de su movimiento como forma de autodeterminación. Lo específico es la identidad del fenómeno según resulte de una articulación concreta; la potencialidad, por su parte, es la identidad mediada y a la vez mediadora de otras identidades.

El papel que cumple lo potencial es transformar en objetos de estudio a las mediaciones, ya que son las que concretan el proceso del movimiento. Sin embargo, cabe distinguir entre las mediaciones que determinan “al otro” y las mediaciones que determinan la negación de la propia especificidad y que, por lo tanto, se relacionan con la transformación “en tanto que otro”, en sus diversas direcciones, en cuanto el objeto constituye mediaciones entre los fenómenos. De esta manera, en la construcción del objeto se materializa la necesidad de reconstruir la posibilidad de determinación “del otro” y la transformación “en tanto que otro”.

En consecuencia, el objeto no se refiere a una realidad “objetiva” como dada, sino que constituye una forma de apropiación de las posibilidades de que una situación dada se pueda transformar;

pero al hablar de una situación dada y de su transformación estamos incluyendo al momento de realidad en que se contiene la relación entre estructura y proceso; por lo tanto, el objeto es siempre una articulación, pero una articulación constantemente abierta.

De lo anterior se desprende que el desafío metodológico de la construcción del objeto sea asegurarse la máxima apertura de éste en un momento dado. Esto es, que esté abierto al contorno en la doble función del mismo: como elemento que conforma lo dado (o estructurado) en el objeto, y como ángulo de fuga del objeto, que obliga a su reidentificación en contextos cada vez más inclusivos.

Este esfuerzo se corresponde con tener que superar diferentes instantes en los que el proceso de apropiación de la realidad puede experimentar retrocesos o quiebros en relación con las exigencias epistemológicas. El recurso que puede evitar estos obstáculos es la capacidad para problematizar: esto es, de transformar los fenómenos en niveles dados articulables; es decir, *desarrollar cada nivel como una modalidad de cierre y, a la vez, de apertura*. Lo que decimos tiene relación con la naturaleza de la abstracción según esté determinada por un *corpus* teórico, o bien por las exigencias epistemológicas de la articulación.

Razón cognitiva y razón gnoseológica

Algunas derivaciones de esta discusión se pueden rastrear en el plano de lo que entendemos por relación entre el sujeto y el objeto. Parece evidente que si en la construcción de conocimiento incorporamos elementos no teóricos, tales como los ideológicos y valóricos, nos enfrentamos con conceptos más amplios de racionalidad y de realidad; pues se expande el proceso de apropiación a otras

realidades que, a pesar de no estar desvinculadas de la razón cognitiva, no necesariamente se subordinan a su lógica. Ello obliga a trabajar el concepto de conocimiento en términos no estrictamente cognitivos sino con referencia a exigencias de contornos o de contextos, las cuales generalmente quedan fuera del objeto. Por eso debemos colocar la relación de apropiación en el marco más amplio de la gnoseología; esto quiere decir ubicar el ámbito de lo cognitivo en el interior de un campo donde se puedan dar otras formas de racionalidad. Esto nos lleva a retomar el punto inicial referido a la relación entre conocimiento y conciencia, lo cual, recuperado en el plano metodológico, implica que el vínculo que el sujeto establece con la realidad no se agote en una simple atribución de propiedades teóricas. En este contexto podemos sostener que los mecanismos cognitivos constituyen un cierre particular de las posibilidades gnoseológicas.

En cuanto a las visiones de realidad y lo que respecta al hacer (valórico y opcional) podemos decir que ambos cumplen una función en la relación de apropiación, aunque ponderada de manera diferente. El *hacer* tiene un papel de apropiación gnoseológica aunque no cognitiva, planteando problemas teóricos que deben ser remitidos al plano de la acción una vez que se hayan podido abordar. De lo que se trata es de explicitar los desafíos epistemológicos de la acción y la función política del conocimiento cuando se busca encontrar respuestas a ellos. De la misma manera, en el caso de las visiones de realidad, se trata de transformarlas en problemas susceptibles de convertirse en contenidos cognitivos.

En ambas situaciones estamos enfrentados a un dilema entre opciones que obliga a plantear el papel del conocimiento desde las exigencias de la capacidad de reactuación sobre la realidad,

idea que es congruente con el planteamiento de que la historia se construye.

La idea central que nos ha guiado en todo el desarrollo del texto puede resumirse en la interrogante siguiente: *¿Cómo está presente la historia en aquello que conocemos, cuando se considera que no toda la historia puede advertir en un objeto teórico?*

9. El pensamiento crítico y su expresión dialéctica

Ángulos de pensamiento

Hemos buscado una solución al problema del conocimiento desde el marco conformado por la necesidad de acción sobre el presente, con base en una recuperación de la forma crítica del razonamiento. Pero ello es posible solamente desde la exigencia de una necesidad de futuro que, por lo mismo, trascienda la oposición entre ser efectivo en la praxis más concreta (propio de las circunstancias inmediatas) y lo que es imaginarse un horizonte de vida más plena.

Si la utopía nos obliga a colocarnos frente a la realidad desde determinadas exigencias valóricas, ello representa un imperativo ético para el sujeto concreto, quien se ve obligado —como sujeto de acciones— a asumirse en tanto históricamente determinado, pero a la vez a salirse de sí mismo para no quedar reducido a la condición de producto histórico. A salirse en aras de la propia realización de su subjetividad y de una construcción social en la que pueda reconocer, enriquecida, su identidad.

Este reto, cuando es recogido en el plano de la razón, se traduce en la potencialidad de ésta para abrirse hacia el mundo desconocido, apertura en que consiste la historicidad del conocimiento. De ahí que la verdad quede subordinada a un ámbito de sentido en que se plasman los desafíos de apropiación de lo inédito, que, desde una perspectiva antropológica, expresan el crecimiento de la persona como individuo y como sujeto social. Por eso pensamos que la epistemología encuentra su más profunda significación (aun dentro del marco de la ciencia) en el estímulo de la constitución de la conciencia histórica, pero enriquecida ésta por la apropiación de la subjetividad del sujeto, en cuanto éste ha ido, históricamente, ampliando sus horizontes de apropiación.

Pero, ¿cómo se puede conciliar este plano de exigencias epistémicos con la naturaleza concreta de los problemas que se tienen que abordar y resolver? Y, de otra parte, ¿cómo se pueden traducir (estas mismas exigencias) en temas que, además de poder ser socializados, sirvan de marco para definir un *modus operandi* de más o menos fácil traducción en prácticas metodológicas?

La primera gran área de tópicos concierne a tipos de acciones que nos obligan a confrontar la realidad histórica concreta. La segunda, a los retos epistémicos que nos impone la realidad histórica que sintetizamos en el planteamiento de la realidad como exigencia de objetividad, que, como tal, expresa el sentido de lo inacabado.

Desde esta perspectiva, cabe definir la naturaleza del debate epistemológico trascendiendo los límites del conocimiento, con el fin de reubicarla en el marco más amplio, aunque también más difuso, de la conciencia histórica. Debate a partir del cual debemos mostrar el perfil de razonamiento apropiado para un pensar histórico que, más que metodológico, concebimos como una

postura del individuo ante la historia. Y que debemos confrontar con temas centrales del contexto latinoamericano, en la medida en que constituye la exigencia de un protagonismo del sujeto que se corresponde con una forma particular de conocimiento.

Detrás de los diagnósticos que se hayan podido formular y de las distintas políticas para abordar la problemática latinoamericana, subyacen cuestiones de fondo que aluden a lo que se oculta a veces en los grandes debates. Consideramos dos de estos problemas: en primer lugar, el rescate del sujeto en oposición a las posturas que lo eliminan del debate en las ciencias sociales; y, segundo, la naturaleza que reviste el discurso económico en cuanto a su pretendida cientificidad. Aunque, si todavía queremos ir más a fondo, tendríamos que reconocer que la cuestión fundante concierne a la fragmentación de la realidad y al sentido que reviste, en nuestra época, una visión integrada y dinámica de los procesos histórico-sociales.

En este marco pretendemos situar los temas de estos trabajos, sin olvidar que la discusión tiene lugar en un contexto histórico concreto como el que caracteriza a América Latina.

Hacia una propuesta crítica del pensar³⁵²

El mundo se torna cada vez más complejo y, simultáneamente, la capacidad del hombre para abordarlo no puede seguir el horizonte de esa complejidad creciente, de manera que hay que buscar penetrar en ella a través de sus partes constitutivas. La complejidad se traduce en fragmentación del conocimiento, que, a su vez, plantea el problema de cómo rescatar la unidad que se pierde en la misma hondura

352 Se pretende reconstruir los planteamientos que hemos desarrollado en *Horizontes de la razón*. 2 vols., Barcelona, Anthropos, 1992.

alcanzada. Ante este desafío elegimos organizar, en sustitución de una teoría general, una forma de razonamiento que encuentre su fundamento en el límite mismo que se abre a lo incierto e inédito.

Se trata de recuperar un concepto de pensar como actividad de totalización, que consiste básicamente en reemplazar la búsqueda de un orden en las determinaciones por una capacidad para ubicarse en el momento histórico, con base en inclusiones de planos de la realidad que no privilegien las posibles regularidades de lo que reviste un carácter casual. Ubicación en el momento histórico que exige resolver el problema del movimiento en tanto la realidad histórica es un proceso inacabado, por lo que su reducción a estructuras supone la pérdida de la exigencia de historicidad.

La historicidad se refiere a la conjugación entre niveles de la realidad y a la secuencia de momentos, antes que a la transformación del nivel “x” en un objeto o del momento “t” en el recorte temporal de tal objeto. La historicidad, por el contrario, plantea la necesidad de articular cualquier hecho en un contexto que cumpla la función de determinar los parámetros que permitan determinar la pertinencia del problema. Por consiguiente, la función que cumple la ubicación en el momento histórico consiste en permitir reconocer a lo indeterminado que contiene cualquier determinación en cuanto potencialidad de su contenido, de manera que el razonamiento no se cierre a la posibilidad de que el devenir pueda asumir diferentes modalidades de concreción.

Pero lo que concierne a la ubicación en el momento histórico, se asocia con el desafío de que la realidad se construye; idea que se corresponde con el rasgo particular de que la realidad que enfrentamos asume tantos planos sometidos a regularidades como otros que son claramente definibles como procesos moldeables. De ahí que en el proceso de apropiación se contiene

tanto la reconstrucción teórica como la posibilidad de activación de la realidad, la cual si es profundizada en el marco de la lógica de investigación, obliga a distinguir entre la construcción de la relación de conocimiento y el problema de la concordancia con la realidad. De ahí que ubicarse en el momento histórico signifique conjugar aquello que se pueda reconocer como tendencial con la activación por la práctica que siempre será expresión de alguna opción valórica desde la que se pretende darle una dirección.

Todo lo anterior es concebible a partir del presupuesto de que la realidad es una articulación abierta y dinámica. Por eso es que la objetividad conjuga necesariamente el rasgo de ser una regularidad que cristaliza en determinados productos, con la presencia de una intencionalidad constructiva que se traduce en realidades productoras o de activación.

La posibilidad de colocarse ante la realidad consiste en la apertura de la razón para estar en capacidad de confrontarse con lo inédito; apertura que rescata la idea de una objetividad como contenido potencial tras concebir la realidad objetiva como trascendente de cualquier forma teórica. Esto significa que enfrentarse con la realidad objetiva supone una construcción que conjuga contenido y forma, lo cual se lleva a cabo en dos momentos: el epistemológico, o categorial, y el teórico.

La diferencia entre ambos reside en que en el primer momento, el epistemológico, se explicita la construcción de la aprehensión, porque lo que se busca es delimitar una posibilidad de conceptualización antes que dar cuenta de los alcances de la explicación que contiene una teoría; pues lo que importa preferentemente es enfrentarse con un ámbito de realidad y no con una formulación teórica cerrada. Esto obliga a analizar los referentes teóricos establecidos por los conceptos, todo lo cual

remite a un movimiento de apertura que es propio del momento de los principios constructores de las categorías de aprehensión de lo real.

Esta discusión se relaciona con la distinción entre conciencia histórica y conciencia teórica, en cuanto cada una conforma diferentes recortes de la realidad. Mientras la primera busca referirse no sólo a un momento sino a una secuencia de momentos —en cuanto a los niveles de realidad siempre busca su articulación con otros—, la segunda tiende a delimitar un tiempo y un espacio determinados según las exigencias de determinadas estructuras, las cuales pretenden, sin embargo, extrapolar.

La posibilidad de colocarse fuera de las determinaciones teóricas exige pensar con base en relaciones posibles. Una de las consecuencias es que, aunque se llegue a identificar un tipo de estructura, ésta tiene que concebirse como una estructura potencial que cuestione lo dado teóricamente en función de una lógica de articulación por niveles, en razón de la exigencia de la apertura hacia lo inédito o indeterminado. En esta línea se llega a la conclusión de que la realidad es lo determinable, de manera que los contenidos son el producto de las relaciones que resultan de la articulación entre el límite de lo dado y lo que es posible de darse. En otro plano de argumentación, lo anterior se traduce en que el objeto más explicativo lo es por ser el más inclusivo.

El planteamiento anterior encuentra su culminación en la idea de que esta forma dialéctica de razonamiento obliga a que tenga que ser comprendido —o interpretado— y desarrollado en sus virtualidades gnoseológicas, fuera de los límites del paradigma de la explicación o de las determinaciones. Pues forma parte de un paradigma basado en la categoría de la necesidad que ha sido

excluida del debate de las ciencias, por lo menos desde la imposición de la concepción mecánica de la realidad y del conocimiento.

Si lo que decimos está fundado en la apertura a lo indeterminado, cuya consideración se corresponde con una inclusión de lo no determinado, entonces nos situamos en el plano de la determinabilidad de lo indeterminado, que no puede consistir sino en la necesidad de lo indeterminado, que se traduce en concebir los límites de los contenidos dados como expresión del carácter indeterminado de estos últimos; esto es, como ángulos abiertos hacia lo no determinado. La idea central del planteamiento es el rompimiento con los parámetros dados del pensamiento para no negar la posibilidad de nuevas condiciones de cognoscibilidad.

La concepción de lo indeterminado como necesidad de apertura se manifiesta en una distinta concepción de los procesos históricos. En la medida en que lo indeterminado expresa la necesidad de lo que está fuera de lo determinado, supone también que el mismo concepto de lo determinado se tenga que trabajar en sus potencialidades. En este marco, lo indeterminado es expresión de la necesidad de acabamiento de lo determinado a partir de sus propias potencialidades. En el plano de las prácticas, lo anterior se traduce en la construcción de lo históricamente viable, esto es, en la transformación en realidad tangible de lo que se ha definido como posibilidad.

La lógica de la argumentación nos coloca ante la realidad tanto en *función* de un cuerpo de conocimiento acumulado en estructuras teóricas, como en función de prácticas adecuadas al quehacer de una opción definida como posible. Desde esta perspectiva, las conexiones con la realidad no pueden reducirse al ámbito de factores explicativos; por el contrario, deben ser expresión de la capacidad de reconstruir lo objetivo del momento,

la coyuntura, que, en vez de reducir lo posible a lo dado, abre lo dado a lo posible. Posibilidad que representa la conjugación entre la objetividad que se concreta en momentos sucesivos y un proyecto que se manifiesta en praxis determinadas.

En este sentido, el proyecto es la concreción de cómo el hombre se apropia de la dimensión del largo tiempo en el corte del presente, que es donde el hombre como sujeto despliega su capacidad de constructor de realidades. Lo que significa que la influencia sobre la realidad se desdoble, por una parte, en el plano de las prácticas actuantes en los diferentes momentos de un proceso, y, de otra, en el proyecto que confiere sentido a la praxis en una perspectiva transcoyuntural.

El argumento se apoya en la idea de que la realidad se construye. Lo dicho supone pensar que el ámbito de la realidad empírica se encuentra delimitado por la potenciación de lo objetivo, de acuerdo con una voluntad social orientada por la exigencia de imprimir una dirección a los procesos. De ahí que la teoría, cualquiera que sea su contenido, tenga que subordinarse a la viabilidad de lo potencial, lo teórico al desarrollo de una capacidad de determinación de lo viable.

En consecuencia, nos colocamos ante la realidad, que es, por una parte, imprevisible en su mutabilidad, pero que, a la vez, está siendo constantemente moldeada por prácticas constructoras de sentidos. Ello no sólo significa que carece de validez trabajar con estructuras acabadas, lo cual implica recuperar la idea de estructuras potenciales, sino que además obliga a concebir a las estructuras teóricas como una fuente proveedora de instrumentos mediante los cuales se puedan delimitar campos de lo real, omitiendo la supeditación a cualquier función explicativa.

La recuperación de lo dado como potencialidad se puede reformular, en el marco del discurso científico social, en términos de la dicotomía coyuntura y periodo en tanto ángulos de lectura de la realidad. Desde cada uno de ellos se pueden reconocer procesos particulares (por ejemplo, los políticos y los psicosociales) que operan en el plano de lo coyuntural, o del corto tiempo, en contraposición con los económicos y culturales que se despliegan en la dimensión del periodo que se encuentran en una determinada articulación en situaciones histórico-concretas, de manera que los procesos económicos y culturales están siempre mediando a, y mediados por, los procesos coyunturales que influyen, considerando a la sucesión de momentos, sobre la direccionalidad del desenvolvimiento histórico.

En efecto, si vivimos al final de la era de los determinismos mecánicos y de su reemplazo por la idea de que la realidad es una construcción, ello significa replantearse la relación con la realidad, porque nos enfrentamos con tener que identificar posibilidades de sentidos antes que restringirse a una apropiación de la realidad mediante la pura organización de contenidos.

La incorporación del sentido vuelve compleja la construcción de la relación de conocimiento, porque exige la creatividad necesaria para poder establecer la acción en el momento en que se piensa a la realidad. En esta dirección, la objetividad consiste en la posibilidad de transformar lo real en contenido de apropiación. Afirmación que se apoya en la idea de objetividad posible y que supone, a su vez, el presupuesto de tener que construir el razonamiento desde lo dado-actual en términos de su potenciación; esto es, desde lo necesario. Como se ha sostenido, el logos no se agota en ninguno de los sistemas lógicos.

Lo que decimos demanda considerar en la realidad de cualquier objeto una doble condición: por una parte, ser un

producto histórico-cultural, y por otra, ser una potencialidad en tanto producente de realidades. El reto del conocimiento consiste en encontrar la conjugación de ambas condiciones. El proceso que habrá de articularlas en la misma dinámica constitutiva... que permite transitar lo constituido a lo constituyente. Este razonamiento se apoya en la dialéctica determinado-indeterminado que se concreta, en un plano metodológico, mediante conceptos tales como momento-secuencia, o bien su equivalencia en los conceptos de coyuntura-periodo; dichos recortes se corresponden con una articulación entre niveles y con el momento de captar el dinamismo constitutivo del fenómeno antes de encerrarlo en una organización de contenidos. De esta manera nos colocamos en la perspectiva de las dinámicas constituyentes de la realidad, lo cual nos obliga a rastrear los dinamismos estructuradores de la realidad, incluidas, desde luego, las mismas prácticas sociales.

Pero si además entendemos que la realidad es una articulación multidimensional, por lo tanto compleja y dinámica, ello obliga a que su captación tenga que hacerse respetando su necesidad de articulación con lo todavía indeterminado, en cuanto no se puede anticipar la singularidad de su contenido.

Los contenidos posibles pueden ser apropiados o contruidos desde diferentes ángulos, en la medida en que involucren otros elementos, además de lo teórico-cognitivos, como pueden ser los ideológicos y valóricos, ya que la transformación de lo real en contenido depende, o es función, de opciones de construcción de futuro en las que se buscan que el conocimiento cumpla un papel, pues en el conocimiento histórico-político no podemos hablar de una objetividad que sea ajena al sujeto social, a sus prácticas y a sus proyectos. De esta manera nos enfrentamos con conceptos más amplios de racionalidad y de realidad, ya que se expande el proceso de

apropiación a otras realidades que, a pesar de no estar desvinculadas de la razón cognitiva, no necesariamente se subordinan a su lógica.

Lo anterior supone una forma de razonamiento que descansa en la necesidad de un saber que no esté referido exclusivamente a lo concluso y, por lo tanto, pasado, de manera que permita pasar de una actitud crítica fundada en la conjetura a una actitud de crítica reconstructiva de lo dado, donde la crítica consiste en la forma de razonamiento capaz de referirse a la potencialidad de lo dado.

Desde esta perspectiva, la racionalidad (socio-histórica o histórico-política) no constituye solamente una reflexión acerca de una práctica científica consumada, sino que expresa una potencialidad para captar un continente de realidad no completamente apprehendido, centrándose en la relación sujeto-objeto.

La relación sujeto-objeto, además de cumplir una función gnoseológica de apropiación, constituye el objeto mismo del conocimiento; de ahí que no podamos aceptar que el desarrollo del conocimiento sea disociable del desarrollo de la conciencia y autoconciencia del sujeto, de modo que permita avanzar no solamente hacia etapas superiores del conocimiento, sino también de la conciencia del hombre.

Pero el desarrollo de una unidad de conocimiento-conciencia se asocia con una búsqueda que exige un sentimiento de libertad, que es lucidez; lucidez que es protagonismo, en cuanto el pensar no se reduce a una teorización puesto que busca enriquecer el horizonte social mediante el descubrimiento de nuevos objetos posibles de teorización. En consecuencia, la teoría se constituye en un aspecto particular de un universo racional más amplio y complejo. Es así, entonces, como se recupera la historicidad del pensar, pues el rechazo de los sistemas acabados implica el reconocimiento de la

tendencia histórica de lo criticado, según la idea de la determinación histórica, tal como es rescatada por Della Volpe.

Por consiguiente, si la historicidad alude a la apropiación de lo no dado en lo dado de la realidad, a una apropiación de contenidos posibles que puede llevarse a cabo (como ya decíamos) desde diferentes ángulos, obliga a un rescate del pensamiento categorial traspassando los límites del pensar teórico. Por eso la historicidad exige la ruptura de los marcos parametrales, al considerar la posibilidad de transformación de los contenidos conformados con su interior; en este sentido, la historicidad es la necesidad de lo indeterminado, en tanto exigencia de nuevos parámetros.

Pero la historicidad también puede aludir a la exigencia de complejidad creciente de lo dado, en la medida en que nos plantea la necesidad de articular las distintas posibilidades que pueden conformar la urdimbre de la realidad. Esto es, plantea considerar la situación problemática en la cual se determina el contenido de lo devenido, que obliga a asumir la construcción de las determinaciones (en términos de) atender el ámbito donde el despliegue del movimiento se dota de una cualidad para ser punto de partida de otras realidades.

En lo expresado se contiene la apertura del razonamiento partiendo de la necesidad de inclusión de lo no dado, con base en lo posible, por lo necesario, de ser incluido en cualquier delimitación de lo real. En lo que decimos subyace la idea de la articulación inclusiva que refiere a la necesidad de lo constituyente. Idea que propugna no subsumir la capacidad de asombro a la certeza de un sistema regulado de afirmaciones corroborables en virtud del constante esfuerzo para crear o recrear teorías generales.

El planteamiento de un pensar categorial abierto a lo inconcluso y siempre mutable, para el cual lo posible equivale a la

concreación de la necesidad, reconoce como supuesto que la realidad, si está en movimiento, puede asumir diversas formas posibles; por lo que la determinación de sus posibilidades equivale a concretar su indeterminado, el cual, en tanto devenir (como lo hemos señalado) carece de un contenido preciso, aunque sea el que define el desafío propio de la necesidad de su inclusión. Ello trasciende las exigencias formales de la teoría, subordinándola a una forma de razonamiento fundante o categorial.

El carácter fundante del razonamiento asume su verdadera naturaleza en el marco de las incertidumbres en que se desenvuelve el hombre ante la fragilidad, o debilidad, del mundo sometido a regularidades y a la vastedad de lo casual, lo que se manifiesta en el imperativo de rescatar al sujeto como constructor de realidades; un sujeto capaz de dar formas diversas a los objetos que surgen en el proceso de desenvolvimiento histórico. En oposición a lo anterior, está la reducción del sujeto a sistema y de sus acciones a simple comunicación.

La diferencia entre ambas posturas estriba en que la primera expresa tanto la necesidad como la posibilidad del hombre de construir sus realidades a partir de visiones utópicas, por lo mismo inacabadas; la segunda reduce su papel a ser un factor más de la lógica que perfila el funcionamiento de la sociedad en su forma dominante, cristalización acabada de particulares procesos histórico-genéticos y de determinadas modalidades de intervención del hombre en su afán por darle formas diversas al desarrollo histórico, campo que contiene siempre múltiples opciones de construcción.

En torno de algunas implicaciones

El aparato anterior pretende ser, como hemos señalado, una síntesis de los planteamientos desarrollados en el trabajo titulado *Horizontes de la razón*. Por lo mismo, sin perjuicio de su lectura, creemos que es necesario formular algunas reflexiones aclaratorias acerca de los problemas que puedan haber quedado subyacentes.

El primer tópico que es necesario mencionar concierne a la relación entre conocimiento y teoría. Cabría distinguir, a este respecto, por una parte, entre la función que cumple la teoría, en cuanto a dar cuenta explicativamente de una realidad fenoménica determinada, y de otra, lo que constituye como forma de razonamiento.

La capacidad explicativa, cualquiera que sea su naturaleza,³⁵³ queda diferenciada de la capacidad de razonamiento que se corresponda con la estructura teórica (retomar, en este marco, y desarrollar epistémicamente las distinciones formuladas por Merton sobre lo que se puede entender por teoría). Estas distinciones obligan a colocar en el primer plano de la discusión la construcción de la relación de conocimiento, que cumple la función de definir la estructura de las categorías que conforman el ángulo desde el cual se piensa. Es lo que concebimos como el momento epistemológico. La función explicativa de la teoría no es negada, pero sí queda subordinada a esta relación fundada en categorías del pensamiento.

La construcción de ángulos de abordaje de la realidad se puede, explícitamente, confrontar con las estructuras teóricas, de tal forma que procuren impedir la rápida cristalización de aquéllas. De ello resulta la problematización relativa a la necesidad de diferenciar entre dos formas de pensar; el pensar teórico y el pensar

353 Cfr. Hempel, acerca de las distintas modalidades que puede asumir la explicación.

epistemológico. El primero constituye una forma semánticamente cerrada, mientras que el segundo, una forma abierta.

Desde la perspectiva epistemológica en que nos hemos colocado, la apertura del razonamiento puede consistir en hacer explícitas las lógicas constitutivas de las teorías, porque obliga a separar la función estrictamente cognitiva del plano categorial que concierne a la forma del razonamiento. Ha sido esta última la que ha sido el eje central de nuestra preocupación; lo que tiene una consecuencia adicional: permite develar los parámetros que condicionan a la teoría, por lo que también se convierte en otra modalidad de la apertura del razonamiento.

Otro tema que asume relevancia se refiere a la forma ñeque es utilizado el concepto de complejidad. Diremos que la complejidad alude a la exigencia de articulación dinámica de la realidad. De este modo, la complejidad resulta de considerar cualquier estructura (real o conceptual) como abierta con base en la idea de que está en movimiento. Tal planteamiento, que nace de esta exigencia, conduce a la incorporación del carácter inacabado de cualquier realidad particular, lo cual se relaciona con la categoría de lo indeterminado; de ahí que el concepto de posibilidad exprese la posibilidad de algo no dado. La relación posible cumple la función de abrir todo límite teórico hacia lo inédito; esto es, hacia lo indeterminado.

La cuestión de fondo consiste en reconocer que el marco en el que se plantea la idea de relación posible está conformado por la dialéctica determinado-indeterminado, de donde se desprende la siguiente problemática: estar ante lo indeterminado, como lo propio del movimiento, no significa que todo lo indeterminado sea determinable; por eso, el problema consiste en cómo enfrentar lo indeterminado y cómo determinarlo. La primera cuestión se refiere a una forma de razonamiento abierta que rompa con sus parámetros.

La segunda, a la construcción del ángulo desde el cual se razona, que es el momento de las categorías del pensamiento.

Desde esta perspectiva, la apertura del razonamiento es una exigencia de cómo organizar la forma de razonar a partir del presupuesto de la articulación dinámica, lo cual alude al carácter incompleto de la realidad. Por ello consideramos que se trata de un planteamiento epistemológico y no ontológico, porque significa simplemente colocarse en la postura de trascender toda relación teóricamente establecida, pero sin anticipar ningún contenido.

Afirmamos que la realidad se debe construir de manera tal que subraye el contenido ético de la realidad socio-histórica lo que obliga a rescatar al sujeto en su capacidad de actuación y reactuación ante las circunstancias. Este planteamiento no supone la existencia de ninguna dualidad ontológica entre estructura y sujeto, debido a que es, estrictamente, un modo para definir los desafíos que plantea lo inédito. Aunque lo que sí implica es la exigencia (de ahí la pertinencia del concepto de ética) de tener que descubrir los espacios desde los que el sujeto puede actuar.

Por último, de manera congruente con lo anterior, consideramos que el propósito de la discusión epistemológica es plantear la posibilidad de liberación del hombre desde su misma capacidad de protagonismo, en vez de hacerlo en términos de metadisursos de liberación, si bien no desconocemos el papel de éstos en la configuración de un sentido de emancipación. Pero nos preocupa más dar cuenta de los desafíos de lo que está por darse, que también es parte del mundo y de la vida del hombre. Tales desafíos surgen de la conjugación de lo que se sabe, pero también de una necesidad de saber qué brota de lo inacabado de la realidad.

10. Panorama de la epistemología del presente potencial

(Guía para asumir en los Círculos de Reflexión el desafío del pensar histórico)

Marco preeliminar

Es necesario partir reconociendo la situación de cambio de naturaleza de los procesos históricos, políticos y culturales que desafían la forma de construir el pensamiento social. Especialmente, central es la cuestión relativa a la falta de claridad de lo que es pensar en general, pero, de manera particular, la naturaleza del pensamiento crítico y lo que implica en cuanto al rescate del sujeto. Problema que se puede traducir en la pregunta acerca de cuáles son las categorías adecuadas para dar cuenta de la sociedad contemporánea; en este sentido, reviste importancia la exigencia de especificidad histórica que desafía al sujeto a enfrentar sus circunstancias, lo que supone saber examinar la propia seguridad, comodidad o inercia para abrirse a lo que está emergiendo.

En lo anterior subyacen retos profundos en lo que se refiere a abordar los parámetros que nos han ido aprisionando, especialmente en lo que concierne a no reducir el pensamiento a las lógicas de las causas o de las determinaciones, que llevan a colocar en el centro del debate nuevas categorías como la de potencia y de proyecto que, además de distanciarse del paradigma de la explicación, cuestionan que el acto de pensar se fundamente en legaliformidades; de manera que, sin negarlas, permitan incorporar en el razonamiento los ritmos de los procesos y los modos de intervención en ellos. Este esfuerzo es el que denominamos pensar histórico.

Problemática que obliga a revisar los modos de pensar vinculados históricamente con la idea de proyectos nacionales de desarrollo, pero también con la pertenencia a colectivos que sirven como ángulos de lectura, tal como lo representaron la clase obrera o los movimientos campesinos; así como discutir los modos de intervenir en la historia como lo incorporara la idea de vanguardia y la noción de crítica asociada a ella, y de la cual fuera manifestación asociada (como sinónimo de intervención en los procesos históricos) la idea de militancia en partidos y de prácticas de pensamiento crítico, como lo constituyera la cátedra universitaria.

Postura crítica que se tradujo en un pensamiento puramente discursivo sin sujeto; pues cuando éste tenía presencia asumía la forma de esquemas ideológicos-utópicos mientras la praxis se reducía al activismo, que reconocía su fundamento en la idea de que la realidad socio-histórica se desenvolvía ceñida a una progresividad histórica que, inevitablemente, desembocaría en una permanente transición hacia un estado superior de la sociedad. De ahí la idea de procesos revolucionarios o de liberación nacional de alcances populares que apostaban a transformarse en actores, aunque todavía no hubieran alcanzado esa madurez. Todo lo cual

excluía de cualquier consideración tanto los posibles retrocesos y deformaciones tecnológicas del pensamiento como los riesgos de su despolitización.

Se plantea asumir que el pensamiento se construye desde una conciencia histórica que reconozca opciones que trasciendan las limitaciones que impone la hegemonía, de manera de definir acciones orientadas a la construcción de nuevos sentidos de realidad. En esta dirección tenemos que aprender a leer las circunstancias, como ya señaláramos, de un modo distinto a la lógica explicativa que gira en torno a objetos, que está ceñida a parámetros de claridad y de delimitación precisas, pero hacerlo partiendo de su propia amplitud y difusidad, propio de la complejidad de las concreciones históricas; especialmente en razón de que, si se trata de intervenir sobre las circunstancias, no se puede actuar sobre estas aisladamente, en la medida en que se articulan entre sí dinámicamente, no solamente en un mismo momento, sino considerando además su perspectiva temporal.

Lo anterior plantea pensar desde una cierta inconformidad, transformada en capacidad de significar y de construcción de sentidos, pero sin olvidar que construir es alumbrar partiendo del caos desde donde nacen las estrellas.

Lo que decimos supone reconocer las condiciones desde las que emergen nuevos sujetos, reconociendo la naturaleza de estos colectivos, ya que la naturaleza de estos varía en la medida en que el hombre siempre puede estar sometido a buscar identidades de pertenencia, así como a la necesidad por encontrar un sentido de salvación y una voluntad de resistencia, por lo que es diferente a la capacidad para impulsar proyectos de sociedad con pretensiones universales.

En efecto, nos podemos encontrar con sujetos que sean portadores de varios proyectos, así como con proyectos que representen a varios sujetos. Quizá lo más importante es tener en cuenta que nos podemos encontrar, en muchas coyunturas, con proyectos que requieren de un sujeto que todavía no ha madurado, aunque se puedan reconocer segmentos reales potenciables para su constitución. Puede ser el caso de muchos países latinoamericanos en los que se aprecia la existencia de subjetividades atomizadas pero que pueden llegar a transformarse en sujetos.

El problema es que en muchas situaciones predomina la necesidad por una identidad ideológica por vía de la imposición de estructuras organizativas de poder por sobre la necesidad histórica del proyecto. Es el caso de los sujetos que reconocen su identidad en organizaciones burocratizadas en oposición a movimientos emergentes que rompen con lo instituido, cuya importancia reside en reconocer dinámicas sociales que no se agotan en los parámetros del orden-poder. En este marco, cabe plantear la relación problemática entre *ethos* cultural y la racionalidad capitalista que cristaliza en instituciones particulares.

Desde esta perspectiva, tenemos que comprender que el entendimiento del hombre no se restringe a aplicar leyes a la naturaleza, como pretendía Kant, sino, más bien, que encarne una conciencia y una voluntad que lleva a una crítica de la racionalidad que, a su vez, implica redefinir la relación entre conocimiento y conciencia. En este sentido, rescatamos el desafío de Nietzsche de pensar desde los excesos de vida antes que desde el déficit de los conocimientos acumulados. Pero hacerlo con la dignidad que confiere la mirada en el otro, con la plena conciencia de no tener ninguna compensación metafísica que nos alegre con una vida por realizarse, sino hacerlo desde lo que se está gestando, liberados

además de la miopía de la opinión pública y de los controles de la autoridad.

Se trata de impulsar una reflexión rigurosa sobre el conocimiento y su modo de construcción, pero no para alcanzar el reconocimiento social, o el éxito a corto plazo, sino con la serenidad de colocarse en los umbrales de la historia larga. Entender que la libertad es la fuerza que nace de la inconformidad para abrirse a la abundancia de la vida.

Perfil del significado histórico existencial del pensar epistémico

Desde estas preocupaciones principales, hemos iniciado una exploración acerca de los modos de pensar que han llevado a abordar diferentes tópicos, que, en su entrecruzamiento, conforman el perfil de una reflexión, definida como epistémica, en tanto constituye la forma de pensar desde el devenir de la historia sin quedarse atrapado en ningún código y, en consecuencia, en ninguna cristalización de objeto. Las principales etapas de esta exploración se pueden resumir en los siguientes términos:

Iniciamos la exploración definiendo como centro del debate a la apropiación del presente, como expresión de que el gran desafío es desarrollar la función de una conciencia del devenir (*Horizontes de la Razón*, I), la cual lleva a desarrollar formas de pensar que, siendo abstractas, no son teóricas en el sentido de pertenecer a determinados corpórea en forma de conformar un pensamiento abierto al movimiento de lo real-externo y del propio sujeto, lo que definimos como pensar categorial (*Horizontes de la Razón*, II). El desafío de pensar desde el presente de manera abierta plantea

abordar el acto de pensar desde los condicionamientos propios de la dialéctica existencia-potencia del sujeto; lo que supone organizar al pensamiento desde la tensión determinada por la relación entre *pensar en y desde* situaciones históricas, lo que expresa el esfuerzo por colocarse en el momento histórico (*Sujeto: existencia y potencia*).

La colocación no es un esfuerzo estrictamente teórico, por cuanto representa la capacidad para asumirse en la propia historicidad: comprender las circunstancias desde la necesidad histórica que excede los límites de lo teórico. Es lo que lleva la idea de conciencia histórica como premisa desde la que pensar (*Necesidad de Conciencia*). Premisa que constituye una postura que refiere a hacerse cargo de los desafíos de lo inacabable, de manera de no perder la perspectiva de que el sujeto está en permanente despliegue.

El desafío anterior se traduce en que el sujeto tiene que potenciar su capacidad para trascender lo dado avanzando en el campo de posibilidades de construcción de sentidos (*El Ángel de la Historia*). Postura que si no queremos que sea simplemente de índole ética, se tiene que corresponder con formas diferentes de construcción del conocimiento con todo lo que implica en cuanto a redefinir el concepto de método y práctica investigativa, que obliga a un cambio en el uso del lenguaje, de modo de dar cuenta tanto del movimiento de lo externo como del propio despliegue del sujeto (*Horizontes de la Razón*, III). Enfrentamos la necesidad de un lenguaje que verdaderamente sea un instrumento para el desarrollo de la conciencia histórica.

Desde este perfil, es posible determinar el análisis de algunas grandes líneas de reflexión que articulen el campo problemático del pensar epistémico.

Campo problemático del pensamiento epistémico: condiciones para asumirse históricamente y estar alertas

El pensar epistémico plantea una postura que refleje todo el sujeto, no solamente sus capacidades analíticas y de información, porque supone abordar el movimiento de los límites desde exigencias categoriales como las que representan categorías como la de lo indeterminado, en forma de poder reflejar la tensión de lo dado como apertura. Pues, en la medida en que se abandonan las exigencias de una delimitación fija, se requiere reconocer como punto de apoyo el contexto, no el objeto; pero el contexto a su vez, plantea una lectura suya desde sus propias dinámicas constitutivas.

Lo anterior se traduce en la necesidad de resolver la colocación en el contexto, rompiendo con la lógica de lo dado-explicado en tanto objeto, para dar lugar a una visión horizontal de lo que se denota. Esfuerzo por trascender lo dado como objeto para abrirse al movimiento del despliegue; lo que obliga a colocar al pensamiento ante lo dado pero como inacabado, lo que tiene como efecto reconocer los límites del orden, en la medida que cumpla la función de pensar la realidad desbloqueando su lógica. Todo lo cual no se puede resolver desde las premisas de una verdad estrictamente cognitiva; por el contrario, surge la necesidad de transformar, en premisa del razonamiento, la conciencia de colocación en el momento, de modo de reconocer lo horizontal de la realidad.

Lo que decimos se apoya en la categoría de potencia, con la cual organizar el pensamiento. Consideraciones que permiten reconocer los espacios de posibilidades desde los cuales poder reaccionar frente a las circunstancias, en forma de no quedar atrapado, ni en el pasado, ni en las estructuras que imponen una lectura de lo real-externo, como puede representarlo la lógica del orden-poder. Es

un camino epistémico para abordar la problemática de la autonomía del sujeto respecto de sus propias determinaciones.

La argumentación constituye una postura de racionalidad que puede permitir dar lugar a desarrollos conceptuales que, en definitiva, contribuyan a enriquecer la idea de racionalidad, realidad, teoría y lenguaje, de modo de ser congruentes con la exigencia de pensar desde el devenir histórico. Y desde allí poder rescatar al sujeto con conciencia y voluntad de construcción de sentidos. En otras palabras, se trata de asumirse históricamente pero también de atreverse a sostenerse como sujeto con capacidad para construir futuros desde los contextos en los que se está viviendo y pensando.

Cuestiones relevantes para la discusión

La cuestión central es comprender que la realidad deviene en múltiples concreciones que resultan de voluntades individuales y/o sociales que conforman espacios de posibilidades; lo que significa que el acto de pensar incluye tanto aspectos de reflexión como de percepción y experiencia: en una palabra, conjuga conciencia con voluntad.

Es importante lo que decimos pues abre el pensamiento a esferas distantes de lo analítico, como pueden ser la imaginativa y volitiva, en forma que pueda reflejar necesidades epocales que trascienden los límites del conocimiento organizado y los desafíos de la práctica más inmediatamente operativa. El pensamiento y la propia investigación se enriquecen con inspiraciones más lejanas, incluyendo algunas de naturaleza estética, como lo puso de manifiesto Platón en algunos de sus diálogos como el Fedro.

Pues para construir se necesita un ángulo de mirada abierta a las necesidades de la época que reclaman ser nombradas.

Lo que decimos requiere romper con los límites de lo dado-aceptado que, en el plano lógico-epistémico, se traduce en pensar desde lo indeterminado para poder generar una disconformidad respecto de lo dado: saber leer lo dado desde sus tensiones internas. En este sentido, preguntémosnos: ¿se acepta el caos germinal?, ¿se acepta el amanecer que nace de la noche?, o más bien, ¿se prefiere la claridad del medio día?

Lo indeterminado representa lo excedente como posibilidad, si aceptamos que la realidad es una construcción del hombre. Posibilidad que se transforma en objetividad en la medida en que es compartida; de ahí la importancia de la idea de proyecto. Pero la construcción desde lo dado requiere apoyarse en sus dinámicas constitutivas que son las potencialidad de lo dado; en este sentido, lo dado no es más que la activación de lo potenciabile en tanto necesidad contenida, pero también resulta de su activación en virtud de la intervención de la práctica humana. De ahí que lo potencial sea siempre contextual en tanto el contexto articula lo dado-productido con lo posible de darse.

De ahí que el contexto representa el punto de articulación entre génesis histórica y las aperturas posibles, por lo que en el contexto se encuentra la presencia entrelazada entre memoria y visiones de futuro. Por eso la importancia de los colectivos sociales y de sus diferentes capacidades para forjar proyectos con sus correspondientes prácticas, como marcos de reflexión desde los cuales se organiza el pensamiento. A este respecto, debemos recordar que la creación y el invento son siempre contextuales. La poesía misma, como sostuvo Goethe, es siempre de circunstancias.

Por consiguiente, el razonamiento acerca de la construcción significa estar desafiado por el contexto; que es lo que entendemos como el movimiento del sujeto: asumir que se piensa desde la propia incompletud que es la historicidad del sujeto abierta a su devenir. Ello se traduce en que el pensar se organiza al interior de los marcos del proyecto de vida desde los cuales se enfrenta lo no dado, en cuyos límites tiene lugar la determinación de verdades: la verdad como determinación de lo que está siendo (de manera compartida) desde particulares necesidades de sentido.

Por ello, el conocimiento no pueda tener el mismo significado para todo los sujetos, ya que dependerá de su contexto (espacio) en que se produce la tensión entre lo históricamente gestado como producto y sus posibilidades de devenir; de ahí que haya que situarse en la tensión entre lo dado del presente y su lectura potenciadora (desde proyectos) para no quedar atrapados en los límites de las circunstancias que nos determinan, como pueden ser las tendencias heredadas del pasado, y así rescatarnos como constructores a partir desde lo que no nos determina (Tercera Tesis sobre Feuerbach).

Se desprende de lo expuesto que el conocimiento tiene necesariamente una dimensión política, porque alude a una realidad que es producto de una potenciación potenciable. Lo político implica una constelación de fenómenos heterogéneos que no se pueden aislar los unos de los otros, planteando una articulación de tiempos y espacios que son propios de cada uno de ellos. Articulación que se busca rearticular desde diferentes ángulos de mirada para no limitarse a las coordenadas que impone el discurso del orden-poder. Es lo que permite pensar en el análisis de coyuntura como estrategia de investigación medular para la construcción de un conocimiento congruente con la premisa de la conciencia histórica del momento.

Esta discusión se complementa con un lenguaje que de cuenta de lo que surge como resultado de la potenciación según sea la naturaleza y fuerza de los sujetos al actuar sobre la realidad dada en un momento. Problemática que impulsa a incursionar en una gramática (propia del pensar histórico) que permita resolver la cuestión de lo excluido de las estructura teóricas establecidas para abrirse a lo indeterminado que nos condiciona; así como asumir la propia incompletud del sujeto que busca completare en su esfuerzo de construcción.

Se plantean desafíos a la capacidad de significar, por lo tanto, a la formulación de enunciados de contenidos, en forma que sean adecuados, por una parte, con el movimiento del sujeto, con su “estado”, para poder reflejar tanto la necesidad de autonomía del sujeto como su voluntad de construirla y consolidarla. Problema que no es ajeno a la autonomía o subordinación en su dimensión de ethos cultural.

La problemática de los enunciados apunta a que estos cumplen, antes que nada, la función gnoseológica de expresar un sentido de época. Nos referimos a la necesidad que reclama ser nombrada como excedente de los límites conceptuales conocidos, aquello que invita a ser evocado; lo que plantea un ángulo de fuga que se expresa en una ubicación en un mundo, no simplemente en la realidad objetiva-externa. Esta ubicación es la base para avanzar en la construcción de la denotación, pasando desde el momento de la conciencia epistémica a la conciencia teórica, de manera de resolver la naturaleza específica de la denotación. Ello dependerá de cómo se articule entre sí la reflexión, la percepción y la experiencia en determinados contextos en que se busca resolver el significado de lo denotado.

La denotación consiste en abrirse a las emergencias sociales, económicas, políticas y culturales, pero reconociéndolas desde la articulación contextualizada. Esta contextualización obliga a incorporar, además de las necesidades del momento, las propias que se derivan de la secuencia dinámica del momento, partiendo de una lectura de sus posibles desenvolvimientos longitudinales. Lo que constituye una razón adicional para reforzar la importancia del análisis de coyuntura como estrategia metodológica.

Desde esta perspectiva, hay que ser cautelosos en la construcción de predicados, en la medida en que si atendemos a la dinámica de la articulación en un momento, así como a su reconstrucción en secuencia, se enfrenta el desafío de abordar la posibilidad de predicados múltiples, como concreción del movimiento de lo denotado. Estar vigilantes respecto a la tendencia a la sustantivación del predicado, que es el desafío mismo de la gramática del pensar histórico. Pero, más allá de los límites de esta gramática, plantea tener que abordar el enriquecimiento del lenguaje natural como instrumento ineludible del pensar histórico. Ello porque no podemos prescindir de este lenguaje en el esfuerzo por potenciar la conciencia que acompañe al acto de pensar.

El desafío reside en el divorcio del sujeto respecto de su propia práctica investigativa, que se acentúa por el predominio, sin contrapeso de las lógicas técnicos-instrumentales. Desde la perspectiva del lenguaje, lo anterior se traduce en una separación de las funciones gnoseológicas y cognitivas; pero, también, en dejar fuera a las exigencias epistémicas del pensamiento, como lo es la apertura a nuevas categorías de razonamiento, así como permitir la presencia del paradigma de la explicación con base en causas, lo que impide abrirse a las circunstancias del momento sin recurrir a exigencias teóricas que puedan tender a deshistorizarse. Esto

es, no darle función, o bien una función subalterna, a la memoria histórica-existencial y a las visiones de futuro en la construcción de conocimiento. Lo anterior supone distanciarse de los parámetros que impone el orden dominante que busca ocultar, cuando no abiertamente negar, las necesidades que están emergiendo.

Se trata de comprender que el proceso de construcción de conocimiento se inicia con el trabajo de asumirse como sujeto pensante, a la vez que como constructor de sentido, en cuyos marcos tiene lugar el quehacer analítico-intelectual. De lo que se sigue el momento donde se reconocen, desde determinadas necesidades, las realidades que pueden servir de base para un conocimiento capaz de cumplir la función de potenciación, en una u otra dirección, aunque sin ocultar las opciones de viabilidad potenciales.

La discusión anterior plantea como central la construcción de problemas. Por problema entendemos una articulación entre realidades aparentemente diferentes y separadas que constituye el nudo con mayor margen de ser potenciado en el marco de la articulación. Articulación que reconoce distintos momentos por los que ha de transitar el razonamiento: comenzando por el tema como enunciado empírico-morfológico, pero que solamente es un indicio de otros planos ocultos, no visibles; de ahí que el tema tenga que ser cuestionado en términos de sus significaciones implícitas que se traduce en reenunciaciones sucesivas del mismo, que, en su conjunto, van dando lugar a una serie de enunciados que, relacionados entre sí, según exigencias de sentido que sirven de conducto a las sucesivas explicitaciones de significado, conforman un campo problemático.

Así construido, el campo problemático permite un regreso sobre el tema desde una mayor exigencia de relaciones, dando lugar a la transformación del enunciado temático en una articulación delimitadora de posibles contenidos, según las opciones de sentido

que están detrás del para qué conocer. Este discurrir entre opciones de sentido se puede resolver en los límites del campo problemático, en la determinación de posibilidades de teorización, de manera de transformar el problema en objeto cuando se le atribuye una función cognitiva.

En una palabra, el razonamiento descansa en articulaciones posibles entre niveles de la realidad, tanto en lo que respecta a las relaciones entre niveles diferentes, como en lo que respecta a cada nivel particular si atendemos a su despliegue en el tiempo. De lo anterior se desprenden problemas que complejizan la construcción de enunciados: estos se pueden limitar a su naturaleza asertiva sobre predicados particulares, sin abrirse a posibilidades de otros predicados; o bien, si los predicados no se restringen al contenido de un nivel, o a la relación entre niveles en un momento temporal dado pueden tomar en cuenta los referentes empíricos desde la perspectiva temporal.

De ahí que las preguntas pueden versar sobre el movimiento entre niveles en un momento, o bien, sin prescindir del momento, busquen incluirlo en su movimiento longitudinal. Pero todo ello sin apriorismo teóricos ni ideológicos, por cuanto las preguntas se construyen desde la exigencia de la especificidad histórica: esto es, a partir de lo dado según resulta de lo dándose, tanto en el corte vertical o coyuntural como desde la perspectiva transcoyuntural. Este doble movimiento permite dar cuenta de la especificidad de lo denotado, lo que tendrá que expresarse en la construcción de preguntas problematizadoras y, a su vez, éstas en enunciados de contenido.

En consecuencia, el contenido con el que tiene lugar la apropiación de la realidad no se agota en sí mismo, sino que se abre a posibilidades de identidades (es una situación muy afín a la

idea de las condiciones de posibilidad de la emergencia); por eso, la apropiación de lo real refiere a un nudo de lo delimitado que está abierto a ramificaciones de contenidos posibles. Cada uno de estos nudos se puede transformar con base en nuevas ramificaciones de contenidos, según las necesidades del momento histórico.

Nos enfrentamos con la posibilidad de una nueva mirada que destaque la atención en las posibilidades contenidas en la situación histórica, más que en la objetividad propia de la lógica de objetos. De ahí que se tengan que reconocer las potencialidades según el ángulo de lectura desde el cual se aborde, así como desde el para qué de este abordaje por parte del sujeto. Ello exige una colocación del sujeto en el momento concreto desde el que se piensa, el cual está en permanente transformación.

Subjetividad del pensar histórico

¿Desde qué necesidad utilizamos las categorías del pensamiento? O, acaso, ¿es la propia categoría la que define su necesidad de uso?, ¿coincide la necesidad de pensar con la forma de la necesidad según se expresa en las categorías? Nos planteamos que el paso desde la necesidad de pensar a la aplicación misma de las categorías de razonamiento representa propiamente el paso desde el momento histórica a pensar acerca de ese momento, el movimiento precategorial a lo categorial y desde éste al plano de lo teórico. ¿Cuáles son los impulsos que profundamente sostienen al sujeto a pensar algo? En este sentido es que no se puede dejar de destacar la importancia de la fuerza subjetiva en que se apoya en definitiva el acto de creación, especialmente cuando constatamos que la lógica del sistema se orienta a preformar tendencias, percepciones y tipos

de reflexiones que conforman a un tipo de sujeto que, en términos de su perfil dominante, carece de voluntad, es conformista y con fuerte rasgos intelectualistas, pragmáticos y cortoplacistas. Es lo que obliga a estar alertas y vigilantes acerca de los modos que reviste el quehacer investigativo y la misma parcelación del pensamiento, en términos de lógica de objetos; pero también en cuanto a lo que implica reducir el pensamiento a determinadas funciones analíticas.

Se trata de llevar a la superficie dimensiones del sujeto como son su voluntad, el deseo a la aventura, su capacidad de soñar, por sobre las limitaciones que caracterizan las lógicas del orden dominante. Darle realce a la historia como espacio de concreción de lo necesario de darse, que puede asumir diferentes modalidades al manifestarse, pero que está en el trasfondo del debate filosófico y artístico de siempre; lo que se ha pretendido resolver, en lo que respecta a la construcción de conocimiento, dando importancia al eje “z”. En efecto, las múltiples concreciones de lo real histórico configuran distintas modalidades de discursos, tales como el filosófico, el ético, el literario, el plástico, el teórico social, etcétera; de ahí que cuando pensamos en la orquestación de estos múltiples discursos particulares estamos creando el esfuerzo por rescatar al conjunto de las facultades del hombre para abrirlo al abanico de sus posibilidades, a modo de entender que los límites que se imponen, a manera de organización de contenidos comunicables, representan equilibrios de lo emergente todavía sin forma. Exigencia que requiere no dejar de ser uno frente a los otros, no dejarse llevar por el rostro imitado que resulta de la misma interacción entre el sujeto y los otros sujetos.

El compromiso del conjunto de las facultades del sujeto, así como el movimiento de lo real externo, concebido como articulación dinámica de lo heterogéneo, plantea que los límites conceptuales y sus

traducciones en lenguajes encierran todas las posibilidades para ser transgredidos, por lo que el hombre ha de tomar conciencia de que encontrará su fuerza en la pregunta articuladora de esferas diversas, como un recogerse hacia dentro desde la presencia oceánica de lo todavía pendiente de llegar. Algo parecido a la actitud de la espera que es como simplemente existir en la inmensidad, profundizando el vértigo de lo hondo de las raíces.

Lo que decimos se expresa concretamente en la conciencia del devenir como un pensar abierto sobre lo concreto: significa entender el presente como base o punto de partida del conocimiento en su mismo movimiento. Es lo que hace necesario no perderse en lo inmediato ni en lo fragmentario como tampoco en la morfología de lo dado, lo que se resuelve categorialmente mediante la capacidad para trascender lo dado desde la colocación ante las circunstancias.

Esta colocación es el esfuerzo por conquistarse, o asumirse, existencial e históricamente, de manera de objetivarse desde la apertura de las determinaciones: esto es, apertura del propio cierre como expresión del devenir de sus mismos contenidos. Es en lo que consiste la condición de sujeto historizado. Historización como ruptura de límites que lleva a trascender las funciones cognitivas mediante el recurso de pensar en lo que está excluido. En otras palabras, lo que decimos se corresponde con la exigencia de lo indeterminado de las determinaciones como ángulo de fuga, por lo que no podemos restringir el pensamiento a las exigencias formales de la claridad y consistencia.

Se pone en juego todo el sujeto en sus seguridades, certezas, calculabilidad y capacidad de control, pues estos cauces apacibles por donde se hacen llegar los grandes oleajes de lo excluido reclaman un modo de pensar incluyente, no mecánico, ni necesariamente determinista, por el contrario, más bien azaroso e incierto, menos

predictivo pero mucho más flexible para aceptar y adaptarse a las contingencias que constantemente están surgiendo.

Para dar cuenta de estos desafíos, que genéricamente hemos definido como oceánicos, resultan útiles categorías como colocación, indeterminación, apertura y potencia, pero que presentan dificultades que consisten en que plantean tener que superar las tendencias a la rigidez, conformidad y unilateralidad del sujeto. Categorías que no son estrictamente lógico-cognitivas, pues, además de estas funciones, representan una actitud con serios desafíos psicológicos, ya que suponen tener que pensar de un modo abierto a los procesos, sin la restricción de los límites propios de lo estructurado, por lo mismo estable, y que, en consecuencia, no pueden reducirse a funciones puramente cognitivas. En este sentido asume plena significación el concepto de sujeto historizado como siendo su autoconciencia tanto epistémico-histórica como epistémico-existencial.

El desafío en que pensamos conlleva un enriquecimiento del lenguaje con lo que se plasma el pensamiento, pues se llega a constituir un espacio compartido tanto por los lenguajes simbólicos como por los cognitivos, pero donde los primeros pueden representar la posibilidad de trascender los límites de lo denotativo, enriqueciendo, en consecuencia, la capacidad de significar; de este modo, los lenguajes cognitivos pueden romper con sus propios parámetros al quedar expuestos para ser manejados según estímulos no necesariamente teóricos, sino también estéticos, incluso escatológicos. De esta manera, se da lugar a la apertura a lo parametral desde exigencias que no son exclusivamente cognitivas, de manera de no simplemente aludir a objetos teóricos sino además a experiencias y percepciones de diferente naturaleza.

Esta ampliación en la capacidad de la denotación obliga a una revisión en las formas de construir enunciados, en la medida

que no se habla solamente de contenidos de reflexión, sino además de experiencias, percepciones y expectativas que comprometen diferentes dimensiones del sujeto; lo que se corresponde con un predominio de lo modal sobre lo asertórico. Con lo que se coloca en el centro de la objetivación, sobre el predicado, al sujeto como portador de una relación incluyente con lo externo. Es lo que definimos como sentido de contenido “corroborado”, en cuanto predicado posible pero que se complementa con contenidos cuya naturaleza no es la corroboración sino servir para reconocer espacios con sentido para el despliegue del sujeto. En términos más abstractos, puede dar lugar a distinguir entre la verdad del sentido en oposición al sentido de la verdad.

Se plantea que la exigencia de objetividad-objetivación, traducido en predicados, se subordine a una relación más incluyente del sujeto respecto de su “externalidad”; lógica de inclusión que plantea la distinción, pero también la articulación, entre verdad del sentido y el sentido de la verdad: esto es, la relación entre objetivación mediante un predicado posible y los espacios posibles para el sujeto; en otras palabras, entre enunciados de atributos sobre aquello externo y enunciados relativos a la transformación de lo externo en posibilidades de despliegue.

Recuperando lo que decimos: la verdad del sentido refiere a la objetividad posible de lo afirmado como contenido, esto es, que pueda ser parte de un universo semántico inteligible; mientras que el sentido de la verdad refiere a la transformación de esa objetividad en espacio posible para ser apropiado por el sujeto como expresión de su misma potenciación.

Estamos ante el desafío de reconocer la necesidad en la que descansa, pero que también traduce las formas de pensar, de manera de no restringirse a los límites de la función cognitiva

de los lenguajes denotativos. Ello refiere a tener que trascender al significado estructurado, muchas veces heredado, de modo de enriquecer la construcción de los nombres. Planteamos el papel de los lenguajes simbólicos para ampliar y profundizar el acto de denotar; lo que obliga a pensar en exigencias no solamente cognitivas, sino, como lo hemos señalado, en otras de naturaleza estética y ética para contribuir a construir realidades que sean una articulación de dinámicas. Y así, reconocer la idea de pensamiento como una composición de reflexión, percepción y experiencia.

En el fondo, se plantea la transformación de la verdad del sentido en sentido de la verdad para responder a la pregunta desde posibilidades de vida concretas para los sujetos; pero también a la inversa, en transformar el sentido de verdad, como lo puede representar la conversión de lo real-externo en mundo, en verdad de sentido.

La discusión da cuenta de la complejidad que reviste la relación hombre-realidad, a partir de cómo se resuelve lo dado como inacabado, la tensión entre cierre y apertura del contexto que nos condiciona. Es lo que lleva a aclarar el concepto mismo de experiencia como concreción de la historicidad del sujeto cuya implicación más clara es tomar conciencia, pero también tener la vivencia de lo que es la incompletud y la consiguiente necesidad del sujeto por completarse. Completarse como sujeto significa expresar una inconformidad desafiante respecto de los parámetros imperantes, con base en incorporar la idea de un límite más vasto que el que constituyen las circunstancias más inmediatas.

En verdad, pensamos en la idea de época cuya problemática se puede enunciar como el esfuerzo por hacerse eco del mundo, rescatando la memoria y las visiones de futuro como proyectos de vida en el presente. Postura que nos recuerda la “angustia de la

influencia” de la que habla Bloom y que retoma Steiner en su libro *Gramáticas de la Creación*. Discusión esta que se opone a la simple reducción del sujeto a la información que media imponiendo una memoria y visiones de futuro, que no necesariamente revisten la calidad de sentido de verdad por cuanto son impuestas por el orden.

Formalmente, la discusión puede sintetizarse en que los enunciados tienen que resultar de la siguiente lógica de construcción: incluir un componente que alude al estar del sujeto de manera de resolver explícitamente su colocación ante las circunstancias, en forma tal que permita trascender los límites de objetos, rompiendo con la exigencia de la identidad para incorporar en la afirmación del contenido dado la función de constituir un espacio para el sujeto que, además de fijar atributos de propiedades, reconozca el espacio posible de despliegue para el mismo sujeto.

11. Desafíos para el pensamiento que plantea la actual coyuntura política de américa latina

“Y hoy, cuando el capital dominante ya no es el capital industrial, sino el financiero, el trabajador industrial ha sido debilitado, fragmentado, apagado. La lucha ya no se da tanto en el terreno sindical o en el espacio público, sino, principalmente, en el barrio donde se vive, o dentro de uno mismo. El conflicto se ha localizado y subjetivado. Hoy es el resultado de enfrentarse individualmente, contra el mercado omnipresente y el estado ausente y de perder anónimamente esa batalla. Es sentirse fracasado, por eso, ante sí mismo y ante los hijos. Estamos en la sociedad del riesgo”

(Gabriel Salazar: *Ensanchar la mirada*, a propósito de la obra de Hernán Ramírez Necochea, historiador del movimiento obrero chileno. La Tercera, 7 de abril del 2007, No. 28).

Problemática sociopolítica en américa latina

Es difícil vislumbrar futuros en una situación como la del capitalismo que resignifica una variedad de fenómenos que nos lleva a pensar en una situación inestable, abierta en su dirección a un devenir incierto pero que el poder pretende mostrarla como cerrada, sin alternativas. De ahí que la tarea esencial sea procurar construir los lineamientos principales de este momento caracterizado por la crisis del modelo neoliberal, que no es sino manifestación de los desequilibrios

estructurales del capitalismo y la consiguiente emergencia de proyectos políticos que lo cuestionan. Es el caso de Cuba, y ahora el de Venezuela, Bolivia y Ecuador, como las experiencias más reciente.

Debemos partir reconociendo que la situación se define por la alta concentración del capital y el predominio sin contrapeso del capital financiero, lo que da lugar a un crecimiento con precariedad del empleo e insuficiencia de ingresos, determinando que grandes sectores sociales estén excluidos y carezcan de perspectivas de futuro.

Crisis económica-financiera que se produce además, en el contexto político caracterizado por un estado debilitado sin los instrumentos de regulación, así como por una lógica de mercado. Economía de mercado que se acompaña de posturas que enfatiza la eficacia aunque cortoplacistas, dando lugar a un fuerte individualismo que mutila las posibilidades de que surjan colectivos; individualismo que más allá de su conformidad permanece inerte en sus situaciones de desventaja. El mismo concepto de futuro se reduce a la idea de oportunidades intervinientes, a una capacidad del sujeto que se reduce a comportamientos de movilidad social individual.

De manera que se crean las condiciones para disolver cualquier referente de pertenencia colectiva, por lo que el significado de lo social disuelve en una atomización que el caldo de cultivo de la competitividad y del reconocimiento del éxito personal como mecanismo para mostrar presencia social.

La sociedad se subsume en la movilidad individual, mientras los horizontes históricos se restringen a los límites de proyectos personales de vida, así como la solidaridad no se plasma en ninguna identidad colectiva, sino, en el mejor de los casos, en acciones de solidaridad en relación con situaciones de marginalidad

o de violencia de los derechos humanos; aunque quizá, su forma dominante, se encuentre en la lógica de cooptación impulsada por grupos particulares. La solidaridad, en definitiva, como acto de asistencia social que es como funcionan los sindicatos pero también los partidos.

Sus consecuencias son profundas sobre las instituciones y los espacios en los que se puede ejercer el poder. El capitalismo no está negando a la democracia, pero sí la está transformando de conformidad a sus propias necesidades. Cada vez más la marginación de sectores, así como la pérdida de proyectos, la inestabilidad laboral o la precariedad de ingresos, agudizan sus efectos, lo que plantean la necesidad de políticas de control, que a su vez, muestran la apariencia de apertura a la participación que facilitan que el poder no pierda su hegemonía.

Entre estos mecanismos se pueden señalar la exaltación por hacer ganar presencia a la sociedad civil como espacio de participación y de poder, pero que no es sino un montaje para disfrazar la presencia de los poderes fácticos; los cuales, la debilitan en un juego que aparece favoreciendo las libertades cívicas, como ser la participación ciudadana, o como apoyarse en los “emprendimientos sociales”, pero que ocultan el predominio sin contrapeso de estos poderes.

La institucionalidad del estado se reduce a un espacio en el que se persigue una suerte de arbitraje entre las fuerzas sociales, de modo que termina por cumplir la función de asistencia social para controlar las emergencias de proyectos alternativos; aunque estos últimos no requieran de la presencia de un “estado en forma”. En verdad, del espacio de las instituciones se han apoderado los poderes fácticos económico-financieros así como los grupos de presión político de carácter clientelística. Ello lleva a que la democracia

esté deviniendo en el sistema político que legitima las dinámicas económica y políticas que operan fuera de las instituciones: la democracia como manifestación del estado de excepción (cfr. Karl Schmitt, así como los comentarios de Giorgio Agamben).

En este sentido, vale discutir la naturaleza del estado de excepción en Latinoamérica, como una organización política que, recurriendo a diferentes procedimientos, busca la renovación de cúpulas políticas, a veces centrado en liderazgos, y otras en coaliciones entre fuerzas, que garantice el mantenimiento de un mismo proyecto económico, de modo que los reemplazos de los gobernantes no afecte su naturaleza, como tampoco la ejecución de una política elevada al rango de política de estado.

El desafío consiste en forjar una organización política que se pueda transformar en espacio de fuerzas que, más allá de las coyunturas, permita proyectos alternativos. La importancia de lo que decimos es que la democracia aparece validando tanto propuestas alternativas (Bolivia, Ecuador, Venezuela), así como estrategias de desarrollo económico que no rompen con el esquema del modelo neoliberal (Chile, Argentina, Brasil). Por ello, debemos poner en cuestión la naturaleza del sistema democrático, pues en los hechos la democracia puede estar caracterizado, tanto por liderazgos carismáticos como la presencia ininterrumpida de coaliciones de fuerzas políticas y organizadas, el mantenimiento de un mismo proyecto económico en una perspectiva estratégica. La única excepción puede ser el caso de Bolivia; los demás están por aclararse.

A este respecto, debemos destacar el carácter problemático de la relación que se establece entre proyecto político y económico, en la medida que se plantee la cuestión de si es posible construir un modelo económico no capitalista desde la democracia, o bien,

si el modelo económico se protege con la democracia ante la voluntad de construcción de proyectos económicos alternativos; en otras palabras, los liderazgos que hoy impulsan otras estrategias ¿podrán mantenerse en la democracia representativa clásica, o, más bien, están compelidos a construir otros sistemas políticos de participación ciudadana? ¿Acaso la democracia necesariamente impone, aunque con variantes, un proyecto capitalista? ¿Es que el capitalismo se esconde detrás de la democracia, por lo que ésta no es tal democracia?

Experiencias como las de Bolivia representan el desafío, de construcción de un sistema político que sea incluyente de las heterogeneidades, tanto culturales como económicas y sociales que caracterizan a la población. El problema es cómo concebir la complejidad de la sociedad y su relación con el aparato del estado, de manera de abordar y resolver la gravitación política que tiene la naturaleza plurinacional de algunos países, así como las formas de representación del mestizaje en determinados colectivos. Y de este modo no incurrir en la falacia de sostener que todos los sectores están debidamente representados en la defensa de sus intereses, en razón de haberse establecido cauces jurídico-formales, que no siempre se traducen en prácticas políticas congruentes. Como tampoco creer que la simple legitimidad de un proyecto, ya sea por el consenso que suscite, o por el carisma de un liderazgo dominante, es garantía de que la política socioeconómica represente con ecuanimidad a la vasta y heterogénea mayoría de la población, que, a veces, incluso, ni siquiera llega a asumir la condición de una efectiva ciudadanía.

Desafíos epistémico-metodológicos

De la problemática del contexto político-económico dominante, se desprenden desafíos que debe abordarse si queremos ir más allá de la simple descripción. Para ello es necesario recuperar el análisis de coyuntura en cuanto refiere al análisis de la práctica constructora, a partir de reconocer necesidades que se imponen desde la realidad concebida como un complejo de relaciones entre sujetos. En este sentido, se plantea la necesidad de revisar el concepto de objetividad referida a acontecimientos (en la acepción de Labrousse), “en cuanto haz de movimientos objetivos que convergen en el acontecimiento”, pues debemos tener en cuenta al acontecimiento como una concreción histórica que se corresponde con el planteamiento de que el objeto de la ciencia es la historia “porque crea constantemente su objeto... por ello rebelde a toda estructuración no dinámica”. En el acontecimiento cristalizan procesos, aunque a la vez es el espacio de prácticas creadoras de realidades. Como se ha dicho, la “filosofía de la praxis” de Gramsci se realiza en el estudio concreto de la historia pasada pero también en la actividad de creación de nueva historia.³⁵⁴

Es importante aclarar lo que se entiende por “historia pasada”. Se trata de equilibrar la idea de praxis constructora con el “reconocimiento objetivista, del carácter reiterable y previsible”, de los hechos. La cuestión es aclarar lo que se entiende por regularidad de los hechos, como pueden ser “las conductas incerciales, los actos reiterados, mecánicamente” o bien, ciertos hechos propios de toda sociedad como la “división entre gobernantes y gobernados, o los sistemas de valores distintos a la estructura de las relaciones sociales”. Todas las cuales conforman a lo real en tanto espacio de las

354 Cfr. Pizzorno, *Pasado y presente* No. 19. Buenos Aires.

interacciones entre sujetos de diferente naturaleza, tamaño, duración y gravitación social; lo que se corresponde con el planteamiento de que la realidad social es una construcción, por lo que ninguna estructura o institución se puede entender sin considerar las interacciones entre sujetos.

Se rompe con un razonamiento de causa-objeto, de manera de concluir que la regularidad constitutiva de la objetividad de la realidad social son las condiciones que permiten la formación de voluntades sociales, ya sean estas económicas, políticas o militares. Las modalidades que pueden asumir estas construcciones dan lugar a la naturaleza que asumen las instituciones, en particular las reglas de gobierno y cómo es el funcionamiento del Estado.

La discusión apunta a desplazar la explicación causal o de determinación, presente en la historiografía, por la ciencia de lo político. Extrapolando lo que se ha dicho en relación con Gramsci, podemos decir que lo que le da unidad al análisis es la presencia de uno o varios sujetos que, a partir de sus prácticas-proyectos, articulan los diferentes planos de la realidad y, en consecuencia, del pensamiento.³⁵⁵

El desafío epistémico-metodológico apunta a la necesidad de abordar la función que cumple el ejercicio del poder en la constitución de voluntades colectivas, que sean capaces de influir con sus prácticas en la construcción de una nueva historia. Pues, el futuro no se deduce de premisas que respondan a relaciones causales, sino de la capacidad de potenciación de estos colectivos, y dentro de estos, de los individuos de manera de incorporar el

355 Idea que es uno de los temas centrales de mi trabajo último *Horizontes de la razón III*, concretamente de la sección que se refiere al análisis de coyuntura. Por ello incorporamos a este escrito, más adelante, una breve reflexión relativa al problema metodológico del análisis de coyuntura.

movimiento molecular interno de las grandes estructuras políticas, económicas y culturales.

Lo anterior se corresponde con la tarea de liberar al pensamiento de las formas mecanicistas y deterministas que impone la lógica del orden; de ahí que la primera prioridad sea comprender la constitución de los sujetos y de sus capacidades para modelar, promover, desarrollar y producir proyectos de futuro, antes que organizar un razonamiento desde formas deductivas con base en causas.

Una lógica puramente causal del capitalismo no permite, por ejemplo, dar cuenta de la pérdida de autonomía de los sujetos, o, más aún, de la problemática acerca de cómo se puede reaccionar ante lo que nos determina, promete y bloquea (tercera tesis de Feuerbach); como tampoco el razonamiento causal, o de determinaciones, puede dar cuenta de la problemática más profunda de la historia de la sociedad como es el papel que cumple la conciencia como mediación en la relación entre individuos con los modos de constitución de los colectivos. Para ello se requiere de categorías como potencia (capacidad de potenciar lo potenciable), que, en el marco de esta lógica, se enriquece con la de categoría de la indeterminación, no sometida necesariamente a leyes. El hombre conoce desde lo que es-estando, pero no se agota en el simple conocimiento en razón de su condición inacabada.

Líneas particulares de teorización

Cabe retomar el tema del pasado y otros que son centrales en la actualidad. Algunos de estos temas se relacionan con el ejercicio del poder y el significado de los regímenes militares, asimismo con lo

que hemos dicho acerca de la democracia como estado de excepción. Además, está el tema que tiene que ver con la relación entre sujetos y proyectos, concretamente con la relación entre construcción del proyecto y constitución del sujeto. Cuestión que plantea tener que cuidarse de formular proyectos que carezcan de sujetos con la fuerza requerida para sostenerlos, profundizarlos y reproducirlos en los sucesivos cambios que plantean las situaciones históricas (podría ser el caso en la actualidad de Ecuador y Venezuela, como en el pasado fue el Chile de Allende); situación que alude a la correlación de fuerzas tanto a nivel nacional como internacional. O bien, la situación de sujetos con proyectos que pretenden transformarse en el espacio de proyectos de otros sujetos, pero consensuando el carácter del proyecto que sirva de guía (podría ser el caso de Bolivia).

Espacios de poder

En el marco de la postura esbozada, cabe formular algunas reflexiones que ilustran las dificultades epistémicas que enfrentamos desde hace años para dar cuenta de la dinámica del poder. La experiencia más distante en el tiempo, con excepción de la revolución cubana, es la experiencia de la Unidad Popular con Allende.

No pretendemos, como es obvio, hacer un análisis pormenorizado, sino más bien referirnos a aspectos que, en su conjunto, se relacionan claramente con el ejercicio del poder como instrumento de cambio.

La primera cuestión tiene que ver con la capacidad del sujeto para trascender las circunstancias que determinan su emergencia en una coyuntura, lo que se relaciona con la fuerza tanto del proyecto como de la relación del sujeto con éste. Se traduce en la capacidad de

o de los sujetos para crear situaciones desde las que pueda forjar una correlación de fuerzas favorables para el despliegue del proyecto.

En esta dirección, es importante reconocer las situaciones histórico concretas que distintos sujetos pueden crear para presentarse como portadores de prácticas que sean congruentes con determinadas visiones del mundo social. Pero que, a su vez, plantea que el mismo sujeto puede conllevar una impronta de naturaleza coyuntural que difícilmente supere.

Una posibilidad es que un proceso electoral, determine el surgimiento de un movimiento, con organización amplia y sólida, con discurso y proyecto, pero marcada la organización, así como las visiones, por la coyuntura que contribuye a constituirlo, en este caso, un triunfo electoral. Lo dicho implica que “esa fuerza electoral” del sujeto no sea suficiente para permitirle avanzar en la profundización de su proyecto planteándose la necesidad de transformar la naturaleza de la organización, sea partidista o de otra índole, con la que ha surgido el sujeto en la coyuntura, y que nos plantee la relación entre sujeto y actores políticos.

En efecto, una lógica clientelística propia de confrontaciones electorales puede no ser la adecuada para una lucha orientada a enfrentar al contrincante en sus contradicciones internas (como ser dividir al bloque burgués, ya que hacerlo supone el diseño de políticas de una duración prolongada como la que exige una lucha contra-hegemónica. Por lo que decimos se infiere que no sea suficiente provocar polarizaciones y alienamientos entre fuerzas a partir de prácticas que expresan expectativas y demandas inmediatas, a veces, contingentes y de poca influencia, cuando el proyecto requiere de un tiempo prolongado para afianzarse.

La cuestión a la que hacemos referencia se puede ilustrar con lo que ocurrió con la política económica de la Unidad Popular

frente a las capas medias, orientada a darles a éstas una mayor capacidad de consumo, con la expectativa de crear una alianza con la Unidad Popular. Ello no ocurrió en la medida que se trataba de un proyecto contrahegemónico, que, en la medida que no pudo romper con la lógica clientelar, no pudo romper el espacio en el que se configuraba la hegemonía del poder dominante. El problema consistió en que no se pudo pasar de una dinámica clientelar de naturaleza electoral a la de un movimiento que se proyectaba en el largo tiempo, exactamente en torno de una nueva concepción de sociedad, más allá de las alianzas programáticas de corto plazo. De hecho, se estaba dando una transformación de la organización misma que sustentaba al proyecto (la alianza entre partidos políticos, y con ello el significado de las representaciones). La cuestión se ha prestado a constantes discusiones en torno de cómo se puede manifestar la voluntad colectiva cuando se pasa de una coyuntura a otra en la que se transforma la correlación de fuerza.

En un momento se puede dar la emergencia de una alianza con muchos sujetos alrededor de un proyecto compartido. Por ejemplo, la lucha por la democracia, o el interés de desplazar del poder institucionalizado a un determinado sector social, pero que una vez logrado el objetivo puede tener significados diferentes para los sujetos. Aunque lo más relevante tiene lugar cuando el propio sujeto, se queda prisionero de una determinada coyuntura hasta el punto de sesgar su lectura de sociedad al circunscribirse a la lógica particular de la coyuntura que conforma la organización y la ideología del sujeto.

Puede ser el caso de sujetos que se quedan fijados por una estrategia militar sin saber como pasar a una etapa diferente en lo que se refiere a organización y conciencia, de manera de definir tácticas de luchas diferentes. O, a la inversa, que han sido marcados

por el éxito en la sociedad civil, como resultado de formas de lucha que se dan en el marco de la institucionalidad, pero que al cambiar la correlación de fuerza, y no ser capaz de asumir el cambio, puede perder cohesión ideológica y efectividad política.

La primera situación se puede ilustrar con lo que ocurrió con la Unidad Nacional Revolucionaria Guatemalteca (UNRG), después de los acuerdos de paz, mientras que la segunda lo ilustra la Unidad Popular de Chile, caracterizada por ser una alianza entre partidos políticos exitosos electoralmente, pero que no fueron capaces de enfrentar un cambio en el espacio de la correlación de fuerzas. En el primer caso el no paso de lo militar a lo civil, en el segundo, el no paso de lo civil a lo militar.

En otro plano de la discusión, estamos analizando la capacidad del sujeto APRA tener claridad acerca de su viabilidad histórica y de las condiciones que la garantizan. Y que se relaciona con la capacidad para reconocer opciones para su desenvolvimiento, lo que supone tener flexibilidad para moverse en distintos planos, a veces de manera simultánea, pero que se corresponden con cambios en la organización, incluso cambios de programa pero en el marco del proyecto.

La viabilidad de un sujeto puede tomar diversas formas. En primer lugar, que se trate de un sujeto y perspectiva suficiente para mantener un proyecto, por lo menos, en sus lineamientos básicos. A lo que se opone la situación de sujetos que carecen de un proyecto quedando enfrentados al riesgo de convertirse en clientelas de otro. Por lo que cabría preguntarse si existe el sujeto que pueda efectivamente resolver su propio desenvolvimiento a través del espacio del sistema político democrático, o por el contrario, que la tendencia es conformar un sistema *ad hoc* a su interés y naturaleza.

Debemos recordar lo que pasa con el llamado estado de excepción, ya que podría ser el caso que la excepcionalidad oculte, bajo una aparente participación, una situación política de alta exclusión social, económica y política; pero debidamente legalizada. Pues, el régimen de excepción representa un mecanismo para resolver las dificultades para construir legitimación a partir de la incompatibilidad entre intereses grupales y su aceptación por el resto de la población.

En este sentido, los golpes militares han representado fórmulas para dar cuenta de la crisis de funcionamiento de un sistema masificado y participativo, pero que en vez de resolver, agudiza las contradicciones entre las exigencias propias del interés público general y los propios intereses dominantes; lo que resquebraja cualquier posibilidad de hegemonía. El fascismo, el cesarismo, el bonapartismo, el estado burocrático autoritario y el militarismo han representado mecanismos, aunque coyunturales, para resolver la contradicción entre acumulación y hegemonía. En la situación actual podría darse el caso que la democracia empiece a cumplir esta función: esto es, que sea el mecanismo consensuado que cobije a los poderes fácticos dándoles legitimidad.

El principal desafío teórico descansa en la capacidad de los grupos dominantes para consolidar su reproducción superando sucesivas crisis de hegemonía, manteniendo su coherencia ideológica y política. Esta capacidad no se manifiesta solamente en su reproducción económica, sino principalmente en la consolidación de una voluntad orgánica que, en suma, determina el carácter de la dominación política.

Uno de los rasgos del momento histórico actual es que la legitimación de la dominación no está requiriendo de aparatos ideológicos (como los concibiera Althusser), ni siquiera, de manera

exclusiva, de una forma de mostrar la realidad (en la acepción Heller) donde los medios de información cumplen la función que hace perder sentido procurar ver las cosas de modo diferente. Más bien, enfrentamos un orden político que no aparente ser represivo ni excluyente, sino basado en un juego de ideas, incluso de proyectos, con participación, pero que identifica la normativa legal del orden político con la hegemonía.

En esta dirección, el orden político “democrático” deviene en una instancia generadora de su propia legitimidad, a partir del mecanismo de consenso y de respeto a la formalidad de las instituciones, lo que requiere que este orden para autolegitimarse tenga que recurrir a mecanismos defensivo que cumplen la función de legitimarlo, en la medida en que se muestran como transgresores o amenazantes a ese orden normativo. En el pasado inmediato esta fue la función del “peligro comunista”, en la actualidad es el caso del terrorismo o del narcotráfico.

El argumento de fondo es de carácter ético-político, pues se trata de una lucha política ideológica que permita presentar al orden como garantía de una continuidad histórica: la tradición, la memoria, la paz interior, el respeto, la identidad, etc. La estrategia de dominación termina transformándose en un mecanismo de subordinación de la dinámica de la sociedad civil, respecto de la estabilidad seguridad y paz que garantiza el orden político normado; de ahí que la legitimidad se transforme en política de estado por ser el mecanismo mediante el cual se perpetúan los equipos gobernantes. Se puede llegar, en algunos países, a conformar verdaderas dinastías familiares, sin contar con el mecanismo de la reelección indefinida. Es lo que puede estar ocurriendo hoy con la democracia en su proceso de transformarse en el sistema legitimador de los poderes fácticos.

El desafío de la alternativa consiste en proyectar a nivel de las instituciones del estado las dinámicas conformadoras de nuevas subjetividades sociales, así como las experiencias para organizarse y definir opciones de proyectos, que pueden observarse en el magma de la sociedad. En un plano teórico se plantea tener que resolver en el plano institucionalizado la capacidad instituyente de los sujetos, incluso de los dominados (en la acepción de Castoriadis). Puede ser este caso sobresaliente de Bolivia que representa, en esta dirección, una situación contrastante con el resto de los países latinoamericanos, los cuales, más bien, están siendo reducidos a una lógica de organización institucional ad hoc a los intereses de un sector dominante, el empresariado. De ahí que podamos hablar de democracia, pero de una democracia empresarial.

Desde esta perspectiva, se pueden formular los siguientes enunciados problemáticos:

- a) La transformación de un sujeto que emerge desde una coyuntura electoral en un sujeto con capacidad para proyectarse de largo tiempo histórico;
- b) El desajuste entre las exigencias de desenvolvimiento de un proyecto de sociedad y la capacidad del o de los sujetos para sostener el proyecto más allá de la coyuntura fundante; ya que se puede presentar la cuestión de que los ritmos internos de los sujetos no se adecuen a los ritmos asociados a la construcción del proyecto (el cual no puede ser sólo económico, sino también educativo y cultural);
- c) Comprender que las circunstancias históricas que determinan la emergencia de un sujeto, o de toda una alianza,

se han transformado de manera que no sea posible pensar en una acumulación de fuerzas con base en el argumento de una continuidad histórica, el problema de la continuidad y/o discontinuidad de los sujetos. v. gr. la Unidad Popular de Chile liderada por Allende como culminación de un ciclo iniciado por el movimiento popular con el Frente Popular a finales de los años treinta;

- d) Reflexionar sobre los cambios en los sistemas de representación política, de modo de pasar de la etapa de un partido movilizador de clientelas a un partido que detente política e ideológicamente el poder desde las instituciones del estado; en otras palabras, la transformación de los actores políticos de movilizadores sociales a gestores de políticas;
- e) En el marco de estas líneas, se plantea la necesidad de dar cuenta del ritmo de los procesos sociales, en la medida que estos pueden consistir en cierta capacidad de movilización de la base (la cuestión de la espontaneidad social), o bien, reflejar la eficacia organizativa de una corporación política (ya sea partido, movimiento o programa); y
- f) El problema del ideologismo, que impide enfrentar la tarea de reconocer posibilidades históricas de crecimiento, según las necesidades del propio sujeto en sucesivas coyunturas; deformación ideologizante que, a veces, se manifiesta en la aparatocidad discursiva de muchos dirigentes que pueden no necesariamente reflejar la fuerza real de la base social, lo que puede permitir generar contradicciones no deseables.

Hacia una estrategia de construcción del conocimiento: el análisis de coyuntura

Surge la necesidad de resolver la construcción del conocimiento en el espacio en que tiene lugar la actuación del hombre individual y socialmente considerado, ya que este no actúa sobre lo general sino sobre lo concreto. La certeza política consiste en esto por cuanto la realidad deviene en un conjunto de posibilidades que expresan opciones de construcciones viables.

Desde esta perspectiva, el análisis de coyuntura refleja la conjugación entre conocimiento y el “eje z” (en la acepción de Holton); entre entendimiento y las dimensiones existenciales del sujeto que obliga a asumir a éste como ángulo desde el cual se construye el conocimiento. Es lo propio del análisis de coyuntura que sea inconcebible sin la presencia de sujetos.

Lo dicho significa que la construcción del conocimiento tiene lugar desde la premisa definida por la conciencia histórica, la cual trasciende los objetos particulares en la medida en que se coloca ante las circunstancias que fluyen; por lo tanto, exige asumir las dinámicas constituyentes de la realidad, en vez de delimitarse a sus cristalizaciones. A este respecto, el esfuerzo planteado por la conciencia histórica se traduce en transformar la realidad, en tanto externalidad, en mundos posibles que se corresponden con rescatar al sujeto.

De ahí que el colocarse cumpla una doble función: por una parte, concebir la realidad como un mundo de significados que tienen sentido para la opción de construcción por una parte sujetos; y de otra, el desafío correspondiente para rescatarse como tal. De esta manera, la objetivación del hombre se manifiesta en el esfuerzo por dar primacía a la historia sobre cualquier objeto

teórico particular, que plantea tener que reconocer los parámetros implícitos en la construcción de sus conceptos. La objetivación del sujeto consiste en vincularse, con las circunstancias tanto en sus potencialidades como en sus límites, desde la historicidad de sus disposiciones y capacidades tanto intelectuales como emocionales y volitivas. En consecuencia, la relación con las circunstancias deviene en una relación con el tiempo y el espacio, propio de lo dado y de lo dándose, pero con el conjunto de sus facultades; intelecto y voluntad.

Consideramos el tiempo porque expresa el fluir de las condiciones de la propia objetividad, lo que obliga a manejarlo desde cómo puede manifestar tanto en regularidades como aleatoriedades. Conjunción entre lo regular y lo casual que determina la complejidad de la objetividad, en cuanto constituye una articulación de los espacios de posibilidades que se pueden reconocer en distintas coordenadas de tiempo y espacio. Situación que plantea tener que conceptualizar a la realidad en diferentes planos espaciales así como temporales, como ser la relación micro-macro, para entender a lo micro desde lo macro, inclusión que sirve para rescatar lo que hemos llamado dimensión constituyente de la realidad.

Esta argumentación permite construir un marco donde definir los desafíos del conocimiento sociohistóricas. Cabría preguntarse ¿Qué tipo de teoría resulta de lo anterior?, o más bien, ¿Qué significa en términos de la teorización y del pensar? Se desprende que el pensamiento está organizado desde las exigencias del momento pero concebido en una secuencia necesaria; es lo que implica pensara desde lo potencial.

En este sentido, se tiene que recuperar la discusión clásica entre hecho y acontecimiento que apunta a distintos despliegues de la realidad; pues los hechos son modos de concreción de lo aleatorio,

mientras que los acontecimientos son modos de concreción de regularidades que trascienden los parámetros tiempo-espaciales de la observación.

La distinción plantea el problema del tiempo que se puede trabajar desde dos ángulos complementarios, como lo enseña la historiografía:

- a) Desde una dimensión coyuntural; y
- b) Desde las exigencias del periodo.

La importancia de lo anterior reside inobservar que las diferentes dimensiones de tiempo no solamente no están dissociadas, sino que son complementarias, porque constituyen la heterogeneidad en que se ubican todos los fenómenos; pero que, además, es importante para ahondar en la complejidad de los fenómenos ya que permite entender la problemática de la constitución de los sujetos en estrecha relación con el manejo del espacio, en razón a que éste obliga a distinguir entre espacios que trascienden a lo observado, que está en transición hacia algo nuevo que el sujeto está obligado a abordar.

Esta problemática permite abordar la cuestión de la incompletud que plantea el despliegue de los fenómenos. El desafío consiste en comprender que este despliegue está determinado por continuidades y discontinuidades, ya sea que estén sometidas a regularidades, o bien constituyan un campo conformado por las acciones de los sujetos que imprimen una dirección u otra, según sus capacidades de construcción. Es por ello que los procesos no reconocen una direccionalidad lineal, pues esta resulta de la necesidad de construcción abierta a diferentes direcciones. De ahí

que el tiempo en particular puede cumplir la función epistémico de necesidad de realidad, aunque sin anticipar ningún objeto particular.

Por lo anterior, sostenemos que la idea de futuro no se puede reducir al marco de la predicción pues aparece como una construcción que se corresponde con la lógica de la potenciación que equivale a transforma lo indeterminado en lo posible de construirse. Equivale a concebir a la realidad como el deseo de realidad, según resulta de los dinamismos interpersonales a partir de los cuales se van conformando mundos que el hombre convierte en objetos.

Todo lo anterior se puede sintetizar en la recuperación de la realidad como espacio de sujetos. Pero la realidad como espacio de sujetos implica la necesidad de realidad por parte del sujeto que, para el razonamiento, se traduce en necesidad de darse que no puede dar lugar a una predicción de lo que pueda ocurrir, pues refiere a lo que “es estar siendo” (que incluye lo micro en lo macro). Es a partir de esta necesidad, que se puede definir la realidad de lo potencial en la medida que el pensamiento se apoya en la tensión que resulta de colocarse ante posibilidades, no ante objetos cosificados. Es la función que cumple la utopía como manifestación de lo inagotable que rompe con los límites de un razonamiento organizado en los límites de la lógica de identidad de objetos.

Al no confundirse con un objeto, el momento histórico constituye un ámbito de sentidos posibles que descansa en opciones de construcción, según la lectura utópica que asuma el sujeto. Dimensión utópica que incorpora lo no dado como necesidad de darse, lo que rompe con la lógica de las determinaciones. Refiere a lo excluido, tema fundamental del pensamiento social, por cuanto no rechaza “necesariamente lo negado, o lo no aquello, remitiéndolo a

la categoría de error; ya que el “esto es” del hoy puede convertirse en el “esto no es”, o incluso en el “también es” de mañana.³⁵⁶

Desde esta perspectiva, se puede recuperar la heterogeneidad del momento histórico constituido por lo aleatorio y regular en tanto modalidades de lo necesario. Primacía de la heterogeneidad que lleva a dar relevancia a la situación histórica por sobre cualquier modelo o teoría, en cuanto se vincula estrechamente con la capacidad de develar la realidad para descubrir nuevos ámbitos de sentido posibles para el desenvolvimiento del sujeto.

En la medida que el análisis de coyuntura descansa en la lectura potencial de la realidad, representa el espacio de conocimiento propio del rescate del sujeto desde el conjunto de sus facultades (entendimiento, racionalidad, voluntad, intencionalidad). Por eso, el análisis se corresponde con una forma de resolución a la cuestión de la objetivación del sujeto respecto de sus propios parámetros de razonamiento (prejuicios, información sesgada, rutina, inercia, estereotipos), porque consiste en colocarse ante la realidad sin reduccionismos. Por ello la coyuntura necesariamente redefine la objetividad como potenciación viable.

Como estrategia de construcción de conocimiento, el análisis se basa en la inclusión de lo heterogéneo desde lo necesario, lo que requiere de una forma de razonamiento que no puede ser simplemente factorial pues apunta al pensar histórico. A este lo entendemos como la capacidad de colocarse ante lo producido y lo producente (relación entre determinaciones y dimensión utópica, que apunta a opciones de construcción). Pero, sin perder la

356 Cfr. George Steiner: *Gramática de la creación*, Siruela, Madrid, 2005, p. 133.

perspectiva de que las coyunturas se están desplegando de manera que cualquier análisis coyuntural necesariamente es transcoyuntural.

De lo anterior se desprende que el análisis de coyuntura articula dos modalidades de conciencia en el sujeto: la conciencia de lo devenido y la conciencia propia del despliegue de lo necesario. La conciencia de lo devenido, propia de la dimensión de la realidad producida, se enmarca en los límites de la lógica de jerarquización de factores de la lógica de determinación de objetos. En cambio, desde la conciencia de lo producente, que se relaciona con el despliegue de lo necesario, cabe ubicar una lógica que pretende expresar lo no agotado, lo no cumplido, lo no dado, en base de lo necesario de darse, según como pueda comprenderse si se atiende a la relación entre lo regular y lo aleatorio. En este sentido es lo propio del sujeto constructor que no es sino el sujeto utópico; por eso no es inexacto pensar que lo producente resulta siendo una función de las ficciones utópicas.

De lo esbozado se desprende la tarea de desarrollar métodos de construcción de conocimiento que pueda develar las potencialidades. Es el ámbito de la conciencia histórica en tanto premisa de razonamiento teórico; de ahí que los desarrollos metodológicos, se tengan que convertir en formulaciones apropiadas a sus propias exigencias de razonamiento.

Lo anterior es condición para reconocer opciones de futuro, de manera congruentes con la afirmación de que no hay un solo futuro sino muchos. Pero lograrlo dependerá de la conciencia del hombre para desarrollar la voluntad necesaria para sostener e impulsar proyectos de construcción.

El presente libro se terminó de imprimir en el “Taller del Diablo”, Oaxaca, México, gracias al apoyo incansable de los amigos del aquellos amigos con quienes venimos construyendo nuestra utopía.